

ANDREA MAGGI

MUERTE EN LA ACRÓPOLIS

UN *THRILLER* HISTÓRICO
AMOR Y MISTERIO, CRIMEN Y CASTIGO



Lectulandia

En una noche de luna llena, en el Partenón, yace muerto un hombre. Al parecer, ha sido víctima del ataque de una bestia.

La ciudad, de inmediato, apunta a Eurifemo, un hombre que ha sido acusado de ser un licántropo.

Solo hay una persona dispuesta a defenderlo, capaz de enfrentarse a todos: Apolófanes, un ingenioso y astuto mercader que sabe que Eurifemo es inocente y que esta será la única ocasión que tiene de cumplir una vieja promesa que ha marcado su destino.

Para llevar a cabo su cometido, encontrará la ayuda de la bellísima Filoxena, una de las pocas mujeres en la Antigua Grecia que ha estudiado con los sabios filósofos. Mientras todo eso ocurre, el Tesoro de la Acrópolis desaparece misteriosamente. Hay poco tiempo para reconstruir un intrincado rompecabezas, donde se esconde una verdad que hará temblar los cimientos de Atenas.

Lectulandia

Andrea Maggi

Muerte en la Acrópolis

ePub r1.0

Titivillus 15.10.15

Título original: *Morte all'Acropoli*
Andrea Maggi, 2014
Traducción: José Ramón Monreal Salvador

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A Deborah

PRÓLOGO

Miedo, alegría y espanto en Atenas

Un aullido desgarró el silencio de la noche.

En lo alto de la Acrópolis, los dos centinelas que dormitaban de guardia en el Partenón se sobresaltaron. Uno de los dos soltó un juramento. El otro apretó firmemente la lanza y dio dos pasos adelante.

—¡Por Apolo! ¿Has oído? —susurró.

El primer centinela aferró una antorcha que agonizaba en un pedestal y la alzó desafiando la oscuridad.

—Venía del Falero —dijo con una voz que delataba un creciente recelo.

El otro centinela se estremeció.

—Nunca antes lobo alguno ha entrado dentro de las murallas de la ciudad.

El primer soldado de la guardia se ajustó el yelmo sobre la cabeza. Dirigió la antorcha hacia la pared del templo. La luz trémula de la llama se reflejó en los frisos de mármol deformando las divinidades, los héroes y los hombres esculpidos en relieve. El cielo era avaro de estrellas. La luna llena irradiaba sobre toda Atenas con su pálida claridad. Un gélido temblor recorrió el espinazo del soldado de guardia.

—A mí no me parece en absoluto la voz de un lobo —dijo.

—Por Zeus, ¿qué era, pues? —dijo el otro centinela.

El primero trató de tragar saliva. Se le había secado el gaznate.

—¿No has oído lo que se cuenta abajo en el Falero?

—Pensaba que eran simples cuentos...

—Parece que por esa parte se esconde un licántropo y que solo se deja ver en las noches de luna llena. Dicen que vaga en busca de víctimas a las que descuartizar y...

—Y que solo come carne viva —dijo espantado el otro de la guardia, quitándole las palabras de la boca al primero.

De pronto un segundo aullido más prolongado y más lúgubre se alzó a lo lejos. Ambos centinelas se sobresaltaron. Esta vez lo habían distinguido claramente, y sin embargo no supieron establecer con certeza si lo que habían oído había sido la voz de un animal o un alarido humano.

—Dicen que es imposible matarlo con lanzas y flechas... —manifestó el primer centinela con voz trémula.

Su compañero miró la lanza que apretaba en la mano y se quedó en silencio. Su rostro se puso de un color terroso.

Una ráfaga de viento remolineó dentro del recinto sagrado amurallado. Un silbido siniestro resonó rabioso entre las columnas del templo. Los dos intercambiaron una mirada cargada de terror. Sabían que su deber era vigilar el templo de Atenea. Pero

también sabían que sus armas no servirían de nada contra aquella abominación, en el caso de que se les apareciera delante.

Fobo, el dios del miedo, se infiltró en sus ánimos. Los dos soldados de la guardia arrojaron sus lanzas y huyeron como niños en busca de un refugio.

Grande es el poder de Fobo. Delante de él la virtud se transforma en ruindad y los hombres se convierten en perros sin valor. Sus voces se truecan en tristes ladridos.

Aquel año la fiesta de Zeus Salvador llegó esperada como nunca. Los atenienses dejaron a un lado, aunque fuese solo por un día, las muchas preocupaciones que les afligían para ensalzar al padre de todos los dioses.

Los ritos comenzaron a la puesta del sol.

Sobre el fuego de los altares se desparramaron semillas de cereales.

La sangre de los animales sacrificados brotó sobre el blanco mármol.

Las libaciones. Las oraciones. La procesión en honor de Zeus Salvador discurrió suntuosa a lo largo de la vía de las Panateneas.

La nave sagrada avanzó portada a hombros por esclavos musculosos. Atravesó los Propileos, pasando justo por entre las columnas de la puerta de la Acrópolis, y fue depositada delante del Partenón. Los ciudadanos que habían acudido a millares dejaron sus ofrendas y regresaron cuesta abajo para participar en el banquete nocturno. Músicas y danzas alegraron los ánimos. El vino mezclado con miel corrió a raudales de las cráteras. Pronto la embriaguez invadió los miembros de todos. La noche transcurrió alegre como el agua de un torrente, hasta que calló también la flauta del intérprete más empedernido.

Al amanecer, Fósforo ahuyentó las horas nocturnas y abrió el camino a los primeros rayos de la mañana. El sacerdote anciano escoltado por la guardia abrió las puertas del Partenón. La enorme estatua de Atenea en oro y marfil del interior del templo fue besada por el sol naciente. Su mirada apuntaba hacia delante con altiva prudencia.

El sacerdote retrocedió temeroso. Llegado a la escalinata, levantó la cabeza y miró fijamente las águilas esculpidas en el frontón del templo. La luz roja del alba las teñía de sangre y un oscuro presagio ofuscó sus pensamientos. Oprimido por un gran peso en el corazón, descendió la escalinata renqueando. Jadeaba. Llegó al edificio del Tesoro de la ciudad, junto al templo de Atenea.

Con mano insegura introdujo la llave en la cerradura y abrió las puertas. La luz del día irrumpió en el interior. Lo que el sacerdote vio ante sí confirmó que todos sus presagios tenían un triste fundamento. Las manos y las piernas empezaron a temblarle convulsamente. Se vio obligado a ponerse de rodillas. Los soldados de la guardia a sus espaldas, tras haberlo alcanzado, dejaron caer las lanzas del desconcierto. El sacerdote respiraba con esfuerzo. Unos agudos estertores salían de su boca desdentada. La blanca barba vibraba con los sollozos mientras los ojos miraban

fijamente al interior del Tesoro completamente vacío. La reserva de oro de Atenas, guardada allí dentro, había desaparecido del todo.

De la boca trémula del viejo no tardó en salir un grito. Este se alzó agudo resonando entre las desnudas paredes del Tesoro, amplificado como el llanto de un gigante.

CAPÍTULO I

En el que Apolófanes recibe un oráculo divino

El sendero para dirigirse al cabo Sunion irradiaba un calor despiadado desde las primeras luces del día y nos anunciaba a nosotros caminantes una jornada de calor sofocante. El fuerte viento de la noche había cedido paso a una plácida brisa empujada por las alas de Noto. Mi esclavo Estrepsíades y yo avanzábamos lentamente cuesta arriba. El chivo que mi siervo llevaba atado de una cuerda no hacía sino lamentarse. El camino estrecho y pedregoso olía a plantas secadas por el sol. Principalmente, la camomila silvestre hacía que picaran las fosas nasales. Un coro inmenso de cigarras invisibles, apostadas entre los arbustos secos como soldados preparados para una emboscada, acompañaba nuestro lento avance. Ambos teníamos los tobillos flagelados por los arbustos espinosos diseminados por doquier.

Para consolarnos manteníamos la mirada fija en la gran extensión azulada del mar que desde la costa rocosa se expandía incontenible hasta la línea del horizonte. Las naves que se dirigían a las islas Cícladas flotaban como sobre un espejo de luz.

Estrepsíades me sobrepasaba en altura. Era un gigante de cabellos grises y de barba alborotada oriundo de Tebas, en Beocia. No era más joven, pero estaba dotado todavía de una fuerza desmesurada. La nariz tumefacta y los pómulos pronunciados eran un recuerdo de su pasado de luchador, así como su cuello de toro y sus poderosos miembros. De joven su habilidad de luchador le había procurado fama y riqueza, pero después de la batalla de Queronea, acaecida dieciséis años antes, Tebas había caído bajo el dominio macedonio, y Estrepsíades, hecho prisionero precisamente al término de aquella batalla, había sido reducido a la esclavitud. Algunos años antes, lo había comprado en el mercado del Ágora y desde entonces había demostrado ser un servidor honesto y fiel. Agobiado por el intenso calor, daba a mi lado un paso tras otro, propinando puntapiés a los guijarros polvorientos y resoplando como un toro a punto de embestir.

El templo de mármol blanco en lo alto del cabo era besado por el sol naciente y resplandecía como una estrella en pleno día. Dominaba desde su posición el mar y toda la tierra a sus espaldas. Un punto luminoso entre la inmensa extensión azul y los matices encendidos de la Aurora. Únicamente el cielo, que todo lo recubre, lo superaba en belleza.

El sendero que teníamos delante de nosotros era todavía largo. Para olvidar el esfuerzo nos pusimos a hablar de un hecho que algunos días antes había despertado enorme ruido. Un acontecimiento increíble. Desde hacía días no se hablaba de otra cosa en la ciudad. El oro de Atenas había desaparecido misteriosamente del Tesoro de la Acrópolis al término de la fiesta de Zeus Salvador. Un hecho de tal gravedad había

sumido a todos los atenienses en el más completo desconcierto.

—¿Cómo ha podido desvanecerse una cantidad de oro tan inmensa del Tesoro de la Acrópolis, el lugar más vigilado de toda Atenas? Hasta un insecto que hubiese franqueado los Propileos sin permiso habría sido alanceado por la guardia —exclamé de improviso.

Las piedrecitas que se me habían metido entre los pies y las sandalias me torturaban.

—A mi modo de ver, no es mortal la mano que ha sustraído el oro de Atenas —sentenció mi esclavo con su profundo vozarrón.

—¿Qué quieres decir?

El rostro barbudo del hombre se ensombreció.

—Se dice que las puertas del Tesoro no muestran ninguna señal de haber sido rotas. Lo que quiere decir que no han sido forzadas por mano humana. Por lo demás, con la vigilancia que había, ningún ladrón puede haber violado el sagrado umbral durante la noche de los festejos a Zeus Salvador. Y sin embargo el oro ha desaparecido. Por eso corre un rumor.

—¿Qué rumor? —pregunté lleno de curiosidad.

Estrepsíades se inclinó como si quisiera confiarme un secreto, a pesar de que a lo largo del sendero no estuviésemos más que él, yo y el chivo.

—Se dice que la desaparición del oro es obra de la propia Atenea.

No conseguí dominar una sonrisa burlona.

—Por Cástor y Pólux, ¿y tú das crédito a semejantes sandeces?

Aquella inquietante superstición había llegado también a mis oídos. En los días precedentes había corrido de boca en boca y había dado la vuelta a toda Atenas. Debía remontarse a un hecho acaecido cerca de dos años antes. En aquel tiempo, Hárpalo, el tesorero de Alejandro, había robado a su rey y había huido a Asia. Los gobernantes atenienses se habían dejado corromper por aquel ruin ladrón macedonio y le habían concedido asilo y protección. Seguidamente, convertido en huésped incómodo en la ciudad, Hárpalo se habría visto obligado a huir, pero en aquel momento los gobernantes corrompidos se habían negado a restituir a Alejandro el oro que se habían embolsado. Así, a un año de la muerte del soberano macedonio en Babilonia, todo ateniense estaba convencido de que la diosa Atenea, indignada, había decidido castigar la *hybris* de los gobernantes haciendo desaparecer las reservas de oro de toda la ciudad.

—Ya sea obra de un dios o de un mortal, lo cierto es que esta desgracia no podía ocurrir en un momento peor —dije—. Nuestro ejército está comprometido desde hace meses en un durísimo asedio a la fortaleza de Lamia, donde Antípatro, el anciano gobernante de Macedonia, se ha atrincherado junto con sus hombres. Hasta ahora todos nuestros ataques a las murallas han sido repelidos. Grande es la apuesta: derrotar a Antípatro llevaría al fin de la hegemonía macedonia en toda Grecia. Atenas podría restablecer el predominio sobre las otras ciudades griegas, volviendo al

esplendor de los tiempos de la Liga de Delos. Pero para romper el sitio de Lamia hacen falta aún muchos hoplitas y armas en gran cantidad. Cosas de las que Atenas por el momento no dispone, puesto que hace cuatro días las últimas reservas de oro de la ciudad se desvanecieron en la nada.

Llegados a lo alto del cabo, un viejo sacerdote nos recibió en el umbral del santuario. La blanca barba era azotada por el húmedo soplo de Noto. Inmóvil como la estatua de un dios, nos miraba con ojos severos. Levanté la mano derecha en señal de saludo. El sacerdote descubrió a Estrepsíades a mis espaldas que daba tirones del chivo blanco con una cuerda atada al cuello.

—Ponedlo sobre el altar —dijo severo.

Mi esclavo tiró del recalcitrante animal hasta donde había indicado el sacerdote. Lo levantó en brazos y lo colocó sobre la piedra del sacrificio. Echado sobre un costado, el chivo alzó la cabeza y emitió un triste balido.

El sacerdote se ciñó la frente con una cinta de color púrpura. Se acercó al chivo y apartó a Estrepsíades con un brusco ademán.

—¿Qué quieres saber del dios? —me preguntó con tono solemne.

—Mi nombre es Apolófanes. Una de mis naves debe poner vela hacia Tarso. El cargamento de mercancías que transporta es de gran valor, buena parte de mis bienes ha sido invertida en él. No puedo exponerme a hacerla zarpar en un día infausto. Su naufragio arrastraría a los abismos todas mis riquezas.

El sacerdote se anudó por encima de los codos las mangas de su largo quitón. El puño izquierdo se abrió sobre el fuego sagrado que ardía en el altar. Dejó caer hierbas y aromas de un intenso olor que al contacto con el fuego se dispersaron en el éter. Posó una pequeña corona de mirto sobre la cabeza de la bestia. El chivo miró al anciano sacerdote con ojos lánguidos, presagio del final inminente. El sacerdote masculló un himno con voz ronca. Desenfundó el puñal del sacrificio y lo hizo centellear en el aire. Su rostro rugoso se arrugó más aún en una expresión torva. La hoja rozó el cuello del chivo. Un chorro de sangre empapó el blanco quitón del sacerdote. El chivo se agitó agonizante durante unos instantes y luego expiró. La sangre roció el inmaculado mármol. En los ojos oscuros y ya sin vida del animal, el sacerdote interrogó al dios. Clavó la mirada hacia el horizonte.

—¿Cuál es el oráculo? —Pegunté impaciente—. La nave espera una orden mía. ¿Partir o quedarse?

—Quedarse —sentenció.

Los ojos en todo momento fijos en la línea divisoria entre el reino de Zeus y el de Poseidón.

Lo miré incrédulo.

—No comprendo. El cielo está sereno. No veo una sola nube. El viento es favorable. Las condiciones parecen excelentes para una navegación tranquila. Posponer la partida podría comprometer mis negocios.

—Dar la orden de zarpar significaría la completa ruina. Haz lo que tú creas,

mercader —dijo por toda respuesta el sacerdote—. Pronto la cólera de Poseidón se abatirá sobre los navegantes incautos y arrastrará al fondo del mar mercancías y navíos con los que los hombres osan desafiarla. Amarra tu nave durante algunos días anclada en el puerto, deja pasar la borrasca y hazte a la mar al tercer día que se haya serenado el tiempo. Únicamente así llegará segura a su destino.

Ordené a mi fiel esclavo que dejara una ofrenda en el templo.

—Yo en tu lugar no daría nada a ese sacerdote —objetó Estrepsíades—. Los dioses lo han privado de juicio. ¡Mira el cielo, mi amo! No hay ni una nube.

Confieso que también yo pensé lo mismo, pero no tuve el valor de admitirlo. Por eso reconvine a mi esclavo. En el fondo, por más que nosotros dos pudiéramos dudar de la fiabilidad del oráculo, no podíamos permitirnos despotricar contra el ministro de un dios.

Terminamos los ritos de reverencia e inmediatamente descendimos a lo largo del sendero impracticable hasta la bahía inferior. Nuestra nave nos esperaba anclada no lejos de la orilla.

—Volvamos atrás —ordené al capitán cuando estuvimos a bordo.

La chusma acató las órdenes y levó anclas. Inmediatamente los hombres ocuparon sus bancos y batieron el mar con los remos. La nave trazó una estela espumosa hasta que alcanzamos alta mar. Entonces izamos la vela, que se hinchó con un sonoro chasquido al soplo del viento favorable, y la nave voló a flor de agua, rauda como un pájaro, rumbo hacia Atenas.

Empujados por Eolo, navegamos a la vista de la costa durante el resto del día y atracamos en el puerto del Falero cuando el cielo era ya iluminado por la luna llena.

A la mañana siguiente desperté a mi esclavo temprano.

—Hoy vendrás conmigo —le dije—. Hay una persona que debe conocer el oráculo del dios.

Aquella a la que debía referir la decisión de posponer la partida de la nave era mi socia en los negocios que había invertido una suma considerable en el cargamento de mercancías destinado a los mercaderes de Licia y de Frigia. Su nombre era Filoxena, una sabia hetaira, rica y extraordinariamente hermosa. Vivía en una lujosa casa de las laderas de la Acrópolis.

Llegados a destino, me detuve delante de la puerta.

—Espera afuera —dije a mi esclavo—. No me llevará mucho.

Dos siervas envueltas en unos peplos oscuros me recibieron en la entrada, me ofrecieron agua y me llevaron al peristilo del patio interior. La casa estaba rodeada de una vista encantadora. Miré a lo alto, por encima de la tapia del recinto. Por un lado, descollando sobre la parte superior del templo próximo, podía admirarse la estatua de Temis, la antigua diosa de la Justicia con la balanza en una mano y la espada en la otra. Por la parte opuesta, por encima del túmulo de Hipólito, se descubrían los Propileos, la suntuosa entrada a la Acrópolis. El patio rebosaba de plantas frondosas y bien cuidadas. En el centro, un altar consagrado a las Musas.

Filoxena yacía recostada en un lecho a la sombra de un toldo blanco en compañía de dos jóvenes barbudos y de dos muchachas. Ambos jóvenes, de unos dieciocho años, estaban sentados enfrente de ella en asientos de madera, el quitón desatado a lo largo de los costados dejando el pecho al descubierto debido al gran calor. Las muchachas, también de entre trece y dieciocho años, estaban cómodamente arrellanadas a sus pies sobre unas cómodas pieles; los largos cabellos sueltos les caían sobre los hombros y velaban su pecho lozano. Coronaban el rostro armonioso de Filoxena unos espesos y rizados cabellos. Tenía los ojos verdes, la nariz afilada y los labios bien dibujados, que mostraban una sonrisa inteligente. Su figura sinuosa apenas se entreveía bajo el largo peplo de lino que la cubría hasta los pies. Joyas de oro adornaban sus brazos levemente dorados por el sol. Un largo collar de plata realizaba su hermoso pecho. Conversaba amablemente con sus invitados, que la escuchaban con los rostros encendidos de profunda admiración. Los cinco sacaban su vino de un ánfora que había a los pies del lecho sumergiendo sus copas en ella. Encima de una mesita descansaba un recipiente en forma de cuerno de carnero desbordante de fruta y pastas de miel. Dos siervas trajeron unos lebes llenos de agua fresca. Los invitados sumergieron sus manos y pies en ellas, sintiendo una sensación de fresco. Filoxena contaba solo veintidós años, pero era ya conocida en toda Atenas como una de las filósofas más insignes. Mujer sabia y dotada de una fascinación irresistible, contaba con numerosos pretendientes entre los vástagos de los *aristoi*, las familias más nobles de la ciudad. Pero por más que las propuestas de matrimonio que recibía fuesen atractivas, ella las rechazaba sin vacilación.

Desde la cumbre de su sabiduría, consideraba que no existía de por sí bien superior a la condición de mujer libre. Por tanto había jurado fidelidad únicamente a la filosofía y se había convertido en hetaira. Merced a su gran talento, había sabido atraerse a los hombres más influyentes de Atenas, que se habían demostrado muy dispuestos a pagar generosamente su compañía y que no habían tardado en hacer de ella una mujer muy rica. Con los años, aparte de una destacada sabiduría filosófica, había desarrollado también una marcada propensión a los negocios, en los que no dejaba de invertir sus riquezas en actividades mercantiles que rendían excelentes beneficios.

Cuando reparó en mí en el patio, interrumpió su amena conversación, se puso en pie y vino a mi encuentro radiante.

—Apolófanos, ¿qué te trae a mi casa?

Luego, volviéndose hacia las siervas, dispuso firmemente:

—¿A qué esperáis? Traedle una copa a mi querido invitado. Que beba conmigo y mis discípulos.

Las siervas agacharon la cabeza obsequiosas y desaparecieron en el interior de la casa.

—Mucho me gustaría, pero no puedo entretenerme —me disculpé.

A decir verdad no tenía intención de entrometerme en una conversación entre

sabios. Los filósofos, ya se sabe, no tienen a los mercaderes en gran consideración.

Las siervas volvieron con la copa y la dejaron sobre la mesita. Informé a Filoxena del oráculo de Poseidón y de mi decisión de posponer en unos días la partida de la nave. La noticia no pareció afectarla mayormente. Más bien insistió para que me quedase a hacerle compañía a ella y a sus discípulos. Aunque decliné la invitación del modo más cortés, Filoxena insistió de nuevo.

—Pero yo no sería capaz en modo alguno de ofrecer respuestas a vuestras preguntas —dije para justificar mi esquivéz.

Filoxena frunció el ceño, pese a mantener inalterada su sonrisa resplandeciente.

—Presuntuoso, ¿qué te hace pensar que pretendemos respuestas de ti?

La miré desorientado.

Ella puso unos ojos de mirada tranquilizadora.

—Para todo sabio que se respete no existe mejor conversador que aquel que sabe que no sabe.

—¿Y qué querías de mí? —pregunté.

—¿Recuerdas a Tales, uno de los siete sabios más grandes de toda Grecia? Una vez, contemplando el cielo, acabó por caer dentro de un pozo. Una joven sierva de Tracia se rio de él porque, ocupado en contemplar el cielo, no advirtió el agujero que tenía delante de los pies y cayó dentro.

Me rasqué una mejilla. Una extraña agitación se había adueñado de mis miembros. Aquella filosofía tan hermosa y sabia conmovía mi corazón al menos tanto como mi intelecto.

—La verdadera sabiduría nace de los espíritus más simples —dije sin pensar demasiado en ello, recordando mis raras lecturas de Platón que se remontaban a muchos años antes.

Filoxena posó sus manos sobre mis hombros y me miró fijamente con sus grandes ojos verdes. Por la sonrisa que asomó en su semblante comprendí que había apreciado mis palabras. Noté un estremecimiento en el pecho. Los dos jóvenes y las dos muchachas tumbadas a sus pies se rieron de mis formas envaradas. Filoxena se apartó de mí y les dirigió una mirada de amable reproche. Su piel emanaba un perfume embriagador.

—¿Deberemos, pues, nosotros los filósofos abandonar las altas cumbres del pensamiento para concentrarnos en las experiencias sensibles, que son solamente las sombras de las verdades absolutas? —me preguntó con tono de desafío uno de los dos discípulos de Filoxena.

—No, en absoluto. —Respondí.

Me acerqué a él. Las dos muchachas me miraban divertidas. Algo menos el joven que había hablado, ahora que lo tenía delante. Seguía mirándome con descaro, con los ojos enrojecidos por una leve embriaguez, pero se veía que no presagiaba nada bueno. Con un movimiento rápido, le aplasté un pie con el talón. El joven discípulo emitió un ridículo quejido de dolor. Las muchachas y el otro joven se echaron para

atrás espantados.

—Tendrías que mirar un poco dónde pones los pies. —Respondí con voz sosegada, dejando sentir todo mi peso sobre el pie dolorido.

Esta vez fue Filoxena quien se rio. La pequeña escena la había divertido. Juzgué que el aspirante a filósofo había tenido bastante. Levanté el talón del pie y enseguida el joven lo echó para atrás, gañendo como un perro apaleado.

—¿Has visto lo que me ha hecho? —vociferó a Filoxena—. ¡Échalo! No es digno de estar entre nosotros.

Filoxena le sonrió.

—Al contrario, te ha proporcionado una excelente demostración de lo difícil que resulta para el hombre ignorar las experiencias sensibles, como el dolor, y hasta sus efectos deletéreos, como la ira, que ofuscan la mente de aquel que busca el bien supremo. Recordad esta lección, discípulos míos.

Los cuatro asintieron estupefactos mientras Filoxena los miraba divertida.

—Te agradezco que hayas pasado a verme, Apolófanes. Que los dioses te acompañen —dijo por último.

Sonreí y me fui sin decir nada.

CAPÍTULO II

En el que Apolófanes se entera de la detención de Eurifemo

Una sierva nos recibió a mí y a mi esclavo en el vestíbulo. Debido al fuerte calor chorreábamos ambos de sudor, de modo que la esclava nos hizo acomodar sobre un banco cubierto con una piel de buey y desapareció detrás de una pesada cortina roja. Poco después volvió con dos copas llenas de agua fresca. Estrepsíades y yo bebimos ávidamente e inmediatamente nuestros miembros se restauraron. Una segunda sierva de más edad vino donde estábamos sosteniendo una gruesa vasija. Se inclinó para desatar las correas de mis sandalias, pero la detuve con un gesto decidido.

—Ya lo hago yo —dije, y me las quité solo.

La esclava sumergió mis pies en el agua helada. Un estremecimiento recorrió mi espinazo. Sentí enfriarse mi cuerpo. La sierva me secó con un paño de lino. Recogí las sandalias cubiertas de polvo y empapé una esponja en un pequeño vaso lleno de sebo para lustrarlas.

—Déjame hacerlo a mí —dije—. Me ocupo yo siempre personalmente de ello.

La esclava, asombrada por la insólita petición, me proporcionó todo lo necesario. Cogí las sandalias polvorientas y las froté enérgicamente hasta que el bruñido cuero absorbió por completo el sebo. Lustré también las correas hasta que relucieron.

—Lo que es noble vuela alto en el cielo y no se ve afectado por el polvo. Así el hombre de espíritu noble debe tener siempre las sandalias relucientes, como si caminase suspendido del suelo, porque su corazón tiene alas como un pájaro. Me lo decía siempre mi padre, desde que era pequeño. Para mí se ha convertido en una costumbre. No permito a ningún otro ocuparse de sacar brillo a mi calzado.

Después de haberlas atado de nuevo, mandé a la esclava de más edad que me anunciase a Sofronia, mi madre. La sierva apartó la pesada cortina roja que separaba el vestíbulo del resto de la casa y nos invitó a seguirla. La casa de mi infancia todavía conservaba el mismo mobiliario esencial de otro tiempo, algún arcón en el que guardar la ropa para las diferentes estaciones y poco más. Las paredes eran blancas y desnudas. Ningún mosaico que adornara el pavimento. Ningún fresco que embelleciera el techo. Lo que confería dignidad a toda la morada era la extrema limpieza, señal de la incansable laboriosidad de quien la habitaba.

Llegamos al pequeño patio interior, en cuyo centro se alzaba un pozo. La sierva nos rogó que esperásemos y subió a la planta superior. Poco después mi madre asomó por la otra escalera del gineceo seguida de la sierva y se detuvo durante un instante junto a una pilastra. A una primera mirada se la habría juzgado más mayor de lo que era en realidad. No había alcanzado todavía la cincuentena, si bien su rostro estaba surcado de profundas arrugas. Bien mirado, era aún visible la infinita belleza que las

Gracias le habían otorgado en su juventud. Seguidamente, las adversidades del Hado, la pobreza afrontada con el duro trabajo y, por último, la muerte de mi padre algunos años antes habían empañado su lustre originario. Aquel cuerpo, seco como el tronco de un olivo, había resistido a los achaques de la edad y aparecía aún esbelto y flexible. Un velo oscuro en la cabeza contribuía a añadirle un montón de años que no tenía, cubriéndole la melena espesa y juvenil que ocultaba desde el día de la muerte de mi padre. Sus rasgos faciales se habían enrigidecido y aparecían duros; otro tanto le había ocurrido también a su corazón. Los ojos estaban velados por una persistente melancolía que brotaba de la amarga conciencia de que la humanidad navegaba por un océano de sufrimiento y que contra los reveses del Hado no existía defensa alguna. La boca, en otro tiempo pródiga de sonrisas, raramente se distendía para serenarse, aunque fuese en sueños. Se mantenía contraída y arrugada, como si estuviese lista para morder toda adversidad. Lo que más me asombraba de ella eran las manos, suaves y delicadas pese a la agotadora cantidad de trabajos domésticos a que estaban sometidas. Un mérito del ungüento producido por los olivos de mi padre, decía, el mejor que se podía adquirir en el mercado de barrio del Pireo. Sus manos eran el reflejo de su naturaleza más recóndita; tiernos brotes nacidos de un núcleo indefenso, que despuntaban al margen de una dura y gruesa coraza para revelar su desesperada necesidad de quietud.

A la muerte de mi padre había decidido sacar adelante por sí sola los negocios familiares. Le había ofrecido varias veces hospitalidad en mi casa, que era más grande y más cómoda, pero ella se había negado siempre a dejar la morada en la que había vivido junto a su marido. Su terquedad había acabado por volver rígido también su carácter, haciéndolo sobremanera severo e intransigente.

Aquel día el rostro de mi madre era austero, como de costumbre. Hizo retirarse a la sierva y bajó lentamente la alta escalera. Hice retirarse a su vez a mi Estrepsíades. Fui a su encuentro y le ofrecí el brazo, más por amor filial que por necesidad. Sin decirme nada, indicó dos asientos de madera colocados a la sombra del emparrado, en un ángulo rodeado de aromáticas hiedras. Nos sentamos y respiramos el fresco, permaneciendo en silencio durante unos instantes.

—Siempre hay alguna cosa que hacer —comenzó mi madre con su suspiro.

—Basta con una indicación tuya, y Estrepsíades y yo nos ocuparemos de cualquier cosa que tengas que hacer —la tranquilicé.

Conocía su férrea obstinación en no aceptar ninguna ayuda de mí, que sin embargo tenía todas las posibilidades de garantizarle una vida más acomodada. El comercio marítimo había hecho de mí un mercader muy rico. Algunos años antes había invertido la parte de la herencia dejada por mi padre, humilde productor y vendedor de ungüentos, en el cargamento de una nave que me había rendido unos buenos dineros. Con algunos de los beneficios había emprendido un intercambio comercial provechoso con algunos mercaderes de Lidia. Al cabo de tres años de continuo trabajo, mis naves se habían convertido en más de diez y podía contar con

una renta muy crecida. Comerciaaba con esclavos, madera, telas, vino y miel con los puertos de Licia, de Caria y de Eólida. Mis naves zarpaban y atracaban con frecuencia casi diaria en el puerto del Falero, el más antiguo de toda Atenas, de donde la tradición cuenta que zarparon Menesteo a la vuelta de Troya y, antes de él, Teseo para dirigirse a Creta con el fin de vengar las humillaciones infligidas por Minos a Atenas. Era rico, pues, y gracias a mi riqueza conseguía cultivar dos grandes pasiones: la lucha y los tribunales. En el tiempo libre, en efecto, me gustaba adiestrarme con mi esclavo Estrepsíades y asistir a los procesos que se celebraban en el tribunal del Areópago. Saboreaba el debate entre acusadores y acusados como si fuese un espectador de teatro, disfrutando de las estrategias que los hábiles logógrafos de Atenas elegían para defender las razones de sus defendidos. Me sentía literalmente atraído por la fuerza persuasiva de las palabras que como pedruscos podían caer sobre la cabeza de los imputados decretando su condena o que, como alas de pájaro, podían liberarlos de las acusaciones y devolverlos a la libertad.

—Ten cuidado. Tienes ya veinticuatro años. Ahora estás hecho un hombre, Apolófanes. Un hombre generoso, como lo era tu padre —dijo de repente mi madre. Su rostro se entristeció, tal vez por el recuerdo de su esposo—. Pero no olvides que tu padre era un hombre sensato y seguía todos sus negocios personalmente. No está bien que confíes misiones delicadas a un esclavo. Por más que respondas por esa especie de titán que llevas siempre detrás de ti, no debes fiarte tan ciegamente de él. Los esclavos acostumbran a reducir gastos para complacer a sus amos o, la mayoría de las veces, para engañarles acerca de los gastos con tal de embolsarse a hurtadillas la diferencia. ¿Quieres un consejo útil? No le dejes tomar demasiadas iniciativas a tu velludo Heracles y sigue tus negocios con la máxima atención.

¡Por Cástor y Pólux, mi madre no dejaba nunca de tratarme como a un chico ingenuo! Hablar con ella me producía siempre una gran agitación.

—¡Qué calor hace hoy! Este vientecillo húmedo no ayuda precisamente... —mascullé.

—Hoy he de ponerme de acuerdo con el lavandero —prosiguió ella, recuperando de golpe una voz estentórea—. El bordador espera que le avise para comenzar su labor. Luego he de pasarme por el linero; pues cada día que paso por delante de su casa me lo encuentro con la mano fuera. ¡Antes o después he de pagarle, si no quiero verle rondando a mi alrededor! No debo olvidarme de los mercaderes de bordados y de camisas. Luego será el turno de los tintoreros, de los zapateros y de los fabricantes de babuchas. Los lavanderos quieren su retribución, así como también los cinteros y floristas.

—Esta vez no quiero oír excusas. Ya asumiré yo tus gastos, madre.

Ella me miró de arriba abajo con dos ojitos penetrantes.

—¿Estás seguro de que te acordarás de todo?

—Por supuesto —mentí.

—Hay otra tarea, además...

—¿Qué tarea? —pregunté tratando de mantener la compostura.

Mi madre alzó los ojos al cielo.

—¡El sacrificio en el santuario de la Madre de los dioses! Por las Cárites, ¿es que te has olvidado?

—Claro que no, ¡qué preguntas! —mentí por segunda vez, encendiéndome como si hubiese metido la cabeza entre las llamas de un horno.

Había olvidado el sacrificio que cada año celebrábamos por el aniversario de la muerte de mi padre.

Se acercó. Abrió los brazos y posó delicadamente sus manos en mis hombros. Su toque transmitía todo su orgullo de madre. Pero esto no era todo. Cuanto más me miraba, más se llenaba su mirada de dulzura y al mismo tiempo de una tormentosa melancolía.

—Me recuerdas mucho a él cuando tenía tu edad. Los mismos hombros robustos. Los mismos brazos fuertes y las mismas manos hermosas. También tu padre de joven tenía un pelo rebelde como tú. Y como a ti le gustaba ir afeitado; no había mujer que no se volviese para admirar sus facciones armoniosas y al mismo tiempo de persona decidida. ¡Quién sabe cuántas muchachas hacen lo mismo contigo, hijo mío! En tu mirada decidida reconozco su misma mirada. En tus ojos oscuros y dulces, los mismos ojos suyos. El hecho de que te le parezcas tanto hace su ausencia más llevadera a este pobre corazón mío.

Sus pómulos estaban marcados por unas arrugas de desconfianza.

—Al menos trata de ser puntual —me rogó—. No querrás indisponer a la diosa para con nosotros y para con tu padre, cuya alma reside en los verdes campos del Elíseo. ¡Ah! ¡Lo siento mucho por ti, Apolófanes! ¡Gran Hera, mi único hijo es ya un hombre; es apuesto, rico y de buen talante, pero no ha encontrado todavía una mujer respetable con la que casarse!

—No es el momento aún, madre. —Respondí yo, esperando zanjar así la cuestión.

Su rostro se endureció como madera seca.

—¿Es que quieres que yo muera sin saberte casado con una mujer que pueda cuidar de tu casa y hacer crecer a mis nietos?

«¡Ya empezamos!», pensé haciendo chasquear la lengua con contrariedad.

—Las mujeres respetables no están hechas para mí.

A estas palabras mías, mi madre desorbitó los ojos.

—¿Y yo, entonces? ¿No soy acaso una mujer respetable? ¿Prefieres tener a tu lado para el resto de la vida a una mujer respetable, como lo fue tu madre con tu padre, o continuar yendo detrás de esa prostituta...?

—Filoxena es solo una socia en los negocios, madre. Es una mujer libre, una hetaira, una sabia a la que aprecian los mejores atenienses. Una filósofa...

—¡Una ramera es lo que es, qué filósofa ni que ni niño muerto! —me interrumpió bruscamente, mientras se alejaba de mí—. Y, como tal, es astuta, ambiciosa y de poco

fiar. Tú no haces más que ir detrás de ella, hijo mío. Haz caso a tu madre: encuentra una mujer de bien. Y hazlo lo más pronto posible, si no quieres prolongar mi disgusto y el de la gran Hera.

No sin esfuerzo conseguí en cierto modo hacerle cambiar de conversación. Le pedí que visitara el huerto de olivos. La casa de mi madre se encontraba un poco fuera de Las Largas Murallas, allí donde termina la ciudad y comienza la yerma y pedregosa campiña del Ática. En la parte de atrás se abría una pequeña y graciosa parcela delimitada por un murete de simples piedras amontonadas una sobre otra. En torno a los troncos retorcidos de los olivos lujuriantes, algunas siervas diligentes sacudían las ramas. A cada sacudida, una lluvia de aceitunas inundaba el árido suelo produciendo un grato crepitar. No lejos de allí se encontraba el molino de aceite en el que mi madre producía ungüentos perfumados para el cuidado del cuerpo que vendía en el mercado del barrio del Pireo. Ella misma no evitaba los trabajos más duros y no raras veces se ocupaba personalmente de la molienda de las olivas. Apenas pusimos los pies en el huerto, mi madre escrutó con ojo vigilante el trabajo de las hacendosas siervas. Pero se veía que su mente estaba en otra parte. Un velo de tristeza ensombrecía su semblante.

—No padezcas por mí. —Traté de tranquilizarla.

Esta vez fue ella la que cambió de tema de conversación.

—La cosecha de la aceituna está yendo estupendamente, aunque la venta de los ungüentos este año no está dando los beneficios que se esperaban. Tendría que comprar un caballo y algunos esclavos musculosos, pero no conseguiré ahorrar gran cosa.

—Sabes perfectamente que deberías venderlo todo y trasladarte a mi casa.

—No pienso dejar la casa y el molino de tu padre. No tienes ni idea del esfuerzo que le costó reunir todo esto.

—Al menos deja que te ayude. Lo haré de manera que tus mercancías sean exportadas más allá del Bósforo. No te faltarán los beneficios.

Mi madre meneó la cabeza y ahuyentó las preocupaciones. Le cogí las manos. Ella me besó en una mejilla.

Justo en ese momento llegó Estrepsíades poniendo el grito en el cielo.

—¡Han detenido a Eurifemo, el hijo de Faón el curtidor!

—¿A Eurifemo? ¿Qué Eurifemo? —exclamé yo sobresaltándome.

—¡Lo juro por las hijas de Nereo, protectoras de los hombres de la mar; que Poseidón me aspe si lo que cuento son patrañas! Tan cierto es como que el dios Sol me da en la cabeza: a Eurifemo lo han metido en prisión. Hace poco la guardia ha ido corriendo a su casa y se lo han llevado. Dicen que su padre, Faón el curtidor, y su vieja han armado un escándalo, pero con setenta años cumplidos no han podido nada contra la guardia armada. ¡Y lo que no le han hecho a la mujer, por los cuernos de Quirón! Chillaba tan fuerte que uno de la guardia, para hacerla aflojar, le ha golpeado en la cara.

Eurifemo...

No oía ese nombre desde hacía muchísimo tiempo.

Eurifemo era un hombre que tenía sus años.

Vivía con sus padres ya mayores, Faón, precisamente, y la madre Abrotono. No tenía mujer ni hijos. Tampoco oficio ni beneficio. Ni se le conocían amigos. Nadie lo quería en el Falero; es más, todos lo temían y se mantenían lejos de él. Se decía que con la llegada del plenilunio sufría una horrenda metamorfosis. El hombre huraño y taciturno que se podía encontrar de día por las calles del Falero, con la aparición de la luna llena tomaba el aspecto de una inmunda fiera sedienta de sangre. Sus dientes se aguzaban con si fueran verdaderas zarpas. La pelusa que cubría todo su cuerpo se tupía en exceso, así como la barba y los cabellos, que se volvían duros e hirsutos. Lo que resultaba al final de este prodigio, afirmaban algunos testigos que juraban por Zeus haberlo visto en persona, no era ni humano ni bestial. Era, como desde hacía años todos lo llamaban en Falero, un licántropo. Todo el demos de Falero despreciaba a Eurifemo. Cuando vagaba de noche por los caminos presa de la locura, nadie se atrevía a salir de casa. De rostro deforme, espantoso como un cíclope, andaba por los caminos echando espumarajos por la boca para colmar su insaciable sed de sangre. Como un lobo salvaje, ululaba a la luna y se lanzaba a la caza de una presa a la que desgarrar. Las más de las veces sus víctimas eran las ovejas de los ganaderos del demos. Más raramente había cazado animales salvajes, ciervos y jabalíes. Sin embargo, nunca había causado daño a ciudadano alguno ni tampoco a un solo esclavo. Pero más de uno en el Falero temía que, antes o después, ansiaría sangre humana.

—¿De qué se le acusa? —pregunté a Estrepsíades.

—Dicen que esta noche ha matado a un hombre.

—¡Por todos los dioses! ¿A quién?

—No lo sé. El pastor Tirseno ha descubierto un muerto tieso en las cercanías de su propiedad. ¡Parece que ha sido desgarrado!

—Es evidente que hay un error. Todos saben que Eurifemo va solo a la caza de bestias.

—Hasta esta noche, según parece. También había luna llena... —replicó Estrepsíades.

—¡No puede ser! —exclamé angustiado.

—¿Por qué no crees que un monstruo semejante puede haber cometido un homicidio? —preguntó mi madre cuyas manos tenía aún estrechadas.

Le dirigí una segunda mirada contrariada.

—Si supieses lo que yo sé de él, no te lo creerías ni tú.

—¿Por qué? ¿Qué sabes? —preguntó llena de curiosidad.

Estuve a punto de revelarlo. Luego me contuve.

—Lo siento, pero hace mucho tiempo que me juré que no hablaría de ello con nadie.

Mi madre frunció los labios. Dos arrugas le surcaron las comisuras de la boca. No toleraba que le guardase ningún secreto.

Decidí irme inmediatamente. Me despedí de ella que me dijo adiós con una cierta frialdad.

La noticia de la detención de Eurifemo me atormentaba el corazón. No podía permanecer un solo instante sin hacer nada. Ordené a Estrepsíades que fuera en busca del carro y de mi asno para luego llevarnos al lugar del crimen.

Subimos por un sendero pedregoso que llevaba a la propiedad de Tirseno. Bajo un sol abrasador, las pezuñas de mi asno favorito crepitaban a cada tranco. Las cigarras chirriaban entre las espigas de trigo y los arbustos secos del páramo, olorosos a mirto silvestre. Las moscas no nos daban tregua. Pasamos junto a un antiguo templete en estado ruinoso. En otro tiempo consagrado al culto de Pan, había quedado reducido ya a refugio de borrachos y de caminantes sin techo. Precisamente uno de estos muertos de hambre —y de sed— se arrojó en medio del camino y nos obligó a detenernos.

—¡Un óbolo para un trago! ¡Sed caritativos con un mísero andrajoso sediento! —imploró mascullando las palabras con la boca desdentada.

—¡Fuera de mi vista, pedazo de imbécil! —Le insultó Estrepsíades.

—¡Baja del carro y verás quién de los dos es el imbécil! —vociferó el otro tambaleándose como una barca en medio de la borrasca.

A Estrepsíades se le subió la sangre a la cabeza. Bajó del carro y se golpeó con los puños el pecho poderoso.

—¡Adelante! —tronó—. ¡Demuéstrame de qué eres capaz!

Fui rápido en intervenir antes que mi esclavo hubiese hecho picadillo al mendigo.

—¡Por Cástor y Pólux, Estrepsíades, vuelve a subir al carro y vayámonos!

Resoplando como un toro, Estrepsíades se volvió y me miró de arriba abajo con ojos rojos de rabia.

—¿Has oído eso, amo? Por más esclavo que sea, no me dejo pisotear por un gusarapo que tendrá la mitad de mis años. ¡Para evitarlo, Midas por momentos se hacía el cojo!

Midas era el nombre de mi asno. Lo había llamado como el famoso rey de Lidia, que, en el mito, recibió de Dioniso el don de transmutar en oro todo cuanto tocaba y que, luego, debido a su codicia, transformó en oro también a sus seres queridos. Y fue también Midas quien, en el certamen musical entre el dios Apolo y el mortal Marsias, se atrevió a atribuir la victoria a este último, de suerte que recibió del dios por desquite unas enormes orejas de asno. Tenía yo mucha simpatía por aquel animal melancólico por naturaleza, en el que, por dicha actitud, me reconocía plenamente. Lo mantenía a menudo a mi lado desde que me había vuelto rico. Lo necesitaba para recordarme a mí mismo que no debía atribuirme demasiados méritos por mis glorias para no exponerme a incurrir en la cólera divina.

—La verdad es que te pican las manos demasiado fácilmente —dije a mi esclavo

—. Mira que no eres ya un jovenzuelo. Yo en tu lugar no iría buscando desafíos arriesgados con unos jóvenes en la plenitud de sus fuerzas.

Estrepsíades se puso tieso y se encerró en un silencio cargado de indignación. Enseguida me arrepentí de haberme dirigido a él de aquel modo, pero sabía que para frenar sus instintos no podía hacer otra cosa que ser brusco. Mi esclavo sentía una gran devoción por mí. Antes que replicar a una afirmación mía, se habría arrancado la lengua de un mordisco. También su silencio era, en aquella tesitura, una prueba de su inmensa fidelidad. Estrepsíades saltó dentro del carro, que se bandeó por su peso, y fustigó al asno. Midas reanudó el camino lentamente.

—¡Bravo! ¡Lárgate antes de que te muela a palos! —imprecó el borracho hasta que desaparecimos de su vista.

Poco faltó para que Estrepsíades echara llamas por las fosas nasales. Finalmente se calmó.

Tirseno era un pastor viejo y huraño. A causa de su pésimo carácter no había tenido nunca ningún amigo. Un auténtico misántropo. A quien iba a verle, no le lavaba los pies con agua, como enseña la ley de Zeus, sino la cabeza con el contenido de su orinal. Es fácil comprender, pues, la razón por la que ni siquiera los mendigos llamaban ya a su puerta. Desde siempre salía de casa a la puesta del sol. Únicamente dejaba su propiedad para dirigirse al mercado de los ribereños, abajo en el Pireo, con objeto de vender queso y lana. A quien le pedía un descuento sobre el precio de los productos, le respondía con insultos humillantes. Se decía que hasta su mujer se había hartado de su carácter y que lo había abandonado muchos años antes.

Su casa, apartada de todo y de todos, se alzaba más allá de una colina. El sendero que había que tomar para llegar a ella arrancaba al pie de la propia colina, en las cercanías de un pequeño altar caído en desuso desde hacía tiempo, adonde llegamos con el carro.

Estrepsíades y yo nos quedamos asombrados al notar que en aquel lugar, generalmente poco frecuentado, se había reunido una gran multitud. Parecía que el demos al completo se hubiera reunido allí donde arrancaba el sendero. En el centro de aquel gran número de curiosos destacaba Tirseno. Estaba de pie sobre el altar. Discutía con los presentes y acompañaba sus palabras con grandes aspavientos. Su rostro ajado se hallaba arrebatado por el relato, como el de un rapsoda. A cada palabra, la crespada barba oscilaba como una oleada espumosa. Sus ojos relampagueaban e impresionaban a los presentes que lo escuchaban boquiabiertos. Nunca se le había visto tan acalorado y ansioso de hablar con otros hombres.

El forzudo Estrepsíades me abrió paso entre el gentío. Enseguida llegué hasta la primera fila. A los pies del altar, sobre la tierra árida, yacía un cadáver panza arriba. Resultaba espeluznante verlo. El cuerpo estaba completamente recubierto de unos horrendos desgarros. En varios puntos, en brazos y piernas, habían sido arrancados fragmentos enteros de carne. Un desgarrón horrendo se abría en su cuello, en correspondencia con la carótida. La víctima era un hombre tosco, bajo de estatura y

de ancho vientre. Pantorrillas hinchadas, manos pequeñas, brazos cortos y peludos. Debía de tener aproximadamente unos cuarenta años. Estaba salpicado de mantillo húmedo. Tenía el cabello graso. Polvo y barro manchaban el quitón y los miembros al descubierto. Tenía la cabeza doblada hacia un lado. Los ojos desorbitados mirando a un punto del infinito. En el cuello, bien visible por la torsión de la cabeza, era imposible no advertir ese horrible desgarrón. Me demoré en la contemplación de aquella herida y me estremecí a pesar del calor sofocante. Podía verse el cadáver inerte, como favoreciendo una tétrica vanidad. Un enjambre de moscas zumbaba en torno a las heridas negras de sangre coagulada. Llamé a Estrepsíades a mi lado.

—Regístrale.

Estrepsíades desorbitó los ojos.

—¡Ni pensarlo!

—¡Haz lo que te digo o, en cuanto nos vayamos de aquí, te venderé en el mercado del Ágora!

Estrepsíades barbotó algo que no comprendí. Miró a su alrededor, resopló resignado. Finalmente se inclinó y con aire de desagrado palpó convenientemente el quitón del muerto.

—No tiene nada encima.

Noté que Estrepsíades se frotaba las yemas con fuerte repulsión.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

—El cadáver está impregnado de algo viscoso. ¿Será baba de licántropo? Por Zeus, espero no buscarme ninguna maldición... ¿y si también yo me convirtiera en licántropo por culpa de esta materia viscosa?

—¡Si sigues hablando, haré que te den unos latigazos como se hace con los mulos! Ahora da una vuelta por alrededor. Descubre si alguien sabe cómo se llamaba en vida.

Estrepsíades se limpió las manos en el quitón de un individuo que le daba la espalda y desapareció entre el gentío. En ese momento agucé el oído para escuchar el relato de Tirseno.

—... Esta mañana, os digo. Ayer por la tarde no estaba. He reparado en él al volver de llevar las ovejas a pacer. Debe de haber ocurrido esta noche. No hace mucho he sacado las ovejas del aprisco y he bajado al sendero. ¡Al llegar al altar, por Zeus, poco ha faltado para que me quedara muerto del susto! Llego, ¿y qué veo? Un muerto, este de aquí, tendido como lo veis con vuestros propios ojos. ¿Qué clase de animal ha podido provocar esta carnicería? ¿Un oso tal vez? Ni pensarlo, pues nunca se ha visto ninguno por estos lugares. Entonces, por Zeus, he pensado un poco sobre el particular y he venido. Tras ensillar el mulo, he ido a toda prisa a poner la denuncia. ¡Y mis motivos tenía para hacerlo! Por todos los dioses, poco después la guardia ha arrestado a Eurifemo. ¡Lo han sorprendido en su casa empapado todavía de la sangre de este pobre!

—¡Bien hecho, viejo! —aprobó alguien a mis espaldas.

—¿Quién si no el licántropo habría podido dejar en semejante estado a este pobre desgraciado? —continuó algún otro.

La multitud acompañó estas palabras con gritos entusiastas.

—¡Ya decía yo que ese era peligroso! —tronó un tercero.

—¡A ese hay que despeñarlo desde las rocas! —exclamó otra voz por detrás.

—¡Bravo, Tirseno! Gracias a ti nos hemos librado por fin de una auténtica amenaza. ¡Que Atenea nos libre de ella de una vez por todas!

—¡No veo llegar la hora de asistir al juicio, por más breve que este sea, pues la condena se da por descontada! —dijo un viejo desde dentro de la multitud—. ¡En las tablillas de los jueces, la cera está ya marcada con la condena!

Más allá del gentío, noté que Estrepsíades me hacía señas. Consideré que había escuchado ya bastante. Me abrí paso y me alejé. Me reuní con Estrepsíades.

—¿Has descubierto algo?

—La víctima se llamaba Epígenes, del demos de Prasia.

—Prasia se encuentra en la bahía del puerto Rafti, en la costa oriental del Ática. De ahí las naves ponen rumbo a Delos. Está más bien lejos de aquí. ¿Qué vino a hacer uno de Prasia a esta colina perdida del Falero? ¿De qué vivía?

—Parece que no era de fiar. Alguien que andaba metido en asuntos turbios. Pero sobre todo se dedicaba a criar gallos de pelea.

—Aquí no hay gallos que hacer pelear en las timbas del Ágora. ¿Qué había venido a hacer por aquí, tan lejos de casa, en plena noche?

—¿Qué importancia puede tener, amo? —repuso Estrepsíades—. Haya venido para lo que haya venido, es irrelevante.

—Déjame pensar. Quisiera comprender lo que puede haber sucedido —dije a mi esclavo.

—¡Ya empezamos! —Soltó Estrepsíades llevándose las manos a los cabellos—. ¡Tú y tu idea fija de las causas de los tribunales! Yo te diré cómo ha sido la cosa: esta noche Eurifemo se encontraba en las cercanías para robarle una oveja a Tirseno. Este ha visto a Epígenes merodear por los alrededores y le ha saltado al cuello.

—No es posible, te digo. Eurifemo no hace daño jamás a los seres humanos.

—¿Cómo puedes estar tan seguro de ello? —preguntó Estrepsíades, pero enseguida se dio cuenta de que su pregunta ponía en duda la palabra de su amo. Por eso se corrigió casi al vuelo para no ser juzgado de impertinente—. Podría haberlo confundido realmente con un animal. ¿Has visto lo feo que es? ¡Si parece un jabalí!

—No te hagas el gracioso. Esta noche el cielo estaba iluminado por la luna llena. Con esa luz, hasta un ciego distinguiría un jabalí de un hombre, por más feo que hubiera sido este último.

—Podría haberlo sorprendido mientras estaba a punto de remontar el sendero hacia la casa de Tirseno. ¿Y si lo hubiese confundido con un ladrón de ovejas? Podría haberlo agredido por temor a que se le llevase su presa nocturna.

—¡Te he dicho que Eurifemo es incapaz de hacerle daño a un ser humano, por

Cástor y Pólux!

Me dejé ir y así levanté tanto la voz que todos los presentes se volvieron hacia nosotros dos. Hasta Tirseno interrumpió su relato. Estrepsíades se quedó mortificado por haberme contradicho. Hizo un aparte conmigo, lejos de las miradas indiscretas, y sin añadir nada más puso fin a su informe.

—Parece que el tal Epigenes deja una viuda en Prasia. Una tal Esteno, una meteca que antes de convertirse en su mujer era su protegida.

—Interesante. Muy interesante. Has hecho un buen trabajo —comenté—. Amargado, me volví hacia la multitud, de nuevo atrapada por el relato de Tirseno.

—El Falero al completo está dispuesto a dejar condenar a un pobre loco incapaz de defenderse —dije a Estrepsíades—. Ese pobre desgraciado no encontrará a nadie dispuesto a ayudarlo. Sus padres mayores son demasiado pobres para poderse permitir contratar a un buen logógrafo que se ocupe de la defensa de su único hijo. Y francamente, creo que hasta el más filántropo de estos se negaría a hacerse cargo de una causa que parece perdida de antemano. La condena por parte de los ciudadanos, en estos tiempos, representa ya media sentencia. Ningún logógrafo de prestigio se atreverá a ir en contra de la opinión corriente, por más estúpida e injustificada que esta sea. Se jugaría su credibilidad política. Cualquier jurado se dejará influir por los rumores del demos, que tachan a Eurifemo de ser un licántropo; cualquier defensa que se intente será poco menos que ineficaz, si no se apoya en un buen número de pruebas contundentes de su inocencia. Si alguien no ayuda a ese pobre desgraciado, su condena no tardará en figurar en las tablillas de cera de los jueces. No hay tiempo que perder, Estrepsíades. Estoy seguro de que la vista se celebrará como muy tarde mañana. Ponte las alas en los pies y corre al Areópago. Anuncia que la defensa de Eurifemo está constituida y que se presentará puntual a la vista.

—Y, en nombre de Hera y de Apolo, ¿quién sería el loco dispuesto a arruinar su reputación por defender ante el tribunal a un licántropo contra una acusación de homicidio por la que está ya condenado?

—Yo, por Cástor y Pólux. —Respondí.

—¿Tú, amo? Pero si tú eres un mercader. No tienes ninguna experiencia en el arte oratoria. ¿Acaso crees que bastará con tu pasión por los juicios para hacer de ti un logógrafo capaz de salvar a ese loco de la condena? En el tribunal la acusación te comerá vivo.

—Es probable que así sea. Pero no dejaré que ese desventurado sea condenado sin haber intentado siquiera salvarlo.

Mandé a Estrepsíades que se dirigiera, incluso antes que al Areópago, al templo de Asclepsio para preguntar por Arquelao, el médico. Debía de haber corrido a examinar el cuerpo de la víctima que la guardia había de venir a retirar para las honras fúnebres. Que dejase cualquier otro compromiso. Ya me encargaría yo de sus honorarios.

—Mientras, ¿tú que harás, amo?

—¡Vaya pregunta! Prepararé la defensa para la vista.

Estrepsíades abrió los brazos.

—Por Zeus, y ¿y sobre qué base?

—Lo reconozco, por ahora no tenemos ningún elemento en favor de Eurifemo. Solo espero evitar una condena inmediata. Si consigo prolongar el proceso, quizá tengamos tiempo suficiente para buscar las pruebas de su inocencia.

Estrepsíades meneó la cabeza.

—Pero ¿por qué quieres arriesgarte a una empresa tan carente de sentido?

El corazón me brincó en el pecho. Sentí que las lágrimas humedecían mis ojos.

—Hace mucho tiempo que hice una promesa. Y ha llegado el momento de mantenerla. Eurifemo sería incapaz de matar a un hombre. Debo ayudarlo o para él será su final.

CAPÍTULO III

En el que Apolófanes descubre un punto flaco en la acusación

Me presenté a lomos de Midas ante los padres de Eurifemo y anuncié mi decisión de defender en los tribunales a su único hijo.

La casucha de los dos ancianos era un tugurio de barro. Apestaba a queso rancio y a estiércol de asno. El escaso mobiliario era de madera gastada.

Gastada como los cuerpos y las almas de esos dos ancianos padres. Sentados el uno junto al otro, seguían mirando al suelo, estrechamente abrazados. Los quitones que vestían estaban devorados por la polilla. Sus rostros estaban tensos y angustiados. Faón el curtidor limpiaba con amorosa solicitud el ojo amoratado de su anciana mujer. La guardia no la había perdonado en absoluto. La tristeza en la que se hallaban sumidos los envejecía más aún si cabe. Yo hablaba y ellos me escuchaban en silencio. Ni un gesto de asentimiento. Ni una muestra de gratitud.

Me temí que su indiferencia a lo que yo consideraba un generoso ofrecimiento se debía al problema de mis honorarios. De modo que me apresuré a aclarar que no pediría compensación alguna; es más, que asumiría yo todos las costas del proceso, tanto en caso de éxito como de fracaso.

En aquel punto hubo una reacción, como mínimo inesperada. La vieja Abrotono se levantó del escabel, se acercó y me miró de arriba abajo. El ojo sano era amenazador como el de la Moira.

—¡Solo faltaría que nos hiciese también pagar! —dijo y me dejó de piedra, puesto que, como desconocido que era para ellos, consideraba haber hecho un ofrecimiento más que generoso. El mío era un gesto desinteresado. Me esperaba al menos unas palabras de gratitud.

—Mi hijo es inocente —prorrumpió la anciana mujer, como si me hubiese leído el pensamiento—. No estamos dispuestos a comprar su salvación. Si todavía existe un dios al que le importa la Justicia en esta ciudad, tú salvarás a Eurifemo. De lo contrario, en un mundo en el que reina la injusticia, aceptaremos, aunque a regañadientes, que nuestro hijo, un inocente, sea condenado.

A partir de ese momento, la promesa que me había llevado a tomar la defensa de Eurifemo pasó a ser para mí un deber ético. Tras haber escuchado las palabras de la vieja Abrotono, salvar a Eurifemo de la condena se había convertido en el sumo bien a perseguir no solo por mí, sino también por mi ciudad entera. Sentí todo el peso de la responsabilidad que había asumido, ya que nadie creía en la inocencia del licántropo. Juré así a Atenea que no ahorraría ningún esfuerzo para exculparle, a fin de que la Justicia, pese a chocar con la opinión de la mayoría, reinase una vez más en Atenas.

—Solo tengo una pregunta que hacerles —dije temiendo oír justo la respuesta que

no tardaron en darme—. ¿Dónde se encontraba Eurifemo la pasada noche?

El viejo curtidor levantó cansinamente la mirada y fijó sus ojos líquidos en mí.

—¡Solo los dioses lo saben! —dijo suspirando—. Hace años que no conseguimos retenerlo en casa en las noches de luna llena. No tenemos ni idea de adónde fue.

Sus palabras hicieron que se hundiera el suelo bajo mis pies. Traté de encontrar un asidero al que aferrarme.

—A su vuelta, ¿le notaron rastros de sangre encima?

Los dos ancianos se miraron espantados, como si les estuviese tomando el pelo.

—¿Rastros? —repitió Faón dándose unas palmadas en las rodillas—. De los pies a la cabeza estaba cubierto de sangre, como después de cada noche de luna llena. Y así lo sorprendieron hoy y se lo llevaron a prisión.

Tras dejar a los padres de Eurifemo, fui de casa en casa para interrogar a los vecinos del Falero. Pregunté si la noche anterior alguien había visto u oído a Eurifemo en el curso de sus locas correrías. Muchos lo habían oído ulular y correr de aquí para allá salvajemente por el demos, pero nadie me supo dar ninguna información útil para hilvanar una defensa vagamente eficaz. Cuando luego los interrogados comprendían que me interesaba por Eurifemo porque iba a asumir su defensa en el proceso, todos se encerraban en un silencio sepulcral y acababan por darme con la puerta en las narices. Únicamente conseguí sacar una información vaga, fragmentaria, y un montón de insolencias. Sin embargo, no me desalenté. Examiné minuciosamente todos los rincones del Falero. Me puse a buscar cualquier pista, cualquier señal dejada por Eurifemo durante su vagabundeo nocturno. Pero todo fue inútil.

Extenuado y desmoralizado, imprequé contra mí mismo. ¡Había perdido todo aquel tiempo en una búsqueda que no había dado resultado alguno! Habría podido estudiar un alegato de defensa decente o, al menos, habría podido hacer una visita a la viuda de Epigenes, en Prasia, para tratar de descubrir algo sobre la víctima. Pero era ya demasiado tarde. No me quedó más que encaminarme desconsolado hacia casa.

No había recorrido mucho camino cuando me crucé con una silla de manos, transportada por dos esclavos, que avanzaba en dirección contraria a la mía. Una vez que hubo pasado por mi lado, oí a los esclavos detener el paso a mis espaldas y una voz femenina llamarme. Me volví. Por la ventanilla de la silla de manos un brazo femenino adornado de joyas doradas apartó la cortinilla opaca. Asomó apenas Filoxena.

—¡Estaba segura de que eras tú! —dijo.

A diferencia de nuestro último encuentro, llevaba el cabello recogido en una larga trenza enrollada sobre la cabeza en forma de corona, sujeta con alfileres de oro. Estaba tan hermosa que se hubiera dicho una diosa.

—¿La Fortuna, Tique, o bien la Necesidad, Ananque, quiere que nos encontremos de continuo? —pregunté volviendo sobre mis pasos.

Me reuní con la bella filósofa en su silla de manos.

El rostro de Filoxena se iluminó con su bonita sonrisa que la hacía semejante a las diosas más antiguas.

—La Fortuna y la Necesidad eligen por nosotros el comienzo de nuestra vida. Pero corresponde a cada uno de nosotros mantener una conducta virtuosa o bien ruin. Así pues, queremos dar un sentido a estas invitaciones insistentes del Hado, y extraer algo de virtuoso de estos encuentros nuestros, ¿o lo dejamos correr?

A estas palabras, abrió de par en par la silla de manos y me invitó a subir. Una vez hube montado, me senté enfrente de Filoxena. El cubículo era exiguo. Mis rodillas tocaban las de mi anfitriona.

—Tal vez fui un poco demasiado duro con ese discípulo tuyo durante mi última visita.

—No tienes ningún motivo para lamentarlo. Como pudiste notar, no siempre los discípulos reciben las mejores lecciones de sus maestros. Hubiese preferido que te quedaras a hacernos compañía.

Reí.

—¡Dudo que ellos piensen lo mismo! Y además me cuesta creer que eches de menos la digna compañía masculina. Filas de hombres mucho más interesantes que yo me imploran cada día el tenerte cerca.

Filoxena sonrió.

—Más influyentes seguro —me corrigió—, pero más interesantes no.

Me ruboricé. Me esforcé en pensar algo oportuno que decir. Pero no se me ocurrió nada. Por eso hice caso a Eurípides, según el cual «el silencio para los sabios es una respuesta». Y, efectivamente, el silencio me recompensó.

—Tienes un espíritu noble, Apolófanes. Tu determinación te hace grande. Eres prudente y rico, y sin embargo no te enorgulleces de ello.

—¿Por qué debería hacerlo? Son los dioses los que establecen la gloria o la ruina de los hombres.

—Al contrario, como he dicho antes, los hombres poseen la facultad de elegir por sí mismos el camino de la virtud o el del vicio.

Sonreí halagado.

—Eres una mujer que no hace ningún misterio de lo que piensa.

—Soy una mujer libre. De mis opiniones no respondo ante nadie más que ante mí misma. Ello no gusta a todos, especialmente a los hombres, a la mayoría de ellos, quienes quisieran recibir siempre de las mujeres adulaciones y no oír nunca la verdad.

Me preguntó a dónde me dirigía. Le expliqué mi decisión de defender a Eurifemo ante el tribunal y de mis intentos infructuosos por encontrar elementos útiles para exculparlo de la acusación de homicidio. Filoxena se quedó impresionada. Se llevó una mano a la boca y rio.

—¡Así que has decidido dedicarte a la logografía, por lo que ya sé a quién dirigirme si alguien me acusa de lenocinio! —añadió, haciéndome sentir más

incómodo aún.

Ella se dio cuenta. En su rostro se dibujó una sonrisa embarazosa.

—No era mi intención ser descortés. Tu decisión de prestar ayuda a un hombre cuya condena es poco menos que segura te honra. Te ruego que me permitas reparar de algún modo mi falta de sensibilidad.

Fue entonces cuando me volvió a la mente el lugar en el que el Hado había querido hacerme encontrar a Eurifemo mucho tiempo antes. Una fuente de atracción y de terror en los tiempos en que era todavía un chiquillo.

—¿Podrías llevarme? —pregunté.

Filoxena sonrió y sacó una mano fuera de la ventanilla.

—Dirígete a mis esclavos. Diles a dónde deseas que te lleven. Y te llevarán al sitio que sea.

Me asomé de la silla de manos y ordené al esclavo de cabeza:

—A la «Cueva del Héroe», rápido.

Hacía años que no volvía a aquel lugar. Se trataba de una hendidura del tamaño de un codo a lo largo de la pared rocosa de la costa, no lejos del antiguo puerto del Falero. En otro tiempo de ahí debía fluir directamente al mar un manantial de agua subterránea, puesto que los bordes de la abertura estaban pulidos. Llegamos a la playa rocosa desde la que se subía a la espelunca cuando el sol iniciaba su ocaso. Los esclavos se detuvieron ante la entrada de la pequeña gruta. Yo bajé de la silla de manos y di las gracias a Filoxena por haberse ofrecido a llevarme. Ella se asomó a la ventanilla.

—Por ninguna razón me perderé tu discurso de defensa en el Areópago. Estoy segura de que tendrás éxito.

Ese arrebató de admiración me alentó. Filoxena dio el mando a los esclavos que volvieron a partir rápidamente por el camino por el que habían venido.

Una vez a solas, me introduje en la cavidad. Con el apoyo de Atenea no necesité mucho tiempo para encontrar lo que buscaba. Tras aquel importantísimo hallazgo, debía asegurarme de algunos elementos. Volví atrás a pie e inspeccioné cuidadosamente la propiedad de Tirseno. A continuación, con ansia frenética examiné una vez más todo el resto del demos. Cuando hube terminado, el sol se había puesto. Estaba exhausto, pero satisfecho.

El mar reflejaba la luz pálida de la luna en fase menguante. Mi casa se alzaba en la costa baja cerca del antiguo puerto del Falero. Siempre había deseado vivir en un lugar donde poder contemplar en todo momento la grandeza del reino de Poseidón. Las naves atracadas en los muelles se mecían con la plácida marea.

Estaba la mayoría de la gente sumida en el sueño cuando crucé el umbral, extenuado y hambriento. Los esclavos me recibieron y trajeron el agua para limpiarme las manos y los pies. Ordené que me preparasen un baño en el andrón y

una cena abundante. Fui a la sala principal iluminada por las antorchas que pendían de las paredes. El hermoso suelo decorado en mosaico estaba debidamente reluciente. En él destacaban los motivos florales alternados con los de la caza del ciervo y del jabalí. Trajeron el barreño. Las siervas acudieron con los lebes y las llenaron hasta el borde. Me despojé del quitón polvoriento y lo dejé sobre un asiento. Una vez desnudo, me sumergí en el agua restauradora. Me quedé en remojo, con la mirada vuelta hacia el techo. Contemplé la preciosa decoración en taracea del reluciente techo, iluminada por la trémula luz de las antorchas, y los frescos que reproducían las constelaciones. Me demoré durante unos instantes en la vista de Orión. En su arco apuntado contra el Toro. Tratando de no pensar en nada, dejé caer la cabeza hacia atrás y cerré los ojos. El suelo se inundó de agua derramada.

Mi mente voló hacia Filoxena y nuestros dos encuentros de aquel día. A continuación voló hacia mi madre y sus pretensiones a propósito de la boda. De haber sido Filoxena la única mujer disponible, no habría dudado ni un instante en hacerla mi mujer. Pero Filoxena se bastaba a sí misma. Satisfacía cada uno de sus deseos a través de la filosofía. Por eso, un marido era lo último que buscaba.

El baño restableció mis agotados miembros. Salí de la pileta. Las siervas me secaron con paños de lino y ungieron mi cuerpo con aceite aromatizado. Me puse una túnica recién lavada y me acomodé en el asiento. Luego secaron el suelo con unas esponjas y me sirvieron un plato de plata lleno de carne asada. El aroma estimuló más aún mi apetito. Durante aquella larga jornada no me había llevado nada a la boca. Alargué las manos hacia la comida humeante y mordisqueé la succulenta carne. Mis hacendosas siervas mezclaron en una crátera el espeso vino con el agua y le echaron dulce miel. Como tenía una sed de cíclope, me tomé varias copas. El vino infundió un agradable torpor a mis miembros y me relajó antes de que me hubiese puesto nuevamente manos a la obra. Me esperaba aún mucho trabajo. Hubiera preferido profundizar en las dulzuras dionisiacas y luego caer en un sueño profundo. Pero el ojo de la irrepreensible Atenea vigilaba sobre mi conducta. La Virgen guerrera no toleraría blanduras.

Terminé la cena cuando era ya noche cerrada. Me miré las sandalias. Necesitaban un buen repaso de sebo. Me encerré en mi cuarto y me senté para frotarlas con energía hasta que recobraron el lustre, como dos espejos. Entretanto reflexioné sobre la causa de Eurifemo. Ordené que solo dejaran entrar a Estrepsíades, una vez que estuviera de vuelta.

Mi esclavo regresó de ahí a poco. Entró en mi cuarto y tomó asiento. Estaba exhausto. Había corrido como yo durante todo el día. Me aseguró que el médico había aceptado mi encargo, pero había pretendido actuar sin saltarse a las autoridades y por tanto el tiempo se había prolongado más de lo previsto. Lo primero que había hecho había sido presentar al Areópago la solicitud para examinar el cuerpo de la víctima y hasta avanzada la tarde no había recibido la respuesta afirmativa. Podría visitar a Epígenes a la mañana siguiente. Estrepsíades me contó asimismo que la vista

estaba convocada para dentro de unas pocas horas. Lo que significaba que no podría beneficiarme de la consulta del médico, de la cual esperaba mucho dado que tenía en mis manos escasísimos elementos útiles para hilvanar mi alegato de defensa.

Hasta las primeras luces del día estuve estudiando junto con Estrepsíades la estrategia defensiva a adoptar a la mañana siguiente. Eurifemo había sido sorprendido en su casa por la guardia, manchado todavía de sangre de la cabeza a los pies. Estaba tratando de salvar de la condena segura a un imputado del que nadie en todo su demos, ni siquiera sus padres, sabía qué había hecho ni dónde había estado en la noche en que se había perpetrado el homicidio. Estaba solo en medio de unos enemigos. Pero, como Leónidas en las Termópilas, estaba dispuesto a defender a Eurifemo hasta sus últimas consecuencias. Solo contra todos; seguro de que Díké, la Justicia, me acompañaría de la mano y no me abandonaría.

A la mañana siguiente, el recinto en lo alto de la colina del Areópago parecía un gigantesco hormiguero. Ciudadanos provenientes de todos los demos del Ática llegaban cargados de rollos de papiro para recibir justicia sobre esta o aquella causa. Todo el que quiera salir con bien de un tribunal ateniense sabe que solo aquí, de toda la Hélade, puede encontrar un logógrafo lo bastante hábil con las palabras como para, en caso necesario, poder convertir a los oídos de los jueces la cobardía en valor, la mentira en verdad, el error en razón, la culpabilidad en inocencia. O, algo más admirable aún, la inocencia en culpabilidad. Si hay algo que no falta en Atenas son los logógrafos. Todos magníficamente hábiles en el ejercicio de la palabra, formados por los mejores maestros de oratoria. Su lengua es afilada como la hoja de una espada. Arma mortífera encerrada en la funda dentada, la lengua de un logógrafo puede decretar la vida o la muerte de un hombre. ¡Pero de muchas otras armas tenía necesidad en aquel tiempo la pobre Atenas! Hemos dicho que mi ciudad se hallaba en guerra.

Un año antes, al poco de la muerte de Alejandro, Atenas había movido a sus propios hoplitas contra los macedonios. Al término de una batalla grandiosa en Heraclea, Tesalia, nuestro estratega Leóstenes con sus mercenarios había obligado a Antípatro, *prostates* de Macedonia, y a su ejército a la retirada. Los aborrecidos macedonios habían sido derrotados en campo abierto, pero su ejército había escapado a la matanza y había encontrado refugio dentro de la fortaleza de Lamia. A partir de ese momento se había iniciado el sitio extenuante al que Antípatro y los suyos oponían una resistencia desesperada. Tras los éxitos iniciales de Leóstenes, muchas ciudades de toda Grecia habían formado una alianza antimacedonia con Atenas y habían enviado sus contingentes a engrosar las filas de nuestro ejército. Así, lo que había comenzado como una insurrección de Atenas se había convertido en una auténtica guerra helénica.

En los tiempos del caso de Eurifemo, el sitio de Lamia duraba ya casi un año. La resistencia del rey de Macedonia había sido tan obstinada que, en el curso del invierno, el propio estratega Leóstenes había caído durante el enésimo asalto a las

murallas. Pero Atenas había votado a favor de la continuación del sitio a Lamia y había enviado a un nuevo estratega llamado Antifilo. La Asamblea popular había establecido que el sitio sería proseguido hasta la toma de Lamia. Guerra a ultranza y victoria a toda costa. O bien la ruina definitiva. Antípatro tenía que morir. Y sin embargo, tras un año de sitio interrumpido, pese a las numerosas victorias y al apoyo de muchas ciudades, Atenas se hallaba en el límite de sus fuerzas y Antípatro seguía vivo. Además, con la desaparición del oro custodiado en el Tesoro de la Acrópolis, la situación se había vuelto desesperada. Por aquella revuelta no cabía si no presagiar un único epílogo, con la toma de Lamia y con la cabeza del mandamás de Macedonia ensartada en la punta de una lanza. Pero los muros de la fortaleza de Lamia tardaban en desmoronarse. ¿Por qué los dioses no escuchaban nuestras plegarias? ¿Por qué no caía Lamia, y no cesaba con ella de una vez por todas la hegemonía de los macedonios?

Todos lo sabían, pero ninguno tenía el valor de admitirlo.

La verdad era una y nada más que una.

La verdad era que, después de tantos años de dominio macedonio, la corrupción de las costumbres cundía por toda Atenas sin encontrar ningún obstáculo.

La verdad era que, para la mayoría, el amor a las armas había sido sustituido por el amor a las francachelas, al vino, a las guirnaldas de afeminados y a los quitones teñidos de púrpura.

La verdad era que tampoco el suelo sagrado de la Acrópolis había sido perdonado por la viscosa serpiente de la corrupción, que extendía por todas partes su blando vientre y que día a día difundía su ponzoña con picaduras venenosas, matando el valor de un pueblo que había ya olvidado que descendía de los héroes de Maratón. La Acrópolis, en la blanca cima del templo de Atenea Partenos, poco a poco sucumbía a los golpes de un enemigo invisible, solapado y letal.

En cuanto a mí, ayuno totalmente de retórica, dialéctica y de cualquier otra arte oratoria, estaba a punto de entrar en un tribunal en calidad de logógrafo. Las cosas en Atenas marchaban precisamente en sentido contrario. Para mí entrar en el Areópago con el ropaje de un defensor era como para un muchacho imberbe participar en una competición de pugilato en los Sagrados Juegos de Olimpia. La masacre era más que segura.

Cuando me encontré en las inmediaciones del recinto del tribunal, no tuve el valor de entrar enseguida en él. Volví sobre mis pasos y me dirigí al lado del templo de las divinidades venerables, las Erinias. Delante del santuario, me detuve bajo las estatuas de la divinidad ctónica de Plutón, Hermes y Gea. Me acordé de que, en caso de que Eurifemo fuera absuelto de las acusaciones, debería hacerles sacrificios. Entré en el templo de Atenea Area. Avancé a lo largo de la blanca columnata interior y llegué hasta la estatua de la diosa, situada en el fondo de la nave central del templo. Dejé una ofrenda. La diosa, apoyada en la lanza y con el escudo al costado, proyectaba su mirada indiferente sobre la entrada del templo. Me tumbé a sus pies y

le supliqué que me prestase su ayuda. De pronto, vencido por el cansancio debido a la noche insomne, me adormecí.

Una mano me sacudió y me despertó de improviso. Me vi bocabajo, abrazado al pie de la estatua dorada. Había babeado encima.

—¡Así que es aquí dónde te habías metido! —exclamó Filoxena sacudiéndome un brazo.

Detrás de ella, mi esclavo Estrepsíades sostenía un pesado saco sobre un hombro.

—Te están buscando por todas partes. El jurado está a punto de instituirse ¿y tú te estás aquí durmiendo?

Aturdido por el sueño, me llevó unos instantes recordar dónde me encontraba.

—Me harán pedazos, Filoxena. ¿En qué lío me he metido?

—¡Ánimo! —respondió ella radiante—. El hecho de que te hayas dormido a los pies de la diosa es una buena señal. Atenea te ha infundido el sueño de los justos para asegurarte el apoyo de Díkē, la diosa de la Justicia. Estoy segura.

—Traigo las sandalias llenas de polvo. ¿Qué pensará de mí el jurado?

Filoxena, exasperada, alzó la mirada al cielo.

—No he visto nunca sandalias más lustrosas. ¡Y ahora, vamos!

Sus palabras actuaron sobre mí como un oráculo de la Pitia. Salimos del templo, bajamos por la escalinata y nos dirigimos hacia el recinto del tribunal.

—¿Sabes una cosa, amo? —dijo Estrepsíades—. La noticia se ha propagado como si fuera por virtud de la flauta de Hermes. Todos en el Falero saben que defenderás a Eurifemo.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo se lo han tomado?

—Te desprecian. Todos. No hay vecino del Falero que hable bien de ti. Ni uno, te digo, en todo el demos. Por lo que, si no ganas, estaremos obligados a dejar la ciudad. ¿Adónde iremos? ¡Espero que no a Esparta! ¡Por Ártemis! ¡La odio! ¡Allí solo comen ese desagradable calducho negro!

Filoxena rio.

—¡Ojalá te ahogues en él, pájaro de mal agüero! —Repuse a mi esclavo haciéndole unos conjuros malignos.

El jurado estaba ya alineado en el recinto del tribunal. El sol resplandecía alto sobre Atenas, pero el viento estaba cambiando rápidamente. Ya en el horizonte se distinguían oscuros mantos de nubes que se acercaban a la costa. Negros caballos de Poseidón galopaban hostigados por el dios del tremendo tridente. La cólera del mar estaba cada vez más cerca. En el cielo, el carro de nubes argentadas conducido por Zeus estaba cargado de rayos. El padre de los dioses se aprestaba a lanzarse desde lo alto con inmensa violencia.

—El sacerdote de Poseidón había visto acertadamente —dije escrutando el mar—. Las naves que se encuentran en alta mar conocerán la cólera de los dioses Crónidas.

Dos soldados de la guardia condujeron a Eurifemo encadenado y lo arrojaron

sobre la piedra de la Violencia, la tosca piedra desde la cual los acusados asistían al juicio. Me hicieron una seña de que me acercara a mi defendido. Rebasé el recinto sagrado del tribunal. Miré fijamente con deferencia la tumba de Edipo, situada en aquel punto preciso después de que sus huesos, según la tradición, fueran trasladados desde Tebas. Avancé y me senté sobre el asiento de madera que me correspondía. El murmullo del público no hizo sino aumentar mi nerviosismo.

Eurifemo tenía el rostro cubierto de morados. En prisión debían de haberle propinado una paliza. Tal vez hasta había sido torturado. Sufría. Pero el sufrimiento del cuerpo no era nada. Había otra cosa que le hacía padecer. Temblaba. Traté de encontrar su mirada. Quería tratar de infundirle un poco de confianza. Pero Eurifemo mantuvo los ojos fijos en el suelo. Pareció no reconocermelo. ¿Porque me había olvidado? ¿Porque había olvidado la promesa? Su respiración retumbaba en el éter. Permaneció inmóvil, en aquella calma aparente propia de las fieras más temibles. Una calma, la suya, inestable, semejante a la de un volcán a punto de entrar en erupción. La espalda encorvada se hinchaba y deshinchaba lentamente. Los largos cabellos canosos sucios aún de sangre le colgaban pesadamente hacia el suelo. Al caerle hacia delante descubrían su cuello de toro. La barba, negra de sangre coagulada en torno a la boca, le confería un aire bestial. Brazos y piernas estaban envueltos de gruesas cadenas. Despedía un olor terrible. Con estas trazas causaba verdadera impresión. Polifemo, al término de la espantosa comida en que había devorado a los compañeros de Odiseo, debía de parecer menos terrible de aspecto. Habría tenido que ordenarle a Estrepsíades que trajese a Eurifemo más presentable. Una ligereza debida a mi inexperiencia, que jugaba en contra nuestra.

Los jueces, acomodados en los asientos en semicírculo del interior del recinto del tribunal, miraban alrededor, atónitos, a aquel monstruo de Eurifemo. El murmullo se convirtió casi en clamor. El público, apretado en un rincón junto a la entrada, se puso a despotricar contra Eurifemo.

—¡Asesino! —gritó uno.

Y fue como la chispa que hizo prender la llama.

—¡Asesino! —gritaron a coro todos los demás.

—¡A las rocas! ¡A las rocas! ¡Despeñémosle!

Estrepsíades pasó por en medio de aquel gentío vociferante y ganó la primera fila a fuerza de codos. Había sido autorizado a entrar en el recinto pese a ser un esclavo, dado que era el servidor del logógrafo de la defensa. También Filoxena ocupó un sitio entre el público. Sonrió y me hizo una indicación con la cabeza como para tranquilizarme. Encontré su presencia confortadora, puesto que ningún otro se mostraba de mi parte.

Estaban presentes asimismo los padres de Eurifemo. Los ojos cargados de tensión, las manos ajadas del uno apretadas con las huesudas de la otra. Sentí compasión por aquellos dos pobres miserables. Eran conscientes del riesgo de perder a su único, demente y querido hijo. Desde lo alto de la colina del Areópago en la que

nos encontrábamos se podía admirar toda Atenas, la de los hermosos templos.

A mi lado, la piedra de la Implacabilidad fue ocupada por un hombre ya entrado en años, de barba canosa y de cabeza calva y reluciente. Su mirada era firme y trascendía una gran dignidad. Era el logógrafo de la acusación. Ya me infundía una fuerte intimidación.

El heraldo proclamó la apertura de la sesión. De golpe la multitud que se había agolpado enmudeció. Grande fue la sorpresa para todos los presentes cuando, por parte del jurado, hizo su entrada el arconte rey, la máxima autoridad de Atenas. Era un hombre alto y distinguido, con una larga barba rizada y oscura, ojos de mirada severa rematados en unas pobladas cejas. La larga túnica que vestía hacía su figura más solemne todavía. Todos dentro del recinto, atónitos por la sorpresa, nos pusimos en pie. El arconte se plantó delante de nosotros con paso decidido y tomó asiento en el trono correspondiente al presidente del jurado.

«¿Por qué un proceso insignificante como este es presidido por la máxima autoridad de Atenas?», me pregunté.

El arconte rey entregó su corona a un funcionario, que la depositó sobre un blando cojín de terciopelo. Luego, con una sobria indicación de la mano, dio orden de empezar. En aquel punto el heraldo anunció la causa.

—Se abre la sesión sobre la causa incoada contra el ciudadano Eurifemo, hijo de Faón del demos del Falero, acusado de homicidio voluntario del ciudadano Epigenes, hijo de Aristogitón, del demos de Prasia. El alegato en defensa del imputado correrá a cargo del ciudadano Apolófanes, hijo de Mosquión, del demos del Falero. La acusación será defendida por Cratilo, de la familia ateniense de los Heraclidas. Que Atenea vele sobre el jurado y Díké la ilumine. Que nadie, ni hombre ni dios, ose discutir su sentencia, pues ella es sagrada e inviolable.

El nombre del logógrafo de la acusación me hizo un nudo en la garganta. Miré hacia el público. Filoxena se mordió los labios. Había desaparecido por completo la sonrisa de su semblante. ¡Si un dios quería jugarme una mala pasada, imposible hacerlo mejor! Como defensor de la acusación se había tomado la molestia nada menos que un *aristos*, miembro de una de las familias más ilustres de Atenas que en aquel tiempo ocupaba el cargo de pritano. Por si fuera poco, Cratilo era uno de los oradores más expertos de la ciudad. Había defendido decenas de procesos y en ninguno de ellos había perdido. Mi agitación no hizo sino crecer. ¿Por qué un ciudadano de tal envergadura se había tomado la molestia de asumir la defensa de un vulgar criador de gallos de pelea? Primero el arconte. Ahora, un pritano. ¿Por qué razón autoridades tan eminentes tomaban parte en aquel proceso?

—¿Cómo se declara el acusado? —preguntó el arconte rey.

—¡Inocente! —tronó Eurifemo antes de que yo pudiese tomar aliento o hablar por él.

Fue como si un gigante se hubiese despertado de un sueño de siglos. Su voz tonante reverberó en la colina de enfrente de la Acrópolis y retornó impetuosa como

una ola en plena tempestad. El público, que fue embestido por ella, quedó impresionado. Eco había trasportado al recinto del tribunal la voz de un dios que trataba de imponer su voluntad. Se alzó un gran clamor. En el horizonte, los resplandores de los rayos se sucedían con mayor frecuencia. Los negros nubarrones se acercaban rápidos como un ejército invasor al asalto de la ciudad. Todo ello creó desconcierto entre los presentes. Lamentablemente para mí, mi adversario no pareció en absoluto turbado frente a semejantes prodigios naturales. Muy al contrario.

La guardia restableció la calma por orden del arconte rey, luego se le dio la palabra a la acusación. Cratilo se acercó al centro del tribunal. Comenzó a pasearse adelante y atrás, lentamente, con los brazos contorsionados y la mirada contraída por una profunda tensión. Su silencio puso nervioso a Eurifemo. Por un instante los ojos de mirada despectiva del pritano, viejo zorro de los tribunales, se posaron sobre mí y captaron toda mi agitación. De ella se alimentaron. Era comida para perros y nada más, o al menos así me lo hizo sentir Cratilo. El rostro de mi adversario se endureció y se fue volviendo cada vez más decidido.

—Es tarea vuestra, señores del jurado, emitir una sentencia equilibrada e imparcial con respecto al imputado. Pues bien, sabed que no habrá necesidad de debatir largamente sobre su culpabilidad, ya que los hechos hablan por sí solos. Por más que la defensa se esfuerce, no conseguirá demostrar la no culpabilidad de Eurifemo. Mi cometido, en calidad de logógrafo de la acusación, se limitará a hacer pura y simplemente la crónica de lo sucedido. ¡Para ello bastará con una simple enumeración de los hechos con el fin de demostrar que el acusado Eurifemo no solo es culpable, sino que está también manchado de perjurio por haber declarado en falso hace poco dentro del recinto del tribunal! Para empezar, quisiera presentar el testimonio del pastor Tirseno del Falero, el primero que encontró el cadáver.

El heraldo invitó a entrar en el recinto al anciano pastor de larga barba cana. El anciano hizo su entrada con paso inseguro y se colocó enfrente de Cratilo. Tirseno pareció enseguida muy nervioso. No hacía más que arrugar el borde del quitón con ambas manos. Parecía un hombre distinto de aquel que el día antes, sin ir más lejos, hablaba como un aedo delante de la multitud que había acudido al altar en ruinas. Cratilo le dirigió una expresión tranquilizadora y luego empezó.

—Ciudadano Tirseno, te recuerdo que has sido llamado para prestar tu testimonio en un proceso y que mentir dentro del recinto sagrado del tribunal es un delito castigado severamente. ¿Fuiste tú quién encontró el cadáver de Epígenes en las cercanías de tu casa?

—Sí. Había salido para llevar mis ovejas a pacer como todos los días cuando...

—No nos vayamos por las ramas. Responde solamente a mis preguntas. ¿Notaste algo extraño en ese cadáver?

—¿Extraño? ¡Pues sí! ¡Que alguien lo había desgarrado!

De los asientos del jurado se alzó un sonoro murmullo.

—¿No podía tratarse de heridas provocadas por un arma pesada, como una maza

o un hacha? Y, además, ¿por qué dices *alguien*? ¿Ese hombre habría podido producir semejantes heridas a otro hombre?

Tirseno miró a Cratilo con deferencia. Antes de responder, se sorbió la nariz.

—Para responder por orden. No, las armas cortan. Los mordiscos, en cambio, desgarran las carnes. ¡Soy viejo, pero, por Hermes, aún tengo buena vista! Ninguna arma habría reducido a un hombre a ese estado. ¡Y, además, digo *alguien* porque el único que podría haber hecho una cosa así es Eurifemo, que es conocido en todo el Falero como el licántropo! —dijo, y señaló con el índice acusador a mi defendido.

El gesto teatral causó sensación entre los miembros del jurado.

—Pero ¿por qué perdemos tanto tiempo? —prosiguió el pastor—. ¿No veis que está todavía cubierto de la sangre de ese pobre desgraciado? ¡Hacedle abrir esa boca y ved los dientes afilados que tiene! Ese hombre no es un hombre, es una bestia terrible. Yo lo he visto cientos de veces introducirse de noche en mi aprisco, dar mordiscos a las ovejas y llevarse a rastras a esas pobres bestias a su escondite para hacerlas pedazos. Todas las veces las oigo balar en el momento en que el licántropo las roba hasta que las arrastra a varios estadios de mi casa. Lo extraño, oh jueces, es que Eurifemo no haya mordido al ciudadano hasta ayer. No que lo hiciera la noche pasada.

Cratilo se calló, dejando transcurrir astutamente algunos instantes en silencio. Luego retomó su discurso.

—Aunque la petición del testigo haya sido formulada de manera poco ortodoxa, ¡pido que el imputado muestre las fauces al jurado!

El arconte dio su consentimiento y una decena de soldados de la guardia se abalanzaron sobre Eurifemo.

—¡Alto! —Me opuse yo, pero mi tímida objeción no tuvo ningún éxito.

Eurifemo trató de rebelarse, pero contra diez robustos soldados de la guardia no pudo nada. Dos de ellos le metieron las lanzas en la boca y le obligaron a abrirla de par en par. El jurado, espantado a la vista de los dientes ensangrentados de Eurifemo, se abandonó a un clamor ensordecedor.

Complacido por la reacción provocada, Cratilo prosiguió.

—Tengo una última pregunta para ti, anciano. ¿Faltaba por la mañana alguna oveja de tu rebaño?

Tirseno meneó la cabeza.

—No, ni una.

Cratilo asintió con aire grave. Despidió al viejo pastor y llamó a testimoniar al padre del acusado. También el viejo curtidor se acercó arrastrándose con esfuerzo.

—¿Eres tú Faón del demos del Falero?

—Sí, lo soy —respondió con un hilo de voz el viejo.

—¿Es hijo tuyo el imputado en esta vista?

—Él es mi único hijo.

Esta respuesta provocó en Cratilo un momentáneo extravío. Calló durante unos

momentos. Desde la fila del jurado creció un quedo murmullo. ¿Qué le había pasado a Cratilo, hasta un momento antes dueño de la situación? ¿Por qué dudaba en proseguir?

El pritano se percató de la perplejidad que su actitud había causado entre los presentes y se recuperó con extraordinaria prontitud. Luego prosiguió.

—¿Confirmas que tu hijo se ha hecho responsable varias veces de la matanza de ganado ajeno?

—Sí, lo confirmo. Pero siempre he indemnizado a los pastores de los daños causados por mi hijo.

—Lo cual demuestra tu honradez, virtud que todos te reconocen. Tengo solamente una pregunta que hacerte: ¿dónde se encontraba Eurifemo la noche en que se perpetró el crimen?

El viejo buscó con la mirada a su anciana mujer. Luego suspiró.

—No lo sé. Se escapó de casa entrada la noche y regresó ya de mañana. No tengo idea de dónde pudo estar.

—¿En qué estado se presentó a vosotros a la mañana siguiente?

—Tal como podéis verlo ahora. ¡Excepto esos horrendos morados que marcan su cara!..., ¡pobre hijo mío! ¿Qué le habéis hecho?

El viejo Faón rompió a llorar a lágrima viva. Como no había manera de hacerlo continuar, fue acompañado a su sitio.

Cratilo prosiguió impasible.

—Trataré —dijo— de recapitular lo que sabemos. Ayer por la noche un ciudadano ateniense fue desgarrado en el Falero. En la madrugada de ayer el pastor Tirseno encontró su cadáver no lejos de su propia casa. Sabemos que Eurifemo, conocido en todo su demos como el «licántropo», durante la noche del crimen no se encontraba con su familia y no hay ningún testigo que pueda decirnos adónde se dirigió. En las noches de luna llena, Eurifemo suele merodear por los apriscos del Falero y a menudo ha destrozado ovejas, cuyos propietarios han sido puntualmente indemnizados por su muy honrado padre. Es sabido que en la noche en que se cometió el crimen había luna llena y que el aprisco de Tirseno ha sido durante años objeto de los ataques del imputado. La acusación, por consiguiente, formula la siguiente teoría. La noche de autos, Eurifemo se encontraba en los alrededores del aprisco para depredar una oveja de Tirseno. Pero no lejos de allí atacó a Epigenes de Prasia, lo desgarró y abandonó su cadáver junto a un altar en desuso. Es evidente que no asaltó el aprisco de Tirseno dado que estaba ya satisfecho de su horrible comida humana.

Entre el público se alzó un quedo murmullo de aprobación a la requisitoria de Cratilo.

—¿Cuál es, pues, la petición de la acusación? —preguntó el arconte rey arrugando el ceño.

—Pido que el imputado sea reconocido culpable y condenado a diez años de

destierro.

Terminado el discurso de Cratilo, llegó mi turno. Sin perderme en preámbulos, que por otra parte mi escasa experiencia oratoria no habría sabido hilvanar, llamé inmediatamente a Tirseno a mi presencia para el contrainterrogatorio. Eurifemo no se inmutó. Parecía ahora ya resignado a la decisión emitida por un triste Hado.

—Señores del jurado, deseo ante todo aclarar un punto en torno al cual girará la defensa de Eurifemo. Tenemos una víctima y un hombre acusado de homicidio. Por lo que respecta al acusado, sostendré que el intento de atribuir a Eurifemo la responsabilidad de la muerte de la víctima se basa en una conjetura incoherente formulada por la acusación. Demostraré, efectivamente, que no existen pruebas que certifiquen la responsabilidad por parte del imputado en el asesinato de Epigenes de Prasias...

—¡Que Zeus te fulmine, Apolófanes! —gritó uno del público.

—¡Es una vergüenza! ¡Una vergüenza! —gritó otro.

Entre el público se encendió un ensordecedor coro de invectivas que me impidió proseguir.

—¡Orden en la sala, orden! —vociferó el arconte rey poniéndose en pie.

La guardia del tribunal se las vio y deseó para hacer reinar de nuevo la calma.

Cuando reinó de nuevo el silencio, se me hizo una indicación de que prosiguiera.

Mi ánimo había quedado fuertemente turbado por esta interrupción. Sin embargo, me dirigí al viejo pastor.

—Acabas de afirmar, Tirseno, que Eurifemo acostumbra a arrastrar a un lugar las ovejas robadas.

—¡A su escondite, por Zeus! —respondió de inmediato el viejo pastor.

—¿Podrías hablarle al jurado de este escondite?

Tirseno me miró perdido.

—Por supuesto. Todos en mi demos saben que Eurifemo tiene un lugar adonde lleva sus presas para acabar con ellas. Es la gruta del Héroe en la playa del Falero. Allí dentro, a la mañana siguiente de los plenilunios, nosotros los pastores sabemos que podemos encontrar las carcasas de las ovejas que ese loco nos ha robado durante la noche.

Dejé pasar astutamente unos instantes de silencio. La pausa de Cratilo había producido un gran efecto sobre el jurado y por eso yo lo imité, obteniendo lo que deseaba: todos estaban pendientes de mis labios.

—Por tanto, es sabido que Eurifemo se introduce por la noche en los apriscos, roba una oveja, pero, para matarla, la arrastra hasta el interior de esa gruta.

—Así es.

—¿Todas las veces?

—Que Zeus me fulmine si no es así. Todas las veces.

—También has afirmado que cada vez que Eurifemo ha robado una oveja tuya, la has oído balar desde que la cogía del aprisco y que oías sus balidos a una distancia de

hasta varios estadios de tu casa.

—Y lo repito. ¡Deberías oír el balido de una oveja robada por Eurifemo! Es un lamento atroz. Indescriptible. Hace estremecerse de la cabeza a los pies.

—Siendo así, cabría pensar que te despertaste en plena noche cada vez que Eurifemo ha visitado tu aprisco.

—¿Y cómo habría podido dormir con mis ovejas balando desesperadamente?

—Pues, entonces, por Cástor y Pólux, ¿cómo estás tan seguro de que el que ha matado a Epigenes ha sido Eurifemo? Si el hombre hubiese sido agredido en las cercanías del antiguo altar, esa noche habrías tenido que oír claramente los gritos desgarradores de ese pobre desgraciado mientras gemía bajo las fauces del que tú llamas «el licántropo». Según lo que acabas de afirmar, parece en cambio inferirse que dormiste tranquilamente hasta la mañana y que ningún lamento interrumpió tu sueño. Ayer sin ir más lejos ibas contando a los curiosos del lugar que se presentaban que no te habías dado cuenta de la presencia del cadáver de Epigenes hasta la mañana, cuando te disponías a llevar tus ovejas a pacer. Decenas de testigos pueden confirmarlo.

Tirseno se quedó pasmado, masculló algo confusamente y acto seguido miró a su alrededor sin conseguir replicar. En aquel punto intervino Cratilo.

—Es evidente que el acusado agredió en otra parte a su víctima y que luego la llevó a rastras ya sin vida no lejos de la casa de Tirseno. Puede haber sucedido en Prasía. Así se explicaría por qué Tirseno no oyó ningún lamento.

Entre los miembros del jurado alguno asintió, pero la mayoría se quedó perpleja ante esta objeción. Atrapé la oportunidad al vuelo para dar la estocada.

—Esto es imposible. Eurifemo mata a sus víctimas, y corroboro que no se ha tratado nunca de un ser humano, únicamente en la gruta del Héroe. Es una especie de ritual que se repite desde hace años. Además, en su vida, el acusado no se ha alejado jamás del Falero. Todos lo saben; y si alguien lo niega, es que es un falsario. Si matase en su demos, no podría regresar a casa. Su mente es incurable. Eurifemo no está en condiciones de orientarse como un hombre cualquiera. Por tanto, si de veras hubiera agredido a Epigenes, solo habría podido hacerlo allí donde Tirseno hubiese podido oír los lamentos de la víctima. Pero Tirseno no oyó ningún lamento, señores del jurado. Eurifemo no ha matado a Epigenes. Es únicamente deficiente mental. También por esto la condena solicitada por la acusación no solo es injusta, sino hasta irresponsable. Condenar a Eurifemo al destierro equivaldría a matarlo. Recuerde el jurado que el acusado debe ser juzgado como loco que es. Todos recordarán cómo Solón, para poder hablar libremente a la Boulé y convencer a los atenienses a hacer la guerra contra los megarenses, se hizo pasar por loco y por eso no fue procesado ni condenado.

Mi última intervención dio en el blanco. La referencia a la enfermedad mental y a Solón produjo comentarios de asentimiento en todo el tribunal.

—En resumen, señores del jurado, ¡hablemos claro! ¿Quién de vosotros quiere

dar a entender que se ha tomado en serio la historia del licántropo? Ella es fruto solamente de unas banales supersticiones, que han llevado a endilgar ese absurdo epíteto a un hombre que a todos los efectos es un enfermo mental. ¡Aducir como prueba en un proceso una maledicencia semejante es un insulto a la inteligencia del propio jurado! Liberaos, si no lo habéis hecho ya, de la sujeción ejercida por ese epíteto y juzgad a Eurifemo como es debido, o según la ley. Eurifemo es un demente, esto es cierto, pero ello no quiere decir que sea el homicida de Epigenes.

El clamor que siguió confirmó la eficacia de mi última intervención. Antes de perder el efecto que había conseguido sobre el auditorio, volví a Tirseno.

—Si Epigenes hubiese sido mordido delante del altar donde tú lo encontraste, su cadáver se habría encontrado en medio de un charco de sangre. En cambio, por lo que recuerdo, en torno al cuerpo no había en absoluto el charco de sangre que debería haber. ¿Me equivoco?

Tirseno dudó en responder y lanzó una mirada indecisa hacia Cratilo. Reclamé su atención antes de consentir una réplica de pritano.

—Te recuerdo a mi vez que dentro de este recinto estás obligado a decir la verdad. ¿Había o no había rastros de sangre sobre el terreno, cerca del cadáver?

Tirseno masculló algo.

—¡Habla más fuerte, para que el jurado pueda oírte!

—No. No había rastros de sangre.

—Lo confirmo: yo mismo lo he comprobado inspeccionando toda la colina más allá de la cual se encuentra tu casa. ¿Y acaso puedes jurar haber visto con tus propios ojos a Eurifemo llevar a rastras a Epigenes hasta el altar desde otro lugar?

—¡No, por Zeus, no lo he visto! —respondió el viejo pastor exasperado por mis preguntas apremiantes.

En aquel instante Eolo liberó un viento frío y húmedo sobre la colina del Areópago. Me estremecí. Un ancho manto de negros nubarrones fue empujado sobre la costa y oscureció el sol con gran rapidez.

—¿Habéis oído, señores del jurado? —proseguí manteniendo el control ante el rápido cambio del cielo—. El testigo principal de la acusación ha encontrado el cadáver de Epigenes, pero no ha oído al acusado matarlo ni lo ha visto arrastrar el cadáver desde quién sabe donde hasta el punto en el que fue encontrado. ¿Qué valor tiene, por tanto, su testimonio con miras a una condena por homicidio de mi defendido? ¡Ninguno! Es irrelevante. Eurifemo, en base a las pruebas, no es culpable de la muerte de Epigenes.

—¡Esto hay que demostrarlo! —vociferó Cratilo furibundo.

Mis palabras le habían puesto nervioso. Dejarse embaucar por un novato no era muy honroso para un logógrafo de su experiencia. Sus ojos inyectados en sangre me miraban con profundo desprecio.

Intenté una ulterior estocada.

—Este es precisamente el quid de la cuestión, señores del jurado. Nada de cuanto

afirma la acusación es cierto. Lo acaba de afirmar mi adversario. ¿Y cómo es posible pronunciar una sentencia de condena en el curso de una vista, si no se está seguro de la culpabilidad del imputado?

—Pero, en suma —tronó Cratilo dándose a todos los diablos—. ¡El acusado no tiene una coartada y su cuerpo está completamente manchado de sangre! ¿Qué más hace falta al jurado para condenarlo?

—¡Esa sangre no es de Epígenes! —repliqué yo de inmediato.

—¿Y de quién es, si no es suya? —rezongó Cratilo.

El público y el jurado seguían nuestros intercambios en un silencio absoluto.

—No es humana. Esto es lo que el jurado debe saber.

—¿Cómo puedes asegurarlo? —intervino el arconte rey asomándose de su trono.

—Honorable arconte, permite a mi servidor que se acerque y conocerás la respuesta a tu pregunta.

El arconte rey dio su permiso. La guardia condujo a mi esclavo a su presencia. Estrepsíades hizo un amago de incómoda reverencia, tras lo cual, con unos modales cuanto menos groseros, vació el pesado saco de piel que llevaba al hombro a los pies del arconte. Cayó descompuestamente al suelo la carcasa de una oveja muerta. El arconte rey retiró las piernas horrorizado.

—¿Qué ultraje es este? ¡Traer la carcasa de un animal al recinto de un tribunal es un sacrilegio!

—Esto no es solamente la carcasa de un animal. Es la prueba de la inocencia de Eurifemo —dije justificando el gesto de mi esclavo—. La encontré ayer por la tarde dentro de la gruta del Héroe, el escondite de Eurifemo. Yacía en medio de un charco de sangre, la misma sangre que mancha aún el cuerpo del acusado.

—¿Y a quién pertenecía esta oveja? Nadie, si no ando errado, ha reclamado su desaparición —observó Cratilo haciendo rechinar los dientes.

—Pertenece a un pastor del Falero llamado Xantipo. La razón por la que no la reclamó se la podéis preguntar a él. Mi esclavo lo ha invitado a comparecer ante este jurado y ahora se encuentra entre el público.

—¡La que faltaba! —espetó el arconte rey alzando las manos al cielo y haciendo chasquear las mangas de la amplia túnica.

A una señal suya, un soldado de la guardia hizo acomodar a Xantipo en el recinto sagrado. Era un pastor joven y corpulento, de barba enmarañada que le cubría los rubicundos carrillos. Este saludó al jurado con una inclinación y se puso a hablar sin necesidad de que le hicieran ninguna pregunta.

—Lo que dice Apolófanes es cierto. Esta oveja es una de las mías. Tiene una mancha de color negro en el vellón a la altura del muslo derecho. ¿Veis? Es la marca que yo utilizo para distinguir mis ovejas de las ajenas.

Cratilo nos interrumpió con una carcajada nerviosa. Se puso en pie e intervino, a pesar de que no fuese su turno.

—Pero ¿cómo puede haberla robado Eurifemo? ¿No has oído durante la noche los

terribles balidos de los que nos ha hablado Tirseno?

—No, señor. El hecho es que Eurifemo no ha tenido que molestarse en venir hasta mi aprisco por esa oveja. El día antes la perdí mientras pacía y ya no la encontré.

—¿Puedes explicar al jurado dónde perdiste tu oveja? —pregunté a Xantipo.

—Había llevado mi ganado a pacer a la espesura del bosque, lejos de las casas.

—He aquí por qué ni tú ni Tirseno y tampoco ningún vecino del Falero oísteis los terribles balidos de tu oveja, cuando fue depredada por Eurifemo —observé yo—. ¿Por qué razón no denunciaste su desaparición?

—¿Por qué habría tenido que hacerlo? La responsabilidad era exclusivamente mía. Quien la encontró antes que yo fue Eurifemo, la otra noche. El caso es que ahora mi oveja está muerta.

—¡Serás indemnizado, te lo juro, tal como ocurrió con todas las otras! —exclamó Faón desde el público.

Xantipo inclinó la cabeza hacia él en señal de reconocimiento.

—Esto no garantiza la inocencia del imputado —tronó Cratilo—. Puede haber matado a la oveja y *también* a Epigenes.

El pritano había perdido el control y le había salido una voz con un ridículo falsete. La cabeza calva se le había enrojecido de tal forma que se hubiera podido asar carne sobre ella como si fuesen brasas. El arconte rey lo amonestó, pues había ya violado varias veces el protocolo que prohibía severamente interrumpir el alegato de la defensa. Mi ventaja había aumentado mucho. Decidí intentar el hostigamiento.

—¿Acaso no garantiza todo ello la inocencia de Eurifemo? Mi adversario reconocerá al menos que en esta vista se ha presentado más de una prueba concreta susceptible de desmontar muchas de las afirmaciones de la acusación, basadas tan solo en conjeturas que no se han visto confirmadas por una sola prueba. ¡Contra Eurifemo solo hay un montón de falsedades!

—¿Cómo te permites, vil principiante, insultarme de este modo? —vociferó Cratilo presa del demonio de la ira—. Yo te...

—¡Ya basta! —decretó el arconte rey.

Cratilo se vio obligado a tragarse todas las amenazas que estaba a punto de vomitarme y se quedó allí, rígido como una estatua de sal, con los puños contraídos y jadeando.

Para gran satisfacción mía, el arconte rey decretó que los cargos habían sido puestos por mí en tela de juicio y que por tanto el juicio proseguiría con una segunda audiencia. Pero también decretó que Eurifemo permaneciese arrestado.

Tras oír la decisión del arconte rey, el jurado salió lentamente del recinto, seguido por el resto del público atónito por el giro imprevisto que había tomado el proceso. El rostro de Filoxena estaba de nuevo distendido. Me dirigió una mirada llena de admiración y desapareció entre la multitud. Quienes no se movieron fueron los padres de Eurifemo.

La guardia se llevó a empujones a mi defendido para acompañarlo de vuelta a la

prisión. Antes de desaparecer detrás del grupo de la guardia, Eurifemo dirigió una mirada a sus seres queridos.

—Os pido perdón —les dijo.

La anciana madre se dio unos golpes de pecho, llamó al hijo y lloró lágrimas amargas por su único ojo sano. Faón la estrechó en un abrazo y la acompañó afuera.

Nubes negras y grávidas de lluvia sobrevolaron Atenas. Pronto sobre todas nuestras cabezas se abatiría una tremenda tempestad. El rayo de Zeus iluminó a trechos el cielo cubierto de nubes, aclarándolo con imprevistos relámpagos. En aquel período del año, raramente la mano de Zeus era tan pródiga en rayos.

Yo estaba excitado y satisfecho por la manera en que había concluido la sesión. Pero no tuve tiempo para autocomplacencias de mi primer e inesperado éxito cuando Estrepsíades vino a mi encuentro jadeando. Con un brazo se protegía los ojos del viento.

—¡Amo, debes ir o llegarás tarde! —dijo mi fornido esclavo con tono apesadumbrado.

Lo miré atónito:

—¿Ir? ¿Adónde?

Estrepsíades me devolvió una mirada trastornada.

—¡Por Zeus, no puedes haberte olvidado! Sofronia te espera en el santuario de la Madre de los dioses para el sacrificio en memoria de tu padre.

Imprequé tan fuerte que los truenos no bastaron para ahogar mi voz. Tomé a todo correr el camino empedrado que desde la cima del Areópago bajaba hacia la llanura cubierta de casas. Estrepsíades me gritó algo a mis espaldas, pero no conseguí oírlo debido al fuerte viento y a unos truenos que retumbaban en los oídos.

Había atado a Midas a una empalizada de la ladera de la colina. Cuando lo alcancé, vi que estaba agitado por el temporal. Lanzaba coces a diestro y siniestro y rebuznaba desesperado. Desaté la rienda y traté de montarlo, pero no hubo manera de calmarlo.

—Amigo mío, ¿qué pasa? ¿Has decidido arruinarme?

Por más que tratase de calmarlo, Midas rebuznaba y se agitaba sin descanso. Traté de contenerlo dando unos tirones de la rienda y de tranquilizarlo acariciándole el costado.

—¿Ves? ¡No pasa nada! —Le repetí varias veces—. Después de muchos intentos conseguí convencerlo de que partiéramos, pero tuve que avanzar a pie al mismo paso. Verme caminar a su lado lo tranquilizó. El cielo se ennegreció. Midas y yo llegamos al Ágora justo a tiempo para refugiarnos bajo los pórticos. Apenas tuvimos la cabeza a cubierto, una tremenda tempestad estruendosa descargó sobre la ciudad. Llegamos hasta debajo del pórtico decorado con pinturas que representaban a los doce dioses, al término del cual se alzaba el santuario de la Madre de los dioses. En la columnata del templo me esperaba mi madre envuelta completamente en un himatión, un manto que la protegía del aguacero de la cabeza a los pies. Su largo peplo azotado por el viento

estaba ya húmedo. Las siervas que la acompañaban trataban inútilmente de mantenerla protegida extendiendo delante de ella sus mantos. En cuanto a ellas, estaban caladas hasta los huesos.

Mi madre me dirigió una mirada torva. Llevaba retraso, pero allí estaba. ¿Por qué estaba tan airada? Traté de interpretar aquella mirada tan severa.

Me estremecí cuando comprendí la razón.

Hubiera tenido que llevar yo el chivo del sacrificio a la diosa. ¡Y me había olvidado por completo! Debía de ser aquel que mi esclavo Estrepsíades había tratado de recordarme poco antes, allí abajo, en la colina del Areópago.

¡Y yo me había presentado con las manos vacías!

El cielo descargó toda su ira como nunca lo había hecho en Atenas.

Por si fuera poco, Midas comenzó de nuevo a rebuznar a más no poder.

Mi madre desde debajo del manto me miraba con triste desprecio.

Le rogué a Zeus en silencio que me partiera con uno de sus rayos.

Pero no fui contentado.

CAPÍTULO IV

En el que Apolófanes conoce a la viuda de Epigenes

Acompañé a casa a mi madre bajo una lluvia torrencial. A lo largo de todo el recorrido de vuelta no me dirigió una sola palabra. Cruzamos el umbral completamente callados. Dos siervas la llevaron a una de las habitaciones de la planta superior y otras dos me proporcionaron a mí una túnica seca para que pudiera quitarme la mojada.

Afuera arreciaba la tempestad con inmensa violencia. Las calles se habían convertido ahora ya en torrentes de lodo y nadie se atrevía a sacar la nariz de su casa. Me senté en un asiento de dura madera y me sequé delante del fuego que las siervas habían encendido en el hogar del centro de la estancia. Pregunté por Midas y me dijeron que había sido llevado a la oscuridad del establo.

La lluvia no disminuía, es más, cuanto más tiempo pasaba más crepitaba ruidosamente. Volví a pensar en el oráculo del sacerdote de Poseidón. ¡No era nada insensato! Sentí agradecimiento por el dios que me había ahorrado una ruina segura. De haber dejado zarpar a mi nave cargada de mercaderías, bajo aquella cortina de agua y en medio de la borrasca en mar abierto, me habría ido a pique.

La sierva de más edad corrió la cortina y entró en la estancia, que se había oscurecido debido al espesor de las nubes. Sostenía una bandeja llena de pastas a base de miel. Devoré un puñado de ellas que resonó bajo mis dientes.

—Quisiera ver a mi madre —dije.

La sierva me dirigió una mirada ceñuda y respondió irritada:

—Sofronia está descansando.

—Sube y dile que me gustaría verla en su habitación. —Repuse con firmeza.

—Pero las órdenes...

—¡Ahora! —troné.

La sierva de más edad se estremeció, puso cara de resentimiento y acto seguido desapareció detrás de la cortina. Al poco reapareció y me rogó que la siguiera.

Subí la escalera que llevaba al gineceo. La lluvia caía en diagonal y anegaba los porches del patio interior. La reverberación de los truenos hacía vibrar la tierra. En la planta superior el temporal que batía sobre el techo se oía con mayor intensidad. El silbido del vendaval me hizo estremecer. La sierva abrió la puerta y me pidió que me acomodara.

El cuarto era modesto como el resto de la casa. La yacija colocada en un ángulo estaba en orden, recubierta de suaves pieles. Un arcón en el que descansaba una estatuilla votiva de Atenea era el único mueble presente de cierto tamaño. Unas espléndidas alfombras multicolores, adornadas con figuras geométricas de motivos

blancos y amarillos, embellecían las blancas paredes y el suelo.

Mi madre trabajaba en el telar. Estaba sentada en un escabel, envuelta en un largo traje de magnífico drapeado. Tenía la vista fija en la urdimbre. Una tela preciosa, ya acabada en su parte superior, colgaba del larguero. Tejía en silencio. Las manos separaban con destreza las urdimbres pares de las impares y hacían pasar por entre medias el hilo de la trama. El susurro del hilo corriendo sobre el hilo era reconfortante. Me retrotrajo a la infancia. Pero el rostro de mi madre era duro y triste.

Me senté en el asiento que había junto al suyo. Ella siguió observando la tela que crecía bajo sus manos como si yo no me encontrase siquiera a su lado. Me sentí incómodo. No sabía por dónde empezar para conseguir su perdón, por lo que, tal como sucede a menudo en tales circunstancias, comencé de la peor manera. Traté de justificarme. Le conté mi decisión de defender a Eurifemo en el tribunal y del éxito que había conseguido en la vista.

—Nos habríamos retrasado en cualquier caso por culpa de esta lluvia.

—¿Y esto debería consolarme? —vociferó volviéndose de golpe hacia mí y dejando caer el hilo de la trama—. Has llegado con retraso con tu asno piojoso que no hacía más que rebuznar. ¿Y por qué? ¿Por haber tomado parte en un proceso por homicidio en el que has defendido al asesino que solo tú consideras inocente? Por haber cometido esta sandez, has olvidado que tu madre te esperaba en el Ágora para celebrar el sacrificio a la Madre de los dioses en memoria de tu difunto padre. ¿Qué debería pensar? ¿Que ese licántropo te importa más que la memoria de tu padre?

Había levantado la voz. No lo hacía a menudo. Ello me apenó no poco.

—Ese licántropo, como tú lo llamas, no es culpable. Y si no lo hubiese defendido yo, habría sido condenado.

—¡Bien! Que los dioses te lo paguen. Todos, a excepción de la Madre de los dioses, que esperaba un cordero descuartizado en su altar precisamente hoy. ¡Y que ahora estará encolerizada con nosotros!

Su rostro se contrajo en una expresión de abatimiento. Me miró en silencio con unos ojillos penetrantes. De golpe los desorbitó.

—¡Yo sé qué es lo que te ha ofuscado la mente hasta hacerte olvidar tus deberes!

Desde un principio me temía que volviese una vez más sobre el asunto.

—¡Esa condenada prostituta!

Alcé los ojos al techo.

—Madre, Filoxena no es una prostituta...

—¡Por Hera, llámala como te parezca! Para mí, una mujer que recibe en su casa a muchos hombres y se hace pagar por su compañía es una prostituta.

—Es una filósofa, una socia mía en los negocios y también un espíritu noble. Se ha tomado en serio el proceso y hoy estaba entre el público siguiendo la vista...

—¿Un espíritu noble? —preguntó ella. Me di cuenta demasiado tarde de que no hubiera tenido que hablar a mi madre de la presencia de Filoxena en el tribunal—. Por la bondadosa Hera, pero ¿cómo razones, hijo mío? Para ella tú eres un botín fácil.

¿Y de veras crees que *tu amiga* estaba allí para escuchar tu alegato? Que te lo digo yo: seguro que está pensando en sonsacarte una bonita suma. Debes alejarte de ella, pues no es de fiar. Pero sobre todo debes renunciar a la defensa de Eurifemo.

—No puedo dejarle abandonado justo ahora. Eurifemo es inocente.

—¡Culpable o inocente, es una cuestión que a ti no te incumbe! —tronó perentoria mi madre.

Estaba fuera de sí. Decidí dejar morir aquella conversación. Hubo un instante de silencio, tan solo roto por un rayo que cayó cerca.

—Celebraremos el sacrificio una vez que se haya pasado la tormenta. —Traté de tranquilizarla.

Por toda respuesta, mi madre bajó la mirada.

—Ahora, si no te importa, estoy ocupada con mi trabajo en el telar.

—¿Me despides? Pero si está aún descargando. ¿No oyes el viento, como ulula afuera?

—¡No me irás a decir que te da miedo el ulular del viento, justo ahora que te has convertido en el defensor de un licántropo! Te deseo un buen regreso, hijo —comentó, yendo hacia la puerta y abriéndola de par en par.

Estuvo descargando durante cuatro días seguidos. La noche del quinto, la cólera de Zeus se aplacó, las nubes se aclararon, el mar se calmó y el cielo sobre Atenas se serenó mostrando de nuevo su bóveda tachonada de estrellas.

Al amanecer, salí de casa. La aurora extendía sus rosados dedos sobre toda la tierra y teñía de una tenue claridad las colinas circundantes. Me senté fuera de la puerta con las sandalias en la mano mirando el mar por fin plano. Unté las sandalias con sebo y las froté, pero por más que me esforzaba, no conseguía sacarles lustre. Aquella mañana mi ánimo no alzaba el vuelo, oprimido por un peso insostenible. ¡Cómo sabía mi madre echarme el muerto!

Me levanté, pues, y me dirigí hacia la orilla. De pie sobre la rompiente pedregosa, desaté mi quitón y lo dejé caer al suelo. Me quedé en taparrabos. El sol calentó mi cuerpo, aterido por la humedad de los días anteriores. Entré en el agua y alcancé a nado un alto escollo que distaba alrededor de un estadio de la orilla. A fuerza de brazos y piernas trepé sobre la superficie rocosa, aprovechando los ralos arbustos que asomaban aquí y allá de la escarpada pared. Llegué a lo alto del escollo. El viento soplaba impetuoso. Miré hacia abajo. El mar distaba diez orgías^[1] y allí abajo acariciaba amorosamente la roca, tras haberla azotado durante días con una gran violencia.

«Si mi ánimo no quiere alzar el vuelo, querrá decir que deberé volar con todo el cuerpo».

Hinché el pecho. El viento fresco del mar sopló sobre la piel mojada y me hizo estremecerme. Abrí los brazos y sin más pérdida de tiempo me lancé de un salto al

vacío. Un silencio total me envolvió. Mi cuerpo descendió de golpe hacia el azul. Traté de mantenerlo tenso para entrar en el agua con la correcta inclinación. La zambullida, aquel tremendo interregno entre la tierra y el mar, me susurró palabras tremendas en los oídos. A un palmo del agua bajé la cabeza y la protegí con las manos extendidas hacia delante. Entré en el azul con gran estruendo. Me quedé suspendido en lo profundo durante unos instantes, contemplando el fondo con la vista vuelta opaca por el agua. Luego gané la superficie a brazadas y nadé hacia la orilla.

Con un palo puntiagudo recogido en la playa pesqué dos gruesos peces y luego regresé a casa. En el patio interior los limpié de las tripas, los metí en un asador, encendí un fuego y los puse a asar.

Estrepsíades hizo su entrada en el patio. No parecía en absoluto de buen humor.

—¡Una zambullida de locos! Digna de aquel que ha defendido a Eurifemo en el tribunal. Si te hubiese visto tu madre, se habría muerto de pena —comentó.

—Lo necesitaba. —Respondí mirando distraídamente a los peces que se tostaban junto al fuego.

—Siéntate —ordené a mi esclavo.

Estrepsíades se resistió, titubeante debido a la insólita petición.

—Amo, la verdad no sé si es oportuno...

—Si decido tratar como un igual a mi esclavo, mi esclavo no debe negarse. Es una orden. Los otros esclavos de casa no se molestarán por ello. Siéntate y hazme compañía —dije con una sonrisa.

Estrepsíades obedeció, no convencido del todo. Se sentó enfrente de mí, permaneciendo un poco rígido.

Los peces que se estaban tostando desprendían un aroma delicioso. Una vez asados, los retiré del fuego y ofrecí uno a mi esclavo. De entrada Estrepsíades opuso un elegante rechazo.

—Comer con el amo es demasiado...

—Vamos, Estrepsíades, te lo mando. No puedes negarte.

Finalmente, conseguí convencerlo. Comimos en silencio, cogiendo los asadores entre las manos y arrancando la carne con los dientes. Una vez que me hube acabado mi pescado, tiré las sobras entre las llamas y las miré cómo se ennegrecían y abarquillaban sobre sí mismas.

—Una vez saciado el estómago, centrémonos en el proceso. A juzgar por el humor de Cratilo, creo que no se dará por vencido tan fácilmente. Por Cástor y Pólux, ¿por qué un logógrafo ilustre como él se ha tomado la molestia de tomar parte en un proceso de poca monta como es este? Y además, ¿a qué tanta cólera? Su reacción a mi defensa ha sido desproporcionada. He visto a muchos colegas suyos perder grandes causas, y sin embargo mantener una compostura envidiable.

Terminada su comida, Estrepsíades se limpió la barba con el dorso de la mano.

—A veces el orgullo herido juega malas pasadas, amo.

—¿Orgullo herido? ¿Y de qué? ¡Cratilo todavía no ha perdido el proceso! Tengo

la impresión de que el origen de su rabia hay que buscarlo en otra parte. Se diría que tiene una gran prisa por cerrar el debate con una condena inmediata.

—Esto es lo que trata de hacer todo hábil logógrafo. Pero ya se sabe que casi todos los procesos se prolongan por lo menos dos o tres sesiones.

—Es la práctica, en efecto —admití.

—Tal vez está a tal punto convencido de la culpabilidad de Eurifemo que en su interior no admite contradicciones.

—Pero ¿qué le habrá empujado a abrazar la causa de Epigenes?

—La ganancia fácil, supongo.

—No lo creo. Es un *aristos*, las riquezas no le faltan. De este proceso, a simple vista, nadie sacará grandes ventajas. Podría haberlo hecho en nombre de una antigua amistad con la víctima, pero oyéndole hablar, se hubiera dicho que Epigenes ni siquiera lo conocía. Es algo de lo que deberé cerciorarme cuanto antes. Hay otro detalle que me ha dejado perplejo. Su discurso no estaba, después de todo, tan estudiado. ¿Por qué un experto logógrafo como Cratilo se apresura a defender la acusación de homicidio por cuenta de alguien a quien, por lo que parece, ni siquiera conoce y luego, al término de la primera sesión, hace semejante papelón?

—Tal vez tiene asuntos más urgentes que despachar y la prolongación de este proceso representa para él una carga añadida a todos sus compromisos. Por lo demás, es un pritano: tiene otras responsabilidades.

—Lo que dices no hace sino reforzar mis dudas. ¿Por qué, pues, se ha comprometido en primera persona en este proceso insignificante cuando el Hado que se cierne sobre Atenas debería reclamarlo a otra parte? El discurso de la acusación hacía aguas por todas partes. Temía que se hubiera vuelto mucho más difícil enfrentarse a un adversario tan experto. ¿No te parece extraño?

—¿El qué, amo?

—Un hombre es asesinado en circunstancias cuanto menos oscuras. Es acusado del homicidio un demente que tiene sin duda muchas culpas, pero seguro que no la de haber dado muerte a ese hombre. No obstante, el orador de la acusación, uno de los logógrafos más influyentes entre los que frecuentan habitualmente los tribunales atenienses, quiere cerrar el proceso a toda costa a la primera sesión defendiendo una tesis acusatoria más que imperfecta y monta en cólera cuando la defensa consigue identificar todos sus puntos flacos.

—En efecto, es algo poco claro.

—Si queremos adjudicarnos también la próxima sesión y devolver a casa a Eurifemo sano y salvo, debemos saber más sobre la relación que existía entre Cratilo y la víctima. Pero por ahora la cuestión de la que quiero ocuparme es otra...

Estrepsíades se me anticipó.

—¿Por qué no la ausencia de la mujer de Epigenes en el proceso?

La agudeza de mi esclavo me dejó por un instante sin palabras.

—¡Ya! En el proceso han intervenido el arconte rey en calidad de presidente del

jurado y un pritano en calidad de acusador. Pero la mujer de la víctima no estaba en el tribunal ni Cratilo la ha sacado a relucir. Ni una vez siquiera. ¿Qué puede significar todo esto?

—Podría ser un detalle poco importante.

—Hasta la luz más tenue, mi querido Estrepsíades, resulta preciosa cuando se recorre un camino completamente desierto.

—¿Qué tienes intención de hacer, amo?

—Lo que hubiera tenido que hacer desde el primer momento, de haber tenido tiempo. Iré a hacerle una visita a la viuda de Epigenes. Tú, mientras tanto, ocúpate del carnero que deberé sacrificar hoy a mi padre. Será mejor que vaya. Al Sol le trae sin cuidado nuestra comodidad.

Según la tradición, Prasia es el lugar del Ática al que llegan las ofertas de los hiperbóreos para el dios Apolo. Los hiperbóreos entregan sus primicias a los arimaspos y estos las pasan a los isedones, que a su vez las llevan a Sinope, desde donde son transportadas a Prasia a través de algunas ciudades colonizadas por los griegos. Son los atenienses, además, los que desde el puerto de Prasia transportan las ofrendas a la isla de Delos para presentarlas al dios.

Atravesé por colinas recubiertas de hierbajos. Rebaños de cabras pacían vigiladas por sus pastores. Entre las rocas asomaban miles de lirios. Un fresco perfume a lavanda se alzaba en cada lugar. Las casas de los pastores, de los pescadores y de los mercaderes se alzaban al resguardo de las colinas, a la sombra de los numerosos pinos de hojas de aguja.

La viuda de Epigenes vivía en una casucha ruinosa. A mi llegada, até a Midas a una estaca junto a un rocín todo pellejo y huesos. En la trasera, la viuda estaba inclinada dando de comer a los gallos hambrientos. Estos tenían el aspecto fiero de muchos pequeños guerreros de barbas escarlatas. Algunos ostentaban las señales de los numerosos enfrentamientos. Esbocé tímidamente un saludo. La viuda se volvió hacia mí y poco faltó para que me llevara un mamporrazo. Era una mujer de una rara fealdad, tan fea que se me cruzó por la mente la sospecha maligna de que Epigenes se había suicidado debido al aspecto de su mujer. Solo renuncié a aquella hipótesis ante la idea de que un hombre, por más desesperado que esté por su mujer, nunca podría desgarrarse de aquel modo a sí mismo con sus propias fauces. Esteno, el nombre de una de las dos Gorgonas hermanas de Medusa, le sentaba que ni pintado. Su figura, gorda y tosca, como la del marido, se hallaba cubierta de la cabeza a los pies por un peplo largo y negro. Un velo ceñía su cabeza dejando al descubierto el horrendo rostro. Tanto podía tener treinta años como sesenta. Los ojos saltones estaban dominados por un ceño cejijunto y sombrío. La barbilla y el contorno del rostro estaban recubiertos de una leve pelusilla y los labios finos descubrían de vez en cuando una dentadura torcida e incompleta. No conseguía apartar la mirada de la

horrible verruga que le asomaba del caballete de la nariz.

—¿Quién eres? ¿Y qué quieres? —preguntó, agresiva, con una voz de grajo.

Me presenté y le dije que estaba tratando de esclarecer la muerte de su marido.

—Me han dicho que fue desgarrado por un licántropo. ¿Lo han condenado ya a muerte a ese monstruo?

—A decir verdad, no. —Respondí yo—. Contrariamente a lo que te han dicho, no es el llamado *el licántropo* el asesino de tu marido. ¿Se puede saber por qué no estabas presente en la vista?

Esteno me miró fijamente como si tuviera ante ella a un idiota.

—Los pobres no pueden dejar de trabajar para vivir, ¿sabes? No tengo esclavos ni Zeus me ha concedido el regalo de un hijo. Por eso, si quiero ganarme la vida, he de ocuparme yo de los animales de la mañana a la noche. ¿Quieres saber por qué no estaba presente en la vista por el homicidio de mi marido? Pues porque no me lo podía permitir. ¡Por aquí los dracmas no llueven del cielo!

«He aquí una mujer capaz de demoler a un hombre», pensé.

De camino, a lomos de Midas, había estudiado mentalmente una serie de preguntas, pero la viuda me puso en tal aprieto que las olvidé todas. Así, sin pensar en lo que decía, abrí la boca y formulé una pregunta verdaderamente absurda, de la que solo a continuación me pregunté la razón, sin conseguir encontrarla.

—¿Querías a tu marido?

La mujer reviró sus horribles ojos, luego escupió al suelo.

—No sigas molestándome con tus estúpidas preguntas. Si no te importa, tengo cosas que hacer.

Se volvió y empezó a dar de comer de nuevo a sus gallos. Su voz de grajo era un tormento para mis oídos. Traté de controlarme. Aquella mujer me incomodaba y me hacía decir despropósitos.

Recuperé el control y proseguí.

—¿Conoces a Cratilo, el logógrafo de la acusación? ¿Has hablado alguna vez con él?

La mujer se volvió de nuevo hacia mí.

—Es el hombre que estuvo aquí el día en que encontraron el cuerpo de Epigenes. Se ofreció a defenderlo de la acusación en el proceso.

—¿Te pidió una compensación por sus servicios?

—Me dijo que no tenía que preocuparme por sus honorarios. Dijo que no me pediría nada.

—¿Por qué asumió la acusación sin pretender una compensación? ¿Era un buen amigo de Epigenes?

—Estoy segura de que no lo había visto en la vida.

—¿No te pareció extraño que se ofreciese a ayudarte sin pretender nada a cambio?

—Francamente, me importó un pitoche. Un lío menos para mí.

¿Era posible que Cratilo hubiese elegido comprometerse en aquella causa sin un fin concreto? Algo se me escapaba.

—¿A qué se dedicaba Epigenes?

Esteno escupió al suelo de nuevo, esta vez muy cerca de los pies.

—Sabes, *muchacho*, cuando te he visto llegar me has parecido un listo. —Tras decir esto, señaló a los gallos que picoteaban en tierra—. Epigenes era un criador de gallos de pelea, como lo era su padre y como lo fue también su abuelo. Todos nacidos criadores de gallos. Todos muertos criadores de gallos.

—¿Y los suyos eran gallos ganadores?

La viuda estalló en una tos catarrosa y cargó un tercer esputo. Al hacerlo se volvió, si ello es posible, aún más horrenda.

—Más o menos. Ganaban de vez en cuando y de vez en cuando recuperaban las plumas. Ya se sabe. El Hado es a veces benévolo, otras es cruel incluso con los gallos. Nunca te puedes fiar.

—¿Y bastaba esta sola actividad para sosteneros?

La carcajada amarga volvió a Esteno mucho más desagradable.

—¡No me atrevería a decir tanto! Epigenes se las ingeniaba para tratar de ganarse la vida.

—¿En qué tipo de negocios?

—En el comercio marítimo. Y te diré otra cosa. Epigenes no entendía nada de comercio marítimo.

—¿Por qué lo dices?

—He llegado a enterarme de que su nave se hundió hace varios días frente a Calcis; todo el cargamento comprado en el Ponto, que debía ser revendido en el mercado del Pireo, se perdió. Y con ella todas nuestras ganancias.

Tras oír lo que decía la mujer, prometí para mis adentros a Poseidón otro sacrificio por haber perdonado a mi cargamento con aquella profecía.

—¿Cuándo partió la nave?

—Hará cosa de veinte días. No lo recuerdo exactamente. Epigenes entonces me dijo que una vez terminado el negocio nos haríamos ricos.

—¿Cómo te enteraste del naufragio?

—El capitán de la nave, un tal Xuto, fue el único superviviente y regresó precisamente esta semana a Atenas. Vino aquí para avisar a Epigenes de la desgracia. No podía saber que en el ínterin mi marido estaba muerto.

—¿Tenía Epigenes negocios con algún ateniense del Falero?

—No lo creo. Por lo que sé, no había puesto nunca los pies en el Falero.

De pronto me acordé de la pregunta más banal que hubiera tenido que hacerle solo empezar nuestra conversación.

—¿Cuándo viste a tu marido por última vez?

La mujer contó escrupulosamente con los dedos y luego respondió:

—Con hoy hace once días.

—¿Once? ¿Quieres decir que no veías a Epigenes desde hacía seis días cuando su cadáver fue encontrado en el Falero?

—Así es. Una tarde salió de casa sin decir nada y ya no volvió.

Callé durante unos instantes. Reflexioné. Luego proseguí con la pregunta más sensata que se me pasó por la mente.

—¿Debía ver a alguien?

El semblante de la viuda se ensombreció.

—Solía salir, al atardecer, una vez por semana. Siempre la misma tarde.

—¿Nunca le preguntaste adónde iba?

—No hacía falta, no sé si comprendes lo que quiero decir —respondió suspirando.

Noté una profunda amargura en el tono de su voz. Nunca me sentí más incómodo. Podía evitar tanta indiscreción.

—¿Notaste algo de insólito cuando salió de casa por última vez? ¿Estaba nervioso? ¿No te dijo nada de particular? ¿Se sentía amenazado? ¿Te habló de alguien que podría haberle hecho daño?

Esteno meneó la cabeza.

—Se comportó como otras veces.

—¿Llevaba algo consigo? ¿Armas, dinero?

—Solo unos pocos dracmas. Nada más.

—¿Estás segura?

—De esta casa no sale nada sin que yo lo advierta.

—¿Nada de insólito?

Esteno pensó en ello.

—Nada más.

Al cabo de una breve pausa, sus ojos se desorbitaron.

—¡Espera! Esa tarde tenía otra cosa. Una llave.

—¿Qué tipo de llave?

—No tengo ni idea. No era la de casa. Nuestra puerta la cerramos con una tranca de madera, pues no hemos tenido nunca cerraduras. Era una llave de buena factura. Seguramente servía para abrir una puerta importante.

—¿Qué significa una puerta *importante*?

—Quiero decir algo de ricos.

—¿Desde hace cuánto tiempo la tenía?

—Desde hacía varios días. La custodiaba celosamente. No se separaba nunca de ella, ni siquiera cuando se iba a dormir.

—¿De dónde la sacó? ¿Se la dio alguien?

—No tengo ni idea. No me dijo nunca nada de esa llave.

Me remonté con la memoria a la mañana en que Estrepsíades había registrado el cadáver de Epigenes: no había encontrado encima ni dracmas ni esa llave. ¿Tal vez Tirseno había «limpiado» el cadáver antes de lanzar la voz de alarma?

Pedí a la mujer que me mostrase el *antigraphe*, o sea, la copia de la *syngraphe*, el contrato de navegación estipulado por el marido. Le dije que era un mercader y que entendía bastante de negocios. Tal vez, leyendo bien el contrato, se podrían conseguir una indemnización por la pérdida del cargamento. Esteno entró en la casucha y salió de ella casi al punto con un rollo descolorido en la mano. Lo desplegó y leí con atención. La fecha de su estipulación se remontaba a unos treinta días antes. Decía que Epigenes y un tal Damasipo, ateniense, habían prestado al capitán de una nave, un tal Xuto, la suma astronómica de setenta minas para un viaje de Atenas al Bósforo, y que habían fijado una tasa de interés del doscientos veinticinco por mil. Xuto vendería el cargamento en los puertos de Mende y Escione en la península calcídica, más allá del Bósforo tracio y luego a lo largo de la costa del río Borístenes, en Sarmacia. Con lo obtenido, el capitán adquiriría otras mercancías o trigo, pieles, carnes en salazón y esclavos para revenderlos en el mercado del Pireo una vez de vuelta en Atenas. Lo que le quedara de aquella venta, una vez saldada la deuda con ambos socios, serían sus beneficios. El contrato dejaba bien claro, entre otras cosas, que, en caso de que la nave durante el viaje se fuera a pique por causas naturales, la deuda sería considerada nula. El único testigo citado en el contrato era un tal Lisícrates.

—¿Quién es este Lisícrates? —pregunté a Esteno.

—Otro criador de gallos. Un amigo de Epigenes.

—¿Y Damasipo?

La viuda se encogió de hombros.

—Nunca lo he oído mencionar.

Tres cosas de aquel contrato me parecieron anómalas.

Primero: ¿cómo había conseguido Epigenes reunir la suma para él enorme de setenta minas haciendo negocios con un solo socio? Generalmente, inversiones muy inferiores a aquella se hacían juntando el capital de cuatro socios por lo menos y cuando todos eran grandes mercaderes o bien ciudadanos acomodados.

Segundo: ¿quién era el tal Damasipo?

Tercero y último: ¿qué ventaja perseguía este último perfecto desconocido para meterse en un negocio tan arriesgado, convirtiéndose en socio de un tipo poco recomendable como había sido Epigenes? El tal Damasipo no debía serlo menos.

—Lo que está claro por este contrato —expliqué a la viuda— es que no tienes derecho alguno a una indemnización. Ya puedes decir adiós a las tan anheladas ganancias de tu marido. ¿Qué me dices de ese capitán llamado Xuto?

—Se lo había oído mencionar con anterioridad a Epigenes. Había tenido ya que ver con él por pequeños negocios marítimos.

—Se comprende por qué se dio tanta prisa en avisar del naufragio a su socio. Desaparecida la nave, la deuda quedaba anulada, amiga mía. Y ninguna indemnización. Quería dejar las cosas bien claras. ¿Dónde le puedo encontrar?

—Cuando está en tierra, va a emborracharse a las tabernas de peor reputación del

Pireo. ¡Pero ándate con cuidado, joven! Esos no son sitios para señoritos como tú. Están llenos de ladrones, asesinos y desgraciados provenientes de todos los rincones del Egeo.

Cuando me despedí de Esteno, me prometí ir antes o después a tener una charla también con el tal Xuto.

CAPÍTULO V

En el que Apolófanes es víctima de su propia habilidad de logógrafo

Necesitaba reflexionar.

Monté a lomos de Midas y le hice tomar el largo camino de vuelta. El asno echó a andar con su acostumbrado paso tranquilo. No lejos de la casa de la viuda, dos figuras al borde del camino llamaron mi atención. Gran corpulencia, barba hirsuta y negra, piernas recias. Iban envueltos en unos mantos de burdo lino. Encontré un tanto extraño que, pese al bochorno de la jornada, ambos fuesen embozados sin dejar ver sus ojos. Uno de ellos levantó el borde del embozo con un dedo y me miró con fijeza. Sus ojos siguieron atentamente mis pasos. Luego el hombre susurró algo al otro. Midas volvió el morro por un momento hacia ellos, y acto seguido miró de nuevo hacia delante. Tras haberlos pasado, volví la vista atrás, pero esos dos habían ya desaparecido de la circulación.

Vuelto a Atenas, me dirigí hacia el Cerámico. El barrio estaba dividido en dos por las altas murallas defensivas: más acá se alzaban las numerosas tiendas de los mejores alfareros de la ciudad, más allá se hallaba el cementerio. A lo largo del pórtico del Ágora se encontraba el gimnasio de Hermes, donde había un gran número de jóvenes sentados en la escalinata de la entrada. Dirigí a Midas hacia aquel nutrido grupo. Dispuestos en semicírculo en la escalinata, jóvenes de ambos sexos escuchaban en silencio una lección de filosofía, despreocupados del sol de justicia que caía sobre sus cabezas. Casi todos utilizaban finos estilos sobre tablillas enceradas. Montado aún sobre Midas, pude distinguir claramente a Filoxena en el centro de aquel nutrido grupo. Llevaba los cabellos rizados atados en la nuca con una cinta dorada que le ceñía también la frente. Vestía un himatión de color púrpura echado sobre el hombro, que hacía resaltar su porte noble. El peplo de bonito drapeado, ceñido a los costados con un cingulo de fíbula de oro, evidenciaba las formas del pecho.

Las muchachas, en particular, la seguían con gran entusiasmo. Era imposible no advertir la admiración con la que la estaban contemplando. Ella, bella, joven, sabia y rica, apoyada con un codo en una columna, dirigía los ojos al cielo y hablaba con profunda inspiración. Una diosa parecía infundirle sus pensamientos. Toda la multitud de los discípulos reunida en torno a ella estaba pendiente de sus labios. Dentro del gimnasio, jóvenes efebos de cuerpos desnudos se ejercitaban en la lucha. Sus pedotribas, los maestros de la juventud ateniense, los incitaban con fuertes azotes.

—¿No querrás acercarte a esa reunión de sabios con un animal tan vulgar? —me increpó un discípulo de Filoxena.

Lo reconocí. Era el mismo al que yo había humillado unos días antes dándole un pisotón en un pie y haciéndole gritar de dolor. Su rala barbita crecía sin conseguir darle aspecto de muy mayor. No le respondí para no molestar en medio del discurso de Filoxena. Me apeé, pues, del asno y avancé llevándolo de la rienda.

—¡Que animal más piojoso! —siguió insistiendo el discípulo mirando a los ojos melancólicos de mi Midas—. Los asnos son unos animales estúpidos. No pueden hacer buenas migas con los filósofos. ¡Solo sirven para hacer un estofado con ellos! Espera que tu amo te deje solo un momento... —dijo relamiéndose.

Midas decidió pagarle al joven con la misma moneda. Cuando estuvimos cerca de él, se volvió lentamente, levantó el rabo y, tan tranquilo, le defecó encima. Los jóvenes que estaban al lado de aquel discípulo se apartaron de golpe, armando un gran alboroto. Los otros volvieron la mirada hacia nosotros y, viendo a su compañero recubierto de estiércol humeante, rompieron a reír.

—¡Nunca llares estúpido a un asno! —dije al joven ensuciado sin poder evitar una mueca burlona—. Un filósofo como tú debería saberlo: la estupidez no es una condición propia de los animales, sino de los hombres.

—¿Qué sucede allí? —preguntó Filoxena desde dentro del nutrido grupo.

Enrojecí. Me reconoció y su expresión severa se trocó al instante en sonrisa. Decidió suspender la lección y despidió a los discípulos, que se dispersaron desilusionados.

La pared del pórtico en torno a la arena donde se estaban adiestrando los efebos la embellecían unas espléndidas pinturas murales que representaban numerosas empresas del dios. Por un lado, Hermes y Pan robaban los tendones arrancados a Zeus por Tifón y los devolvían a su legítimo propietario, quien hallaba un renovado vigor. En otros dos lados habían sido pintadas la muerte de Argo por parte de Hermes, puesto que le había impedido el apresamiento de Ío transformada en ternera, y la entrega de las sandalias aladas, la alforja, el yelmo y la hoz de acero a Perseo para que diera muerte a Medusa. Por último, en la pared más apartada, Hermes enseñaba al joven Heracles a usar la espada.

Caminamos uno al lado del otro por el pórtico contemplando a los jóvenes enzarzados en la lucha. Su desnudez no incomodaba en absoluto a Filoxena. Por su parte, los efebos, arrebatados por su belleza, se volvían a su paso para contemplarla. Filoxena se detuvo delante de un busto de Hermes.

—Has dado prueba de gran habilidad durante la vista —me dijo.

Me ruboricé.

—Tenía a Atenea de mi parte. Pero si quiero excusar a Eurifemo, la próxima vez deberé hacerlo mejor.

Filoxena se puso de nuevo a pasear bajo el pórtico. La seguí.

—¿Cómo van las investigaciones? —preguntó.

Le conté brevemente mi visita a la viuda de Epigenes, las salidas semanales del marido, su desaparición de casa seis días antes de ser encontrado su cadáver, la llave

y los dracmas desaparecidos y, por último, mis perplejidades relacionadas con aquel contrato comercial que había leído con atención.

—Está tan claro como la luz del día, por lo que dices, que Epigenes salió de casa para verse con una prostituta. Harías bien en buscarla y tener a continuación una charla con ella. Salió de casa con unos pocos dracmas, lo que significa que solía frecuentar prostitutas de baja estofa. Podrías buscar en algún *porneion*. Pudiera ser que, encontrando a la mujer con la que estuvo la última vez, obtuvieras más noticias sobre las razones de su desaparición seis días antes del hallazgo del cadáver. Los hombres se abren mucho más con una amante que con la propia mujer.

—Ya lo he pensado. Trataré de dar con ella —dije.

Filoxena se quedó durante unos instantes en silenciosa meditación. Finalmente, adoptó un semblante serio.

—Cratilo proviene de una familia ateniense de orígenes muy antiguos. Es uno de los miembros más ilustres del partido de Foción, que mantiene en Atenas una línea moderada con respecto a los macedonios. A juzgar por cómo lo has llevado a maltraer en la primera sesión, te has ganado un enemigo poderoso. Si le ganas en el proceso, ten la seguridad de que te declarará la guerra. Necesitarás protección y yo conozco a alguien que podría ofrecértela. Mañana por la noche tomarás parte en un banquete. Vendrás conmigo. Te presentaré a Hipérides, el principal partidario de la revuelta antimacedonia, uno de los mayores adversarios políticos de Foción. Es un viejo conocido mío. Estoy segura de que cuando sepa que Cratilo te aborrece, no dejará de prestarte su apoyo. Con su protección no deberás temer ninguna represalia. Estate seguro.

Solo de pensar que conocería personalmente al gran Hipérides, aquel que más que nadie tras la muerte de Alejandro había soplado sobre las llamas de la guerra contra los macedonios para devolver Atenas a una nueva hegemonía sobre las otras ciudades, me temblaban las piernas. Hipérides era, entre otras cosas, un experto logógrafo y un orador insigne. Había escuchado decenas de sus discursos, en el tribunal y en la asamblea, y siempre me habían impresionado mucho. Con su ayuda no tendría que temer las insidias de Cratilo ni de ningún otro. Acepté de buen grado la invitación.

—¿Les está permitido a las mujeres tomar parte en los banquetes de los hombres? —pregunté.

Filoxena me miró en silencio. Temía haber dicho algo ofensivo.

—Únicamente a las mejores —respondió ella sonriente, haciendo aflojar mi tensión.

Había llegado el momento de despedirme de Filoxena. Me esperaban para el sacrificio a la Madre de los dioses.

—¿De qué tema les hablabas a tus discípulos hace un momento? —le pregunté antes de despedirme.

El rostro de Filoxena se encendió nuevamente de su sonrisa divina.

—De Amor —dijo.

Sentí palidecer mi rostro e inmediatamente después inflamarse.

Por su parte, Filoxena miró un punto lejano. Se había puesto de golpe melancólica.

—Antes o después, Amor acaba por perder lo que ha conquistado. Por eso los filósofos deben huir de él. Como deben huir de toda forma de experiencia sensible que conduce a una felicidad efímera.

—¿Temes a Amor por su poder de ofuscar las mentes? —pregunté.

—Como a un tirano. Amor aparta al espíritu humano de la pura contemplación de las ideas.

—Hablas de Amor como de algo vil. Pero Amor puede brotar también del deseo de una virtud —objeté.

Los labios de Filoxena se movieron en un estremecimiento casi imperceptible.

—Quien ama es como un mísero mendigo necesitado de todo. Vive en la búsqueda desesperada del objeto de su deseo. ¿Cómo puede un filósofo buscar el objeto de su deseo? ¿Cómo puede un filósofo buscar el sumo bien si su mente es ajena a una inquietud semejante?

Me acerqué a ella. Le estreché una mano entre las mías. Ella me miró sorprendida por aquel gesto imprevisto.

—¿Tú a que temes más? —le pregunté.

Filoxena arrugó el entrecejo. Pareció turbada. ¿No comprendía? ¿O solo tenía curiosidad por escuchar lo que tenía que decir? En aquel momento, le habría dicho que era bella como una diosa. Lo pensé, pero no dije nada. Sus ojos me miraban fijamente de cerca.

—¿Temes que, al dejar el flanco descubierto a las flechas de Eros, no puedas alcanzar el bien supremo? ¿O temes más el sufrimiento que podría nacer del Amor? —pregunté de nuevo.

Filoxena se acercó a mí con amabilidad, pero con firmeza. Con las manos se arregló el peplo y los cabellos, que ya estaban perfectos.

—Temo perder el bien máspreciado que he conquistado con gran esfuerzo. Mi libertad.

Sin previo aviso se me quitó de encima. Dijo que se había acordado de un compromiso urgente y se fue dejándome allí plantado. Al quedarme a solas, me arrepentí de haber turbado su ánimo. ¿Quién era yo para desencadenar en ella una inquietud semejante?

Me alejé al lado de Midas, que me había esperado tan tranquilo al pie de la escalinata del gimnasio. Doblamos por una calle secundaria. Cientos de vasijas de barro de excelente factura estaban amontonadas fuera de las tiendas. De las chimeneas salían altas columnas de humo. No habíamos hecho mucho camino cuando un dios me heló de la cabeza a los pies. Alguien nos cerraba el paso. Eran los dos energúmenos encapuchados con los que me había topado en Prasia. Avanzaron

hacia mí y se plantaron sobre las sólidas piernas para no dejarme proseguir.

—¿Eres tú Apolófanes del Falero? —preguntó uno de ellos.

Retrocedí un paso.

—¿Quién quiere saberlo? —Repuse.

Con gesto fulminante, los dos desenvainaron sus espadas de debajo del manto y se abalanzaron sobre mí. El asno se espantó y comenzó a rebuznar de modo ensordecedor.

Enseguida tuve encima a uno de los dos agresores. Cayó un mandoble desde lo alto que esquivé con agilidad. Erró el golpe y su espada se clavó en el suelo. El hombre soltó un juramento. Yo le propiné una patada en un costado. Rodó sobre una pila de vasijas de barro, quebrándolas con su peso. Midas, como enloquecido, daba vueltas sobre sí mismo soltando coces y rebuznando a más no poder. El otro agresor lanzó un mandoble fulminante, y a punto estuvo de seccionarme limpiamente la cabeza del cuello; un dios había doblado mis piernas justo a tiempo. Me arrojé sobre aquel coloso, que rodó por tierra. La gimnasia que practicaba con Estrepsíades se estaba revelando de suma utilidad. La espada del primer agresor había quedado hincada en el suelo. La aferré y me preparé para un nuevo ataque. Aquellos dos, en efecto, se lanzaron de nuevo sobre mí. Asesté una estocada. Mi quitón se ensució de sangre. Uno de ellos soltó una maldición y retrocedió sujetándose el brazo derecho, lacerado por una profunda herida. En aquel instante apareció en el camino un efebo de paso.

—¿Qué sucede? ¿Por qué rebuzna así este asno? —preguntó.

Pero no hubo necesidad de responderle. Vio a mis agresores y lo comprendió todo.

—¡Ve al gimnasio! ¡Pide ayuda! —le imploré.

El joven se estremeció y corrió como alma que lleva el diablo.

Mientras uno se taponaba la herida del brazo como mejor podía, el otro agresor se abalanzó sobre mí como una fiera. El acero chocó contra el hierro e hizo saltar chispas a cada golpe. El sudor chorreaba por las piernas y empapaba el calzado. Un poderoso golpe de mi adversario me hizo soltar la espada de la mano. También él perdió su arma, que voló lejos. El hombre me propinó un puñetazo en el rostro. Caí sobre otra pila de vasijas, que se rompieron. Justo cuando temía no salir de aquella, llegaron en mi ayuda una docena de jóvenes luchadores del gimnasio. Los traía el efebo de poco antes. Viéndome en el suelo, gritaron al unísono con Ares en el corazón, mientras Midas hacía de corifeo. Mis agresores se miraron el uno al otro y, al verse perdidos, escaparon a toda prisa. Los jóvenes del gimnasio se lanzaron en su persecución sin vacilar.

Me quedé en el suelo jadeando. Me dolía la cabeza por el golpe recibido. Midas se tranquilizó y, tras alcanzar un arbusto que trepaba por la pared de una tienda, se puso a devorar las rosas más llamativas.

Los jóvenes luchadores regresaron con las manos vacías. Los dos agresores los

habían despistado en el dédalo de callejuelas del barrio. Uno me ayudó a incorporarme de nuevo. Tenía el ojo derecho tumefacto. Me acerqué a Midas y le acaricié el lomo.

—Gracias, amigo mío. Te debo la vida.

Midas continuó devorando las rosas sin preocuparse de mí, sacudiéndose las moscas de encima con plácidos golpes de rabo.

Una voz me llamó a mis espaldas. Era Filoxena. Su rostro estaba tenso. Me alcanzó. Miró horrorizada mi ojo hinchado. Nos quedamos ambos en silencio durante unos instantes, sin saber qué decir.

—He oído de lejos el rebuzno desesperado de tu asno y he vuelto atrás —comenzó diciendo, como queriendo justificar su propia presencia.

—Si sigo vivo, se lo debo a Midas y a estos jóvenes luchadores del gimnasio —dije con voz todavía rota por la excitación.

—Dudo que se trate de compradores insatisfechos de mis mercancías —comentó Filoxena con amarga ironía.

La ocurrencia distendió un poco mis nervios. Tomé una de sus manos entre las mías. Estaba espantado y al mismo tiempo fuera de mí, de la ira. Notaba en la boca el sabor de mi propia sangre. Me palpé el ojo para comprobar el volumen de la hinchazón.

—Había ya visto a esos dos —dije a Filoxena—. Me han seguido desde Prasia. Me los crucé poco después de haberme alejado de casa de la viuda de Epigenes. Han tratado de quitarme de en medio después que hablara con la mujer de la víctima. Lo que significa una sola cosa: que tienen que ver con la muerte de ese adiestrador de gallos.

A pesar de todo, llegué puntual al santuario de la Madre de los dioses.

Estrepsíades había conseguido llevar allí a tiempo el carnero para cumplir con el rito. Era un magnífico animal de espeso pelaje blanco, con grandes cuernos curvados hacia atrás, ensortijados a los lados de la negra cabeza.

Mi madre me esperaba a la sombra de la columnata, flanqueada por dos siervas de casa. Cuando me vio llegar a lomos de Midas, bajó la escalinata y vino a mi encuentro. Yo salté del asno, pero cuando estuvimos el uno delante de la otra, ella posó la mirada sobre el quitón sucio de sangre y sobre las heridas de mi cara. Espantada, me pasó la mano por el pómulo ennegrecido y marcado por la hinchazón. Sus labios temblaron. Los ojos se le velaron de lágrimas.

—¡En nombre del cielo! ¡Mira tu rostro! ¡Y el quitón rojo de sangre! ¿Qué te ha pasado? —preguntó con una voz cargada de recelo.

Me miré los pies. ¡Las sandalias estaban más asquerosas que nunca! ¿Qué habría dicho mi padre si me hubiese visto en ese momento? Referí a mi madre lo que había sucedido poco antes. Pasé por alto mi encuentro con Filoxena: no hacía falta echar

más leña al fuego.

—A alguien no le gusta la idea de que metas la nariz en los asuntos de Epigenes —dije—. Esto confirma que la verdad está de mi parte. Eurifemo es inocente, pero alguien no quiere que se sepa que es así. ¿Qué se trata de mantener oculto condenando a Eurifemo?

Mi madre, angustiada, me miró de pies a cabeza desde debajo de su manto y no dijo una palabra. Sus siervas me observaron con reprobación. Su censura era más que evidente. Leí en sus ojos un severo reproche: eran demasiadas las preocupaciones que yo le creaba a mi madre. Estrepsíades me vio tal maltrecho que se dio unos golpes de pecho, desesperado por no haber estado a mi lado en ese momento de necesidad.

—Déjalo estar, mi fiel esclavo —le consolé—. Estoy seguro de que este desagradable incidente resultará útil en las investigaciones. Por eso te ordeno que no digas una palabra de esto a nadie. Hagamos como si no hubiese pasado nada.

La estatua de la Madre de los dioses en el interior del templo estaba sentada sobre un enorme trono de mármol. Apoyaba la mano izquierda en un grueso cetro y la derecha cubría el opulento pecho con el largo manto que le ceñía los hombros. Echamos unos granos de cebada en los cestos a sus pies y, tras entonar los himnos, salimos al aire libre. Enfrente del santuario se erguía un pequeño altar de mármol blanco. Encendí el fuego sagrado. Arrojé encima un puñado de hojas secas de intenso perfume. De las llamas surgían aromas intensos de incienso y romero. Todo estaba listo para el sacrificio. Ordené a Estrepsíades que llevara el cordero al altar. El animal se dejó llevar tranquilamente. Cuando le derramamos agua sobre la testa sacudió la cabeza, signo propicio que indicaba el consentimiento de la víctima al sacrificio. Arrojamus por el suelo semillas de cereales y con el cuchillo corté algunos mechones de vellón. El animal no hizo ningún signo de renuencia. Otra buena señal. «La víctima que va al encuentro del sacrificio con ese espíritu solo trae buenas respuestas», pensé. Pero las apariencias, ya se sabe, engañan a veces.

Detrás de toda víctima hay un verdugo.

Detrás de todo verdugo hay un sacrificio.

Detrás de todo sacrificio hay una condena.

Levanté la cabeza del carnero, descubriendo su garganta que no tardó en recibir el golpe fatídico. Pero en aquel punto mi madre alzó una mano.

—¡Detente! —gritó en el último instante.

La hoja se detuvo justo cuando iba a rozar la garganta del animal. Las siervas se volvieron, atónitas. Mi madre se acercó al altar, tomó consigo el carnero y lo acarició en la cabeza con inexplicable afecto.

—¿Por qué has interrumpido el rito? —pregunté desconcertado.

Ella alzó los ojos y me miró. Tenía el rostro tenso. Una gran angustia la había embargado. Inesperadamente, se dejó caer al suelo y me abrazó las rodillas.

—Sea cual sea la razón por la que has decidido salvar a Eurifemo, te ruego que te detengas antes de que sea demasiado tarde —me suplicó.

La miré asustado.

—¿Debería acaso abandonar a un inocente a una clara injusticia? —pregunté.

—En el día de hoy has corrido un gran riesgo. En nombre de tu padre, y si quieres a tu madre, abandona la defensa de Eurifemo y piensa en ti mismo. Si ese hombre es verdaderamente inocente, el Hado lo ayudará también sin tu intervención. Guárdate, hijo. Tu quitón está manchado de sangre. Advierto un oscuro presagio. No está bien acercarse a un altar ya sucio de sangre. Los dioses no quieren ya este carnero. Ha sido derramada ya sangre.

El rostro de mi madre estaba inquieto. Su tono implorante me derriñó el corazón.

—Detente, te lo ruego, antes de que sea demasiado tarde.

Fue como recibir un duro golpe en el estómago.

—¿Qué me estás pidiendo? No puedo abandonar a ese pobre hombre —dije con un nudo en la garganta.

Apreté con más fuerzas mis rodillas.

—¿No quieres abandonar a Eurifemo? Pues bien, eres rico, Apolófanes. Contrata a otro logógrafo para que lo defienda en el juicio. Libérate de esa absurda tarea que has asumido.

Meneé la cabeza.

—Tú no puedes comprender, madre... He hecho una promesa...

Las siervas acudieron y ayudaron a mi madre a incorporarse. Ella apartó su mirada de la mía.

—No sé si es el valor o la estupidez el que te inspira en esta loca empresa. Así pues, ¿no sientes ninguna compasión por mí? ¿Por ese Eurifemo arriesgarías tu propia vida, mientras que estás dispuesto a afligir a tu madre? ¡Ah, gran Hera! ¿Por cuánto tiempo aún mi corazón aguantará los tormentos de este hijo?

Sus palabras llenaron mi pecho de desconsuelo; sin embargo no me dejé amedrentar y respondí con severa determinación.

—Si abandono a Eurifemo, los dioses me juzgarán severamente. Sé perfectamente que arriesgo la vida, pero nadie podrá arrojarme al Hades en contra de la voluntad del Hado. Y yo siento que Díké, la diosa de la Justicia, está de mi parte. Ningún hombre, por lo demás, puede escapar a la Moira. Déjame llevar la defensa de Eurifemo, madre, sean cuales sean los riesgos que haya de correr. Ahora vuelve a casa con las siervas y ocúpate de tu trabajo en el telar. Por mi parte, yo no dejaré de cumplir con mi deber.

Las siervas se llevaron a mi madre que se sostenía en pie a duras penas. Sus ojos estaban hinchados por las lágrimas. Era su hijo, pero no era ya un chiquillo y por tanto no debía tratarme como tal. La había puesto en su sitio, pero nunca como entonces mi corazón estuvo tan lleno de tristeza.

Estaba decidido a poner fin al proceso con una victoria. Ordené a Estrepsíades, al que había enseñado a leer y a escribir, que se dirigiera a casa de Esteno, en Prasia, para hacerse dictar un testimonio. Le recordé también que se hiciera entregar la

antigraphe, la copia del contrato comercial de Epigenes. No lo utilizaría en el debate, pero me sería de utilidad para las investigaciones que tenía intención de llevar a cabo una vez terminado el juicio. Estrepsíades, víctima de la amonestación de mi madre, me aconsejó limitarme a exculpar al licántropo y a no buscarme más problemas, pero se mostró inflexible.

—Alguien ha intentado matarme —repliqué—. Quiero descubrir qué hay detrás de esa agresión. Pero antes debo sacar a Eurifemo de la cárcel, o las flechas de Ártemis golpearán el corazón de mi madre y la mandarán al Hades antes de que yo encuentre mujer... —Un pensamiento cruzó por mi mente de improviso—. ¡El matrimonio..., pues claro! En otro tiempo Tirseno estaba casado. De pronto, hace varios años, de su mujer no se supo nada más. Te confío una tarea importante, mi fiel esclavo. Descubre qué fin ha tenido esa mujer. Luego dirígete al médico del templo de Asclepio y haz entregar un testimonio escrito de su puño y letra: a estas horas habrá puesto punto final al examen del cadáver de Epigenes y se habrá hecho una idea clara de las causas de su muerte. ¡No vuelvas a casa hasta que no lo hayas conseguido todo!

Fósforo ahuyentaba las horas nocturnas y dejaba paso al alba cuando me desperté. Pasé un poco de tiempo encerrado en mi habitación frotando mis malditas sandalias. No conseguía precisamente sacarles lustre como era mi costumbre. Se habían formado ciertas manchas que no querían desaparecer en absoluto.

—¡Un espíritu noble está libre de toda mancha! —exclamé despotricando contra ese condenado calzado.

A la salida del sol me hice servir queso, harina de cebada, miel y vino puro. Mezclé todo ello en una copa y me lo tragué ávidamente. La bebida restauró mis miembros y en pocos momentos hizo que desapareciera todo el agotamiento. Estrepsíades estuvo de vuelta cuando el sol se hallaba en lo alto. Se hallaba exhausto como no lo había visto nunca.

—¿Tienes el testimonio del médico y todo lo que te ordené recoger de la viuda de Epigenes? —pregunté.

Mi esclavo asintió. Tenía el rostro pálido por el cansancio. Me entregó un rollo. Leí el contenido.

—¡Muy bien! —exclamé—. Y sobre la mujer de Tirseno, ¿qué has descubierto?

Estrepsíades me miró como si quisiera maldecirme. En efecto, no le había concedido un solo instante para recuperar el aliento.

—La he estado buscando durante toda la noche —suspiró.

—Pues bien, ¿la has encontrado?

Él asintió. Estaba trastornado por el cansancio, pero satisfecho.

—No ha sido fácil.

—¡Que los dioses te tengan en la gloria, mi fiel esclavo! —exclamé—. ¿Se puede

saber por qué demonios no vive ya con Tirseno?

Estrepsíades adelantó las manos.

—¡No, por Zeus! —dijo—. De mí no sabrás nada. Estoy demasiado cansado. Me voy a echar una cabezada antes de que comience el proceso.

—Pero ¿cómo, por Cástor y Pólux? ¿No quieres decirme nada?

Estrepsíades esbozo una sonrisa burlona, exhibiendo dos hileras de dientes perfectos.

—No quiero arruinarte la sorpresa, amo. Pero no te preocupes: será ella misma la que te lo diga todo. Ha aceptado comparecer ante el tribunal.

De acuerdo con mis disposiciones Eurifemo había sido lavado y aseado. Sentado, encadenado sobre la piedra de la Venganza, ya no tenía el aspecto de una bestia feroz. Parecía a todos los efectos un hombre como tantos, si bien su corpulencia era con mucho superior a la de un hombre normal y sus cabellos eran demasiado largos para la costumbre ateniense. Era yo, con mi ojo hinchado, quien despertaba la curiosidad del jurado o de todos los presentes.

Cratilo fue llamado a exponer su alegato, pero sustancialmente repitió cuanto había expuesto ya durante la vista. Noté que estaba más bien nervioso. En un par de momentos perdió incluso el hilo del discurso, acabó por confundirse, por lo que tuvo que empezar de nuevo. Su voz había perdido el ímpetu y el tono persuasivo de la vez anterior. Parecía distraído, como si el proceso ahora ya no le interesase mayormente. Cuando terminó el alegato, el jurado y el público estaban claramente perplejos debido a esa intervención tan mediocre.

Fue mi defensa, en cambio, la que despertó gran sensación y cambió completamente la suerte del proceso. Entre el público entrevisté a Filoxena. Temía que tras nuestra conversación sobre Amor en el gimnasio de Hermes se hubiera alejado de mí. En cambio, estaba allí siguiendo el proceso. Su presencia me animó. Me volvió a la mente nuestro último encuentro. Filoxena huía del Amor para no perder su libertad. Filoxena, una flor maravillosa que se sustraía a cualquiera que tratase de cogerla.

Después de que me fuera concedida la palabra, pues, entré en el meollo de la cuestión sin preámbulos.

—De mis recientes investigaciones, señores del jurado, ha aflorado que Epigenes había desaparecido hacía varios días antes de que el cadáver fuese encontrado por Tirseno.

Dicho esto, entregué el testimonio de la viuda al heraldo y le rogué que lo leyera en voz alta: «Esteno de Prasia declara que su marido Epigenes salió de casa, sin volver a ella, unos seis días antes de encontrarse su cadáver».

—¿Por qué Epigenes habría estado lejos de casa durante tantos días? —comenté—. ¿Es posible que en todo este tiempo no hiciera otra cosa que vagabundear por las calles de Atenas para luego volver a aparecer cadáver en la propiedad de Tirseno?

¿Adónde fue? ¿A quién vio? ¿Qué hizo? Herald, lee ahora el testimonio escrito del médico al que he hecho examinar el cadáver de Epígenes.

El herald desenrolló el segundo testimonio escrito que le alargué y leyó con voz clara y fuerte:

Arqueloo, sacerdote del templo de Asclepio, declara haber realizado un examen de Epígenes de Prasia y de haber sacado las siguientes conclusiones. Primero: el cadáver está rígido, pero no muestra signos de descomposición. Los numerosos desgarros presentes en todo el cuerpo permiten deducir que el cuerpo fue dilacerado por un ataque de una o más fieras. Segundo: el cuerpo y la propia indumentaria están impregnados de un ungüento oleoso. Tercero: han sido encontradas escoriaciones y profundas abrasiones en los talones y en las muñecas del cadáver. Cuarto: hay presente una herida estrecha, pero profunda, a la altura de la paletilla izquierda del cadáver, provocada sin duda por un objeto afilado, probablemente un puñal, que traspasó mortalmente el corazón.

¿Por qué Cratilo no había pedido a su vez el parecer de un médico? La pregunta aleteó en mi cabeza mientras escuchaba la voz altisonante del herald.

—La herida mortal, señores del jurado, es una cuchillada que le traspasó el corazón. Partamos de este último detalle. Así pues, ¿habría causado Eurifemo desgarrones a Epígenes y en un segundo momento lo habría apuñalado por la espalda, traspasándole el corazón? ¿O bien lo habría acuchillado, para luego desgarrarlo? ¡Si Menandro me oyese, incluiría la escena en una próxima comedia!

La frase desencadenó las carcajadas del público y entre los propios miembros del jurado.

—¿Qué razón podía tener un licántropo para morder a su víctima si luego pensaba acuchillarla? O viceversa, ¿por qué acuchillar a Epígenes para luego morderle? Resulta, pues, evidente que los desgarros presentes en el cuerpo de la víctima y la cuchillada fatal pertenecen a dos episodios totalmente distintos. El agresor que apuñala a su víctima en el corazón, matándola de un solo golpe, actúa con racionalidad y precisión. Al agresor que desgarr a su propia víctima, por el contrario, lo mueve la bestialidad y una feroz improvisación; y precisamente a mi defendido se le acusa de poseer tal índole. La lógica, señores del jurado, exige que quien acuchilló y dio muerte a Epígenes no puede ser el responsable de las laceraciones presentes en su cuerpo, atribuidas a Eurifemo por todo el demos de Falero. Epígenes, tenedlo bien presente, no murió a causa del desgarramiento, como quería en cambio hacernos creer la acusación. Murió a traición, de una sola puñalada asestada por un agresor lúcido y despiadado. El cadáver no fue desgarrado sino posteriormente. ¿Pensáis aún que el autor del homicidio fue Eurifemo? No tardaré en demostraros que estáis en un error.

Hice una pausa y pedí agua. Una vez que hube refrescado mi garganta, proseguí:

—Apuñalado de muerte y desgarrado solamente en un segundo momento, pues. Por su declaración, el médico da a entender que Epigenes estaba ya muerto cuando su cuerpo llegó a las cercanías de la casa de Tirseno. Reflexionad: el mantillo del que estaba salpicado el cadáver prueba que, tras el acuchillamiento, la víctima fue enterrada. En otras palabras, Epigenes fue asesinado y su cadáver recubierto de tierra. Seguidamente fue sacado de donde se encontraba, arrastrado hasta el Falero y finalmente desgarrado. He aquí explicados tres elementos importantes. El primero: Epigenes no llegó por su propio pie bajo la colina en que lo encontró Tirseno. El segundo: Tirseno no oyó gritos ni estrépito alguno durante la noche porque Epigenes estaba ya muerto por una puñalada al corazón, cuando fue arrastrado hasta allí al amparo de las tinieblas. Arrastrado, señores del jurado, tenedlo en cuenta, porque este detalle explica el tercer elemento fundamental: las excoriaciones y las abrasiones de Epigenes son las pruebas evidentes de que su cadáver fue atado de las muñecas con una cuerda y arrastrado, rozando con los talones el suelo. Hay que preguntarse por qué razón la víctima estaba cubierta de ungüento. Mi opinión es que, por algún motivo, antes de ser enterrada recibió las honras fúnebres. El médico, en efecto, testimonia que el cuerpo se presentaba rígido, señal de que Epigenes llevaba un tiempo muerto, pero que no presentaba signos de descomposición. Ello quiere decir que, cuando fue arrastrado desde las cercanías del viejo altar hasta el pie de la colina más allá de la cual vive Tirseno, debía de llevar muerto desde hacía ya un tiempo, pero el aceite con el que fue rociado en el momento de la muerte demoró la corrupción de los miembros. La viuda, por lo demás, ha declarado que su marido faltaba desde hacía ya seis días cuando reapareció cadáver en el Falero. ¿Qué significa esto? Si el jurado se espera que yo revele el nombre del verdadero asesino de Epigenes y sus razones, sepa que le desilusionaré. Mi única finalidad en este proceso es la de exculpar a Eurifemo, que es inocente. Por ello mi alegato no irá más allá de su objetivo. Convendrá en otra sede proseguir las investigaciones.

Me interrumpí porque me había quedado sin aliento, pero mi pausa pareció hecha expresamente. Todos, fuera y dentro del sagrado recinto del tribunal, estaban pendientes de mis labios. Filoxena, por su parte, mantenía los ojos fijos sobre un nerviosísimo Cratilo. En algunos momentos habría jurado que lo estaba mirando con recelo. El zumbido que se desencadenó en el interior del recinto fue dominado por la voz del arconte rey, que, irritado por la confusión, impuso silencio a todos.

—Vamos, por Zeus —se entrometió Cratilo—, si Epigenes murió de una puñalada, ¿quiénes o qué otra criatura inmunda, si no el imputado, desgarraría a un hombre ya cadáver desde hace días? Y, por todos los dioses, ¿por qué? ¡Toda esta historia es absurda!

Me dirigí al arconte rey, sin dignarme dirigir una sola mirada a mi adversario. Por esta afrenta, Cratilo se sintió embargado de la más negra cólera.

—Para responder de la mejor manera, llamo a declarar a Acrisia.

Entre el público se abrió paso una mujer anciana y menuda, envuelta en un peplo que le cubría toda la figura, avanzó sosteniéndose en un rugoso bastón. Con la espalda encorvada, avanzaba con esfuerzo, como si su cuerpo endeble pesase como una montaña. Los soldados de la guardia levantaron las lanzas y la hicieron entrar en el sagrado recinto. Lentamente, la vieja se acercó a mí. Alzó un borde del manto y mostró su rostro demacrado, ya rugoso por los años. Tenía el cabello blanco que le caía desordenadamente sobre los hombros. Su boca estaba casi completamente desdentada. Su aspecto, semejante al de una Moira, hizo sobresaltarse a todos los presentes.

—¿Eres Acrisia? —le pregunté.

La mujer antes de responder pidió agua, ya que estaba muerta de sed. Bebió con avidez hasta vaciar la copa que le había sido ofrecida. Cuando hubo saciado la sed, respondió.

—Tal es mi nombre.

Comprendí por el aliento fétido que la vieja no comía desde hacía días.

—¿Dónde vives, Acrisia?

—Por los caminos. Soy una mendiga.

—¿Desde cuándo llevas esta vida?

—Desde hace ya quince años.

—¿Por tanto no has sido siempre una mendiga?

—No. Primero tenía una casa, aunque fuera modesta. Y un marido.

—Luego ¿qué pasó? ¿Caíste en desgracia? ¿Murió tu marido?

—¡No, que Zeus lo parta de un rayo! ¡Todavía está vivito y coleando, el muy perro!

—¡Tal vez tu marido se encuentra aquí, ahora!

La vieja se volvió lentamente. Entornó los ojos y escrutó los rostros de los presentes uno a uno. De golpe se puso rígida, como si un dios la hubiese transformado en piedra.

—Sí, lo veo. Está entre el público.

—¿Puedes decir su nombre al jurado?

Los labios de Acrisia sufrieron un temblor.

—Su nombre es Tirseno.

—¿Eres tú la mujer del viejo Tirseno, el pastor del Falero?

La vieja asintió. Esto causó en el tribunal una gran impresión. Tirseno, al oír mencionar su nombre, enderezó el espinazo.

—¿Tú, mujer? ¡Casi no te he reconocido, que Zeus te ahogue! ¡No sabía que estabas viva! —gritó el viejo pastor, pero el arconte lo ordenó callar.

Luego me invitó a proseguir.

—Si tu marido no está muerto, ¿por qué desde hace tanto tiempo llevas una vida de privaciones lejos de él? ¿Es que te repudió?

—No lo hizo.

—Así pues, ¿por qué razón no vives ya bajo su mismo techo?

—Abandoné su casa por propia voluntad.

El encendido asombro del público y del jurado se manifestó con un sonoro murmullo. El arconte se las apañó como pudo para imponer silencio.

—¿Por qué decidiste hacerlo? —pregunté una vez que se me permitió continuar.

—Porque Tirseno es un hombre cruel y violento. Todos saben lo huraño que es. Pero ninguno más que yo sabe cuánto este epíteto resulta inadecuado para él. Desde el día de la boda, durante dos décadas seguidas ese hombre no hizo nada más que maltratarme. En los primeros años de casados, que Hera lo maldiga, me quedé embarazada en dos ocasiones y en ambos casos, cuando llegó el momento del parto, él, borracho, me golpeó violentamente. Las dos veces mató a los hijos que llevaba en mi seno y por poco no acaba también conmigo. Después de la pérdida del segundo hijo me quedé estéril. Tirseno no dejó de pegarme ni siquiera después de esa desgracia. Así, hará unos quince años, mientras estaba fuera en el pasto con sus condenadas ovejas, me marché de casa y nunca más he vuelto. ¡Mejor muerta de hambre en medio de un camino que sufrir los suplicios de ese bellaco! Todavía hoy, por más enferma que esté y mi estómago pida comer día y noche, me siento feliz de la decisión que entonces tomé.

Entre el público, como entre los miembros del jurado, se armó un gran alboroto. Las insistentes llamadas al orden del arconte rey no sirvieron de nada. La guardia empleó mucho tiempo en serenar los ánimos y permitirme continuar.

Cratilo, que hasta ese momento había escuchado en silencio, se levantó de su asiento y espetó encendido:

—En nombre de Atenea, ¿se puede saber qué tiene que ver todo esto con el proceso? ¡En toda mi vida he asistido a una defensa más desatinada!

El arconte rey en persona, visiblemente confuso, me invitó a explicar las razones de ese testimonio. No tardé en darle satisfacción. Me dirigí también al testigo.

—¿Llevas aún en tu cuerpo, Acrisia, las señales de los suplicios de tu marido?

—Solo la Cer, cuando me convierta en polvo, podrá borrarlos.

Poco antes de que se iniciase el proceso había tenido un breve encuentro con Acrisia. La mujer me había desvelado secretos preciosos y todo se me había vuelto claro. No me quedaba más que mostrar el arma vencedora delante del jurado y del arconte rey.

—Descúbrete un costado para que el jurado pueda verlo —le dije dirigiéndole una mirada alentadora.

La viuda se volvió hacia el jurado, agachó los ojos al suelo en señal de pudor y se descubrió como le había dicho. Los miembros del jurado se taparon el rostro con las manos de la repugnancia. El costado esquelético de la vieja estaba cubierto de horribles cicatrices. Yo mismo no conseguí aguantar esa penosa vista.

—¿Cómo pudo Tirseno hacerte llagas tan atroces?

—El vino le volvía violento. Cuando estaba borracho, me pegaba salvajemente. A

veces, después de haberme causado los suplicios, no satisfecho con ello me arrastraba por los cabellos delante de los perros y amenazaba con azuzarlos contra mí. Los mantenía en ayunas con el fin de que esos condenados fueran siempre feroces y agresivos debido al hambre. Yo le suplicaba que no me hiciera daño, pero Tirseno se burlaba de mis ruegos. ¡Parecía más bien disfrutar de mis sufrimientos!

El público indignado creó el vacío en torno al viejo pastor.

—¿Es cierto, Tirseno, que no fue Eurifemo, sino tus perros hambrientos los que desgarraron el cadáver de Epigenes? —exclamé vuelto hacia el pastor.

Todos los ojos del tribunal se clavaron en él.

—¿Pero qué disparates dices, Apolófanes? —balbuceó el viejo metiendo la cabeza entre los hombros.

—La pura verdad. La que tú has querido esconder desde el primer momento. Admítelo, azuzaste a tus perros contra el cadáver de Epigenes apenas lo encontraste.

—¡Esto, por Atenea, es absurdo! —dijo Tirseno dirigiéndose al jurado con actitud suplicante—. ¡Os ruego que me creáis! ¿Por qué iba a hacer una cosa así?

—El cadáver de Epigenes fue arrastrado no lejos de la casa de Tirseno, pero ni él ni sus perros se dieron cuenta de nada, esa noche, puesto que el cadáver fue dejado más allá de la colina. Tampoco el olfato de los crueles animales de guardia, por más que sea de lo más fino, fue eficaz. Esa noche los perros se encontraban a barlovento con respecto al cadáver, de modo que no percibieron su olor. Cuando, a la mañana siguiente, Tirseno se tropezó con ese cuerpo sin vida, temió ser acusado de su muerte, dado que la única casa en las proximidades era la suya. Así que, presa del terror de acabar siendo acusado...

—¡Apolófanes, te lo suplico! —exclamó Tirseno temblando todo él—. Conocía a tu padre..., era un hombre honrado...

—¡Deja tranquilo a mi padre bajo tierra! No te estoy acusando de homicidio, Tirseno. Si confieras, no tendrás problemas, pero exculparás a un inocente y harás las paces con la familia de Eurifemo, que de lo contrario podría acusarte de calumnia; mentir en el tribunal es un delito muy grave. Arriesgarías mucho. ¡Confiesa, pues! Temías acabar procesado como el principal acusado por el homicidio de Epigenes, por lo que ordenaste a tus perros desgarrar el cadáver para hacer recaer la culpa sobre Eurifemo, el único, como has insinuado ante los vecinos del Falero, que podía perpetrar una acción tan terrible. Para alejar todo riesgo para ti, has estado dispuesto a acusar a un hombre que sabías inocente.

Presionado por mi tono intimidatorio, Tirseno se rindió, estalló en un llanto desesperado y confesó. Decidí aprovechar su estado emocional para ahuyentar la duda que me perseguía.

—¿Confieras también haber sustraído del cadáver unos objetos, o unos pocos dracmas y una llave de buena factura?

A la palabra «llave», Cratilo me miró con ojos de poseso. Aquella mirada me turbó mucho, pero no tuve tiempo de reflexionar sobre mis sensaciones porque

Tirseno prorrumpió de nuevo en un llanto histérico.

—¡No! —gritó—. ¡Yo no le robé nada! Lo repito, es cierto que fueron mis perros los que lo dejaron reducido a ese estado, y antes de azuzarlos registré también el cadáver con la esperanza de encontrarle encima algo de valor; pero no llevaba ni un solo óbolo. ¡Os ruego a todos que me creáis!

Era sincero, no me cupo ninguna duda. En aquel estado de ánimo nadie habría conseguido decir una falsedad de modo tan convincente. Deduje que los dracmas y la llave debían de haber desaparecido de otro modo.

La sentencia del jurado no se hizo esperar. Eurifemo fue proclamado inocente y Tirseno fue condenado a pasar una cantidad por el resto de su vida a su mujer.

Una vez más, al término de aquel proceso había aflorado algo terrible y antiguo, algo que no dejaba de espantarme, o sea, que la peor fiera de la que el hombre debe guardarse es el propio hombre.

Después del pronunciamiento de la sentencia, los vecinos del Falero invadieron el centro del recinto para felicitarse conmigo. No encontraba justificación a tanta euforia. Estaba trastornado por el testimonio de la mujer de Tirseno. La Justicia había hecho desaparecer el prejuicio de los ojos de los ciudadanos. Esos mismos que ahora me aclamaban poco antes consideraban a Eurifemo culpable y lo habrían despeñado desde lo alto de una roca sin asegurarse de su efectiva culpabilidad.

Busqué a Filoxena entre la multitud, pero no la encontré. Los padres de Eurifemo se habían quedado inmóviles, con lágrimas de alegría, abrazados el uno a la otra en un tierno abrazo. Eurifemo, por su parte, tras oír la sentencia favorable a él se había quedado impasible. Se me acercó. Dada su corpulencia, me sacaba en cuanto a estatura toda la cabeza. Me clavó encima dos ojos duros como el mármol; aunque no nos hubiésemos dirigido una sola palabra desde que había comenzado el proceso, me reprendió con la confianza que se reserva a un amigo.

—Me has salvado —dijo—. Pero no basta. Debes seguir adelante.

Sus palabras me cayeron encima, pesadas como pedruscos. A cualquiera le habrían sonado oscuras, pero yo sabía bien a qué se refería Eurifemo. El esfuerzo realizado por mí hasta ese momento no había sido suficiente para mantener plenamente mi promesa. Tendría que atrapar al verdadero asesino de Epigenes.

—Recuerdo perfectamente lo que prometí. Por eso no tengo intención de parar —lo tranquilicé.

Así como se había acercado de forma inesperada y había abierto la boca, con no menos rapidez Eurifemo me dio la espalda y se fue sin añadir nada más.

Salí un tanto trastornado del tribunal. Entreví a Filoxena. Estaba ya fuera y permanecía aparte. El nutrido público que había asistido al proceso pasaba por su lado comentando la sentencia. La bella filósofa escrutaba inmóvil a los que pasaban por delante del templo de las venerables divinidades. Me pareció tensa, como durante el juicio. No lejos de ella, vi a Cratilo doblar el ángulo y desaparecer con paso ligero en la parte de atrás del templo.

Alcancé a Filoxena.

—¿Adónde va? —le pregunté mirando fijamente el punto en el que Cratilo había desaparecido del campo visual.

—No lo sé. Ha salido antes de que se pronunciara la sentencia. Le he seguido. Ha permanecido aquí hasta hace poco.

Me moví para darle alcance. Pero Filoxena me retuvo. La miré sorprendido por aquel gesto suyo imprevisto. El apretón en mi brazo era firme y delicado al mismo tiempo. Filoxena entreabrió sus bonitos labios, pero no dijo nada. En su semblante leía una fuerte desconfianza. A sus espaldas, entre la gente, no muy lejos de nosotros, por un instante me pareció entrever al arconte que miraba hacia nuestro lado. Pero fue solo por un instante, ya que desapareció inmediatamente entre el gentío que dejaba la colina del Areópago. Cuando el campo visual quedó de nuevo despejado, no quedaba ni rastro del arconte.

—No temas —tranqualicé a Filoxena.

Ella me dirigió una sonrisa cargada de ansiedad; luego dejó de apretar.

La parte de atrás del templo estaba desierta, salvo por tres figuras que confabulaban a escondidas entre las estatuas. Una era indudablemente Cratilo. Parecía haber olvidado ya el proceso. Estaba muy nervioso. El recuerdo de aquella mirada tan inquietante en el momento en que había sacado a relucir la llave no me abandonaba. Estaba confabulando rabiosamente con dos energúmenos que llevaban unos largos mantos. Los ánimos parecían estar a punto de recalentarse. Procuré no ser visto buscando refugio detrás del basamento de una imponente estatua de Plutón. Me encontraba más bien lejos, por lo que no oía claramente lo que decían. Pero estaba lo bastante cerca como para observar todo cuanto sucedía.

Vi, en efecto, a Cratilo ponerse rojo de la furia. Su cabeza calva se encendió como durante el proceso. Vociferó y agitó los puños al cielo. Los dos energúmenos ni se inmutaron. Lo miraban en silencio. En el colmo de la ira, Cratilo tuvo la osadía de coger a uno de los dos por el manto. Este aferró instintivamente la muñeca del pritano como para invitarle a desistir de aquel excesivo desahogo de rabia.

Fue entonces cuando noté en el brazo derecho de aquel gigante un vendaje abundantemente empapado de sangre.

CAPÍTULO VI

En el que Apolófanes participa en el banquete de Hipérides

Me dirigí a lomos de Midas a casa de mi madre para darle la buena nueva. La sierva que me recibió dijo que el ama se encontraba en el molino. La esperé en el patio interior, donde me senté a la sombra del emparrado. Aproveché para hacer una buena limpieza a las sandalias. Las siervas atareadas en las incesantes labores domésticas me miraban perplejas.

Poco después mi madre asomó por la puerta de atrás. Reparó en mi presencia y se puso rígida. Sus ojos me apuntaron como hojas de espada. Me até las sandalias y fui a su encuentro.

—Hemos ganado la causa —dije—. Eurifemo es un hombre libre.

Ella ni se inmutó y siguió mirando fijamente con sus ojos severos.

—El jurado lo ha declarado inocente. —Insistí, esperando provocar alguna emoción en su ánimo.

Ella se pasó las manos por los costados como para desentumecer los brazos y suspiró. Tomó mis manos entre las suyas.

—¿Estás aquí para hacerme cambiar de parecer? —preguntó con tono amargado—. ¿Has venido para decirme que tenías tú razón de considerar a ese hombre inocente? Has de saber que todo ello no me consuela en absoluto. Porque sé que aún no ha terminado. Tú irás hasta el final. No pararás hasta que hayas descubierto al verdadero culpable. ¿No es así? Por consiguiente mis sufrimientos todavía se prolongarán. De veras no sé hasta cuándo podré aguantar este comportamiento tuyo tan poco razonable.

—No puedo detenerme ahora. —Respondí—. No quiero mentirte, madre. Alguien ha intentado matarme y no me sentiré seguro hasta que no haya descubierto quién me quería muerto. La amenaza está para mí en todo momento a la vuelta de la esquina. He exculpado a Eurifemo, pero temo que no estaré nunca seguro hasta que no haya descubierto al verdadero culpable.

—No tienes ningún deber que cumplir en toda esta historia. Por el contrario, si tienes temor de la gran Hera, tienes deberes para conmigo.

Aunque mi madre no podía saberlo, para mis adentros era consciente de que en aquella historia tenía en cambio un papel muy concreto. Mucho tiempo antes había hecho una promesa y lo que había conseguido obtener hasta ese momento no había bastado para mantenerla. No me quedaba, pues, sino proseguir. Hasta sus últimas consecuencias.

La lujosa casa de Hipérides estaba situada en su demos natal, el Collito, unos de los más prestigiosos de toda Atenas. La cuna de muchos *aristoi* atenienses era aquel demos. Uno de los muchos nativos del Collito había sido el filósofo Aristocles, conocido de todos con el sobrenombre de Platón. La casa se alzaba entre otras mucho más humildes a lo largo de una calle secundaria. Desde el exterior se hubiera dicho sobria. Pero una vez se entraba, se podía comprobar la elegancia y el refinamiento del interior. Las diversas habitaciones de la planta baja se abrían a un patio íntegramente revestido de reluciente mármol. En el centro, un gran estanque decorado en los bordes con estatuas de ninfas bañándose recogía el agua de lluvia. Se accedía a un jardín interior a través de una puerta situada en el lado opuesto a la entrada. Las estancias estaban pintadas al fresco con motivos relacionados con la historia de Atenas. Los esclavos se desperdigaban discretamente entre los invitados al banquete y recogían cualquier tipo de desperdicio que estos dejaban caer en el suelo.

Dos siervas nos recibieron a Filoxena y a mí con todos los honores. Filoxena estaba seductora. Lucía un himatión rosa tenue como el alba. Su cara estaba velada por una fina capa de afeite que hacía resaltar sus ojos centelleantes como las estrellas del cielo. La piel reluciente de ungüento emanaba una agradable fragancia de jazmín, la flor del amor divino.

Fue Hipérides en persona quien se reunió con nosotros para hacer los honores de la casa. Saludó a Filoxena con gran deferencia.

—Esta noche llora el Olimpo —dijo— porque una diosa ha dejado su cumbre para entrar en mi casa.

Ella se llevó una mano al pecho y sonrió halagada.

—Para mí es un honor participar en tu banquete.

De buena familia, una de las más renombradas en la tribu egeida, en su juventud Hipérides había sido discípulo de Isócrates y del gran Platón. Pero su marcada inclinación al conocimiento y al arte oratoria no lo había mantenido apartado de las empresas más audaces. A los cuarenta y nueve años había ocupado el cargo de trierarca en la expedición de Atenas contra Bizancio. Había sido embajador, mediador, incomparable orador y, sobre todo, el más ferviente defensor del partido antimacedonio de la ciudad. Odiaba a tal punto a los macedonios que a los sesenta y siete años cumplidos, todo menos deseoso de retirarse a la vida privada, había convencido a los atenienses para que se alzaran contra Antípatro y, no contento con ello, se había comprometido en primera persona a fin de que numerosas otras ciudades de Grecia se insurreccionasen para echar una mano a Atenas. Gracias a su habilidad en los negocios, vivía en una posición más que acomodada. Sus grandes riquezas provenían de una mina de plata y de un terreno arrendado en Eleusis, donde mantenía una fructífera propiedad. Su rostro rugoso estaba encendido por unos ojos claros y vivaces que desprendían más vitalidad que los de un efebo en la flor de la

edad.

La mano huesuda de Hipérides cerró la mía en un apretón enérgico que demostraba la tenacidad inquebrantable de un hombre entrado en años, pero nada inclinado a la nostalgia de los tiempos pasados.

—Salud, Apolófanes —dijo como si fuese un viejo conocido—, y bienvenido a este banquete. Festejarás con nosotros los últimos éxitos de Atenas y de sus ciudades aliadas contra los macedonios. Se habla mucho de ti por ahí. En el día de hoy has ganado tu primer proceso. ¡Espero que este ojo a la funerala no te lo haya hecho tu defendido debido a los honorarios! —exclamó riendo de su propia ocurrencia.

Tenía una risa contagiosa, por lo que rompí a reír a mi vez.

—Los dioses te han sonreído. Quisiera conocer todos los detalles de tus palabras ante el tribunal. Me han contado que has sido sumamente hábil. Me darás ese gusto, ¿verdad? Si no he comprendido mal, has recurrido a la carcasa de una oveja desgarrada para excusar al imputado. ¡Por Zeus, qué estrategia más original! Siempre he sido un admirador de los logógrafos excéntricos. Tal vez sepas que, en uno de mis procesos más célebres, hice absolver a mi hetaira favorita que había sido acusada de impiedad. ¿Sabes cuál fue mi estrategia? Le desnudé el pecho ante el tribunal. ¡A la vista de semejante belleza, el jurado rechazó toda acusación que había sido hecha a mi adorada Friné! ¡Demasiado hermosa para ser juzgada impía! El fallo de absolución fue unánime.

Casi olvidaba una de las principales pasiones de Hipérides. Las mujeres.

—Estoy aquí para hablar contigo del proceso al licántropo —dije.

—¡Bien! Ya tendremos ocasión de charlar de todo lo que quieras. Pero, en primer lugar, permíteme que haga emborracharse a mis invitados.

A aquella salida, estalló en una segunda carcajada a la que de nuevo no supe permanecer inmune.

La sala del banquete estaba iluminada por unas graciosas lámparas de aceite que emanaban unos agradables aromas. Los frescos de las paredes representaban las gestas de Teseo, el héroe de la democracia ateniense que derrotara al Minotauro, símbolo de la tiranía de Minos. En el lado opuesto destacaba un fresco dedicado a los tiranicidas Armodio y Aristogitón, que se abalanzaban con las espadas desenvainadas sobre Hiparco, el hijo del tirano Pisístrato. El suelo estaba decorado con un espléndido mosaico que reproducía escenas de la caza del ciervo. Los invitados al banquete conversaban amablemente, reclinados en sus lechos. Algunos por el gran calor se habían desceñido los quitones, dejando el pecho al descubierto.

A nuestra entrada, o mejor dicho, a la entrada de Filoxena, todos se volvieron. Muchos se alzaron de los lechos y fueron a hacerle una reverencia. Entre ellos se hallaba quien mostraba unos modales corteses, quien afectados y quien manifiestamente babosos. Filoxena se movía en aquella sala con envidiable desenvoltura, como si se encontrase en su casa. Que no era el primer banquete en el que tomaba parte en aquella casa lo tuve claro enseguida. Saludó e intercambió unas

palabras con todos.

El ambiente estaba lleno de ese agradable rumor de voces indistintas y de los festivos silbos de maravillosas flautistas de largos cabellos negros. Los cuerpos semidesnudos de las danzarinas se contoneaban sensualmente al ritmo de la música. La concordia reinaba entre los invitados. Los esclavos, perfumados y ataviados con quitones limpios, ofrecían con discreción deliciosas pastas filamentosas a base de miel y fruta seca y procuraban que las copas no estuviesen nunca vacías. La crátera del vino del centro de la sala era llenada por otros esclavos que iban y venían continuamente de la bodega al comedor con las ánforas al hombro. En su interior se entreveía un maravilloso mosaico que representaba una procesión de Dioniso y de Pan coronados con sarmientos rebosantes de racimos.

Tomé asiento en un lecho libre. Me tumbé y me puse a picotear un puñado de pastas que me dieron una terrible sed. Agité en el aire mi copa vacía. Un esclavo acudió y la llenó de vino afrutado con aroma a miel. Derramé algunas gotas en el suelo en honor de los dioses y vacié la copa de un trago. La bebida, regalo precioso de Dioniso a los hombres, descendió suavemente refrescando el seco gástrico. El vino entumeció mis miembros y me infundió una agradable ebriedad. El esclavo escancié una segunda vez y luego una tercera, y luego lo dejé irse.

—Apólófanes, no te excedas. Trata de permanecer lúcido para cuando Hipérides pueda intercambiar dos palabras contigo —me previno Filoxena, quien, terminados los cumplidos, había encontrado sitio en el lecho junto al mío.

Noté que, entre todas las cabezas que dominaban las yacijas, del otro lado de la estancia se distinguía claramente una cubierta de un velo color púrpura.

—No eres la única mujer invitada a este banquete. —Hice notar a Filoxena.

—¿No has oído hablar nunca de Clea? Es una poetisa refinada. Pertenece a una de las más antiguas familias de *aristoi* atenienses. No falta nunca a los banquetes de Hipérides.

—¿Está en compañía de alguien? —pregunté.

Filoxena sonrió maliciosamente.

—Esta tarde solamente de Euterpes, la musa de la poesía lírica, y de Erato, la musa de la poesía amorosa. Clea es hermosa y enormemente culta. Desde niña, su padre no ahorró en gastos por su educación. Siendo aún niña fue mandada a Mitilene, a la escuela para muchachas fundada por Safo, donde estudió el arte de la poesía. Una vez que regresó a Atenas, murieron sus padres. Clea se convirtió en la única heredera de las inmensas riquezas familiares y desde entonces vive cultivando su arte. Desde el día de su regreso, ha vivido en su casa rodeada de poetas y de sus numerosos amantes.

—¿Amantes? —Repetí temiendo haber malinterpretado al oír el plural.

Filoxena asintió.

—A diferencia de la filosofía, la poesía es un arte que procede por imitación, como sostiene Aristóteles. Por eso quien escribe poesía sumerge su cuerpo y su alma

en las pasiones, al contrario del filósofo que, por su naturaleza de buscador de la sabiduría, las rehúye. Clea ha tenido muchos amantes en su vida.

—Si tiene tantos amantes, ¿por qué está sola esta noche? —pregunté.

—Corren voces. Parece que desde hace poco está enamorada perdidamente de alguien que le ha roto el corazón. Por eso rechaza la compañía de quien sea.

—¿Y quién sería ese amante besado por el Hado, y sin embargo tan cruel?

Filoxena meneó la cabeza.

—Nadie lo sabe. Clea no ha revelado a nadie el nombre de su gran amor. Son muchos los hombres que, cegados por los celos, quisieran conocerlo para luego hacerle pedazos. Tal vez también tú te unirías de buena gana al ya nutrido grupo.

Enrojecí y Filoxena intuyó que me había herido en lo más vivo. Pero se equivocaba. Había malinterpretado mi rubor. En realidad hubiera querido decirle, para aclararlo, que para mí no existía una mujer maravillosa que se le pudiera comparar. Pero no encontré fuerzas para hablar. A la luz difusa de las muchas lámparas encendidas, Clea se volvió. Con la mano de dedos delgados apartó suavemente el velo purpúreo de la cabeza y exhibió su tocado rubio, recogido en una blanda guirnalda de trenzas redondeadas sobre la nuca. Dos largos mechones escapados del complicado peinado le caían a lo largo de los costados del rostro. Acariciaban las pequeñas orejas hermosas por voluminosos pendientes y terminaban en la base del cuello largo y blanco. Los ojos grandes y seductores, semejantes a los de Ártemis cazadora, estaban dominados por unas finas cejas bien perfiladas. Una nariz en punta le caía armoniosa sobre unos pequeños labios, que mostraban una expresión melancólica. Como la muy hermosa Atalanta, Clea se mostraba en todo su atractivo y luego huía de sus pretendientes. Unas arrugas casi imperceptibles surcaban el contorno de la boca o encendían ese rostro, de lo contrario divino, de sensualidad humanísima. Sus gestos llenos de gracia dejaron sin aliento a todos los hombres presentes en la sala. Su mirada se demoró durante algunos instantes en dirección a mí. No comprendí si me estaba mirando a mí o a algún otro. Sonrió, y fue como si una tempestad se abatiese sobre mi pecho. Mis sentidos quedaron cautivados. Si no hubiese estado recostado, me habría caído al suelo. De golpe se volvió y me dio nuevamente la espalda. ¿Qué poder escondía aquella mujer? Como una hechicera, sabía encantar a los hombres con su belleza.

Las flautistas dejaron de tocar, las danzarinas cesaron sus evoluciones y abandonaron la sala del banquete. Los invitados se pusieron graciosas coronas de frondosas ramitas, entrelazadas y adornadas con flores de colores chillones. Estaba a punto de dar comienzo el certamen de erudición.

—Dispénsame... —dijo Filoxena y, levantándose del pequeño lecho, fue a ocupar su sitio en medio de los filósofos para tomar parte en su diálogo.

Algunos de estos clavaron sus ojos en ella. Más que filósofos que rehuían las pasiones, sus miradas parecían las de unos faunos excitados.

Me había quedado de nuevo solo. Hacía un gran calor, por lo que me mandé al

coleteo dos o tres copas de excelente vino. Mi cabeza comenzó a flotar cuando Hipérides se reunió conmigo.

—Aquí todos están borrachos. ¡Y, a juzgar por tu mirada, tú también, muchacho, has empuinado bastante el codo! —exclamó el anciano logógrafo prorrumpiendo en una gran carcajada—. Ven, salgamos al aire libre. Sabrán divertirse también sin mí —dijo tomándome amigablemente del brazo.

Salimos al patio y de ahí, a través de la puerta de la parte de atrás, accedimos al jardín interior iluminado por las antorchas que colgaban de las paredes. Las columnas del pórtico estaban recubiertas de fresca hiedra trepadora. Por todas partes crecían plantas frondosas. Aquí y allá había dispuestos bustos de mármol de algunos grandes atenienses. Alcé la vista más allá de la cerca de la villa. En lontananza, vi el Partenón iluminado por las antorchas dispuestas en lo alto de los muros de la Acrópolis. El manto de estrellas de la Vía Láctea seguía el contorno del techo en declive del templo.

Hipérides se detuvo delante del busto de mármol de Alcibíades, apoyó distraídamente el codo en la frente y contempló por un instante el cielo estrellado. Tras algunos preámbulos, me rogó que hablásemos del extraño caso del que me había ocupado y me suplicó que no omitiera ningún detalle. Me hizo saber que ya se había informado acerca de cómo había llevado la defensa de Eurifemo. En particular, le había llamado la atención el hecho de que hubiese ganado la causa contra Cratilo.

—Como sabrás —me explicó—, Cratilo es mi adversario político, pertenece al partido de los moderados de Foción que han dado muestras siempre de ser demasiado serviles con los macedonios. ¡Es una alegría para mí, perdóname la franqueza, que haya sido derrotado por un principiante!

Ni siquiera Hipérides supo explicarse por qué razón Cratilo se había comprometido gratuitamente en un proceso como aquel ni tampoco fue capaz de explicarme el motivo por el que lo había hecho sin excesivo empeño.

—Se diría —comentó— que ha afrontado el proceso con la esperanza de hacer condenar a toda prisa a Eurifemo y con el mínimo esfuerzo. Pero ¿qué ventajas podía reportarle a él la condena de un demente que no era en absoluto culpable?

—La única ventaja que podría obtener es la de ocultar la verdad. Una verdad que con toda evidencia él conoce y que no quiere que salga a la luz. Ello puede significar una sola cosa, a saber, que Cratilo de algún modo está envuelto en el homicidio de Epígenes.

A aquellas palabras mías, desapareció del rostro de Hipérides la expresión bonachona que me había reservado hasta ese momento y desorbitó los ojos indignado.

—La tuya es una afirmación muy grave, ¿te das cuenta? En otras palabras, ¿sospechas que Cratilo, un pritano, está implicado en el homicidio de un miserable criador de gallos de pelea? ¡Mi joven amigo, creo que esto no solo es imposible, sino hasta inconcebible!

—¿Y por qué otra razón, si no para eliminar toda sospecha, habría contratado a dos sicarios para acabar conmigo? —repliqué—. Los hombres que me han agredido en el Cerámico son los mismos que discutían con Cratilo en la colina del Areópago al final del proceso. Estoy seguro de que fue él quien los mandó para matarme.

Contrariamente a lo que imaginaba, Hipérides se demostró contrario a mis conclusiones.

—Cuidado, Apolófanes. Aunque sea adversario mío, Cratilo es un *aristos*. Ocupa una magistratura muy alta y por añadidura su conducta ha sido siempre muy íntegra. Yo mismo, que no comparto en absoluto la blandura de su línea política con los macedonios, le reconozco que ha actuado siempre con honestidad. Has demostrado una notable habilidad hasta ahora, lo reconozco, pero francamente creo que tu inexperiencia te está llevando a seguir una pista totalmente equivocada. Te prohíbo de forma terminante que impliques a Cratilo en tus investigaciones.

Sus palabras me dejaron completamente perdido.

—¡Pero, por Cástor y Pólux, si le he visto con mis ojos junto a los dos hombres que han intentado matarme! ¿Qué otra cosa podría pensar?

Hipérides miró al suelo. Reflexionó durante unos instantes en silencio.

—Te voy a decir lo que haremos —respondió, y se acercó despegando el codo de la frente de Alcibíades—. He tenido ocasión de hablar de ti con un discípulo mío. Si no tienes inconveniente, te lo presentaré. Es joven, pero tiene una considerable experiencia en la materia. Creo que te podría ser de gran ayuda en la resolución de este caso.

En la sala del banquete había tomado la palabra un filósofo viejo y demacrado con los ojos hundidos, la barba larga y blanca. Por el fervor con el que hablaba, el quitón se le había deslizado hasta la ingle descubriendo un físico ajado y huesudo; sin embargo no parecía preocupado por su figura ridícula. Hablaba y gesticulaba animado por una gran fuerza de ánimo. Ninguno de los invitados al banquete, por lo demás, parecía preocuparse de su aspecto, a juzgar por el apasionamiento con el que seguían el razonamiento.

—Simos es ese de ahí —susurró Hipérides señalando a un joven recostado entre los sabios.

Debía de haber pasado hacía poco de los veinte años. Elegante, vestido con un largo quitón cuidadosamente drapeado, tenía todo el aire del joven despierto y sin prejuicios. Unas cejas pobladas se recortaban sobre dos ojos de depredador infalible. Frente serena, sobre la que caían unos ricitos cortos y bien arreglados. Barba ordenada y uniforme. Rasgos regulares. Físico esbelto. Hipérides le hizo una seña y el joven dejó al instante a los invitados comprometidos en el diálogo. Se reunió con nosotros y me dio un apretón de manos.

—Simos es un logógrafo prometedor —dijo Hipérides presentándome a su discípulo—. Ocupa cargos de gran responsabilidad por cuenta mía, está encantado de que la revuelta contra Antípatro me tenga muy ocupado de modo permanente. Ha

vuelto hoy mismo de Eubea, adonde fue invitado para formar parte de una legación muy importante.

—¿De qué se ha ocupado, si no es indiscreción? —pregunté.

Fue Simos en persona quien respondió.

—He sido encargado por la Boulé de dirigir una negociación más bien delicada para la puesta en libertad de algunos prisioneros. Seguro que conoces la historia de los desterrados de Samos.

—No en detalle, la verdad.

—Hace un par de años un grupo de desterrados trató de regresar clandestinamente a la isla de Samos, su madre patria, que estaba, como todavía hoy, sometida al dominio ateniense. Nuestros colonos los interceptaron, arrestaron y luego trasladaron en una nave a Atenas, donde el tribunal los condenó a muerte. Pero la condena quedó en suspenso con el fin de evitar incidentes diplomáticos con los macedonios. Ese mismo año, efectivamente, Nicanor de Estagira, enviado por Alejandro a los Sagrados Juegos de Olimpia, había proclamado el regreso de todos los desterrados griegos a sus respectivas ciudades. Los samios no fueron ajusticiados, pero permanecieron encerrados en nuestras prisiones. Pues bien, no hace mucho un tal Antileón de Calcis se ofreció a pagar un importante rescate, cien talentos, por la liberación de esos prisioneros, pero Atenas rechazó la oferta.

—Una decisión dictada más por el orgullo que por la razón: por más que entonces ese compromiso resultase humillante, esos talentos hoy nos vendrían muy bien. —Hubo de admitir con amargura Hipérides.

Simos asintió.

—En un momento tan difícil como este, cualquier recurso resulta vital. Atenas, al menos por el momento, debe dejar de lado el orgullo. La guerra contra los macedonios se está prolongando más allá de toda expectativa y se está revelando más dispendiosa de lo previsto.

—Estamos combatiendo una violenta rebelión —intervino Hipérides— que debemos sofocar a toda costa, o será el fin para la democracia de nuestra querida Atenas.

—Por eso, ¿Simos ha recibido el delicado encargo de retomar las negociaciones para la liberación de los prisioneros? —pregunté.

Fue Hipérides quien respondió.

—Gracias a su legación, Simos ha conseguido elevar el precio del rescate. Ha arrancado a Antileón un acuerdo muy ventajoso. Doscientos talentos a cambio de unos prisioneros samios. Una suma parecida no podía llegar en un momento mejor: vendrá a llenar en parte el vacío imprevisto causado por la inaudita desaparición del oro de la Acrópolis.

—Ya, un acuerdo que me ha costado muchos días de negociaciones extenuantes. Pero ha valido la pena —dijo Simos—. Lo que ha sucedido en el Tesoro de Atenas es para todos nosotros motivo de gran desconcierto. Nos estamos batiendo contra un

enemigo poderoso y de golpe y porrazo nos encontramos sin los últimos recursos con los que contábamos. No he sabido de la desaparición del oro de la ciudad hasta mi vuelta de Eubea. Es un hecho muy grave. Hay que reencontrar esos talentos cuanto antes.

—¡Con solo que consiguiéramos comprender cómo han desaparecido en una sola noche del Tesoro de la Acrópolis, el lugar más vigilado de toda Atenas! ¡Pero los encontraremos, claro que sí, por los rayos de Zeus! —rezongó Hipérides y se dio unos golpes de pecho—. No pueden haberse desvanecido en la nada. Ha sido registrado cada rincón de Atenas. Todas las naves que han de partir son inspeccionadas desde el día del descubrimiento del robo. Todos los edificios han sido puestos patas arriba. Se han creado controles en todas las puertas de la ciudad. Nada ni nadie sale de Atenas sin ser registrado por los guardianes. Y así se hará hasta que se haya encontrado el oro desaparecido.

—¿No podría estar ya lejos de Atenas? —pregunté.

—¡Solo si el oro tuviese alas! —respondió resuelto Hipérides—. No existe ninguna posibilidad de sacar tanto oro de Atenas sin ser descubiertos. Todos los caminos por tierra y por mar son vigilados día y noche. Pronto descubriremos a los responsables de este extraordinario robo y los despeñaremos por las murallas de la Acrópolis, tal como se hace con los peores criminales de la ciudad.

A aquellas palabras, Hipérides se había puesto de un rojo encendido. Simos se sintió en el deber de serenar el ánimo alterado de su maestro. Semejantes ataques de ira podían ser fatales a su edad.

—Dentro de poco mandaré a Antileón instrucciones detalladas acerca del intercambio de prisioneros samios y el pago del rescate —dijo Simos—. Con esos doscientos talentos, Atenas aún puede ganar esta guerra.

Sus palabras, como un encantamiento, devolvieron la serenidad al viejo y aguerrido logógrafo.

—¡Los dioses te tengan en la gloria, Simos! —exclamó Hipérides con lágrimas en los ojos y, vuelto hacia mí, agregó—: ¡La verdad es que no te podría poner en mejores manos, Apolófanes! Entre los méritos de Simos está el de haberse ofrecido a financiar a su costa la restauración de la nave sagrada. Su generosa propuesta ha sido acogida de forma unánime por la Boulé.

—La nave sagrada se encuentra ya en mi fragua para su restauración —añadió el discípulo—. Debe de estar reconstruida para cuando festejemos la victoria sobre Antípatro.

—Tu ofrecimiento te honra. Los atenienses sabrán recompensar tu generosidad —dije no sin cierta envidia por aquel joven virtuoso, bendecido por los dioses.

Comparado con el tal Simos, yo, con mi pequeño éxito en el proceso, era alguien muy insignificante. Hipérides nos dejó para ir a tomar parte en el diálogo de los participantes en el banquete.

—Ya que estamos en ello —susurró Simos—, ¿por qué no me cuentas todo lo que

pasó en el proceso?

Dudé por un instante.

—Me había parecido que querías seguir el diálogo del banquete.

Simos se llevó los dedos índices a los lados de la cabeza.

—Tengo dos oídos. Mantendré uno abierto a tus palabras y el otro al diálogo de los sabios.

Mi mirada recayó sobre Filoxena. Estaba reclinada de costado sobre un lecho y escuchaba el diálogo con mucha atención. Un sabio acomodado en el lecho de al lado le dirigía miradas inequívocas. A juzgar por lo que veía, la sala estaba dividida en dos bandos equivalentes, a despecho del tema de discusión. El uno prefería a Clea. El otro se inclinaba por Filoxena.

Filoxena y Clea. Dos criaturas inalcanzables a causa de Amor. La una lo rehuía. La otra lo había dirigido a un único amante que luego la tenía abandonada.

Le conté a Simos los hechos ligados al caso de Eurifemo del modo más claro y comprensible. Mientras le hablaba, el joven, despreocupado de mis esfuerzos de elocuencia, volvía la mirada del lado de los invitados. Cuando hube terminado de hablar, más bien irritado hice ademán de irme, pero él, sin mirarme siquiera, me cogió de un brazo y me invitó a ocupar un lecho que había quedado libre. Cuando me hube tumbado, él se recostó blandamente en el de al lado, se mesó la barba y meditó en silencio con la mirada fija en el suelo. Filoxena intervino en la discusión. En cuanto a Clea, su belleza resplandecía como un sol deslumbrante.

—Si no he entendido mal —dijo Simos llamando mi atención—, hace unos treinta días Epigenes firmó un contrato comercial por una suma de setenta minas con un único socio. El cargamento fue confiado a un capitán de nombre Xuto, que aceptó el préstamo para zarpar a su vuelta del Bósforo. Hará cosa de veinte días, la nave partió sin problemas e hizo escala en todos los puertos previstos por el contrato. El capitán vendió la mercancía de Epigenes y del socio y compró otra para revenderla, a su vuelta, en el Pireo. Pero las cosas no fueron según lo previsto y la nave se hundió frente a Calcis con todo su cargamento. Algunos días antes, en Atenas, Epigenes desapareció. ¿Digo bien?

—¡Es... exacto! —balbuceé.

Simos se dio un cachetazo en la frente con la palma abierta, superado por un pensamiento imprevisto.

—¡Ah, sí, ahora recuerdo! —exclamó—. Justo en esos días me encontraba en Calcis por asuntos de mi legación. Efectivamente, ahora que me haces pensar en ello, recuerdo haber oído hablar de una nave ateniense hundida frente a esas costas. Debía de ser precisamente la que llevaba el cargamento del tal Epigenes.

Fui yo quien prosiguió la síntesis de los hechos iniciada por Simos, muy interesado en preguntarse sobre las misteriosas maquinaciones del Hado.

—Algunas noches antes de que naufragase la nave cerca de la costa de Calcis, en Atenas Epigenes salió para una de sus habituales escapadas. Llevaba unos pocos

dracmas y una extraña llave, que se había agenciado hacía poco y que, según su mujer, no dejaba nunca sin custodia. Epigenes no regresó más a casa. Seis días después, su cuerpo fue encontrado al pie de una colina más bien apartada del Falero. Encima del cadáver no se encontró ni rastro de dicha llave ni tampoco de los dracmas que se había llevado con él. Durante el proceso he descubierto que la causa de la muerte de Epigenes fue una cuchillada en el corazón, no el desgarramiento, como se había creído en un principio. El cuerpo fue ungido y enterrado. Poco después fue desenterrado y llevado a rastras hasta el Falero. Cratilo, el logógrafo de la acusación, trató de hacer condenar a un inocente pese a no contar con muchos elementos en apoyo de su tesis. Al comprender que no lo conseguiría, se ha servido de dos sicarios para tratar de acabar conmigo antes del final del proceso. No sería difícil pescarlo, pero Hipérides me ha prohibido indagar sobre él. Y sin embargo, por Cástor y Pólux, sospecho que Cratilo esconde algo importante.

Simos me miró atónito. Le dejé tiempo de pensar. Finalmente, tomó la iniciativa y, contrariamente a lo que había hecho Hipérides, me miró con sorprendente admiración.

—He de reconocer que has hecho un buen trabajo. Estoy seguro de que juntos seremos capaces de arrojar luz sobre este extraño homicidio. Te admiro, Apolófanes, lo digo en serio. Un mercader que hace las veces de logógrafo y consigue ganar una causa contra un auténtico viejo zorro de los tribunales como es Cratilo tiene a los dioses de su parte. ¡Por Zeus, son precisamente hombres hábiles como tú los que pueden ayudar a esta ciudad a alzarse del abismo en el que se halla hundida!

Las palabras de Simos me llenaron de orgullo. Le había juzgado mal, poco antes. Me había parecido ambicioso y sin prejuicios. Su deseo de ayudarme nacía en cambio de un profundo amor por Atenas y por los atenienses más virtuosos. Me alegré mucho de que hubiese aceptado echarme una mano.

—Es un honor —dije.

—Quién sabe si un ciudadano de valía como tú no decide unirse a mí y a Hipérides en la dirección de Atenas cuando sea sofocada la revuelta de los macedonios.

Nunca había pensado en dedicarme al gobierno de la ciudad, pero la propuesta de Simos me hizo reflexionar. Fue la voz de Clea la que me apartó de estos pensamientos. Interpelada en el diálogo que tenía lugar entre los invitados, ceñida con la frondosa corona pronunció una frase del *Prometeo encadenado* de Esquilo. En su voz intuí una velada melancolía.

—El tiempo, al hacerse viejo, todo lo enseña.

Verla embriagó mis sentidos. Pese a no haber seguido la discusión, comprendí por la conformidad unánime que con pocas y sabias palabras había sabido poner de acuerdo a todos. Noté el cingulo de Afrodita ceñirse firmemente en torno a mis miembros. Se había enroscado silenciosamente como una serpiente en torno a mi pecho y me trituraba entre sus anillos hasta dejarme sin aliento. Traté de apartar la

mirada de Clea, pero todo esfuerzo se reveló inútil. Mis ojos la buscaban como el hambriento busca la comida y el sediento el agua. No sabía oponer ninguna resistencia. Me reconocí prisionero de aquel tormento. El deseo de Clea empezó a dominar mi mente sin descanso. El poder de aquella mujer era capaz de doblegar hasta la mente del hombre más incorruptible.

—Ante todo —prosiguió Simos, desconocedor del terremoto que tenía lugar dentro de mí—, no tengo la menor intención de superponerme a ti y, te lo garantizo, me guardaré mucho de restarte ningún mérito en el momento en que resuelvas el caso. Porque tengo el presentimiento de que lo resolverás. Y luego porque no puedo seguir las investigaciones de nadie. En este período he de ocuparme de unos asuntos muy urgentes, como bien sabes. Digamos que actuaré en la sombra. Seré tu guía en el desarrollo de las investigaciones. No deberás hacer otra cosa que tenerme informado sobre cada progreso, hasta el más irrelevante. Juntos estudiaremos la pista a seguir.

—Me siento honrado de recibir tu ayuda. ¿Cuál es tu primera sugerencia?

Simos me escrutó pensativamente por un instante.

—Te haré una pregunta: ¿cuál es el nombre del socio de Epigenes?

Hice un esfuerzo y finalmente recordé ese nombre.

—Damasipo. Un tal Damasipo, de Atenas.

Simos se sobresaltó en su lecho y, por primera vez desde que habíamos comenzado a hablar, desvió por completo la atención de la discusión erudita para centrarla totalmente en mí. Me pareció que estaba a punto de decir algo, pero dudó. En aquel preciso instante pasó por nuestro lado el viejo Hipérides. Estaba más bien achispado, pero ello no fue óbice para que prestara oídos al nombre que acababa de decirle a su discípulo.

—¿Han oído bien mis oídos? —me preguntó Hipérides—. ¿Has pronunciado el nombre de Damasipo?

Miré sorprendido al gran logógrafo. ¿A qué era debido ese inesperado interés?

—¿Conoces acaso a alguien con ese nombre?

Hipérides se dirigió a Simos.

—Que no sea...

—Conozco bien a un tal Damasipo de Atenas —se apresuró a explicar Simos—. Precisamente le había hablado de él a Hipérides hace poco. El Damasipo que yo conozco acaba de terminar el primer año de adiestramiento en la efebía. Durante algún tiempo ha prestado servicio de guardia en la ciudad. Luego, de repente, hará unos pocos días nada más se marchó como voluntario para Lamia y se ha unido a las tropas antimacedonias de refuerzo. Su partida, ahora que me haces pensar en ello, se produjo... —Simos se interrumpió un instante para contarse rápidamente los dedos... dos o tres días después de la desaparición de Epigenes. Lo sé porque he consultado los registros en el Pritaneo hoy mismo, poco después de haber desembarcado. Una de mis tareas es comprobar que todos los documentos de la ciudad sean llevados en debido orden.

—¿Cómo es que conoces a fondo a ese Damasipo? —pregunté estupefacto.

—Si se trata de quien yo creo, es un joven poco recomendable, ya conocido de los magistrados de Atenas. Pero sobre todo es el único hijo de Cratilo —respondió Simos.

—¡No quiero ni oírlo! —exclamó Hipérides—. Y tú, Apolófanes, recuerda lo que he dicho a propósito de Cratilo —manifestó en tono imperioso y se fue a conversar con los otros invitados.

Cuando se hubo alejado, me dirigí nuevamente a Simos.

—No sabía que Cratilo tuviese hijos.

—De su mujer, efectivamente, él no ha tenido hijos —precisó Simos—. Damasipo es hijo ilegítimo, nacido de la relación entre Cratilo y una de sus esclavas. Cuando la mujer descubrió que la sierva llevaba en su seno el hijo de su marido, obligó a Cratilo a echarla de casa. Así Damasipo creció lejos de las comodidades que el padre le habría garantizado; el hambre y las privaciones lo han hecho un tipo de poco fiar. Parece que ese muchacho tiene la mala costumbre de meterse en líos y que no pocas veces el viejo papaíto, agobiado por el sentimiento de culpa, se ha servido de su prestigio para lavarle los trapos sucios.

Este descubrimiento aclaraba finalmente dos puntos determinantes de mi investigación.

El primero de ellos, el nexo entre Cratilo y Epigenes: la víctima y Damasipo, el hijo ilegítimo del pritano, eran socios en los negocios.

El segundo: pocos días después de la desaparición de Epigenes, Damasipo había partido para Lamia; y en el momento en que el cadáver había aparecido en las cercanías de la casa de Tirseno, Cratilo había asumido gratuitamente la acusación en el proceso contra Eurifemo. A tal punto estaba decidido a hacer condenar al imputado que, al olerse la derrota, había tratado incluso de hacerme eliminar a mí por dos sicarios.

A la luz de este comportamiento, la imprevista partida para Lamia de Damasipo parecía todo menos inspirada por el simple amor a la patria. Más bien, tenía todo el aspecto de ser un intento de fuga.

¿Cratilo había asumido el papel de la acusación en el proceso para cubrir a su hijo Damasipo? ¿Cómo era posible? ¿Qué sabía de la muerte de Epigenes? Su hijo, que al decir de Simos no brillaba precisamente por su rectitud, ¿estaba acaso implicado en el homicidio? ¿Por eso había montado en cólera Cratilo durante el proceso, hasta el punto de intentar acabar conmigo?

¿En qué podía beneficiarle a Cratilo una condena desfavorable a Eurifemo? Y si Damasipo estaba implicado en la muerte de Epigenes, ¿cuál podía ser el móvil? ¿Eliminar al socio para embolsarse todos los beneficios del negocio comercial? Pero ¿por qué Damasipo se había asociado con un miserable criador de gallos de pelea?

Había un último punto que me tenía muy perplejo. Se refería a la financiación del negocio. Epigenes no podía disponer de dinero suficiente. Por consiguiente la cuota

íntegra debía de haber sido aportada por Damasipo, quien, sin embargo, por lo que Simos me había contado, vivía en la miseria. Su padre era rico, pero era conocido en la ciudad por su admiración por las costumbres espartanas... ¿Era posible que hubiese prestado a aquel hijo suyo ilegítimo y no de fiar una suma tan elevada? Por otra parte, si no de Cratilo, ¿de qué otros había podido recibir Damasipo esas setenta minas?

CAPÍTULO VII

En el que Apolófanes llega a una encrucijada

Al final del banquete tuve muy claro cómo debería moverme. El acuerdo comercial entre Damasipo y Epigenes parecía ocupar el punto central de esta intrincada historia. Hipérides me había impuesto no implicar a Cratilo en las investigaciones. Por eso, si no quería jugarle su inestimable apoyo, debía tener cuidado de no desilusionarlo. No me quedaba más que sortear el obstáculo: localizar a Damasipo en Lamia, sin duda no para interrogarlo sobre el homicidio, de lo contrario incurriría en la ira de Hipérides, sino para pedirle aclaraciones a propósito de las cuestiones oscuras de aquel acuerdo. Y a continuación, sobre ese mismo acuerdo, charlar un poco también con Xuto, el capitán de la nave hundida.

A la mañana siguiente bajé con mi esclavo al patio interior de casa. Como era mi costumbre, me senté en el suelo, cogí las sandalias y las lustré. Me dolía la cabeza como si un hilo de hierro la atravesase de parte a parte. La noche anterior había bebido demasiado. La ebriedad provocada por el vino se mezclaba con los recuerdos del banquete. Hipérides me había acogido con benevolencia y me había ofrecido su generosa ayuda. De la noche recién pasada ni una palabra con aquella poetisa, Clea. Las pocas frases que le había oído pronunciar me habían impresionado. Y también me había impresionado su belleza. No podía apartar de mi mente esos dos mechones dorados que le colgaban a los lados del cuello.

—Ya pensarás luego en tus sandalias, amo —dijo de pronto Estrepsíades haciendo chasquear los nudillos—. Es hora de adiestrarse.

En el centro del patio interior había hecho colocar un cuadrado de arena de doce pies de lado, dentro del cual había colocados algunos instrumentos con los que me ejercitaba con mi esclavo. Estábamos a punto de empezar cuando Filoxena hizo su entrada en mi patio. Sorprendido, fui a su encuentro.

—¿A qué debo esta visita inesperada? —le pregunté.

Llevaba un peplo blanco y fresco. Las líneas del drapeado ondeaban de forma delicada como la superficie del mar en una jornada serena. La única joya que exhibía era un brazalete de oro de fina marquetería. Sencillo. Radiante. Los cabellos rizados le caían voluminosos sobre los hombros. Sus ojos verdes revelaban alrededor un leve cansancio. La noche anterior yo me había vuelto a casa antes que ella, cuando el diálogo entre los eruditos todavía parecía lejos de acabarse.

—Una vez terminado el banquete, no te vi más. Quería saber cómo había ido tu encuentro con Hipérides.

Estrepsíades carraspeó fastidiado.

—Amo, la gimnasia.

Miré a Filoxena con un cierto embarazo y traté de justificar a mi importuno esclavo.

—Antes de verse reducido a la esclavitud, Estrepsíades era un luchador muy conocido en Tebas y en toda Beocia. Para él no existe nada más importante que la gimnasia; por eso te ruego que le perdones sus descortesías modales. El hecho es que estábamos a punto de iniciar nuestro adiestramiento diario.

—Comprendo —comentó Filoxena en tono irónico—. ¿Cómo es que vosotros los hombres no sois capaces de hacer dos cosas al mismo tiempo?

Me volví hacia Estrepsíades.

—No te muevas de aquí. Vuelvo enseguida —lo tranquilicé.

Estrepsíades hizo chasquear la lengua en señal de desencanto y rezongó algunas imprecaciones que no comprendí. Acto seguido invité a Filoxena a un rincón sombreado del patio.

Nos sentamos en el murete, a lo largo del peristilo. Soplaban una ligera brisa que agitó los rizos de Filoxena. La admiré en silencio mientras, cerrando los ojos, saboreaba ese instante de frescor. A mi vez, ello me produjo una agradable restauración. Aunque la mejor panacea para mí, en realidad, no era la brisa, sino más bien la presencia misma de Filoxena.

—Entonces, ¿cómo acabó tu conversación con Hipérides? —me preguntó.

Le conté todo. Le dije también que el pupilo de Hipérides, Simos, me había revelado un detalle muy interesante, o sea, que el socio en los negocios de Epígenes era nada menos que el hijo ilegítimo de Cratilo, un joven disoluto que se marchó para Lamia pocos días después de la desaparición de Epígenes. La noticia dejó a Filoxena desconcertada.

—¿Es posible —dije— que Cratilo se haya irritado tanto por la absolución de Eurifemo porque la sentencia le impediría mantener al hijo apartado de los problemas? En otras palabras, ¿podría estar Damasipo implicado en el homicidio? ¿Y si hubiese dado muerte él a Epígenes? Así se explicaría su partida repentina para Lamia. Pero de ser así, ¿quién habría desenterrado el cadáver para arrastrarlo hasta el Falero?

—¡Qué preguntas! —Rebatí—. Pues el propio Cratilo. Y el motivo es claro: para hacer creer que el homicidio había ocurrido después de la marcha de Damasceno, cuando el muchacho no se encontraba ya en la ciudad. He aquí explicado el truco del bálsamo, derramado sobre el cadáver para retardar la putrefacción de la carne, para engañar de este modo a todos sobre el día de la muerte de Epígenes. Probablemente padre e hijo estaban de acuerdo desde un principio.

—¿Un pritano y su hijo ilegítimo habrían urdido una conjura para asesinar a un criador de gallos de pelea? Pero ¿por qué motivo? —preguntó Filoxena.

—Dos son las fuerzas que empujan a los hombres a matarse unos a otros: el amor

o el ansia de riqueza —dije.

—¿Y la llave, entonces?

—Tampoco este punto está claro. —Respondí, acompañando las palabras con un encogimiento de hombros—. Podría también no ser importante. Simos, el discípulo de Hipérides, no parecía en absoluto interesado en esa llave. Tal vez el homicidio no tiene que ver con su aparición. En efecto, podría haber terminado en aquella parte mientras el cadáver era trasladado de un lugar a otro y no haberle sido sustraída por el homicida.

—¡Pero la aparición imprevista de esa llave en manos de Epigenes y su desaparición posterior a su muerte, por Atenea, son cuanto menos sospechosas! —objetó Filoxena—. Y luego, ¿has olvidado la mirada de Cratilo en el proceso cuando se refirieron a esa llave?

—Por Cástor y Pólux, ¿cómo podría olvidarlo? —Respondí—. De todos modos, podría haber sucedido de otra manera. Y en este punto todas nuestras suposiciones se convertirían en humo como la paja en el fuego.

—¿Qué pretendes decir? —preguntó la filósofa.

—Supongamos que Epigenes, tal como me ha dado a entender su viuda, hubiera ido a hacer una visita a una prostituta y que le hubiera pagado por sus servicios. Así nos explicaríamos por lo menos la desaparición de los dracmas. Supongamos, además, que esta se hubiera percatado de la llave, pues Esteno ha dicho que llamaba la atención, y que hubiera decidido quedársela a toda costa. En este caso las sospechas sobre Damasipo y Cratilo se vendrían abajo miserablemente, pese a dejar abiertos numerosos interrogantes sobre su comportamiento.

Filoxena frunció el ceño.

—Es una suposición no menos lógica, digna de ser tenida en cuenta. Antes de emprender un largo y arriesgado viaje hacia Lamia, creo que será necesario para ti descubrir si, efectivamente, esa prostituta existe. Y si existe, no estará de más que le hagas unas preguntas. Solo así sabrás cuál de las dos pistas descartar. Una excluye a la otra y, si no eliges cuál de las dos seguir, te encontrarás frente a una encrucijada.

Asentí pensativo.

—Hay algo que me tiene realmente perplejo.

—¿Sobre qué? —preguntó Filoxena.

—Sobre el comportamiento de Hipérides. —Respondí—. Me ha exigido que mantenga a Cratilo al margen de este caso. Me ha ofrecido su pleno apoyo, pero sobre este punto se ha mostrado inflexible. Cratilo no debe ser implicado en las investigaciones bajo ningún concepto.

—¿Temes que Hipérides trate de encubrirlo? ¿Que esté implicado de algún modo? —preguntó Filoxena.

—¡Por Zeus, claro que no! —exclamé—. Más bien creo que a Hipérides solo le importa el bien de Atenas. En otras palabras, a un *aristos* como Cratilo, que desempeña un papel institucional importante, en un momento tan delicado para

Atenas no puede, mejor dicho, no debe sacársele a relucir en cuestiones comprometedoras. El gobierno de la ciudad sufriría un duro revés y su inestabilidad constituiría una amenaza para un desenlace positivo de la guerra.

—En resumen —prosiguió Filoxena absorta en el razonamiento—, ahora que Atenas está a punto de triunfar contra los macedonios, ¿Hipérides está dispuesto a anteponer el bien si se trata de un adversario político suyo, hasta el punto de impedir que recaiga sobre él la más mínima sospecha, solo porque es un miembro destacado de las instituciones ciudadanas?

—La victoria de Atenas ante todo —comenté—. Al menos hasta que las murallas de Lamia no se desmoronen y la cabeza de Antípatro no cuelgue en la punta de una estaca delante de las puertas de la Acrópolis.

Filoxena me miró contrariada.

—Si no es para ayudarme, ¿por qué otra razón crees que te ha puesto a tu lado a ese joven pupilo?

—Para vigilarme, supongo. Y esto no facilitará mi investigación. Estoy convencido, sin embargo, de que Simos está hecho de una pasta distinta de la de su maestro. Es un joven dotado de muchas virtudes. Cree firmemente en Hipérides, pero más aún cree en la diosa Justicia. Estoy seguro de que no tiene intención de ponerme obstáculos ni de mantener oculta la verdad para proteger a un culpable. Pero estoy no menos convencido de que, para no contravenir la voluntad de su maestro, no procederá de ningún modo hasta que no tenga en sus manos las pruebas aplastantes de que Cratilo y Damasipo están claramente implicados en esta historia.

Filoxena se apartó un mechón de cabellos que le caía delante de los ojos. Me perdí en la contemplación de sus divinos labios. Ella se dio cuenta. Me miró intensamente, como queriendo escudriñar en lo profundo de mi ánimo, y no dijo una palabra. Luego se retiró, casi asustada por la manera en que la miraba.

—Procura que tu mente no se distraiga por otros pensamientos —dijo—. Para alguien que investiga así, como para un filósofo, la lógica lo es todo. Sin ella, tú y yo estaríamos perdidos.

—Estaríamos... perdidos. —Repetí a flor de labios, embargado por el encanto del sonido de aquellas palabras.

Filoxena se alzó de sopetón. Pese a tratar de mantener la compostura, dejó traslucir muy claramente que aquel encuentro entre nosotros le estaba produciendo una fuerte agitación. Se alejó de mí y se fue a paso rápido hacia la salida. Luego se detuvo de golpe y se volvió una vez más, como sacudida por un repentino estremecimiento.

—Encuentra las pruebas cuanto antes —dijo con los ojos relucientes.

Y calló de nuevo.

La miré y no dijo nada. Mi corazón gritó palabras en el pecho que mis labios no pronunciaron.

—Cuídate, Apolófanes —me dijo a modo de despedida Filoxena.

Soltó un largo suspiro y, dirigiéndome una última mirada, me dejó solo.

Tal vez Filoxena tenía razón. Con demasiada facilidad mi mente se dejaba distraer de aquel caso. Hubiera tenido que ocuparme de él con mayor seriedad. Así como un filósofo persigue la contemplación de la verdad y del bien absoluto sin dejarse desviar por los deseos y las pasiones, también yo debía avanzar en línea recta. Sin dispersiones. Sin distracciones. Sin titubeos. Después de todo, debía mantener una promesa hecha muchos años antes. No podía desatenderla. Poco importaba si ella se remontaba a un tiempo lejano, a cuando era apenas un muchacho.

—¡En buena hora! —exclamó Estrepsíades cuando volví con él.

Echaba vaho por las fosas nasales.

—No perdamos más tiempo. Preparémonos —dije fingiendo ignorar su contrariedad.

Mi fiel esclavo y yo nos desnudamos y nos rociamos con el líquido graso de las olivas. A juzgar por la musculatura bien dibujada, se habría dicho que Estrepsíades no pasaba de los cincuenta. Contemplé su cuello robusto, sus amplios pectorales. Los brazos y las piernas poderosos y al mismo tiempo flexibles le hacían enormemente ágil. Recogimos algunos útiles y salimos. Llegamos a la playa que no estaba lejos. Con los cuerpos relucientes bajo el sol, rivalizamos con el disco y con la jabalina. A continuación volvimos al patio y nos ejercitamos con las pesas. Por último, nos medimos en la lucha.

Dos esclavos diligentes trajeron una jofaina de agua caliente, una de agua fría, aceites aromáticos, paños para secarse y túnicas limpias que ponerse. Raspé con el estrigilo la pátina de arena, aceite y sudor que impregnaba mi cuerpo. Me lavé y me ungí con el aceite perfumado. Todavía me dolía el ojo. La hinchazón había dado paso a una equimosis violácea. Me puse una túnica limpia. Uno de los dos esclavos me ofreció una copa llena de agua hasta el borde. Cogí las asas, me la llevé a los labios y bebí ávidamente. En cuanto me hube quitado la sed, se la pasé a Estrepsíades.

—Palabra de honor, amo, esa filósofa es verdaderamente imponente...

—Esta tarde —lo interrumpí— te irás a escuchar al Ágora las habladurías de la gente. En cuanto a mí, iré a apostar a un gallo vencedor.

—¿No podría ser al revés? —objetó mi esclavo—. En el Ágora pululan siempre las esclavas cascarrabias y más desaliñadas, mientras en la timba puedo encontrar alguna prostituta a buen precio.

—Por Cástor y Pólux, esto ni tocarlo.

—¿Y por qué razón debería ir precisamente yo?

—En primer lugar, porque yo te lo mando. Y en segundo, porque te he ganado en la lucha. Por tanto te corresponde a ti la tarea más aburrida.

Me preparé para salir, pero fui retenido por una visita inesperada por parte de la sierva de más edad de mi madre.

—¿Qué te trae a mi casa? —le pregunté.

—Sofronia *pide* que vayas inmediatamente a su casa —dijo la esclava en tono perentorio.

—¿No se encuentra bien? —le pregunté con recelo.

—Se trata de un asunto que exige tu presencia.

A mi llegada tenía el flato propio de toda gran carrera. Mi madre me tranquilizó diciéndome que estaba bien. Me pareció más bien de buen humor, por más que estuviese algo tensa.

—No estoy sola en casa. Ven conmigo —dijo sin revelar nada más.

Me condujo al andrón y me presentó a dos desconocidos, un hombre y una mujer entrados en años. El hombre era muy gordo. La mujer exageradamente delgada. Había con ellos una joven menuda, que no pasaba de veinte años y de complexión endeble. Llevaba la cabeza cubierta con un himatión que la volvía evanescente como un fantasma. Su rostro habría resultado no obstante agradable de no haber sido por la extrema palidez y por la tristeza que empañaba sus ojos. Miraba tímidamente al suelo, con las manos blanquecinas cruzadas púdicamente a la altura del pubis.

—Son Dieuquidas y Babica. Los padres de esta *maravillosa* muchacha llamada Amné —dijo mi madre presentando a los tres visitantes. Luego, vuelta hacia ellos, agregó—: Y este es mi hijo Apolófanes, del que tanto os he hablado.

Los padres de la muchacha vinieron a mi encuentro y me saludaron con un abrazo para el que yo no estaba preparado y que por eso acogí con una cierta tiesura. Demasiado impetuoso y sudoroso el abrazo del hombre. Demasiado débil y formal el de la mujer. La muchacha llamada Amné permaneció inmóvil a espaldas de sus padres en un silencio deferente. Los tres me indispusieron desde el primer momento.

—¿Quiénes son? —pregunté vuelto hacia mi madre.

Ella se acercó con un rostro radiante como no recordaba desde hacía años.

—Dieuquidas y Babica han venido para ofrecer a su hija como esposa a mi único hijo.

No sabría decir la cara que puse. A juzgar por la suya, ciertamente no fue la que Dieuquidas y Babica se esperaban.

—Por Hera, ¿qué te pasa? —me preguntó mi madre—. Amné es una buena chica. —Acercándose, me susurró orgullosa al oído—: Y también virgen. —Luego, retomando la distancia y el tono habitual, agregó—: Y además es una experta tejedora. ¿Qué más puedes pedir de una futura esposa?

Me acerqué a Amné y observé su rostro afilado. Ella se quedó de piedra, con los ojos fijos en el suelo. No hizo ni dijo nada.

—Es algo que debemos hablar en privado —dije a mi madre y la llevé a otra estancia, dejando atónitos a los huéspedes.

—Di la verdad. La has hecho venir tú aquí, ¿no es cierto? —insinué una vez que estuvimos a solas.

Mi madre se encogió de hombros.

—¿No podrías tenerla en cuenta? Han ofrecido una dote más bien interesante — insistió ella.

—¿No será porque nadie se quiere llevar a casa a su hija demacrada y enfermiza? —repliqué.

—Es un poco flaca, lo reconozco. Y no puede decirse que sea precisamente... bonita. Pero por lo menos es honrada. ¿Cuántas muchachas veinteañeras bien educadas (¡Y todavía vírgenes, cuidado!) pueden encontrarse hoy en día en esta ciudad venida a menos en las costumbres? Pero no debes preocuparte por su aspecto. Dieuquidas y Babica han prometido que, si aceptas casarte con su hija, la cebarán como a una oca hasta el día de la boda. Ya verás cómo entonces estará hermosa de carnes, dispuesta a engendrarte una prole sana y numerosa.

A aquellas palabras se me subió la sangre a la cabeza.

—¡Madre, por Cástor y Pólux, acabemos con esto! Me has arrastrado mediante el engaño a una trampa. Pero no estoy dispuesto a aguantar más tu juego. Les dirás a esos dos, y a su raquítica hija, que no habrá ningún casamiento. Por lo que a mí se refiere, no quiero siquiera volver a verlos. Me iré por la parte de atrás.

—¡Espera! —dijo mi madre con mirada suplicante. Me tomó las manos y emitió un suspiro que me pareció eterno—. Soy una mujer sencilla. Desde que me quedé sola en el mundo, no he hecho más que pensar en el bien de mi único hijo; antes de morir, quiero saberlo unido a una mujer fiel y devota, que sepa cuidarse de él y también engendrar una descendencia de lo más respetable. No quiero que sigas frecuentando a ciertas mujeres que antes o después te llevarán a la ruina. Estoy segura de que también tu padre lo habría querido así.

—Pero ¿qué mujeres? Madre, no tengo necesidad de que te cuides de mí. Sé cuidar de mí mismo.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué me dices de la agresión que has sufrido? ¿Y de tu loca decisión de investigar sobre ese homicidio? Tú más que cualquier otro tienes necesidad de alguien que te mantenga lejos de los peligros. ¡Y también de las mujeres insidiosas, como esa prostituta que siempre ronda a tu alrededor!

—Filoxena no es una prostituta. Es una filósofa: trabaja con la cabeza. Además, no siente ningún interés por los hombres.

—¡Por Hera, exactamente como una prostituta! —sentenció ella de inmediato—. Escucha a tu madre: esa mujer tiene en mente enredarte como sea. Lo presiento. Por eso te ruego que aceptes la dote y te prometas con Amné. Será una buena mujer y una administradora capaz de tus bienes, además de una excelente madre para tus hijos. Además, si te casas con ella, te querrá y te mantendrá siempre apartado de los peligros. ¿Qué más puede pedir un hombre para sí?

Miré los ojos suplicantes de mi madre. El Hado cruel y las adversidades la habían forjado así, contumaz como una roca inexpugnable. Reflexioné sobre lo que había dicho. Y también sobre lo que me había sugerido Filoxena, o sea, ingeniármelas para que nada me distrajes de las investigaciones. Por último, tomé una decisión.

—Eres todo menos una mujer sencilla. —Hube de reconocer—. Lo que dices, en el fondo, es acertado. ¿Qué cosa mejor podría desear un hombre que una mujer honrada a su lado, que sepa darle seguridad y serenidad? Así es. Diles a Dieuquidas y a Babica que me casaré con Amné. Pero con dos condiciones. La primera: no aceptaré ninguna dote de ellos.

—¡Pero se lo tomarán como una ofensa!

—Esta es mi primera condición. Y no toleraré objeciones.

—¿Y cuál es la segunda?

—La boda no se celebrará hasta que haya acabado mi investigación. Antes de entonces, por Cástor y Pólux, no quiero oírte hablar más de matrimonio.

Mi madre se vio obligada a aceptar ambas condiciones. Por otra parte, se puso contenta. Había conseguido arrancarme una promesa de matrimonio. Le rogué encarecidamente que diera la noticia a Dieuquidas y a Babica. En cuanto a mí, como ya había anunciado, me escabullí por la parte de atrás.

La timba estaba situada como de costumbre al aire libre, en la trasera del Ágora, en un claro abierto y al resguardo de las miradas indiscretas. En toda Atenas no había peor caterva de fulleros. Cientos de voces groseras se superponían formando un ruido indistinto en un espacio de lo más exiguo. Ciudadanos, metecos y esclavos se mezclaban en ese lugar de depravación para despilfarrar sus haberes en la esperanza de que el Hado hiciera descender su mano benévola sobre cada uno de ellos. Los apostantes, hombres toscos y taimados, eran los únicos amigos para hacer negocios importantes. Pasé junto a un nutrido corrillo de apostantes tirando de Midas de la rienda. En el centro de aquella reunión de gente, dos púgiles se machacaban con los puños envueltos en tiras de cuero dentro de unas manoplas con tachones. Sus rostros chorreantes de sangre y deformados por los golpes no tenían ya facciones humanas. Los gritos de incitación de los apostantes me destrozaban los oídos. ¡Miseros héroes para míseros hombres! La gloria para ellos era el dinero y el dinero, la gloria. De sus ínfimas gestas ningún aedo cantaría un solo yambo. Ninguno de estos hombres tenía que ver con los gloriosos atletas que se desafían en los Juegos Sagrados, donde la Victoria desciende sobre los luchadores para ser ofrecida por ellos con gratitud a la gloria de los dioses.

Oí delante de mí un estruendo ensordecedor y, un instante después, unos gañidos quejumbrosos. En el centro de un segundo círculo de apostantes, dos perros luchaban en medio de un charco de su propia sangre. Uno, caído en el suelo con la lengua colgando y la garganta rota, estaba agonizando y ladraba. El otro, con las orejas comidas y unas largas cicatrices en todo el cuerpo, devoraba la carne del adversario vencido con inaudita crueldad. Para separarlos tuvieron que meter una barra de hierro entre las mandíbulas del ganador, obligándolo a abrir las fauces de par en par. El perro derrotado fue arrastrado de una pata fuera del lugar de combate, mientras el

otro, tras aflojar el mordisco, a duras penas conseguía aguantarse en pie. Se le acercó el amo, un hombre bajo y enjuto. El perro ganador con un gran esfuerzo alzó el hocico hacia él. En aquel instante el amo lo golpeó violentamente con una maza de punta de hierro. El perro se desplomó y murió sin emitir ni un ladrido. Presa de un ataque de ira, cogí a aquel gusarapo por los cabellos.

—¿Qué has hecho, bellaco?

Aquel, raudo como una serpiente, se sacó un afilado puñal de debajo de la manga del quitón y me lo apuntó debajo del mentón. Inmediatamente solté la presa.

—¡Vete al infierno! Aunque se recuperase, en el estado en que está no podría combatir nunca más —dijo entre dientes el dueño del perro.

En ese momento, Midas actuó con admirable sentido de la oportunidad. Alargó el cuello como para husmear el aire y de un impulso repentino hundió sus largos incisivos en la mano armada de aquel canalla. El hombre lanzó un grito desesperado de dolor y cuanto más trataba de liberarse de aquel mordisco, más apretaba Midas las quijadas hasta hacer crujir los huesos de la mano.

—Te aconsejo que tires el puñal... —Le sugerí.

El dueño del perro se hincó de rodillas. Debido al dolor, su rostro se puso exangüe. Su mano aflojó la presión. Y dejó caer el puñal al suelo. De un puntapié lo hice desaparecer en medio de la multitud. Solo entonces Midas aflojó la mordedura. Aquel cobarde estaba casi desmayado cuando mi asno lo liberó definitivamente del tormento.

Dejé aquel rincón y llegué a un tercer círculo en el que peleaban los gallos. No tuve que esperar mucho para que la pelea acabase. Me acerqué al propietario del gallo ganador. Intercambié dos palabras con él a propósito de su campeón y me sentí afortunado al descubrir que al primer intento había encontrado al amigo de Epigenes, ese Lisícrates, el testigo citado en la *antigraphe*.

—¡Que un rayo me parta! —exclamó—. ¿Se puede saber por qué has traído un asno a una timba?

Midas, como si estuviese ofendido, volvió el morro hacia el otro lado. Yo le acaricié el lomo con afecto.

—Midas es mi asno guardián. Nunca habría puesto el pie en este sitio sin él —repliqué.

Lisícrates se encogió de hombros.

—¡Por Heracles, locos a la vista!

Le pregunté por Epigenes. Me di cuenta de que estaba aún visiblemente afectado por la muerte del amigo. No conseguía hacerse a la idea. Le pregunté si había visto alguna vez por allí a Damasipo junto con Epigenes.

—¡Pues claro! En el último año ese muchacho ha frecuentado esta timba más que un sacerdote visita el templo de Atenea.

—¿También su padre, Cratilo, el *aristos*, es un apostante?

—¿Cratilo, el pritano? ¿Cratilo el *aristos*? ¿De veras es él el padre de Damasipo?

¡Por Zeus! ¡Nunca termina uno de llevarse sorpresas en esta vida! ¿Apostante, Cratilo? Lo excluyo. Nunca lo he visto por este lugar. Muy al contrario que su hijo.

—¿Cómo se desenvolvía Damasipo? ¿Era hábil apostando?

—¡Bromeas! ¡Si para algo era negado a todas luces era para el juego de azar! No sé cuánto había perdido apostando a los gallos. Y la deuda más alta la había acumulado precisamente con Epigenes. ¡Ciento cuarenta minas le debía!

—¿Ciento cuarenta? ¡Con ellas se pueden comprar diez caballos de batalla! —exclamé—. Por tanto, ¿el acuerdo comercial firmado con Epigenes era una especie de garantía por la cobertura de la deuda?

—Así es. El chico no tenía ni idea de cómo saldarla. Por lo que Epigenes le propuso un negocio. Damasipo debía asociarse con él y financiar íntegramente él una expedición mercantil con la mitad de la suma que le debía. Con lo que se sacara, al término de la expedición, Damasipo podría cancelar la deuda. Por su parte, Epigenes, figurando entre los socios del negocio, recibiría el saldo de la deuda, más un buen pellizco, sin poner ni un óbolo de su propia bolsa.

—¿Nunca se refirió Damasipo a la manera en que consiguió esa suma para financiar la expedición?

—¡Amigo mío, no creo que Epigenes se lo preguntase jamás! Y tampoco lo hice yo, dado que era solamente el testigo del contrato. ¿Qué quieres que te diga? Se la habrá prestado su padre.

—¿Epigenes te habló de una cierta llave que custodiaba desde hacía algún tiempo?

—¡Que Zeus me fulmine! No sé nada de ninguna llave.

—Y de una cierta costumbre suya..., en fin..., ciertas frecuentaciones...

—¿Quieres saber si Epigenes se divertía con prostitutas? Por supuesto que sí. ¿Sabes la novedad que era aquí? Frecuentaba siempre a la misma. No conozco su nombre. Por ahí la conocen como la «prostituta de Prasia». Es una esclava. Su amo la vende barata. Recibe a sus clientes en un establo. Imagino que irás a hacerle una visita. ¡Pero cuidado! ¡Si tienes intención de ir a su casa a hacerle preguntas indiscretas sobre Epigenes, te ruego que no le digas que te he mandado yo! Pues también yo soy cliente suyo. Me interesa volver a verla sin que su amo me eche a patadas en el trasero.

La visita a la timba me había desagradado. Sin embargo, me había servido para tomar una decisión acerca de cómo procedería con las investigaciones. Primero estaba indeciso de si insistir en la búsqueda de la prostituta con la que Epigenes se divertía o si seguir la pista de Xuto, el capitán de la nave comercial hundida frente a Calcis. Pero, tras la charla con Lisícrates, toda duda se había disipado de mi mente.

La llamada «prostituta de Prasia» pertenecía a un criador de cerdos. Su casucha no distaba mucho de la de Epigenes. Descubrí que el hombre era un ciego más bien

hosco y olvidadizo de las buenas reglas de la hospitalidad. El hecho de que fuese un porquero ciego de entrada provocó mi hilaridad.

—¿Cómo te las arreglas para cuidar a los cerdos? —pregunté casi carcajeándome. Miraba con curiosidad morbosa sus ojos apagados.

—A los cerdos no tienes que sacarlos a pacer —respondió él ofendido—. Basta con tenerlos encerrados en el chiquero y, a lo sumo, dejarlos chapotear en el barro dentro del recinto. Tengo una esclava que se ocupa de ellos.

Tras aquel breve intermedio, me dio a entender no demasiado veladamente que no tenía intención de perder el tiempo conmigo. Por lo demás, tras mis pullas sobre su deficiencia, debía de resultarle de lo más antipático y, bien pensado, sus motivos tenía. Le dije sin pérdida de tiempo que quería ver a su esclava. De entrada el porquero negó que a su esclava se la pudiera ver. Llegó hasta amenazarme con su bastón para que me volviese por donde había venido. Pero cuando hice tintinear una bolsa llena de dracmas ante sus narices, aguzó los oídos y se volvió de golpe servicial como un perrito. Se inclinó como si se encontrase delante de un sátrapa y arrastrando el paso me llevó a su establo. Los cerdos gruñían y hacían un ruido ensordecedor. Su olor me torturaba la nariz. El porquero caminaba lentamente, moviendo las piernas como si fuesen leños secos. Con un gesto reverente me indicó dónde se reuniría la prostituta conmigo, o sea, al fondo del establo, más allá de los cerdos, en el lugar más maloliente, el más oscuro y el más apartado. Aquel cambio repentino suyo de actitud me amoscó. Sentí encenderse dentro de mí una fuerte indignación. Le puse un dracma en la palma de la mano.

—Luego, luego... —dijo él con voz meliflua.

—Insisto. Considéralo una indemnización por los daños causados —repliqué.

—¿Por qué? —me preguntó frotando el dracma entre las palmas de sus manos.

—¡Por esto! —Le respondí yo y le propiné un puntapié fulminante en la entrepierna.

El ciego se dobló en dos y se desplomó, gañendo a causa del dolor desgarrador.

—¿Te he hecho daño? —pregunté ostentando fingida compunción.

El porquero no respondió. Se retorció y vociferaba como si tuviese una tenaza que le triturara sus partes.

—No hay nada que me desagrade más de un hombre que se deja corromper por el dinero. Hace unos momentos estabas dispuesto a golpearme con el bastón y a echarme de tu casa, pero en cuanto has apretado un puñado de mi dinero te has postrado delante de mí. ¡No eres más que un vil rufián!

El hombre se fue arrastrando de rodillas mientras gemía en falsete como un eunuco recién castrado. Me acomodé sobre un montón de paja que tenía todo el aspecto de ser una yacija preparada al buen tuntún. Miré alrededor. Inmediatamente me llamaron la atención los burdos dibujos al carboncillo en las paredes circundantes, dibujos que relataban de modo todo menos vago qué era lo que sucedía a diario allí dentro. Inspeccioné cuidadosamente aquel lugar tan sórdido.

Poco después, la prostituta hizo su entrada en el establo. Me esperaba ver cualquier cosa, menos lo que vi. La «prostituta de Prasia», como la llamaban todos, no tenía más que doce años.

—Eres... una niña... —dije sorprendido.

Ella se acercó sin decir nada. Sus piernas eran delgadas y lisas. Sus pies, descalzos y renegridos. El pequeño pecho resaltaba apenas debajo del peplo raído. Me dirigió una mirada de hembra adulta y experta en las artes amatorias. Mi curiosidad hacia ella, sin que pudiese hacer nada, se trocó en concupiscencia. Su expresión artificial como el amor que ofrecía le confería una sensualidad madura. Su rostro maliciosamente bronceado me clavó en la yacija de paja. Sin dejarme decir nada, se sentó a horcadas sobre mí. Fui víctima de Afrodita. Unos vértigos dominaron mi cabeza. La joven esclava se descubrió los pequeños pechos. La piel aceitunada emanaba una fragancia punzante que me embriagó. Tomó mi rostro entre las manos y me pasó la punta de la lengua por el cuello. Luego bajó, acariciándome los costados, soltó el cingulo, apartó el borde del quitón y...

—¡Detente, te lo ruego! —exclamé con un nudo en la garganta.

La chiquilla me miró asombrada.

—¿No te gusto? —me preguntó.

Advertí una nota de desilusión en el tono de su voz.

—Sí... o mejor dicho, no..., aunque no se trata de esto...

La chiquilla se apartó, presa de una ansiedad creciente.

—En realidad no he venido para... —balbuceé.

Sus ojos se empañaron de lágrimas. Se llevó las manos al rostro y se puso a llorar. Esta vez como una niña.

—¡Te ruego que no digas nada a mi amo de que no me has querido! ¡Me pegaré con el bastón!

La acaricié la cabeza dulcemente.

—No he venido a verte para disfrutar de tus favores.

Ella bajó las manos y me miró asombrada. Su mirada había cambiado. Parecía casi aterrorizada por mi presencia.

—¿Eres acaso un dios? —me preguntó.

Le sonreí.

—Estoy muy lejos de serlo. He venido porque tengo necesidad de tu ayuda. Un hombre llamado Epigenes, uno de tus clientes, ha muerto y tal vez puedes ayudarme a descubrir quién es el asesino.

La chiquilla se envolvió de prisa con el peplo y se volvió de repente fría como el invierno.

—No conozco a ningún Epigenes. Los hombres vienen a verme, le pagan a mi amo y se van. Eso es todo. No sé nada más.

—La noche en que desapareció, Epigenes te hizo una visita. Muy probablemente fuiste tú la última en verlo con vida, antes de quien lo haya matado. Si no colaboras,

antes o después alguien sospechará de ti. El tribunal de Atenas es despiadado con los esclavos acusados de homicidio de ciudadanos libres. Para arrancarte una confesión recurrirán incluso a la tortura. Mentir no te servirá de nada. Pero si me ayudas, te garantizo que nadie te hará daño.

La chiquilla miró al suelo y se cerró en el silencio. Luego levantó la cabeza de golpe.

—¿Por qué debería fiarme de ti?

—Porque yo quiero que se haga justicia. Si fuera a fracasar, otros buscarán a algún indefenso al que inculpar, sin preocuparse demasiado de probar si es realmente culpable o inocente. Y tú serías una fácil acusada. Correrías un gran riesgo.

La chiquilla se calló de nuevo. No añadió nada más, para no presionarla. Finalmente se decidió a hablar.

—Vino a verme, una tarde. Siempre me trató bien. Era bueno. Creo que estaba también un poco enamorado de mí. Le gustaba acariciarme en la cabeza, como se hace con quien se quiere. Ningún otro que viene aquí me hace caricias.

—¿Qué día era?

—Era la tarde antes de la gran fiesta.

—¿La tarde antes de la fiesta en honor a Zeus Salvador?

—Sí. Lo recuerdo bien.

—¿Tenía consigo algo que normalmente no llevaba?

—Llevaba una llave atada al cinto con un gran nudo. Nunca antes se la había visto.

—¿La cogiste tú esa llave?

—¡No, lo juro! Se la llevó cuando se fue. Yo no le cogí nada. No robo nunca a los hombres que vienen aquí. Pues si no el amo me pegaría.

—¿Y si pidiese permiso a tu amo para registrar tu cuarto?

—Hazlo. No encontrarás esa llave. Ya te lo he dicho. Epigenes la tenía aún consigo cuando se fue.

—¿Podría haberla cogido tu amo?

La chiquilla hizo un gesto de que no. Los largos cabellos le oscilaron delante de la cara.

—El amo es ciego. Ni se dio cuenta de la llave.

—¿Epigenes te dijo algo extraño?

La chiquilla meneó la cabeza.

—No hablaba mucho.

—¿Se encontró con alguien más que tú antes de irse?

—Solo con mi amo. Para arreglar las cuentas.

—¿Se dijeron algo?

—Epigenes se limitó a decirle al amo que iría enseguida a casa porque estaba muy cansado.

—¿Eso dijo? ¿Qué volvería directamente a casa?

La chiquilla asintió.

—Eso es lo que oí. A continuación pagó y se fue.

—Luego, ¿qué hizo tu amo?

—Se despidió de él, regresó a casa y se emborrachó con sus amigos.

—¿Qué amigos?

—Unos pastores. Viven por aquí.

—¿Epígenes te parecía preocupado? ¿Dio a entender que alguien podría hacerle daño?

—Estaba como de costumbre. No parecía preocupado por nada. Pero ahora, te ruego, que me dejes irme. No quiero hablar más. Estar aquí contigo me incomoda.

—¿Por qué?

—Tú no eres como los demás.

—¿Qué significa que no soy como los demás?

—No sabría decirte. Siento que tu corazón es triste.

Me estremecí a aquellas palabras.

—Es una diosa la que habla a través de ti.

La chiquilla desorbitó los ojos.

—Si dentro de mí hay una diosa, le ruego que me transforme en pájaro, para volar alto, por el cielo.

Una extraña inquietud me invadió. Había llegado el momento de que me fuese. Tampoco yo me sentía cómodo en compañía de aquella chiquilla.

—Te ruego —le pedí al despedirme— que me digas tu nombre.

Ella suspiró. Me miró con ojos henchidos de lágrimas y luego se miró a los pies.

—Nadie pregunta nunca mi nombre.

—Dímelo, te lo ruego. —Insistí.

Su rostro mostró una amarga sonrisa.

—Yo no tengo nombre.

Aquella respuesta me encogió el corazón.

La chiquilla se volvió y se encaminó hacia la salida del establo. Le lancé una última mirada mientras, dándome la espalda, salía con los pies descalzos. Me faltó el aliento. El corazón latió como loco en mi pobre pecho.

—Te compraré. ¡Pasaré a ser yo tu amo! —le dije.

La chiquilla se puso rígida. Se quedó inmóvil durante unos instantes; luego se bajaron sus hombros. Suspiró.

—Para mí no cambiaría nada.

—Pero ¿cómo que no? Te trataría con gran respeto. No serías ya una mujer para tantos hombres.

Ella se volvió hacia mí.

—Pasaría a ser tuya, pero seguiría siendo una esclava.

—Te compraré y luego te daré la libertad. Haré de ti una ciudadana libre.

La chiquilla chasqueó la lengua.

—¿Qué hace con la libertad una como yo? ¿Quién tomaría como esposa a una mujer que desde niña ha sido una esclava y una prostituta? Los dioses me han condenado. ¿Quieres hacer algo por mí? Pues hazme volar, lejos de esta ciudad que detesto.

La miré amargado.

—¡Pero no puedo hacerlo!

Su sonrisa se veló de tristeza. Se volvió e hizo ademán de alejarse, pero la llamé una vez más ante mí. Le dije que fuera a llamar a su amo. Poco después el porquero entró en el establo en compañía de la chiquilla. Se me acercó caminando de modo ridículo, sacando el trasero y con las manos protegiéndose la entrepierna.

—Tranquilo, no tengo intención de golpearte de nuevo —lo tranquilicé.

Arrojé a sus pies la bolsa que contenía setenta dracmas que tenía conmigo. Al caer, las monedas produjeron un tintineo inequívoco. Una vez más el hombre aguzó el oído, pero, recordando el escarmiento de poco antes, se guardó mucho de inclinarse y coger la bolsa.

—¿Esto por qué sería? —preguntó con justificable desconfianza.

—He decidido comprar a esta esclava tuya —dije.

La chiquilla me miró pasmada con sus grandes ojos oscuros.

—¡Hace falta mucho más para comprarla! La chiquilla rinde bastante —espetó él.

—En esta bolsa hay dinero suficiente para comprar un esclavo que pueda ocuparse de tus cerdos. Véndemela ahora que goza todavía de salud y obtendrás esta crecida compensación. Si esperas a librarte de ella, podría enfermarse y su belleza marchitarse y entonces ya ningún cliente la querría; si quisieras venderla, no sacarías nada. Y entonces, ¿quién se ocuparía de tus cerdos?

El porquero se lo estuvo pensando un poco. Soltó un juramento. Aferró la bolsa y resopló.

—Llévatela. ¡Iros al demonio, ahora, los dos!

El camino que llevaba de la casa del porquero a la de Epigenes estaba a pleno sol. La chiquilla me seguía en silencio, llevando de la rienda a un Midas insólitamente manso; de ordinario mi asno era más bien hostil con los desconocidos, pero con aquella jovencita parecía encontrarse a sus anchas.

Había pocas casas a lo largo del caminito pedregoso y árido como el desierto. Cabras panzudas pacían entre los secos arbustos y las flores de lis que abundaban por aquellos parajes. Su leche tendría un sabor excepcionalmente fuerte. Nubes de moscas atormentaban a los ganados dispersos por las colinas circundantes. Dentro de un recinto ruinoso, un pobre cerdo se perseguía a sí mismo para morderse el lomo presa de los insectos.

Me hice llevar por la chiquilla entre todos los pastores que habían bebido con su viejo amo la noche de la última visita de Epigenes. Eran tres. Fue fácil dar con ellos

en los lugares de pastoreo de alrededor. Mientras sus rebaños pacían, ellos se sentaban en el suelo y compartían su pan y su queso. Sin preguntarme la razón por la que me interesaba por ello, confirmaron la versión que me estaba contando la chiquilla. La noche de la desaparición de Epígenes, el amo de la pequeña había estado bebiendo con ellos durante toda la noche.

Ahuyenté de mi mente las hipótesis más improbables. «Epígenes salió vivo del establo —pensé cuando retomamos el camino—. No fue la chiquilla la que lo mató. Ni le quitó la llave». En el establo no había rastro alguno de sangre. Había inspeccionado con cuidado la yacija. Epígenes había sido acuchillado a traición por la espalda mientras volvía a casa aquella noche. No había sido víctima de una rapiña improvisada. Un ladrón corriente se habría parado delante de él en medio de la calle y a lo sumo, en caso de resistencia, le habría apuñalado frontalmente en el estómago, en el pecho o en la garganta. Y luego, por Cástor y Pólux, ¿qué ladrón ocasional lo habría matado para quitarle una llave sin saber qué abría esta?

El asesino había cogido a Epígenes por sorpresa de camino de vuelta. Así pues, lo estaba esperando a escondidas en alguna parte a lo largo de aquel caminito. Se había alejado para golpearlo precisamente a él, a Epígenes, y nadie más. Pero ¿dónde se había escondido? Una cosa era segura: el agresor conocía muy bien los movimientos de su víctima. Había sido un crimen premeditado, proyectado en sus mínimos detalles. Epígenes no se esperaba morir. No sabía que estaba en peligro. Se había ido del establo y había retomado el camino de casa como cada vez.

¿De veras era posible que el joven Damasipo hubiese dado muerte a su socio en los negocios y luego hubiese huido de Atenas con el pretexto de unirse como voluntario al ejército antimacedonio? ¿Podía su padre, Cratilo, de acuerdo con él, haber llegado hasta el punto de desenterrar el cadáver para luego trasladarlo al Falero y hacer creer así que el homicidio había ocurrido cuando ya su hijo se encontraba lejos de la ciudad? Pero ¿no había pensado que de este modo, antes o después, se comprometería también a sí mismo? Por lo demás, ¿qué padre por amor a un hijo, aunque ilegítimo, no taparía una injusticia con otra injusticia?

Volví a pensar en el proceso. En la expresión de amargura con la que Cratilo en el curso de la primera sesión se había dirigido a Faón, al haber oído que Eurifemo era su único hijo.

Faón, Cratilo. Dos padres unidos por el dolor que les habían infligido los dos hijos.

Recorrí el camino adelante y atrás y lo estudié a fondo. Traté de localizar el punto ideal desde el cual el agresor habría podido actuar cogiendo a Epígenes por sorpresa. Cualquier agresor habría sido avistado con bastante antelación. Cuando me encontré casi cerca de las casas de Esteno, pasamos por enésima vez junto a una casucha medio derruida. No había nada ni nadie en aquellos parajes.

—Esta casa está deshabitada.

¿Cómo es que no había reparado en ella antes? Un agresor se habría podido

ocultar perfectamente entre aquellos muros ruinosos para esperar la llegada de su víctima. Poco antes había visto salir un perro, por lo que había pensado que estaba habitada. Por eso las veces que habíamos pasado antes no la habíamos tomado en consideración como un posible escondite. Simulé lo que podía haber sucedido. El perro de antes me miraba desde el camino con unos grandes ojos perplejos y el hocico ladeado. Desde la entrada oscura, cuya puerta maltrecha estaba casi del todo arrancada, se controlaba perfectamente el camino principal. ¿Qué mejor lugar en el que apostarse para sorprender a un viandante por la espalda? Me puse en la piel del asesino. Casi veía a Epigenes llegar silbando y caminando delante de mí con despreocupación. ¡Qué cosa más fácil saltarle encima de improviso por la espalda, taparle la boca con una mano y apuñalarlo por la espalda con la otra! De rastro de sangre no había ni sombra: la lluvia de los días pasados lo había lavado todo.

—Aquí detrás hay un sendero —dijo la chiquilla que se había dirigido hasta la trasera de la casucha.

Me reuní con ella. Me indicó un paso secreto que corría perpendicular al camino principal.

—¡Ah! ¿Adónde vas? —exclamé vuelto hacia la chiquilla que, llevando a Midas consigo, se había encaminado a lo largo del sendero en bajada, dejándome solo meditando.

—¡Probemos por esa parte! —respondió ella ya a distancia.

La alcancé.

—Si el agresor acuchilló a Epigenes cerca del refugio, pudo a continuación haber arrastrado el cadáver a lo largo de este sendero. No debe de haber sido tampoco demasiado fatigoso, dado que el recorrido es cuesta abajo —dijo pensando en voz alta.

—También podría haberlo hecho rodar para así ahorrarse fuerzas —añadió la chiquilla.

—Ya —dije—. Pero ¿hasta dónde?

El páramo estaba lleno de escorpiones y serpientes venenosas, y el simple roce de los matojos en los tobillos me provocaba una gran repulsión. Tenía las sandalias sucias y esto me ponía nervioso. Buscar rastros de sangre era un esfuerzo inútil. Una vez más, si los había, la lluvia los había borrado todos. ¿Dónde había estado escondido el cadáver? La respuesta me llegó al cabo de poco. Llegué a un lugar en el que la pendiente daba paso a una terraza natural. En torno no había ni campos ni pastos. El lugar perfecto en el que esconder cualquier cosa. En el centro de aquella zona advertí un orificio. Un hombre entraba por él a duras penas, pero entraba. Era evidente, a pesar de la lluvia torrencial de los días anteriores, que había sido abierto recientemente, puesto que de lado resultaba reconocible claramente el cúmulo de tierra removida. En aquel instante me volvió a la mente un detalle referente a la llave.

—Antes, en el establo, me dijiste que Epigenes llevaba la llave bien sujeta al cingulo —dije vuelto hacia la chiquilla.

—Así es —confirmó ella.

—Esa llave no puede haberse soltado sola. No puede haberse perdido por una simple broma del Hado. Alguien la sustrajo deliberadamente —dije.

¡Así pues, Filoxena tenía razón! El homicidio debía de estar directamente relacionado con la desaparición de esa llave. Por escrúpulo, la chiquilla y yo la buscamos en los alrededores de aquel orificio. Hurgamos, excavamos, removimos mucha tierra, pero no encontramos ni rastro de la llave.

—Ahora estoy convencido de ello —exclamé presa de una eufórica excitación—. El homicida se llevó consigo esa llave. He aquí el lugar donde fue ungido. He aquí el lugar en el que fue depositado su cadáver durante unos días. ¡He aquí de dónde fue posteriormente desenterrado y transportado hasta la colina del Falero!

Terraza abajo discurría un camino más bien cómodo para llegar.

—A lo largo de ese camino debe de haber arrastrado el cadáver atado por las muñecas hasta el Falero —observé.

Miré a aquella chiquilla de ojos vivos que acariciaba a mi Midas insólitamente manso. Gracias a ella había encontrado el lugar del crimen. Los dioses, propiciando mi encuentro con ella, habían decidido ayudarme en las investigaciones.

En mi mente todo encajaba. ¿Era realmente Damasipo el culpable? ¿Y su padre, Cratilo, era su cómplice? ¿El homicidio estaba, pues, ligado a una cuestión de deudas de juego? Me estremecí solo de pensar cómo este increíble descubrimiento mío haría temblar a la Boulé de Atenas. Al mismo tiempo estaba entusiasmado por los progresos que había realizado en la investigación.

Sin embargo, un interrogante aún abierto no me permitía disfrutar plenamente de ello. Era como si faltase la tesela más importante del mosaico. Si el sentido de aquel homicidio había que buscarlo en la llave desaparecida, ¿qué puerta abría esta? Presentía que, sin este detalle, mi reconstrucción de los hechos quedaba incompleta. Sabía, además, que Hipérides no me permitiría nunca hacer detener a Cratilo y a su hijo sin presentar una prueba irrefutable. Damasipo, en particular, aunque fuese un mal sujeto sería considerado en el juicio un héroe porque estaba combatiendo en Lamia en las filas del ejército que luchaba por la libertad de Atenas. Imposible hacerlo detener sin estar totalmente seguros de su culpabilidad. Debía hablar cuanto antes con Simos de aquella urgentísima cuestión. Necesitaba escuchar su parecer. No me quedaba más que ir a hacerle una visita inmediatamente.

La chiquilla, Midas y yo regresamos hacia Atenas. Antes de ir a ver a Simos, expliqué a la pequeña el camino para llegar a la casa de mi madre.

—Es una mujer un poco huraña, pero ya verás que te encontrarás bien con ella —le dije—. Desde hoy mi madre, Sofronia, es tu nueva ama. Sírvela bien. Verás que no te faltará nada.

—Pensaba que me habías comprado para hacer de mí tu esclava. ¿Por qué me cedes a tu madre? —preguntó ella asombrada.

Le posé afectuosamente las manos sobre los hombros huesudos.

—Considéralo un regalo de mi parte. En el fondo, siento estar en deuda contigo. Has dicho que un nuevo amo no te cambiaría la vida. Por tanto, he aquí mi regalo para ti. Un ama.

Me encaminé hacia la casa de Simos cuando era ya noche entrada. Una silueta femenina apareció en la lejanía y llamó mi atención. Me pareció que dirigía la mirada en dirección a mí, por lo que me acerqué para observarla mejor. Unos largos cabellos relucientes como el oro ondeaban a la brisa del ocaso. El peplo del hermoso drapeado realizaba las formas armoniosas del cuerpo. Cuando estuve cerca, la reconocí. Era Clea, la poetisa.

—Si no ando errada, tú eres el mercader que vi en el banquete de Hipérides —afirmó con voz cálida y sensual.

Tenía los brazos blancos como el marfil que se teñían de un color azafranado a la luz del sol poniente.

—Creía que ni siquiera habías reparado en mí, enfrascada como estabas en el diálogo filosófico —dije.

Clea sonrió maliciosa.

—Estabas en un error.

—Mi nombre es Apolófanes —me presenté—. ¿A qué capricho del Hado debo este encuentro inesperado? Conozco tu nombre. Eres Clea, la poetisa más admirada de Atenas.

Clea sonrió.

—En esta ciudad muchos gustan de la poesía por su poder de despertar los sentimientos. Muchos otros, precisamente por su fuerza irresistible, la temen. Hay, efectivamente, quien tiene el terror de caer a merced de la tempestad de los sentidos y de no ser luego capaz de salir de ella, si no es con la locura. O quitándose la vida.

Su mano derecha se levantó para disimular una sonrisa que sin embargo me deslumbró.

—¿No me juzgarás demasiado atrevida si te invito a escuchar algunos de mis poemas? —dijo.

—Espero que no te ofendas, pero no puedo entretenerme.

Mis palabras parecieron resbalarle por encima como el agua sobre la piedra pulimentada. No se resignó a mi rechazo y se acercó. Clavó su mirada en la mía. Las llamas se abrieron paso en mis miembros abrasándome entero.

—No soy más que una poetisa, ¿qué daño puedo hacerte? ¿No tendrás acaso miedo de mí? —dijo con una sonrisa maliciosa en el semblante.

Me condujo por entre las estrechas calles del Cerámico. Como un náufrago que se esfuerza en vano por contrarrestar el poder del canto de una sirena, traté de resistir a sus provocaciones, pero no pude dejar de abandonarme a su atracción.

Llegamos ante una puerta. Clea la abrió y me invitó a entrar.

Aquella noche, Simos no recibió visita alguna de mi parte.

CAPÍTULO VIII

En el que se descubre algo importante sobre la llave

El sol ya alto mandó sus rayos al interior de la estancia y como por despecho hirió con sus fulgores mis ojos todavía cerrados. Me desperté de malhumor. A mi lado, ya no estaba ella.

—Por Cástor y Pólux, ¿cómo he podido? ¿Qué encantamiento ha afectado a mis sentidos para volverlos sordos a mi voluntad? —dije entre mí, maldiciéndome por haber cedido a la fascinación de esa poetisa.

Al igual que una hábil ninfa, me había atraído a su gruta sirviéndose de sus artes y me había raptado del mundo durante toda una noche. Mi túnica, que por la tarde estaba sucia de tierra debido a mis investigaciones, había sido limpiada y colocada junto a la yacija. Me la puse deprisa y salí al patio interior. La casa iluminada por el sol se mostró en todo su esplendor. Parecía el palacio de un soberano, con las puertas de sólido roble rematadas de jambas de plata y las paredes de bronce orladas con decoración de esmalte. A los lados de la entrada del patio había las estatuas de dos perros, el uno de oro y el otro de plata. Decenas de siervas estaban ocupadas en las labores domésticas. Una de ellas me informó de que el ama había salido temprano. No tenía idea de cuándo estaría de vuelta. Le pregunté si había dejado dicho alguna cosa para mí, pero la sierva meneó la cabeza negativamente.

¿Cuál era el sentido de lo que había sucedido aquella noche?

Me fui con el corazón tumultuoso y el ánimo inquieto.

Estrepsíades no había pegado ojo. Después de lo que me había sucedido en el Cerámico, al no verme regresar a casa a la puesta del sol se había temido lo peor. Cuando me vio volver, dejó escapar un suspiro de alivio.

—¿Dónde has estado toda la noche, amo? —preguntó dividido entre la desconfianza y el reproche.

—No es asunto tuyo. —Respondí a secas.

No conseguía resignarme a lo sucedido esa noche y me guardé mucho de hacer mención de ello a mi servidor.

Mi esclavo comprendió que no era el momento. Estaba de pésimo humor. Una horrenda tormenta estaba arreciando dentro de mí. Mi pecho, pecio de velas rotas, estaba a merced de las crueles corrientes. Ordené que me preparasen el barreño para el baño. Cuando me hube lavado, una sierva ungió mi cuerpo con aceite. Me envolví en un quitón limpio e hice servir una comida abundante. Me atiborré de rebanadas de pan empapadas en miel y en cálida leche de cabra recién ordeñada. Tampoco desdeñé

una gruesa loncha de queso fresco. Estrepsíades me observaba incrédulo. No me había visto nunca atracarme con tal ansiedad.

—Amo, la tuya no parece hambre. ¡Te arrojas sobre la comida como un hoplita se abalanzaría sobre el enemigo!

Levanté la cabeza de la bandeja delante de mí. De la barbilla me caían trocitos de queso. Estrepsíades tenía razón. Estaba de un humor negro. Me miré los pies. Temí enloquecer.

—¡Trae enseguida sebo! ¡He de lustrar sin falta mis sandalias!

Dejé a un lado la comida y pasé el sebo por mi calzado. Entretanto, referí a mi fiel esclavo cuanto había descubierto la tarde anterior. Estrepsíades escuchó en silencio. Su actitud me molestó.

—¿Qué te pasa? ¡Por Cástor y Pólux, te quedas como un pasmarote sin decir nada! —dije.

Frotaba con ansiedad, pero aquellas condenadas sandalias no querían relucir.

—¿No te parece que he hecho un buen trabajo? —Le insistí.

Estrepsíades se pasó una mano por la barba hirsuta. Me detuve con la mirada en su nariz y en sus orejas deformadas de púgil.

—¡No me irás a decir que has descubierto algo más interesante! ¡Desembucha! —dije.

Estrepsíades no se lo hizo repetir dos veces.

—Ayer, tal como me mandaste, fui al Ágora y, ¿podía pedir algo mejor? Charlando con este y con el otro me topé precisamente con una sierva de la casa de Cratilo, una de las esclavas más chismosas de todo Atenas, de esas a las que les gusta hablar mal de sus amos. Pues bien, le pregunté por Cratilo y su hijo ilegítimo. Me contó que, antes de la partida de Damasipo para Lamia, las relaciones entre padre e hijo no eran nada buenas. Ya con anterioridad el pritano había intervenido en infinidad de ocasiones para sacar a Damasipo de apuros. Al cumplir este los dieciocho años, el muchacho entró en la efebía. Antes de su alistamiento, su relación consistía únicamente en gestiones para sacar de la cárcel a Damasipo: el chico armaba una tras otra y el padre corría siempre a sacarle las castañas del fuego. Pero últimamente, al decir de la esclava, Cratilo parecía mucho más tenso. Saltaba a la vista que le preocupaba algo fuera de lo normal.

—¿Cuál era la causa de esa turbación?

—La esclava no tenía ni idea. Dijo que Cratilo siempre ha sido muy reservado en todo lo que tiene que ver con su hijo y que no le gusta confiarse abiertamente a nadie. Por lo demás, cada vez que ese calavera arma alguna, el buen nombre de la familia de Cratilo sufre una nueva vergüenza.

—¡Pero algo debe de haber visto u oído la esclava! —exclamé.

—Vayamos al grano. Le pedí que tratara de recordar cuándo exactamente Cratilo comenzó a dar las primeras señales de esa extraña y nueva inquietud. Tras pensarlo un poco, la esclava afirmó con una cierta seguridad que fue tras su elección como

cabeza de los pritanos.

—Un papel de gran responsabilidad, ciertamente. Se trata de un cargo designado a suertes que tiene una duración de un solo día. Pero ¿qué tiene que ver esto con las diferencias entre padre e hijo?

—Tiene que ver. Según esa esclava, cerca de un mes después de asumir el cargo, comenzó Cratilo a comer y a dormir poco. Se volvió irritable y en su presencia no se podía pronunciar siquiera el nombre de Damasipo.

—¿Y qué tiene que ver todo esto con el cargo de cabeza de los pritanos?

—Has de saber que, en el curso del adiestramiento en la efebía, en un primer momento Damasipo estuvo destinado de guardia en el puerto de Muniquia y posteriormente en la avanzadilla de Acte, también en el Pireo. Pero en cuanto Cratilo fue elegido cabeza de los pritanos, pretendió que su hijo fuese asignado a la guarnición establecida en la Tholos, donde se custodian las llaves de los edificios más importantes de la ciudad. Justamente. Ella cree haber entendido que, durante el turno de guardia, Damasipo cometió alguna acción grave de la que su padre no tuvo conocimiento hasta un mes más tarde. Tanto es así que, siempre al decir suyo, fue precisamente Cratilo, en el colmo de la rabia, el que mandó a Damasipo a Lamia; no fue el hijo quien se marchó de manera voluntaria.

—Pero ¿cómo puede haber cometido algo tan problemático Damasipo para sacar de quicio a Cratilo? Que yo sepa, en la Tholos no sucedió nada de inconveniente.

—No ha trascendido nada, en efecto. Pero hay algo más. Después de haber desempeñado el servicio de guardia en la Tholos, Damasipo fue destinado a la vigilancia de la Acrópolis. Solo algunos días después, según lo que sabemos, firmó el contrato comercial con Epígenes.

Estrepsíades calló para darme tiempo a pensar.

—¿Qué tratas de decirme? —pregunté impaciente.

—Lo que es obvio. Damasipo tuvo a su disposición las setenta minas para financiar la expedición comercial solo después de haber estado de guardia en la Tholos y posteriormente en la Acrópolis. Pero ¿cómo obtuvo esa suma así de repente?

De golpe Atenea me hirió en la cabeza con un rayo de luz.

—Ven conmigo, Estrepsíades. Debemos comprobar un detalle de suma importancia.

Recordaba que en las proximidades de la Tholos se alzaba una pequeña forja. Estrepsíades y yo fuimos inmediatamente. El herrero que trabajaba en ella era un hombre de unos cincuenta años, tosco y musculoso, la piel mugrienta de sudor y de vapores saturados de metal. El rostro, surcado de profundas arrugas, intimidaba un poco. Solo el aire melancólico de sus ojos atemperaba su dureza. Le pregunté si recientemente un efebo se había presentado en su taller.

—Así es —dijo sin ninguna vacilación, pasándose una mano por la frente perlada de gotas de sudor—. Hará algo más de un mes. No me dijo su nombre, pero me

acuerdo de él porque los clientes de esta forja son por lo general hombres ya maduros.

—¿Qué quería de ti ese joven? —pregunté.

—Me pidió que le hiciese una copia de una llave a partir de un vaciado realizado en un pedazo de arcilla fresca. No me exigió mucho contentarlo. Al final del trabajo, cuando se la entregué, quiso llevarse también el vaciado y lo destruyó con sus propias manos. Luego pagó y se fue. Desde entonces no lo he vuelto a ver.

—¿Qué ha sido de los restos del vaciado?

—Los tiré. ¿Qué iba a hacer con ellos? —respondió el herrero con un encogimiento de hombros.

—¿No dijo para qué le serviría esa llave? —pregunté.

—Dijo que el original abría la caja de caudales de su casa y que no recordaba ya dónde lo había metido. Luego se acordó de que tenía ese vaciado de arcilla, por lo que vino a hacer una copia de la llave perdida.

Di las más sinceras gracias a aquel herrero aunque solo fuera porque los dioses le hubieran dado una buena memoria.

—¡Por supuesto! ¡Las deudas de juego de Damasipo! La Tholos. La llave. La Acrópolis. Las setenta minas y la *syngraphie* firmada en sociedad con Epigenes. Todo está perfectamente relacionado. Pero, si es así... —comentó Estrepsíades camino de vuelta a casa.

Asentí, excitado debido a aquellas nuevas líneas de investigación.

—Así es como sucedió la cosa. Damasipo acumuló con Epigenes una deuda de juego de ciento cincuenta minas y se vio obligado a financiar un gran negocio comercial con una suma correspondiente a la mitad. Así comenzaron para Damasipo los problemas: el padre no le habría concedido en ningún caso una suma semejante, aunque fuese solo la mitad de todo lo que el joven debía al criador de gallos. Pero el Hado fue en su ayuda. El padre fue elegido a suertes para desempeñar el cargo de cabeza de los pritanos y pretendió que su hijo entrara a formar parte de la guarnición de vigilancia de la Tholos para aquella jornada tan importante. Para Damasipo la ocasión era única e inesperada. Y la atrapó al vuelo. Entre las funciones del jefe del Pritaneo está también la de custodiar las llaves de los templos y del Tesoro de la ciudad. ¿Qué mejor oportunidad para realizar un vaciado de la llave del Tesoro de la Acrópolis?

—Así pues, ¿la que hizo fundir en la forja habría sido una copia de la llave del Tesoro? Pero ¿por qué no robar el original directamente? —preguntó Estrepsíades.

—Para no despertar fáciles sospechas. Dejando la llave original dentro de la Tholos, nadie se daría cuenta de nada. En efecto, en la Tholos no ha sido denunciado ningún robo de llaves. Al día siguiente, Damasipo se hizo destinar a la guarnición de la Acrópolis. Una vez en lo alto de la sagrada colina en calidad de centinela, actuó sin ser molestado. Con la excusa de dar una vuelta de inspección, gracias a la copia de la llave se introdujo en el Tesoro y retiró las setenta minas que le hacían falta.

—Imposible. —Rebatió mi esclavo—. Los sacerdotes del templo se habrían dado cuenta. Damasipo no puede haber cometido un hurto tan clamoroso sin que nadie lo descubriera con posterioridad.

—Yo no estaría tan seguro —dije—. Desde los tiempos en que el Tesoro fue trasladado de Delos a Atenas no ha hecho sino menguar rápidamente. ¡Fue saqueado sin ninguna consideración, hasta el punto de que los sacerdotes renunciaron incluso a actualizar los registros contables, pues tanta era la cantidad de oro que desaparecía casi a diario! ¡La corrupción en esos últimos tiempos ha hecho más daño que la peste! Basta pensar en la historia de Hárpalo de dos años atrás.

Una vez desembarcado en Atenas con cincuenta mil talentos sustraídos de la ceca de Alejandro, no hizo sino corromper a los atenienses más ilustres para obtener favores y privilegios. Cuando Hárpalo se fue, de esos cinco mil talentos no quedaban más que trescientos cincuenta. Nadie sabe bien, en realidad, cuál era la cantidad exacta de oro custodiada en el Tesoro de la ciudad antes de su desaparición. Los libros de contabilidad no están al día desde hace tiempo. Entre nuestros magistrados hay quien sustrae de continuo oro a la ciudad, dado que los controles son inexistentes, es algo sabido por todos, por más que todos finjan no saber. Por tanto sus *retiradas* no figuran en ningún registro. Estoy seguro de que los sacerdotes no han señalado el robo de Damasipo simplemente porque no se han dado cuenta de él.

—Así Damasipo habría robado las setenta minas del templo para financiar la expedición mercantil de Epigenes. Pero ¿por qué le habría entregado también la copia de la llave? —preguntó Estrepsíades.

—Para alejar de sí toda sospecha, supongo, en el caso de que alguien, entretanto, descubriera el hurto. Damasipo pidió a su socio que custodiara la llave y mientras la nave de Xuto partió para el Bósforo. Pero algunos días después Epigenes fue asesinado, se le sustrajo la llave y a la noche siguiente, la de los festejos a Zeus Salvador, todo el oro que se guardaba en el Tesoro de la Acrópolis desapareció.

—¿Por qué no hizo desaparecer Damasipo esa llave, una vez que se había servido de ella? —preguntó mi esclavo.

—No tengo ni idea. —Hube de admitir—. Tal vez contaba con seguir usándola, si el negocio comercial no tenía el fin deseado.

—Por Zeus, así pues el robo en el Tesoro y el homicidio de Epigenes están estrechamente relacionados —exclamó Estrepsíades.

—No puede ser de otro modo —dije.

—¿Entonces fue Damasipo quien mató a Epigenes allí donde encontraste la fosa? —preguntó Estrepsíades.

—¡Esto, por Cástor y Pólux, lo excluyo! —objeté con firmeza.

Estrepsíades me miró cohibido.

—No comprendo. Te creía convencido de la culpabilidad de Damasipo. ¿Acaso no es así?

Meneé la cabeza.

—Damasipo robó las setenta minas del Tesoro de la Acrópolis. De esto estoy convencido. Pero no dio muerte en absoluto a Epigenes. Tampoco fue él quien robó todo el oro de la Acrópolis.

—¿Cómo puedes saberlo?

—El homicidio de Epigenes solo tiene sentido puesto en relación con el siguiente robo de todo el Tesoro, no con ese precedente de las setenta minas. Si Damasipo hubiese querido robar todo el Tesoro durante la noche de la fiesta de Zeus, ¿por qué habría entregado la llave a Epigenes? ¿Para luego matarlo y recuperarla? Es ilógico. Le habrían bastado setenta minas para financiar la expedición mercantil. Ciertamente tuvo la oportunidad de apropiarse del Tesoro, pero solamente sustrajo la cantidad que necesitaba. También habría podido sustraer toda la suma que debía a Epigenes y no financiar ninguna expedición mercantil, pero no lo hizo. Tal vez porque temía que un golpe clamoroso despertara las sospechas sobre él. No, por Cástor y Pólux, estoy seguro de que no es Damasipo el autor del robo de todo el Tesoro y por consiguiente no fue tampoco él quien dio muerte a Epigenes. Y debemos excluir de las sospechas también a su padre. Tenía razón Hipérides sobre la integridad de Cratilo. ¡De haber dado la importancia que tenían a sus palabras, habría llegado mucho antes a esta conclusión!

Las correas de mis sandalias se desataron. Me detuve y me incliné para atármelas de nuevo. Mi calzado no estaba tan limpio como hubiera querido.

Un halo opaco ennegrecía mi ánimo.

Y no me resignaba.

—Hay una última cosa que la esclava de Cratilo me ha contado hoy en el Ágora. Primero estaba inseguro de si hablarte de ello o no. Pero creo que debes saberlo.

—Adelante, por los Dioscuros, ¿a qué esperas? Oigamos. —Le incité, presa de un profundo recelo.

El tono de mi esclavo se había vuelto grave.

Estrepsíades resopló llamativamente antes de hablar.

—He pedido a la esclava noticias sobre la mujer de Cratilo.

—¿Y bien?

—Cratilo enviudó hace un par de años.

—Lo siento... por la mujer, ¡claro está! —dije.

—Pues bien, desde hace algún tiempo Cratilo frecuenta a una mujer con cierta asiduidad.

El rostro contraído de Estrepsíades no anunciaba nada bueno.

—En nombre de Atenea, ¿quieres decirme quién es esa mujer?

Estrepsíades tuvo un instante de vacilación. Se pasó la mano por el rostro. Luego se decidió a proseguir.

—Pues bien, siento mucho decírtelo, pero se trata de Filoxena.

—¿Qué?

Al oír este nombre me sentí como si un remolino se hubiese abierto debajo de mis

pies y me hubiese tragado. Me costó un poco recuperarme. Cuando tuve fuerzas para ello, me puse en pie y caminé durante unos instantes adelante y atrás. Estrepsíades siguió mi ir y venir nervioso sin añadir una palabra. Dentro de mí temblaba de la cabeza a los pies.

—¿Estás seguro de haber oído bien el nombre? —pregunté por último, confiando en un error de mi esclavo.

—Nunca lo he estado tanto.

Apreté los puños de la ira.

—Pero ¿qué significa? ¿Por qué no me lo ha dicho? ¿Por qué me ha ofrecido su apoyo en las investigaciones?

—Tal vez precisamente para espiar de cerca tus movimientos. Es probable que esa mujer esté haciendo un doble juego.

—¡No es posible! —grité furibundo.

Presa de la ira, dejé a Estrepsíades y me fui solo camino adelante.

De toda esta historia, ¡lo que me más me irritaba era que, por lo que se refiere a Filoxena, tenía razón mi madre!

Llegué a la casa de mi infancia por el huerto de los olivos. Las siervas estaban ocupadas en el molino. Hacían girar la muela con fuerza igual a la de los varones, empujando el único madero colocado de través. Por un canalillo de desagüe salía el zumo denso y dorado que fluía dentro de un ánfora colocada en el suelo. En torno al molino el terreno estaba marcado por un surco profundo creado por el movimiento circular de las siervas. Entre ellas estaba también mi madre. Empujaba igual que sus esclavas y chorreaba sudor bajo el peplo. La muela, al girar lentamente sobre la piedra trituraba las olivas que se transformaban en una pasta viscosa. El rostro de mi madre reflejaba la tensión de un enorme esfuerzo. Los pies resbalaban de tanto en tanto en el polvo, aunque ella misma incitaba sin embargo a las siervas exhaustas a no desistir y a proseguir el trabajo, dando ejemplo personalmente como hacen los grandes estrategas con sus ejércitos. En medio de las otras esclavas, reparé también en la muchacha que había comprado al porquero ciego. Así pues, mi madre, tal como imaginaba, la había acogido en su casa. La chiquilla se hallaba ocupada en transportar una pequeña ánfora llena de aceite. Cuando me vio, asomó en su semblante una gran sonrisa. Llevaba un peplo pequeño y el cabello bien peinado. Su carita estaba radiante.

Mi madre detuvo el paso. Se secó la frente con el dorso de la mano y vino a mi encuentro. Gotas de sudor le caían del codo al suelo. Sus ojos no perdían su fuerza ni siquiera bajo la presión de la fatiga. Me miraron con tanta fijeza que tuve que bajar los míos.

—Vámonos a casa —dijo con fría voz.

Entramos en su habitación. Me invitó a sentarme. La tela fijada en el travesaño

estaba casi terminada.

—Una excelente trama, de veras —dije.

—Atenea ha dado a las mujeres una mente brillante. Es una verdadera desgracia que los hombres solo la reconozcan cuando observan sus bellas telas —respondió a secas mi madre.

Aquella actitud suya me puso nervioso.

—Tenéis mucho trabajo en el molino. Este año el viento de Céfiro sopla sobre los campos y hace que haya olivas en abundancia. El sol lo madura todo. Las cosechas son abundantes. La nueva esclava que te he regalado te será útil. No te desilusionará, ya verás.

—No me desilusionará... —repitió mi madre con un tono inexplicablemente sombrío.

La sierva de más edad entró trayendo unas copas de vino mezclado con dulce miel.

—¡Ah, bendita seas! ¡No sabes cuánto lo necesito! —exclamé.

Me lo bebí todo de un trago. El vino era muy fuerte. Apenas hubo descendido al estómago, difundió una placentera flojera en mis miembros y calmó un poco la angustia que la actitud de mi madre me había provocado. Pero iba a necesitar otra para tranquilizarme. Mandé a la esclava que me trajese enseguida otra copa llena hasta el borde y desapareció por la puerta. Mi madre no tocó siquiera la suya.

—¿No bebes? Debes de estar sedienta —le dije.

—¿A qué debo tu visita? —me preguntó sin siquiera preocuparse de lo que le había dicho.

Su voz fría me dejó desconcertado. Me miró con ojos severos. Antes de que pudiese responder, la sierva regresó con mi copa que goteaba en el suelo, de tan llena como estaba. Se la quité de las manos y la vacié en un instante. Mi cabeza empezó a flotar. No tardé en oír que me expresaba con una mayor fluidez.

—Ha llegado el momento de que me case —dije soltando lo primero que se me pasó por la cabeza.

Mi madre ni se inmutó.

—Quisiera que anunciases a Dieuquidas y a Babica que me casaré con Amné a finales de este mes.

Habría apostado que mi madre, ante aquella noticia, daría saltos mortales de la alegría. En cambio, continuó mirándome en silencio con ese semblante suyo severo y chorreante de sudor.

—Madre, ¿no te alegra la noticia? —pregunté.

—¿No habías dicho que querías antes concluir tus investigaciones?

—He cambiado de idea. Las investigaciones se están revelando más complicadas de lo que imaginaba. Podrían requerir mucho tiempo. Y no tengo intención de posponerlo eternamente.

Me tomé otro vino. Estaba claramente borracho.

—¿Es por culpa de las investigaciones por lo que no has venido a mi casa esta noche? —preguntó ella.

Eran unas palabras tajantes como mandobles de espada. Me estremecí.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Ese armatoste de tu esclavo ha venido a buscarte en plena noche. Ha dicho que no habías vuelto a casa. Él pensaba que te habías quedado con nosotras.

¡Vaya con Estrepsíades! Busqué una excusa sin pensarlo. ¿Qué podía inventarme?

—Ayer por la noche me encontré a mi viejo amigo Nicéforo, al que no veía desde hacía mucho años. Me quedé en su casa. Habíamos comido y bebido mucho. Se me hizo tarde y por eso he pasado la noche en su casa. Estrepsíades no tenía motivo para preocuparse.

Mi madre asintió gravemente y no añadió ni una palabra más sobre ese asunto.

—Veré qué se puede hacer con respecto al casamiento —dijo suspirando.

De veras no comprendía aquella extraña actitud suya. Se había pasado una vida suplicándome para que buscara a una mujer y ahora que era yo quien insistía para apresurar el día de la boda, ella reaccionaba con inexplicable indiferencia. No tuve tiempo de profundizar en las razones de aquella reacción tan inesperada. Tenía que correr enseguida a casa de Simos y contarle lo que había descubierto.

La fragua era una inmensa fábrica llena de vida. Una empalizada imponente cerraba el campo visual al personal ajeno. La entrada estaba vigilada por una guardia armada con lanza y escudo. Nadie podía entrar sin el permiso personal de Simos. La restauración de la nave sagrada era una labor cara a la ciudad y por tanto no podía verse estorbada. Una nube de humo se alzaba de las chimeneas formando una columna en el cielo de Atenas. Un ir y venir continuo de carros cargados de materiales de desecho obstruía la única entrada. La guardia armada inspeccionaba escrupulosamente cada carro que entraba y salía. El paso de las ruedas por el terreno había dejado unos surcos profundos. Delante de mí llegó un carro vacío. El que lo guiaba dirigió los bueyes de tiro hacia la fragua, pero los hizo avanzar por un terreno friable. Los bueyes pasaron. Pero cuando fue el turno del carro, este se hundió con las ruedas y quedó atascado. Los bueyes mugieron y se esforzaron por avanzar. Pero las ruedas del carro estaban hundidas hasta casi la mitad. El carretero fustigó energicamente a los dos animales, pero, por más que estos tirasen, el carro no avanzaba. Hubo que añadirle otra yunta de bueyes a la ya uncida para mover el vehículo de aquel terreno tan accidentado. Observé aquella escena insólita hasta el final, una vez que hube entrado en el edificio.

Simos seguía los trabajos en el centro de la fragua. Un ejército de esclavos arrojaba sin descanso dinero, oro, cobre y estaño dentro de los hornos incandescentes. Otros esclavos fragmentaban los moldes y manejaban con pericia el metal aún incandescente que, sumergido en unas tinas llenas de agua, silbaba levantando nubes

cegadas de vapor. Otros también batían el metal precioso en el yunque, con la piel ennegrecida por el calor: las manos derechas empuñando firmemente los martillos y las izquierdas las tenazas. De aquellas manos expertas salían escudos, esculturas preciosísimas que representaban el Sol, la Luna, las Pléyades, las Híades, Orión y la Osa Mayor destinadas a decorar los costados de la nave sagrada. El calor del interior de la fragua era insoportable, así como el ruido, que percutía los oídos sin conceder un solo instante de tregua. Me acerqué a Simos, pero hablar allí dentro era imposible debido al estruendo, por lo que salimos. Buscamos refugio del sol al pie de una encina de gran copa. Le conté todo lo que habíamos descubierto. Cuanto más avanzaba, más se ensombrecía su semblante. Cuando hube terminado, Simos me pidió unos instantes para reflexionar.

—¡Desconcertante! —comenzó de repente—. Lo que afirmas es cuanto menos desconcertante. Jamás se ha producido en Atenas un escándalo parecido. Un asunto así no se puede pasar por alto.

—No por nada he corrido inmediatamente a contártelo todo. Es una cuestión que requiere la máxima cautela, pero al mismo tiempo la oportuna firmeza.

—Cratilo se habría dejado sustraer la llave del Tesoro por su propio hijo mientras era su legítimo custodio. Además, no lo habría denunciado por el robo de setenta minas al propio Tesoro, pero ¿habría tratado de echar tierra sobre todo ello, tratando de hacer condenar a un inocente? ¡Esto podría costarle la carrera política, por no hablar de lo que podría caerle a su hijo! Por todos los dioses, es inaudito —dijo Simos—. Si estás tan seguro de que no es Damasipo el asesino de Epigenes, ¿cómo justificas el comportamiento de Cratilo en el proceso? ¿Y la agresión que has sufrido tú mismo?

—Una vez enterado de la desaparición de Epigenes y del robo del Tesoro, Cratilo intuyó en qué problema le había metido su hijo. Por eso lo obligó a partir para Lamia. Cuando fue encontrado el cadáver de Epigenes, y tras saberse la acusación hecha al «licántropo», Cratilo intentó aprovecharse de ello. Trató de hacer condenar enseguida al inocente Eurifemo para despistar las investigaciones, evitando así que el homicidio de Epigenes fuese asociado al duplicado de la llave y por consiguiente al robo del Tesoro de la Acrópolis. Pero tuvo poco tiempo para preparar la acusación. No conocía a la víctima ni al imputado. He aquí por qué le ganó un novato como yo. Reducido a la desesperación, ha tratado de quitarme de en medio. Un gesto todo menos noble, pero del que ahora consigo comprender las razones. Cratilo ha tratado de proteger a su hijo de la amenaza de una acusación por una vez injusta, de la que el joven, reo de un robo anterior al Tesoro, no habría sido capaz de defenderse. Además Cratilo ha hecho todo lo posible para no dejar filtrarse la noticia de que circula por Atenas una copia de la llave del tesoro, de la que él mismo por un día entero fue el directo custodio. Si la cosa se hiciese pública, él sería el primero a quien afectaría el escándalo.

Simos calló. Su silencio se prolongó más allá de lo que yo pudiera esperar.

Después de haber reflexionado, replicó.

—¿No podría ser Cratilo el asesino de Epígenes?

—¡No, por Zeus fulminador, por ningún motivo!

—¿Por qué no? En el fondo, podría haberlo eliminado para hacer desaparecer la llave y para sacar a su hijo de apuros.

—No tiene sentido. Escucha, a Epígenes lo mataron porque tenía consigo una llave que abría las puertas del Tesoro de la Acrópolis. El fin último de quien lo asesinó, a todas luces, era apoderarse del oro de Atenas. Reflexiona: el robo se produjo la noche de la fiesta de Zeus Salvador, exactamente la noche siguiente de aquella en que Epígenes desapareció. Admitamos, por absurdo que parezca, que Cratilo matara a Epígenes para recuperar la llave. ¿Qué deberíamos suponer? ¿Que luego, tentado por la codicia del oro, la noche siguiente subió a escondidas a la Acrópolis y, quién sabe cómo, hizo desaparecer todo el oro de Atenas? Cratilo, en todo caso, después de haber dado muerte a Epígenes, habría hecho desaparecer la llave con la que Damasipo sustrajo las setenta minas. ¡No la habría utilizado ciertamente para llevar a cabo el robo mucho más clamoroso, a riesgo de despertar todas las sospechas sobre sí y sobre su hijo! ¡Si Cratilo fuese el asesino de Epígenes, por todos los dioses, el oro de Atenas estaría aún en su sitio! Todo ello significa una sola cosa. Algún otro sabía que Epígenes custodiaba la copia de la llave del Tesoro. Pero ¿quién podía saberlo, aparte de Cratilo y de Damasipo?

Simos asintió. Caminó adelante y atrás en la sombra.

—Tu teoría está basada toda ella en conjeturas, si bien, debo admitirlo, da un sentido a una gran parte de la historia. No podemos probar de ningún modo que la llave en posesión de Epígenes fuese la copia de la del Tesoro de la Acrópolis. Y todavía no comprendo la razón por la que el cadáver fue desenterrado al cabo de varios días y arrastrado hasta el Falero.

—Es cierto. —Hube de admitir—. No tengo muchos elementos para probar lo que he afirmado. Y todavía hay muchos detalles que se me escapan. Por eso enviaré inmediatamente a mi esclavo Estrepsíades a Lamia. Le mandaré que busque a Damasipo y le responda algunas cosas. Hipérides me ha prohibido involucrar a Cratilo. Pero no ha dicho nada respecto a su hijo. Solo él nos podrá decir qué otros sabían de la existencia de esa llave. En cuanto a mí, no me queda más que ir a ver a Filoxena. He de comprender de una vez por todas cuál es su papel en esta historia. Debo darme prisa. Quien mató a Epígenes es listo y me lleva una clara ventaja. Si no nos espabilamos, conseguirá escapársenos y podremos despedirnos para siempre de él y del oro de Atenas.

Solo de pensar en Filoxena mi corazón se llenó de amargura.

—¿Es posible que Filoxena acepte la compañía del moderado Cratilo y al mismo tiempo sea una invitada agradecida del antimacedonio Hipérides? —pregunté, manifestando mis pensamientos en voz alta.

—Amigo mío, Filoxena tiene amigos bien situados en todos los partidos

atenienses. Es una mujer ambiciosa y sin prejuicios. Le traen sin cuidado los alineamientos. Solo atiende a quien le hace el ofrecimiento más conveniente. En cuanto a Hipérides, es un hombre que posee grandísimas cualidades, pero dejaría entrar en su casa a cualquiera, hasta al peor de sus enemigos, con tal de que tenga un buen par de tetas y un trasero redondo.

—La verdad, no sé qué pensar —dijo presa de un profundo extravío.

Simos me miró con repentino fervor.

—¿Y si el asesino de Epígenes fuese precisamente Filoxena?

Las palabras de Simos me dejaron sin aliento.

—No puedo creerlo. Si fuese ella la homicida, por Cástor y Pólux, ¿por qué me habría ayudado a exculpar al licántropo?

—Para hacerte creer que está de tu parte.

Me estremecí.

—No es nada más que una hipótesis —dijo Simos—. ¡Pero Filoxena podía saber de la existencia de una copia de la llave del Tesoro, dado que es la amante de Cratilo!

—¡Por todos los dioses, lo que dices es tremendo! ¿Cómo puede Filoxena haber matado a Epígenes? ¿Y cómo puede haber sustraído todo ese oro de la Acrópolis? ¿Podría una mujer cuerda como Filoxena haber organizado un plan tan retorcido?

Simos suspiró.

—Por Atenea, ¿y quién mejor que ella?

Me fui de la fragua trastornado. Tomé el camino de casa pensando de nuevo en las palabras de Simos. De golpe fue como si el cielo se hubiese levantado de las espaldas del poderoso Atlas y se hubiese precipitado encima de mí con todo su peso.

Me dirigí a la carrera hasta la morada de Filoxena. Tenía necesidad de respuestas. Las siervas dijeron que el ama no estaba en casa. Pregunté cuándo volvería. Respondieron que no lo sabían. Insistí para que me dijeran dónde podía encontrarla, pero se negaron a responder: el ama no había dejado dicho que se comunicara a nadie su paradero. Insistí de nuevo. Levanté hasta la voz. Pero solo conseguí que me dieran con la puerta en las narices. Llamé de nuevo, pero la casa de Filoxena se sumió en un silencio sepulcral.

¿Qué estaba pasando? ¿Por qué Atenea no iluminaba ya mi camino?

Camino de casa, por voluntad de quién sabe qué dios, me crucé de nuevo con Clea. También aquella noche la rubia poetisa se presentó delante de mí en toda su fulgurante belleza. Los cabellos que le caían de un lado. Unos ojos lánguidos y centelleantes como estrellas. Labios que adoptaban una sonrisa apenas enfurruñada.

—Nos encontramos de nuevo, mercader —dijo.

Como durante nuestro último encuentro, me quedé impresionado por su atractivo, pero mi ánimo abatido por los últimos acontecimientos no pedía nada más que silencio y soledad.

—Perdóname, pero esta noche no ando precisamente en busca de compañía —repliqué de modo brusco.

—Tu mirada es triste y atemorizada como la de un hombre con el corazón roto.
Me estremecí.

—Eres una mujer realmente notable. El corazón de un hombre no tiene secretos para una poetisa de tu talla.

Mi ánimo, herido por los durísimos golpes asestados por la conducta de Filoxena, esta vez se vio consolado, y no turbado, por la fascinación y por las palabras de Clea. Su belleza no me pareció una amenaza, sino un alivio que a cada momento ambicionaba más, como el sediento se acerca ansioso al manantial de agua fresca después del largo peregrinar por una tierra árida.

Clea se acercó. Su mano se posó leve sobre mi hombro. Noté el toque tranquilizador y el perfume delicado de su piel. Una ebriedad irresistible embargó mi ánimo. Mil tormentos sobrevolaron mi cabeza como una bandada famélica de Erinias.

—Habla conmigo. Aliviaré tus sufrimientos —dijo Clea.

Un estremecimiento me recorrió el espinazo.

—Te lo ruego, déjame ir —le supliqué.

Su mano resbaló sobre mi pecho.

—La noche es aún joven. Ven conmigo. Mi casa no está lejos.

Una vez más no supe resistirme a sus encantos. Poco después, la puerta de la casa de Clea se abrió de par en par. Por segunda vez, la poetisa me acogía en sus cálidos abrazos.

CAPÍTULO IX

En el que la ira de los dioses se desata sobre Apolófanes

Durante nuestro segundo encuentro, Clea estuvo un tanto locuaz. Me habló con nostalgia de los años pasados en Mitilene, del afecto que la unía a otras discípulas con las que había compartido su instrucción, de las severas pedagogas jónicas, de las lecturas nocturnas a la luz de la vela, de los poemas recitados de memoria con la voz rota por el llanto debido a la intensidad de los amores que narraban. Me habló de las infinitas plegarias a Afrodita, invocada desde que era chica para que la diosa la hiciera encontrar el verdadero amor.

Esta vez la compañía de Clea supo aliviar los sufrimientos de mi corazón. La poetisa recitó para mí algunos de sus poemas. Me quedé sin aliento por su belleza. Clea era maestra en la composición poética. No censuré a todos los sabios que habían quedado fascinados por su intelecto hasta el punto de enamorarse de él. Entre los muchos poemas que cantó para mí, me impresionó uno en particular. Dijo que lo había compuesto recientemente, al calor de una fuerte emoción, después de que su último amor secreto —aquel del que me había hablado Filoxena— la hubiera abandonado. El poema describía un prado frondoso, abundante en plantas donde los rebaños y ganados pacían tranquilamente. En el centro de aquel prado encantado se alzaba un santuario rodeado de exuberantes manzanos, cuyos frutos adornaban los altares y aromaban el aire. La fragancia de la hierba perlada de rocío atraía manadas de caballos salvajes. No lejos discurría un río de mansas aguas, en cuyas orillas muchas abejas invadían las corolas de flores recién abiertas. En este paisaje encantado, de todas las manzanas recogidas para ser ofrendadas a los dioses, una había escapado a los recolectores. Los hombres no habían tenido la osadía de trepar tan arriba, ya que aquella manzana había nacido en la rama más alta. Habían sentenciado que la manzana aquella, en una posición tan elevada, no les estaba destinada a ellos, puesto que solo habrían podido cogerla desde el cielo. Y he aquí que un joven gavilán se posó en la rama y comenzó a picotearla con voracidad, pero no tardó en emprender el vuelo dejando la fruta, la más bella del árbol, herida y, una vez más, sola. En el punto culminante del canto, Clea rompió a llorar y no fue capaz ya de proseguir.

Derramó muchas lágrimas y no hubo manera de calmarla. Comprendí que la herida en su corazón no había cicatrizado aún. Le hice traer vino endulzado con miel. La bebida alivió el dolor de su pecho destrozado por las cuitas de Eros.

—Háblame un poco de ti —me dijo cuando se hubo tranquilizado.

Enrojecí.

—La verdad es que, aparte de una aburrida y provechosa carrera de mercader, no

tengo nada que contar.

Clea sonrió.

—Si hubiese querido un poeta o un valiente estratega a mi lado, los habría encontrado fácilmente. Tú dices que no tienes mucho que contar sobre ti, y sin embargo he oído decir grandes cosas a propósito de tus dotes de logógrafo y de investigador.

—Tu generosidad va más allá de la verdad. En realidad, sobre el homicidio de Epígenes, si es esto a lo que te refieres, me encuentro aún muy lejos de mi objetivo. —Hube de admitir.

Le hablé de los últimos desarrollos de la investigación. Clea pareció muy interesada y quiso saber todo. Hizo muchas preguntas. Mientras le hablaba, me miraba fijamente con unos ojos en los que brillaba el reflejo del sol.

Nos separamos, no sin habernos prometido que nos veríamos de nuevo. Dentro de mí ardía todavía viva la llama amorosa por Filoxena, pero por ella con no menos intensidad ardían en mi corazón también el tormento y la desilusión. Contaba con que la proximidad de Clea me sería útil para aliviar, al menos en parte, la comezón que atenazaba mi pecho. Me llevé conmigo el beso de la poetisa como el único bálsamo capaz de hacerme soportar tanto dolor.

En casa pedí a mis esclavos pan de azafrán y filetes de sardina cocidos en hojas de higuera. Lo devoré todo como una fiera famélica. Terminada la comida, hice que alguien fuera a llamar a Estrepsíades.

—En nombre de Zeus, amo, ¿se puede saber dónde has estado? Tampoco esta noche he pegado ojo de la pena que tenía por ti. Te he buscado por todas partes.

Me estremecí.

—¡Espero que no en casa de mi madre!

—Es la primera persona a la que he ido a preguntar por ti —tronó sin ningún miramiento.

Su tono era ofensivo, pero lo dejé correr: su rabia nacía del recelo. Me era realmente muy leal.

Suspiré.

—No te preocupes. Y, en cualquier caso, no te he hecho llamar para que me hagas reproches, sino para confiarte un encargo de extrema importancia.

Estrepsíades enarcó sus pobladas cejas.

—¿En qué puedo servirte?

—Partirás inmediatamente para Lamia y seguirás la pista de Damasipo. Deberás preguntarle el nombre de quien, aparte de él, sabía lo de la llave del Tesoro.

—Amo, ¿no has pensado que haríamos mejor si se lo preguntásemos a Cratilo? —objetó Estrepsíades.

—Por supuesto, lo he pensado. ¿Y tú crees que, si Cratilo hubiese sabido el

nombre de quién les había creado problemas a su hijo y su familia, me habría enviado a mí sus sicarios? ¿No crees que habría evitado hacer ese papelón en el Areópago y que, más bien, habría mandado a sus esbirros a recuperar la copia de la llave del Tesoro, para eliminar así toda prueba de la implicación de Damasipo en esta historia? Pero no lo ha hecho, lo que significa que Cratilo no conoce ese nombre. Por eso no tenemos elección. Irás a Lamia. Partirás enseguida.

—¿Lamia? Por Atenea, amo, ¿te has vuelto loco? ¿No sabes que Lamia está sometida a sitio? ¿Quieres ofrecer mi pecho a las sarisas macedonias? ¿Acaso quieres desembarazarte de tu esclavo más fiel?

En ese momento otro de mis esclavos se presentó en el andrón.

—Hay una mujer que pide verte. Su nombre es Filoxena.

Estrepsíades se puso rígido. Me miró, inseguro.

—¿Qué hacemos?

Reflexioné un instante:

—Haz que se ponga cómoda —ordené al otro esclavo.

—¿Estás seguro? —prorrumpió Estrepsíades—. ¡Esa es la amante de Cratilo, el que te quería eliminar! ¡No puedes ya admitirla en tu casa!

—Tengo curiosidad por oír lo que tiene que decirme. Si ha venido aquí, tal vez no imagina que yo alimento sospechas sobre ella. Quiero descubrir a toda costa su papel en esta historia. En cuanto a ti, vete a preparar. Partirás cuanto antes. Irás a Lamia y exprimirás a Damasipo como una esponja. Tus manos de forzudo conocen excelentes argumentos para hacerse contar toda la verdad.

Filoxena entró en el andrón exhibiendo su sonrisa distendida. A la luz de lo que había descubierto Estrepsíades, me pregunté cómo conseguía sonreírme así. Fui a su encuentro y tomé sus manos entre las mías. Hice un enorme esfuerzo por disimular toda mi cólera; pero con la ayuda de Atenea conseguí mantener los nervios firmes. La invité a acomodarse en un asiento.

—Las siervas me han dicho que me has estado buscando —dijo.

—En efecto. Deseaba ponerte al corriente de las últimas novedades.

En poco rato le expuse con pelos y señales todo lo que Estrepsíades y yo habíamos descubierto. Todo, excepto de cuanto me había enterado con respecto a su persona. Finalmente le comuniqué mi decisión de enviar a Estrepsíades a Lamia para interrogar a Damasipo.

—Precisamente de Lamia venía a hablarte. Acaban de llegar unos rumores a la ciudad. Se refieren a una batalla muy cruenta que se ha librado en las proximidades de la fortaleza. Se habla de cientos de muertos entre los hoplitas atenienses. Tu decisión no podía producirse en un momento más oportuno. Debes necesariamente asegurarte de que Damasipo sigue aún vivo.

Me quedé en silencio unos instantes. Antes de responder, hice acopio de todas mis fuerzas para mantener la calma.

—¿Por qué todo este interés por el hijo de Cratilo? —pregunté con fingida

naturalidad.

Filoxena se puso tensa. Sus labios se adelgazaron. Me miró durante unos instantes en un silencio que me incomodó.

—Pues para llegar a la solución del caso. ¿Por qué si no? —respondió finalmente.

Asentí. Sentí la ira crecer dentro de mí, pero me impuse a mí mismo no dejarla traslucir. El esfuerzo en tal sentido fue enorme, porque en realidad en mi interior había en curso un conflicto tremendo. Mi corazón trataba de rechazar lo que la mente sabía de Filoxena. Pero por más que intentase mantener a raya las sospechas, en el fondo temía que fueran fundadas. Estuve a punto de llamarla traidora y de echarla para siempre de mi casa. Pero luego Atenea vino a mi encuentro. Consideré que callando podría aprovecharme de una posición de ventaja respecto de ella.

Cuando Filoxena me dejó, me fui a despedir a Estrepsíades, que entretanto se había preparado para la partida tal como le había ordenado. Lo observé desde la puerta de casa alejarse a lomos de un caballo hasta que desapareció tras la línea del horizonte.

Me senté apenas fuera de la puerta. Me quité las sandalias. Unté un trapo de lino en sebo y me puse a frotar. Lo que es noble vuela alto en el cielo y no se ve manchado por el polvo. ¿Por qué entonces mis sandalias no recuperaban el lustre? ¿A qué grado de vileza había retrocedido? Froté ese condenado calzado con una fogosidad inaudita, hasta que una de las correas se soltó.

Exasperado, grite al cielo. Me puse en pie, corrí hacia la orilla del mar con las sandalias en la mano y las arrojé lejos con fuerza. Mi calzado dibujó una parábola en el éter y luego se hundió en el agua, desapareciendo para siempre.

He aquí el final que tiene un alma impura. Se hunde en el mar y allí se ahoga.

La sierva de más edad abrió apenas la puerta.

—¿Qué haces? ¡Ábreme! Quiero ver a mi madre. —La intimé.

—Sofronia no considera grata tu presencia en este momento.

—Por Cástor y Pólux, ¿cómo te atreves a hablar así?

—Son órdenes del ama. De tu madre —replicó ella resuelta.

—Te he dicho que me dejes entrar. ¡Quítate de en medio, vamos!

—Sofronia ha dado órdenes precisas. Su hijo no debe poner los pies en esta casa.

—¡Lo que han de oír mis oídos, perra de esclava! ¡Esto es demasiado! —estallé.

Di un golpe con el hombro en la puerta que, abriéndose de par en par, arrolló a la sierva haciéndola caer al suelo. Recorrí todas las habitaciones en busca de mi madre. Las otras siervas presentes me miraron petrificadas del terror. Encontré también a la chiquilla.

—¿Qué sucede? —le pregunté.

—El ama está encolerizada contigo —respondió ella—. Tal vez es mejor que dejes pasar algunos días.

No le hice caso. Subí la escalera a grandes zancadas y llegué al gineceo. Una Erinia, revoloteando alrededor, me gritaba palabras tremendas en los oídos. Abrí de par en par la puerta del cuarto de mi madre. Miré dentro. No había nadie. Enseguida advertí que la tela colgada del travesaño del telar, casi terminada la última vez que había estado allí de visita, había sido pasada completamente. La urdimbre atada a las pesas pendía libre del enredijo del hilo de la trama. A mis espaldas apareció mi madre. Me volví. La aferré bruscamente por los brazos.

—Madre, ¿por qué no soy ya bienvenido a tu casa? —le pregunté.

Mi voz estaba alterada por el tormento que no me dejaba tranquilo.

—¡Déjame! ¡Me haces daño! —gritó ella.

Cegado por la ira, no me había dado cuenta de cuánta fuerza había puesto en mis gestos. Obedecí, horrorizándome de mí mismo. La liberé de la presión y me alejé tambaleándome. Una nueva y más grande angustia embargó mi pecho y no me dio tregua.

—¿Por qué no soy un invitado grato en esta casa que ha sido también mía?

Mi madre tenía los ojos pesados por la ira y por el temor. Pero de los dos, seguro que el más asustado era yo. Finalmente ella rompió el silencio. Y como cada vez, las palabras le salieron de su boca como pedruscos.

—Esta mañana me he dirigido a casa de Dieuquidas y de Babica para comunicarles tu decisión de fijar la boda con Amné para finales de mes.

—Bien. ¿Han aceptado? —pregunté.

La frente fruncida de mi madre se distendió en una expresión de profundo desconsuelo.

—En casa había hospedada también otra mujer. Tal vez no sepas que Babica, la madre de Amné, es muy amiga de la madre de Nicéforo.

Al oír ese nombre palidecí.

—Hablando con ella, le he preguntado si por casualidad habías pasado también esta noche en casa de su hijo, ya que tampoco esta noche has vuelto a tu casa. ¿Sabes qué me ha respondido? Ha dicho que Nicéforo se encuentra en Sicilia desde hace dos años y que no volverá a Atenas hasta el próximo otoño.

Me quedé turbado. No menos trastornada estaba mi madre que yo.

—Dieuquidas y Babica han revocado la promesa de matrimonio. No están dispuestos a confiar a su única hija como esposa a un marido embustero. La boda, por tanto, ha sido anulada.

Falto de fuerzas, me arrastré hacia la salida. Antes de irme, me volví una última vez.

—La tela... ¿por qué la has deshecho?

Mi madre suspiró y respondió con la voz rota por el desconsuelo.

—Iba ser el peplo que llevaría para tu boda.

En casa me emborraché hasta perder el conocimiento. Soñé con los tiempos en que, siendo aún niño, había hecho una promesa que todavía no había conseguido cumplir. Cuando me desperté, era noche cerrada. El sueño me dejó el recuerdo de aquella promesa. Todo me aparecía más pesado. Más complicado. ¿Conseguiría mantener la palabra dada? Desgarrado por los tormentos, vagué por mis habitaciones como presa del delirio. Estrepsíades estaba lejos. Los otros esclavos no me habrían sido de ayuda. Fui por tanto al establo. Midas no dormía. Le puse heno. Le acaricié el costado. Él dio muestras de agradecer el cosquilleo sacudiendo las crines.

—Amigo mío, esta noche vendrás conmigo. No hay ningún otro del que pueda fiarme. En el curso de esta investigación hay una cosa que he pospuesto ya durante demasiado tiempo. Ha llegado el momento de ir a buscar a Xuto.

Midas siguió masticando el heno, desconocedor del sentido de mis palabras. Me envolví en un quitón raído. Cubrí mis hombros con un manto gastado. Me ceñí la cabeza con un gorro frigio y me até un par de sandalias de pordiosero. Mi disfraz de caminante bárbaro era muy convincente. Así ataviado, irreconocible para cualquiera, salí a la oscuridad a lomos de Midas y me dirigí hacia los bajos fondos del Pireo. Me metí en los tugurios de más mala fama en busca del capitán de la nave. Pregunté por él a diestro y siniestro, pero nadie parecía haberlo visto esa noche.

Entré, por último, en una taberna de Muniquia, conocida en toda Atenas por ser una cueva de malhechores. Con gusto habría dejado de hacerlo, pero era la única que no había visitado todavía. El interior era minúsculo y ruinoso. Un olor acre a sudor me produjo arcadas. Unos quince tipejos estaban sentados en bancos de madera crujientes. Todos bebían y vociferaban a la luz de las lámparas de aceite diseminadas un poco por todas partes. Un tabernero con papada y ojeras negruzcas cogía las copas de las manos de los clientes borrachos y las ofrecía a los aún sobrios. De una crátera abierta en el mostrador sacaba una bebida amarillenta, la única que se consumía en aquel local, y la dispensaba a la clientela.

Un borracho se fue al suelo por haber empinado demasiado el codo y liberó la esquina de un banco. Me senté en su sitio. Hice una seña al tabernero. Este arrancó la copa de manos del hombre caído en el suelo, la frotó en su quitón mugriento, la sumergió en la crátera y me la alargó sin demasiados cumplidos. Pero antes de que pudiese cogerla, la retiró de golpe.

—¡No la probarás, bárbaro! —gritó—. No nací ayer. Primero veamos si tienes con qué pagar mi vino de cebada.

¡Me había llamado *bárbaro*! ¡Por tanto mi disfraz resultaba convincente! Me saqué un óbolo de debajo de la lengua y se lo entregué. El tabernero lo cogió, lo apretó entre los dientes y asintió complacido.

—¡Por Baco! ¡Pues, entonces, brindemos! —rezongó alargando la copa espumosa.

Aquel calducho amarillento no sabía ni siquiera a cebada. Parecían meados de gato. Eché de menos el dulce vino de Mileto con el que me había emborrachado solo pocas horas antes. Pero me encontraba en una taberna y no podía dejar de beber, si no quería llamar la atención. Me tapé la nariz y tragué un sorbo. Poco faltó para que vomitara encima del que tenía al lado. Junto a mí había sentado un marinero con el cuello cubierto de roña. Iba vestido con un quitón hecho de retales de diversas telas. Tonteaba con una prostituta vieja y chata, que respondía a sus invitaciones poco veladas con mugidos, que luego reconocí que no eran sino risas chabacanas. Me volví del otro lado, donde dos hombres no lejos de mí pimplaban de lo lindo vino de cebada. Uno de ellos tenía un ojo glauco y masticaba una pajita que le asomaba por el ángulo de la boca. El otro era un pequeñajo mugriento con el cabello espeso y la frente baja, las cejas pobladas y la barba descuidada. Estaban más bien achispados y charlaban a la manera en que se suele hacer en los bajos fondos. Me costó mucho seguir lo que decían. Por el tono de voz, intuí que estaban discutiendo.

—¡Las tengo a montones pelanduscas como las tuyas! —vociferó Ojo Glauco de repente—. ¡He soltado a los mastines y sabuesos más expertos de mi jauría por ti, y tú aún no has descubierto a ese hijo de su madre que se llevó la pasta del Templo!

De lo que decían no había captado más que el comienzo, pero inmediatamente comprendí que estaba hablando del robo del Tesoro.

El otro soltó una maldición.

—¡Tus mastines tienen los dientes podridos y tus sabuesos el hocico romo! ¡No sacarían a un ratón de su madriguera ni aunque metieran dentro sus cabezas huecas! ¿Sabes que te digo? Que ese se les ha escabullido con toda la pasta y nos ha dejado con un palmo de narices.

—¡No me vengas con historias, cenizo! Los gatos tienen la panza vacía, por eso no pierden de vista el granero ni por un instante. El ratón sigue todavía en su condenada madriguera con toda la pasta. Pero ¿dónde? ¡Que Zeus lo fulmine!

Sabía que la gente de mal vivir de los bajos fondos solía llamar esbirros y mastines a sus compañeros, gatos a los soldados de la guardia de la ciudad y granero, por razones obvias, a la ciudad de Atenas. El *ratón*, claro está, debía de ser precisamente mi hombre, el ladrón del oro de Atenas, el asesino de Epigenes. Así pues, ¡no solo la guardia, sino también los maleantes de la ciudad estaban dándole caza! No tardé en tener clara la razón cuando el pequeñajo abrió el pico.

—¡Que Zeus se lleve a ese mal bicho oportunista! No hay madriguera que yo no haya hurgado con tus sabuesos. No hay agujero en todo el páramo que no haya destapado. He puesto patas arriba todos los bajos fondos y, por las Cárites, no he sacado en limpio más que arañas y polvo. ¿Sabes qué te digo? Que el ratón no es uno de los nuestros. Si lo fuese, a estas alturas algún pajarito habría ya cantado. ¡Por Hermes! No está bien arramblar con tanta pasta y no compartirla con los otros compañeros. ¡Va contra las reglas! A ese hemos de cargárnoslo.

Ojo Glauco, que era sin duda de los dos el cabecilla de la banda, subrayó su

asentimiento con unas imprecaciones imposibles de reproducir.

—¡Por la santa Niebla protectora de los truhanes, a esto sí que se llama hablar! —comentó el otro.

Los dos hicieron chocar las copas y se mandaron al colete el vino de cebada.

—¡Lo trincaremos!

—¡Bien dicho!

—¡O que se le atragante al muy cerdo toda esa pasta!

—En cuanto a nosotros, mientras eso llega, ¡pidamos ventresca y callos!

Un hombre sentado solo, justo enfrente de mí, distrajo mi atención de aquellos dos tipejos. Me miraba fijamente en silencio. Flaco, la piel tostada por el sol. Tenía una cicatriz llamativa en la mejilla izquierda donde no le crecía la barba. Miré a mi alrededor para comprender si estaba mirando a algún otro a mis espaldas, pero enseguida me di cuenta de que su interés era por mí. Me levanté y me acerqué a él. Él asintió. Era lo que quería. Pero cuando estuve delante de él, me hizo seña con la cabeza de que me sentara detrás de él. Seguí la indicación y en un instante nos encontramos espalda contra espalda.

—No te des la vuelta —dijo el desconocido—. Hablaremos sin mirarnos a los ojos, así nadie se percatará.

—¿Eso por qué?

—Porque en esta guarida todos son enemigos de todos y si aquí dentro no gustas a alguien, no tardas en encontrar un cuchillo clavado en la espalda. Mejor si nos guardamos mutuamente las espaldas.

—¿Quién eres? —pregunté.

Él no respondió y prosiguió hablando.

—Estás buscando información sobre un capitán de mar llamado Xuto, ¿no es así? Soy alguien que puede contarte muchas cosas sobre él. Cosas de las que nadie se sentiría orgulloso. Cosas por las cuales Xuto podría correr un gran peligro. Confórmate con esto. Ahora pide una copa de vino de cebada y bebe como si no pasase nada.

—Gracias. Ya me he soplado una —dije.

—¿Solo una? ¿No querrás que te tomen por un niño de pecho?

En efecto, no tenía elección. Un hombre que en una taberna no bebe, en un ambiente como aquel es un hombre que no es de fiar. Decidí hacerle caso. Alargué mi copa vacía al tabernero. Este la llenó de nuevo de ese sucedáneo de meados de gato a cambio de otro óbolo y me la devolvió. El aspecto turbio del vino de cebada no prometía nada bueno.

—¿Qué haces, bobo, no bebes? —rezongó el hombre a mis espaldas.

No tuve elección. Me mandé al colete la segunda ración de aquel bodrio nauseabundo. Noté que se me revolvían las tripas.

—¿Cómo sabes que estoy buscando a Xuto? —pregunté con la orina espumosa flotándome en la boca.

—Déjame que te lo diga: ¡tu disfraz da verdadera pena! Por aquí no convencerías ni a un ciego. ¡Se ve a dos estadios que eres un rico ateniense disfrazado de bárbaro; por no hablar de tu acento ático, que no haces nada por disimular! Y luego, entrar en todas las tabernas del Pireo y preguntar a todos sobre Xuto no es la forma más discreta por parte de alguien que anda en busca de información. Maravillado estoy de que no te hayan agredido o robado ya.

Me puse de todos los colores.

—¿Quieres decir que me has seguido desde otra taberna?

—Desde que he comprendido que buscabas a Xuto, no he perdido tu pista.

—¿Y por qué ibas a desembuchar todo conmigo precisamente?

—Porque me he oído que puedes pagar bien mi información.

—¿Y de qué me enteraría?

—¡Oh, no, no! —dijo con una carcajada histérica. En esta ratonera no te diré nada. Hay demasiados oídos aguzados para mi gusto. Acabarías degollado ni bien salieras.

Acordamos volvernos a ver en mi villa en el momento en que él considerara más seguro para su incolumidad. Luego le expliqué cómo llegar hasta mi morada. Si las cosas que tenía que decirme eran de veras tan importantes y si, sobre todo, eran ciertas, le prometí que recibiría una pingüe recompensa.

Fue el primero en levantarse.

—Ten cuidado, pazguato, cuando salgas de aquí —me avisó—. Hace solo un rato no era yo el único en seguirte —dijo, y antes de que pudiera preguntarle cualquier otra cosa, se había esfumado.

Las últimas palabras de aquel hombre me impresionaron. ¿Quién me estaba siguiendo? Dejé pasar un poco de tiempo. Finalmente la paciencia tomó la delantera. Salir al aire libre era arriesgado. Pero, si me quedaba en aquella guarida de malhechores, no me sentiría en absoluto seguro. Tomé la puerta dominado por la náusea debido a las dos copas de vino de cebada ingeridas. Apenas fuera, inspiré a pleno pulmón. Respirar en el exterior me produjo un cierto alivio. Pero fue nada más que por un instante, ya que enseguida noté unos retortijones en el estómago.

Tomé a Midas por la rienda y me encaminé por la calle de la izquierda. Al cabo de no mucho, los retortijones de estómago se acentuaron. Midas estaba cada vez más nervioso. Enseguida me di cuenta de que aquella desagradable sensación que sentía no era en absoluto debido al vino de cebada. A mis espaldas oí unos pasos furtivos hacerse cada vez más insistentes. El hombre de la taberna tenía razón. Alguien me estaba siguiendo. Me escabullí de golpe a la derecha y corrí con todas mis fuerzas. Oí que también a mis espaldas alguien se había puesto a correr. Llevar a Midas de la rienda hacía demorarse mi paso, por lo que le di un manotazo en un costado. El asno rebuznó y galopó lanzando coces del lado opuesto al mío. Me introduje por un dédalo de estrechas y oscuras callejuelas del barrio de mala fama. Cambié varias veces de dirección hasta que ya no oí más pasos a mis espaldas. Cuando estuve seguro de

hallarme a buen recaudo, con un nudo en la garganta me apoyé en la pared mohosa de una casucha y pude respirar un poco. Con circunspección me asomé a la esquina de la calle. Y fue así como, con gran espanto, entreví no muy lejos la silueta de mi perseguidor.

Una figura envuelta en una capa oscura estaba inmóvil, pegada a un muro, casi invisible, oculta por las tinieblas de la noche. La mano en el pecho blandía un cuchillo, cuya hoja reflejaba la pálida claridad de la luna. Mantenía la mirada clavada en la dirección opuesta al punto en que me hallaba. «Se piensa que desembocaré de repente por aquella parte y está preparado para herirme», reflexioné. Debía de haber seguido el rebuzno de Midas y por eso me había perdido de vista. ¡Con ese simple truco había conseguido despistarlo! No podía pedir una oportunidad mejor.

Avancé sigiloso como un lobo. Cuando estuve lo bastante cerca, le salté encima. Por el ímpetu con que me abalancé sobre él, acabamos ambos por tierra. Rodamos el uno encima del otro. Levantamos una nube de polvo. Del manto asomó un puño que me golpeó en el rostro, pero débilmente. Luego una rodilla se abatió de modo más contundente sobre mi ingle. Gemí de un dolor desgarrador, pero no aflojé la presión de la mano que apretaba el puñal. Finalmente forcé al enemigo a ponerse con la espalda contra el suelo. Debajo de mí mi perseguidor se debatió como un ciervo en su trampa. Su cuerpo era esbelto y flexible. Aferré la muñeca de la mano armada con ambos puños y apreté con todas mis fuerzas. El otro dejó escapar un gemido agudo. Ese tono de voz me era familiar. Aparté la capa y descubrí su rostro.

—¿Tú? —exclamé desconcertado, viendo ante mí el rostro de Filoxena, cuyos bellos cabellos rizados estaban recogido en su nuca con un pasador de cabeza dorada.

—¡Déjame inmediatamente! —chilló ella revolviéndose con energía.

Mi peso la oprimía.

—¿Por qué me perseguías? ¿Qué significa este puñal? ¿Querías matarme? ¿Es la misma arma con la que traspasaste a Epigenes en Prasia? ¡Confiesa! ¡Eres la asesina, además de la ladrona del Tesoro de Atenas!

—¡Déjame, he dicho! —gritó nuevamente Filoxena.

—¿Cuándo te ha dado Cratilo por quitarme de en medio? —le pregunté con la voz enronquecida por la ira.

—¿Cratilo? ¿Qué tiene que ver él? —exclamó asombrada.

—¡Vamos, puedes quitarte también la máscara ahora! Eres su amante. ¡Nada menos que su amante!

A mis palabras, Filoxena se puso tiesa. Dejó de debatirse y me miró estupefacta.

Estuve a punto de atizarle, pues tanta era la rabia que incubaba por ella. Pero un dios retuvo mi mano.

—Me fiaba de ti. Tú, en cambio, me has utilizado —le dije en el colmo del desconsuelo.

Filoxena permaneció unos instantes en silencio.

—¿Desde cuándo lo sabes? —preguntó finalmente, trastornada.

—Lo bastante como para no fiarme más de ti. Y yo que creía... hasta has seguido el proceso fingiendo estar ahí para brindarme apoyo. ¿Cuál era, en cambio, tu finalidad? No me perdías de vista por encargo de tu amante, ¿no es así?

Filoxena desvió la mirada. Suspiró.

—Te lo aseguro; las cosas no son como crees.

La cogí de las muñecas con fuerza y la sacudí enérgicamente.

—¿Ah, no? ¡Por Cástor y Pólux! ¿Y cómo serían, pues?

—Sigo este caso por orden del arconte rey.

Reí amargamente.

—¡Ve a contárselo a otro!

—Es la pura verdad, debes creerme. Todo se remonta a la noche del robo del Tesoro de la Acrópolis. Desde el primer momento los máximos mandamases de Atenas han sospechado que detrás de la desaparición del oro podía estar la mano de Cratilo: él fue el único custodio de las llaves de la Tholos, antes de todos estos hechos desagradables. Pero para poner en entredicho a un ciudadano respetable como él, el arconte rey pretendía contar con pruebas irrefutables de su culpabilidad. Por eso me ofreció un encargo especial: indagar sobre el pritano para descubrir su papel en esta historia. Sabía que Cratilo sentía debilidad por mí. Por eso me sugirió ceder a sus halagos. Estando cerca de él, podría reunir las pruebas para pescarlo. Pero Cratilo es un hombre muy reservado y en un primer momento temí fracasar. Luego entraste tú también en esta historia. Para entonces el arconte me encargó no perderte de vista también a ti. Supe que te medirías en el tribunal con Cratilo como defensor de Eurifemo, pero no comprendía qué te había empujado a asumir un cometido tan absurdo. Como tampoco comprendía el interés no menos inexplicable de Cratilo por este proceso. Por eso debía vigilaros a los dos de cerca. En un principio, temí que contigo perdería un tiempo precioso, pero cuando descubriste que el caso del licántropo estaba relacionado con la historia de Cratilo, comprendí que no podía perder una ocasión tan preciosa y te añadí a la investigación.

—Así pues, nuestro encuentro en el Falero, mientras viajabas en silla de manos, no fue fruto del azar —dije desconsolado.

—Del azar no, efectivamente. —Hubo de admitir Filoxena—. En mis investigaciones has demostrado ser muy hábil desde el primer momento. Lo reconozco, tenía una segunda finalidad para estar a tu lado, pero también buenas razones. Y precisamente gracias a ti he comprendido que Cratilo y su hijo tienen grandes responsabilidades en la historia de la desaparición del oro de la Acrópolis, pero que no son los autores de la muerte de Epigenes y tampoco del robo en el Tesoro.

Sonreí amargamente.

—¡He sido un idiota! No solo tu apoyo, sino también todos los elogios que me has hecho tenían una finalidad oculta. Todo en ti ha sido falso desde el momento en que comencé las investigaciones. Hasta tus miradas. Tus sonrisas. Las palabras sobre

el Amor. ¡Todo concebido hábilmente para seducirme y para hacerme caer luego en tu trampa! Y yo, tonto de mí, he caído en ella miserablemente.

Filoxena meneó la cabeza.

—Me he interesado por el caso porque me han pedido hacerlo, pero solo gracias a este encargo he descubierto que poseías unas cualidades que antes ignoraba y que sinceramente he aprendido a apreciar. Me quedé impresionada por tu ingenio y por tu espíritu generoso. Antes de todo esto, solo te conocía como socio mío en los negocios. Pero no había captado la verdadera esencia de tu belleza.

Filoxena hizo una pausa para recobrar el aliento. Su respirar se había vuelto afanoso. Algo la consumía por dentro.

—Nadie antes de ti me había hecho dudar de cuál era el bien máspreciado; si la libertad, como siempre he sostenido, o el amor —dijo finalmente.

Hice chasquear la lengua en señal de desencanto.

—Te ruego que no trates de embaucarme de nuevo. Quítate la máscara, la comedia ha terminado. He descubierto tu juego. Si querías ser sincera conmigo, ¿por qué no me lo contaste todo desde un primer momento?

—No me estaba permitido. Nadie debía saber de mi encargo. Cratilo tenía que confiar ciegamente en mí. La más mínima sospecha habría vuelto inútil todo esfuerzo.

—¡No te creo! —dije con los ojos desbordantes de lágrimas y el corazón henchido de dolor.

—¿No quieres creer en mis palabras? ¡Pues fíjate en los hechos, entonces! ¿Por qué razón crees que precisamente el arconte rey desempeñó el papel de presidente del jurado en el proceso contra Eurifemo, sino para no perder de vista a Cratilo? ¡Te lo suplico, Apolófanes, debes creerme!

Efectivamente, en su momento me había preguntado acerca del porqué de que precisamente el arconte se hubiera tomado la molestia de presidir ese proceso de poca monta.

—Si es como dices, ¿por qué me estás siguiendo a escondidas? ¿Qué querías hacer con ese puñal?

—¡No quería matarte, si es esto lo que temías! —exclamó ella—. Te guardaba las espaldas.

—Pero ¿qué dices? —pregunté incrédulo.

—Desde que saliste de casa hay alguien que anda pisándote los talones y que no te ha perdido de vista ni un instante. Esperaba el momento propicio para golpearle, apostada aquí detrás. Pero luego tú te me has arrojado encima y lo has echado todo a perder. ¡A estas horas, habrá huido!

—¿Quieres decir que me estabas guardando las espaldas desde que he salido de casa?

—Te lo he dicho. Estoy al servicio de un arconte. Pero esta investigación no puede proseguir sin ti.

El mío fue un gesto dictado por el instinto. No fruto de la razón.

Yacíamos aún en el suelo el uno encima del otro. Los ojos resplandecientes de Filoxena estaban clavados en los míos. Su belleza me sedujo. Acerqué mis labios a los suyos. La besé. Ella no se hurtó. Al contrario, secundó mi beso durante un tiempo que me pareció infinito. Sentí dentro de mí un plácido calor. Luego Filoxena se desplazó ligeramente y me susurró.

—¿Te fías de mí ahora?

Me puse de pie de nuevo. Todo el resentimiento que sentía hacia ella se había disipado con ese beso. Le alargué una mano para ayudarla a levantarse. En aquel momento, un golpe tremendo en la nuca me quitó las fuerzas. Caí de rodillas. Un hormigueo se difundió por toda mi cabeza. Miré el rostro aterrado de Filoxena. Miraba a alguien a mis espaldas.

Luego todo se volvió opaco.

Una negrura impenetrable se hizo ante mis ojos. Acabé con la cara en el polvo.

Luego, ya nada.

CAPÍTULO X

En el que Clea llora de nuevo

Poco a poco recuperé el conocimiento.

Me dolía la cabeza. Estaba tumbado de costado sobre una superficie dura e incómoda. No me hizo falta mucho para comprender que me encontraba dentro de una barca. El cielo sobre mí estaba tachonado de estrellas.

Dos cosas me sumieron enseguida en un terror pánico. La primera, que tenía una mordaza apretada en la boca, las manos atadas a la espalda y unos pesos firmemente sujetos a los pies con una cuerda. La segunda, que estaba atado de espaldas a algún otro que gemía debajo de la mordaza y se meneaba como un obseso.

«¡Filoxena!», pensé, reconociéndola por los lamentos. Traté de gritar a mi vez, pero la mordaza no dejó salir más que un ridículo gemido.

—¡Te has despertado! —exclamó una voz masculina—. ¡Por la ira de Poseidón, creía haber acabado contigo, pero tienes la cabeza más dura que el mármol!

A juzgar por la humedad y por la oscilación, estábamos en el mar. Levanté ligeramente la cabeza y tuve la confirmación. Navegábamos cerca de la costa. No avisté ninguna nave en las cercanías para pedir auxilio. No había nadie en la orilla a quien implorar socorro. Una silueta envuelta en las tinieblas cogió los pesos y los arrojó al mar. Filoxena y yo fuimos tironeados sobre el borde de la barca, que se decantó toda de un lado. Apoyé la pelvis contra la madera, en el desesperado intento de no acabar en el agua. Filoxena a mis espaldas lloraba. Una mano me aferró por los cabellos.

—Cuando lleguéis al Hades, dadle recuerdos de mi parte a Epigenes. Decidle que es Xuto quien se los manda.

Me propinó un puñetazo en la cara tan fuerte que me estampó fuera de la barca, arrastrando a Filoxena conmigo. Apenas me dio tiempo de llenarme los pulmones de aire. Luego oí un choque sordo y el frío abrazo de las aguas oscuras. Nuestros cuerpos fueron tragados por la oscuridad. La fuerza que nos atraía a lo hondo parecía no conocer obstáculos. En pocos instantes llegamos al fondo. A mis espaldas Filoxena se debatía con todas sus fuerzas. Los pesos atados a nuestros tobillos se encallaron entre las rocas del fondo marino.

Traté de liberar las muñecas, pero cada esfuerzo mío resultó inútil. Las cuerdas estaban atadas muy prietas. La oscuridad a nuestro alrededor era total. En el turbio silencio del agua oía tan solo el gorgoteo del aire que salía de mi boca y de la de Filoxena. Experimenté la atroz sensación de haber llegado al final. ¿Era este, pues, el inexorable epílogo previsto por el Hado para mí y para Filoxena? La muerte por ahogamiento. La más atroz de todas.

Los dioses me estaban haciendo pagar todas las mentiras dichas a mi madre y la desconfianza hacia Filoxena, de la que no hubiera tenido que dudar nunca. Por su parte, Filoxena pagaba por haberse puesto al servicio de Atenas, la ciudad corrupta en la que los justos acababan ahogados en el fondo del mar y los injustos salían libres de polvo y paja.

A todo alrededor, tinieblas líquidas e impenetrables. El pecho comenzó a abrasarme. Mi garganta se estrechó como aferrada por unas tenazas. Con sumo horror me di cuenta de que no nos quedaba mucho de vida.

La terrible sensación de no poder respirar. El calor de las lágrimas abrasadoras bajo los párpados envueltos por las gélidas aguas del mar.

Lágrimas. Quién sabe por qué capricho divino, un pensamiento en mi mente, rápido como el relámpago. La poesía de Clea. Su llanto incontenible al término del canto. Su dolor desgarrador.

Algo a mis espaldas interrumpió el fluir de los pensamientos. Filoxena continuaba agitándose como una loca. Sentí sus uñas hundirse en mis palmas hasta hacerme daño. Primero pensé que era un gesto instintivo dictado por la desesperación de los últimos instantes de vida. Pero luego comprendí que en realidad quería comunicarme algo. Pero ¿el qué? Noté que su nuca se frotaba insistentemente contra la mía. ¿Qué trataba de hacer?

Luego comprendí. Entre sus mechones rizados percibí un objeto metálico. ¡Pues claro! ¡El pasador! No nos quedaba ya mucho tiempo. Me agaché obligando a Filoxena a hacer lo mismo. Palpé frenéticamente los escollos del fondo. Advertí una quemazón imprevista. Un pedazo de roca saliente y afilado como un cuchillo había abierto una herida en mi palma. Comencé a rozar contra él las cuerdas que envolvían nuestras muñecas y en unos pocos instantes liberé mis manos. Con un rápido movimiento alargué los brazos detrás de mí y palpé el espeso tocado de Filoxena. Aferré el pasador, pero este me produjo una segunda herida en la mano. Para mi gran sorpresa, comprobé que su borde era cortante. Lo cogí por la cabeza dorada y de un golpe limpio corté las cuerdas que ataban los pies a esos malditos pesos. Libre por fin, mi cuerpo empezó a fluctuar. Me volví para desatar a Filoxena, pero ella, sin mi apoyo, se desplomó hacia el fondo. ¡Había perdido el sentido! Sin más tardanza, corté el lastre atado a sus tobillos, la ceñí por la cintura con un brazo y volví a salir a la superficie lo más rápido que pude.

Con las pocas fuerzas que me quedaban volvimos a emerger al aire libre. La bóveda celeste iluminada por la Vía Láctea nunca me fue tan querida. Inspiré gritando desesperadamente como un niño en el momento de nacer. Recuperé el aliento tragando grandes bocanadas de aire. Si el que había atentado contra nuestras vidas hubiese permanecido en el sitio para asegurarse de nuestro final, probablemente al salir yo a la superficie le habría bastado con golpearme en la cabeza con un remo y nos habríamos ido a pique definitivamente. Pero se había demostrado demasiado seguro de sí. Se había escabullido antes de poder cerciorarse de que su sucio trabajo

estaba cumplido. Dentro de mí, le di las gracias. ¡Me había dejado la posibilidad de salvarme!

Filoxena no recuperaba el conocimiento. Débilmente di algunas brazadas, pero el cuerpo inerte y el vestido vuelto pesado a causa del agua de aquella que transportaba obstaculizaban mis movimientos. De pronto sentí que mis fuerzas estaban a punto de agotarse. Entonces hice un intento desesperado. La orilla no estaba después de todo tan lejos. Apreté a Filoxena contra mi pecho y lancé unas enérgicas brazadas en el agua oscura. Lentamente conseguí acercarme a la orilla. Cuando por fin mis pies tocaron tierra, sentí que me embargaba una alegría embriagadora. ¡Una vez más los dioses me habían infundido fuerzas para sobrevivir! Con los pies ya firmes sobre las rocas, levanté a Filoxena con los brazos y la transporté a la orilla. La acomodé en el suelo, a algunos pasos de la rompiente, donde las olas se revolvían en un suave chapaleo.

Jadeaba por el postrer esfuerzo que había llevado a cabo y por la alegría de seguir con vida. El rostro exánime de la filósofa resplandecía a la tenue luz de las estrellas. Me quedé arrebatado por su fascinación y enseguida el temor a perderla me atenazó el pecho. Sin pérdida de tiempo apreté mis labios contra los suyos y soplé repetidamente. Al cabo de no mucho, Filoxena se reanimó. Presa de violentas convulsiones, tosió expulsando mucha agua y recuperó el conocimiento.

—¿Cómo hemos vuelto a la orilla? —Fueron sus primeras palabras, en el estupor de haberlo conseguido.

Pero algo, de golpe, apartó mis pensamientos de ella. Advertí una presencia a mis espaldas. Me volví de golpe, dispuesto a golpear. Pero mi mano, armada con el pasador cortante de Filoxena, se detuvo en el aire. ¡Mi adorado asno me había encontrado una vez más!

—¡Midas, bendito seas! Son los dioses los que te mandan.

Cargué a Filoxena sobre su lomo y le eché los brazos al cuello.

—¡Ahora, mi viejo amigo, llévanos a buen recaudo!

Midas tenía una prisa tremenda. Empezó a empujarme con el morro hacia un callejón oscuro y resguardado.

—¿Qué pasa, amigo mío? ¡Las piernas no me sostienen! ¡No puedo ir más rápido!

Midas meneó la cabeza enérgicamente. No quería atender a razones. Quería que dejásemos aquel lugar cuanto antes. Monté a mi vez a lomos del asno. Era lo que Midas esperaba. En efecto, apenas le hube montado, partió al trote y nos llevó hasta la casa de la filósofa.

Las siervas nos recibieron y se cuidaron de nosotros. Llevaron a Midas al establo y a nosotros nos condujeron a las habitaciones de Filoxena y nos tumbamos sobre las pieles que cubrían la yacija. La tibieza del fuego encendido disipó la humedad que había penetrado en nuestros huesos.

Hestia, la diosa de la llama tranquila, velaba discreta sobre nosotros.

—Gracias por haberme seguido. Y por haberme salvado —le dije.

Ella se volvió hacia mí y sonrió.

—Gracias a ti por no haberme dejado en el fondo del mar.

Metí una mano entre los pliegues de mi túnica. Extraje el pasador afilado con el que había cortado las cuerdas que nos ataban. Se lo alargué. Filoxena lo sopesó mirándolo intensamente.

—Después de haberme aturdido —dije—, ese idiota me arrancó el puñal de la mano y me registró para asegurarse de que no tuviera otras armas. Con la ayuda de los dioses, no me quitó esto.

—Le habías encontrado un excelente escondite. ¿Por qué razón una filósofa lleva consigo un arma escondida entre sus cabellos? —pregunté.

—Me lo sugeriste tú esa vez que viniste a hacerme una visita —respondió Filoxena pasándose los dedos por entre los rizos aún húmedos—: dijiste que nosotros los filósofos deberíamos prestar un poco más de atención sobre dónde ponemos los pies.

Calló. Y me sonrió dulcemente. Me acerqué a ella. El corazón me latía como un tambor de guerra. Me sentía muy cohibido. Pero no era el único en experimentar esa emoción tan intensa. Las palabras me salieron de la boca pastosas.

—Un sabio consejo, diría yo. Nunca habría imaginado que resultase útil para ambos.

La luz difusa del fuego iluminaba sus ojos que relucían como estrellas. Me acerqué a ella de nuevo. Ciñéndola por la cintura, la atraje hacia mí y la besé. Su boca tenía un sabor fresco. Acabamos el uno sobre el otro. Hundí una mano entre sus bonitos rizos y la besé una y otra vez. Le desceñí el peplo. Su piel era sedosa. El calor de su cuerpo calentó el mío.

El fuego ardía vivamente.

Alegres cabriolas de humo se alternaron a lo largo del resto de la noche. Ascendieron, ligeras, sobre las llamas. Como otros tantos malabaristas en un feliz día de fiesta.

La mañana siguiente las pieles que me recubrían emanaban el aroma de mi amada. Pero ella no estaba ya a mi lado. Me puse el quitón y salí al patio. Las siervas trabajaban diligentemente como hormigas. Me alegró ver que entre ellas estaba Filoxena.

—Debería volver a mi casa. Mis esclavos y mi madre estarán muy preocupados por mí —le dije.

—Creo que es mejor que te quedes aquí. Al menos hasta que tu esclavo no esté de vuelta de Lamia.

—Pero ¿cómo? ¿Después de que Xuto ha tratado de matarme, he de quedarme como huésped en tu casa sin hacer nada?

—Reflexiona, es mucho mejor para los dos que en toda Atenas se piense que hemos desaparecido. Hemos corrido un gran riesgo. Debemos prepararnos bien antes de mostrarnos de nuevo en la ciudad. Mis siervas nos mantendrán informados sobre tu esclavo. Cuando haya anunciado su regreso, te acompañarán a casa.

Después de habérmelo pensado, consideré que el consejo de Filoxena era más que sensato.

Permanecí como huésped en su casa por espacio de otros tres días, meditando con ella sobre el caso. Al cuarto día, llegó un estafeta a anunciar el regreso inminente de Estrepsíades. Había llegado el momento de volver a casa. Las siervas me trajeron un vestido de mujer y cuando hubieron terminado de disfrazarme, salimos, escoltados por mi fiel Midas.

Mis esclavos me recibieron con fiestas. Me enteré de que en Atenas todos me daban por desaparecido y que mi madre y una mujer llamada Clea habían venido varias veces para tener noticias. Me afligí mucho por haber causado tanto sufrimiento a mi madre. En cuanto a Clea, al oír su nombre me volvieron a la mente aquellos terribles momentos pasados junto con Filoxena en el fondo del mar. Aquella poesía atormentadora. El joven gavián. La manzana en la rama más alta. La soledad. Los tormentos atroces de un amor que la apenaba más allá de todo lo imaginable. Sus lágrimas.

La primera visita que recibí después del regreso fue la grata visita de Simos. Había mandado llamarlo por medio de mis esclavos. Estaba realmente aliviado de saber que seguía vivo. Le di la bienvenida y lo invité a sentarse en un asiento cubierto de suaves pieles. Los esclavos trajeron el pan a la mesa. Asaron en las brasas las tripas de cabra rellenas de magro y sangre. Una vez asadas, las sirvieron en platos de plata.

—¿Por qué no me has avisado enseguida de que estabas sano y salvo? —preguntó Simos, aún torturado por la ansiedad.

—Temía estar en peligro. He preferido permanecer oculto y dejar que las aguas volviesen a su cauce. Y te ruego que te guardes la noticia para ti aún por un tiempo.

—Cuenta con mi silencio —dijo Simos asintiendo—. La noche en que desapareciste, tus esclavos corrieron a buscarte por los caminos de Atenas. Alarmado, yo mismo ordené a mis servidores sumarse a las búsquedas. Y lo mismo hizo Clea, muy interesada en tu salvación. Todos los soldados de la guardia de Atenas han sido movilizados para dar con tu paradero.

—Lamento haber creado tanta preocupación a todos.

—Ha pasado ya un tiempo excesivo. El asesino de Epigenes se habrá escapado —dijo Simos masticando un bocado de tripa asada y humeante.

—No lo dudo. Pero, aunque fuese así, el oro se encuentra aún en Atenas, escondido en alguna parte. La guardia vigila las puertas de la ciudad. No pasa ni un cabello sin que sea inspeccionado. Y yo creo que ningún ladrón estaría lejos por mucho tiempo de un tan gran botín: todos los delincuentes del Pireo lo están

buscando para hacerse con el oro robado.

En aquel momento hizo su entrada Estrepsíades. Estaba muy debilitado por el viaje. Tenía el quitón polvoriento, el rostro tenso. Los ojos cansados.

—¡Bienvenido! —exclamé y, levantándome del asiento en el que estaba sentado, le abracé.

Informé a mi esclavo de lo que había sucedido en su ausencia. Estrepsíades se desesperó una vez más por no haber estado a mi lado en ese momento de necesidad. Lo consolé diciendo que la cosa había acabado del mejor modo y que no había razón para lamentarse.

—No comprendo, amo. Si sabes que han tratado de mataros a Filoxena y a ti, ¿por qué no corremos a cogerlo?

—Porque ahora él nos cree muertos. Y por tanto también su ejecutor.

—¿No es Xuto el hombre que buscamos? —preguntó entonces mi esclavo.

—Él no es más que un peón. Reflexiona, Estrepsíades. Xuto no se encontraba en Atenas el día en que Epígenes fue asesinado, y tampoco al día siguiente, cuando desapareció el oro de la Acrópolis. Coger a Xuto significa dar la alarma al verdadero culpable y correr el riesgo de ponerlo en fuga, esta vez para siempre. Mejor que el capitán siga creyendo por un tiempo que Filoxena y yo estamos muertos en el fondo del mar. Por lo demás, solo nosotros tres y la misma Filoxena sabemos que no es así.

Permití a mi esclavo sentarse y servirse pan y tripa asada en nuestra mesa, no sin provocar una total contrariedad a Simos. Este no aprobaba, en calidad de huésped, ser tratado igual que un esclavo. Le rogué que fuera indulgente con quien había vuelto de un viaje largo y fatigoso, por lo que dio su consentimiento. Libamos con una copa de vino en honor de los dioses que me habían perdonado la vida.

—Y a propósito, tú que regresas de Lamia —dijo Simos a Estrepsíades—. ¿Cómo va la guerra?

El esclavo frunció el ceño. Dejó la copa.

—Todo menos bien. Si mi viaje ha durado tanto, ha sido porque no pude llegar inmediatamente al campamento ateniense. En los alrededores de Lamia y en toda Tesalia los caminos están cerrados. Los pueblos de los campesinos han sido sometidos a sangre y fuego. Los establos y los graneros, vaciados. Los supervivientes me contaron que un ejército inmenso de bárbaros atravesó esos lugares y los sometió a saqueo para acto seguido dirigirse hacia Lamia a marchas forzadas.

—¿Un ejército de bárbaros? —repitió Simos pasmado.

—El del estratega Leonato, el terrible general de Alejandro —prosiguió Estrepsíades—. Se dice que ha atravesado toda Asia con un ejército mezcla de persas, indios y veteranos macedonios para sofocar la revuelta de Atenas. Con una rapidísima maniobra por sorpresa rodeó a las tropas atenienses que pusieron sitio a Lamia y presentó feroz batalla. A mi llegada, ya todo había terminado. La buena noticia es que los nuestros han resistido. Incluso han repelido al enemigo y el propio Leonato ha caído en la batalla. La mala noticia es que muchos hoplitas atenienses han

encontrado una muerte terrible. Ha resultado una victoria difícil. ¡Un horrendo espectáculo el ver todos esos cadáveres!

—¡Pero ha sido una victoria! —exclamó Simos, entusiasta.

—¡Aún no está todo dicho! —Lo hizo callar bruscamente Estrepsíades—. Con las fuerzas que quedan, conquistar la fortaleza de Lamia será una empresa imposible. Pronto los macedonios volverán a la carga. Otros generales de Alejandro traerán sus ejércitos de Asia y de la India como ha hecho Leonato para prestar ayuda a Antípatro. Los mercenarios y lo que queda de nuestros hoplitas no bastarán para contrarrestar a semejantes fuerzas. Antípatro podría romper el sitio de un momento a otro y cuando lo haga, apuntará directamente a Atenas.

Simos palideció. Yo no estaba menos trastornado.

—Siendo así, no hay tiempo que perder —dijo mi huésped con tono grave—. Debemos organizar la defensa en las avanzadillas de las fronteras entre el Ática, Beocia y la Megárida. Atenas no debe caer en manos de Antípatro. No tenemos elección. Restableceremos el reclutamiento ciudadano.

—¿El reclutamiento ciudadano? —espetó Estrepsíades—. ¡Por Atenea, me parece oír hablar a un viejo carcamal! Que seas tú, un joven, quien piense en una solución de este tipo, me deja francamente patidifuso. ¿De veras crees que los ciudadanos atenienses y sus estrategias de guerra obsoletas podrían oponer resistencia al ejército de los generales macedonios? Si Atenas hasta hoy se ha impuesto a Antípatro, se lo debe únicamente a los mercenarios de Leóstenes que, antes de recibir el licenciamiento de Alejandro, habían luchado en todo el imperio persa en las filas de sus propias falanges. ¿Y qué decir de los estrategas atenienses? Por más válidos que sean, no han tenido nunca la experiencia de la guerra más allá de la Hélade. Los macedonios, en cambio, se midieron durante más de una década con ejércitos de todo el mundo y asimilaron las artes y las estrategias; han aprendido a combatir en cualquier situación y han absorbido a los guerreros de los ejércitos vendidos para potenciar sus fuerzas. Hoy en día, los macedonios pueden vencer dondequiera que sea.

—¡Dondequiera que sea, excepto en Maratón, esclavo imprudente! —replicó Simos con firmeza.

—¡Ahórrame tu retórica! —contraatacó Estrepsíades—. La Atenas de Hipérides no es ya la Atenas de Milcíades. No habrá una segunda Maratón. Esos tiempos han pasado. Se han perdido para siempre.

—¡Esto es demasiado! Eres un tebano, y por tanto alimentas en tu espíritu un antiguo desprecio por Atenas. Pero cuidado que eres un esclavo, y como tal debes morderte la lengua cuando te diriges a un ciudadano libre. Deberías enseñar educación a tus siervos, Apolófanes, más que admitirlos a tu mesa como si fuesen tus iguales —me reprochó Simos indignado—. ¡Si la Atenas de hoy no es la misma que la de los tiempos de Milcíades, lo debemos al hecho de que nadie, al igual que tu esclavo, sabe estar en su sitio!

—¡Atenas no puede ya resurgir! —le replicó Estrepsíades sin preocuparle sus advertencias.

Su voz resonó en todo el andrón como un tétrico vaticinio.

—Ya basta, Estrepsíades —le reproché yo.

Pero él no obedecía a razones.

—¡Aunque no queráis admitirlo, Atenas está ya destinada a doblegarse a fuerzas más grandes! ¿Qué ha sido de esta ciudad en los últimos veinte años? Los que hubieran debido defender la democracia han cedido a la corrupción primero de Filipo y luego de Alejandro y, finalmente, de Antípatro. ¡Se han embolsado hasta el oro de un vil ladrón como Hárpalos! Los pocos magistrados que han permanecido honrados, como Hipérides, viven en el sueño de conseguir contrarrestar la fuerza de un rey macedonio experto en el arte de la guerra oponiéndole a un puñado de jóvenes ya expertos tanto con la lengua como con la espada, exaltados y completamente faltos de preparación para luchar, que pensaban más en su carrera que en la salvación de la ciudad. Jóvenes como tú, Simos. ¡Pobre iluso!

Simos desorbitó los ojos, ofendido como no le había visto nunca.

—¡No pienso seguir aquí un instante más dejándome insultar por un esclavo! —espetó—. ¡Palabra de honor, la cosa no acabará aquí!

Se puso en pie temblando de la rabia y dejó mi casa a toda prisa.

—Buena la has armado, Estrepsíades. Simos es un ciudadano muy influyente. Dudo que olvide una afrenta semejante —dije mirando a mi esclavo con aire de reproche.

—Por Zeus, no he podido contener la rabia en el corazón, después de haber visto a todos esos jóvenes hoplitas masacrados en Lamia. ¡Y ese engreído habla de victoria! Debería haber venido conmigo, para ver todos esos cuerpos descuartizados y ensangrentados, miserablemente amontonados unos sobre otros. ¿La habría seguido llamando victoria?

—¡Ya, la batalla! ¿Qué ha sido de Damasipo? ¿Ha sobrevivido? —pregunté a Estrepsíades.

Mi esclavo dejó de lado el rencor y agachó la cabeza.

—Me han dicho que combatió honrosamente. Cayó como un héroe. No pude hacer nada más que rendir homenaje a sus restos.

En aquel preciso momento, a nuestras espaldas algo cayó al suelo con gran estruendo. El ruido nos hizo sobresaltar tanto a Estrepsíades como a mí. Nos volvimos hacia la puerta de entrada de la habitación y vimos a Clea, maravillosa como una ninfa, de pie en la puerta, acompañada por uno de mis esclavos. Se le había caído de las manos una copa de bronce. El hidromiel que contenía se expandió por el suelo. Su rostro estaba visiblemente contraído en una expresión de gran sufrimiento. Sus mejillas se regaron de lágrimas. Huyó sin decir nada. Estrepsíades y yo nos quedamos de piedra. No conseguía hacerme a la idea de esta reacción.

—¿Qué le ha dado a esa? ¿Qué hacía aquí? —preguntó Estrepsíades.

—Quería verte a ti, amo —respondió el otro esclavo desde el fondo de la sala—. Ha insistido en entrar.

—¿Y tú se lo has permitido? ¿Es que no recuerdas cuáles eran las órdenes? ¡Ningún otro debía saber que he sobrevivido!

Estrepsíades tamborileó nerviosamente los dedos sobre la mesa.

—Ahora lo sabe esa mujer.

—Es muy extraño —dije pensando en voz alta—. Precisamente cuando estaba a punto de ahogarme, pensé en ella. En la última vez que la vi llorar. Había sucedido después de que me hubiera recitado un magnífico poema de amor.

Estrepsíades, que hasta ese momento no sabía nada de mis visitas a la poetisa, adoptó una expresión maliciosa. Comprendí que en aquel preciso instante había intuido la naturaleza de mis ausencias nocturnas de los días precedentes. Sin embargo, no hizo preguntas indiscretas. Más bien, me rogó que le hablara de esa poesía. Cuando hube terminado, yo mismo me sobresalté.

—¿Qué te pasa, amo?

—El joven gavián. La manzana abandonada en la rama. Las lágrimas. ¡Ahora comprendo!

Estrepsíades se estremeció.

—El llanto de Clea ha brotado como consecuencia de las palabras que ha oído al entrar en esta habitación —dije—. Palabras que le han evocado un dolor que hay que remitir al significado de esa poesía sobrecogedora. A ese gavián que picotea la manzana más alta y más hermosa de todas. Y que luego emprende el vuelo dejándola herida, desgarrada y sola.

—Lo siento por Damasipo. ¡Pero para nuestras investigaciones, su muerte supone un gran revés! —exclamó Estrepsíades—. Ahora que está muerto, ¿cómo descubriremos quién conocía el secreto de la llave robada a Epígenes?

—¿Sabes una cosa, mi fiel esclavo? En mi opinión, Damasipo no sospechaba que nadie más supiese de la existencia de una copia de la llave del Tesoro —dije.

—¿Cómo? —preguntó desconcertado Estrepsíades.

—Por Cástor y Pólux, ¿no crees que si Damasipo hubiese tenido aunque solo fuera una sospecha, habría hablado con su padre? En cambio, Cratilo, por cómo ha llevado el asunto, ha demostrado no saber nada. Así pues, tampoco el hijo tenía la más mínima idea de quién lo había metido en un lío.

Estrepsíades se encendió de resentimiento.

—¿Y tú me habrías mandado a Lamia para que me jugase el físico... por nada?

—No había pensado aún en esta hipótesis: estamos dando caza a alguien que puede haber observado los movimientos de Damasipo sin él saberlo para luego entrar en acción en el momento más oportuno. Pero ¿cuál es la relación que media entre ellos dos?

Decidí dejar solo a Estrepsíades para que pudiera desahogar su rabia y salí al aire libre. Mil preguntas atormentaban mi mente. Caminé durante un poco a lo largo de la

orilla. Observaba las olas espumosas venir a morir a mis pies. El ruido de la resaca resonaba en la rompiente. Me detuve. Inspiré hondo la brisa marina. Lejos, las gaviotas en exploración sobre la extensión azul sobrevolaban los bancos de peces. Una ráfaga de viento, como una leve caricia de Eolo, me desordenó los cabellos.

El llanto de Clea. La guerra. El mar. La poesía, después de todo, era el alma intrínseca de las cosas.

Al poeta, pensé, correspondía la ardua tarea de manifestar esa alma.

Al filósofo, la tarea no menos ardua de descubrirle un sentido.

CAPÍTULO XI

En el que Cratilo hace un gesto desesperado

Los restos de los hoplitas muertos en la batalla contra Leonato fueron traídos de vuelta a la ciudad. Los atenienses los recibieron con todos los honores. Fue convocada la Eclesia, la asamblea de los ciudadanos libres, en lo alto de la colina Pnix, donde Hipérides pronunciaría su célebre oración fúnebre por los caídos de Lamia.

El espacio reservado a la Eclesia estaba rodeado de un recinto sagrado en forma de semicírculo y era vigilado por decenas de soldados de la guardia de la Escitia armados con arco y flechas. Atenas se servía de la mira infalible de aquellos arqueros bárbaros para proteger de todo peligro a los ciudadanos, obligados por la ley a participar en la asamblea rigurosamente desarmados. El recinto apenas tenía capacidad para toda la multitud que había acudido a escuchar la oración fúnebre. También yo participé en la Eclesia. Para que nadie me reconociese, me había pegado al mentón una barba postiza y me había puesto una túnica modesta que me hacía pasar bastante inadvertido en medio del gentío.

En el exterior, contenidas no sin esfuerzo por la guardia, unas miles de mujeres empujaban para entrar. Eran las madres y las mujeres de los jóvenes caídos. Pretendían tomar parte en la asamblea. Imploraban poder llorar a sus seres queridos junto con los hombres. Se daban golpes de pecho, elevaban al cielo gritos desgarradores y se mesaban los cabellos. Sus lamentos llegaban hasta las mismas entrañas y hacían sobresaltar a todos los presentes. Pero la Eclesia estaba reservada a los hombres y los soldados de la guardia escitas repelieron a las mujeres con firmeza.

Los cuerpos de los hoplitas caídos en Lamia estaban dispuestos en orden encima de una gigantesca pira preparada en el centro de la asamblea. Lavados, ungidos con el óleo y revestidos con las armaduras que llevaban cuando la Moira les había arrebatado la vida antes de tiempo. Imposible contarlos. Estrepsíades tenía razón: su número hacía evidente el horror del enfrentamiento que se había producido entre el ejército rebelde y las temidas falanges macedonias. Sus yelmos de bronce resplandecían a la luz del sol. Entre todos aquellos cuerpos yacía también el del joven Damasipo.

Delante de la pira, en las primeras filas, estaban alineados los padres y los parientes de los caídos, con los rostros marcados por el dolor. Entreví también a Cratilo. Su porte había perdido todo el orgullo que le había caracterizado durante el proceso a Eurifemo. Lloraba sin ninguna moderación, de rodillas delante del cuerpo de su hijo. Los sollozos le hacían sacudirse. Abrazaba a aquel joven muerto como si no quisiera ya separarse de él. En vida le había ocasionado un motón de quebraderos

de cabeza y ahora había caído como un héroe; pero por el llanto del pritano comprendí que habría dado todo cuanto tenía con tal de que los dioses se lo hubiesen devuelto disoluto y deshonesto, pero vivo. Cratilo elevaba lamentos al cielo y besaba el rostro de aquel hijo ilegítimo. Padre quebrantado, movía a compasión hasta los corazones más duros. Los dignatarios que tenía a su lado le sugirieron que mantuviera la compostura; por lo demás, seguía siendo un representante de la democracia ateniense. Pero Cratilo los rechazaba con el brazo y seguía desesperándose. Dos *aristoi* a su lado trataron de ponerlo en pie, pero el pritano volvió a caer pesadamente de hinojos y se agarró a su hijo con los brazos, elevando al cielo un llanto sobrecogedor.

Pero la asamblea ese día tenía necesidad de otra cosa. Compostura y orgullo; esto era lo que había que mostrar dentro del recinto de la Eclesia. Que las madres, las hijas, las hermanas y las viudas derramasen sus lágrimas fuera del recinto. Los padres, los hijos y sus hermanos pronto seguirían el ejemplo de aquellos jóvenes héroes, si los macedonios cruzaban armados los confines del Ática. De valor, no de cobarde tristeza debían llenarse sus corazones.

La Eclesia no había sido convocada para llorar a los muertos, sino para celebrar la gran victoria de Atenas sobre Leonato. No para ablandar nuestros ánimos, sino para fortalecerlos, honrábamos a los jóvenes hoplitas colocados sobre aquella pira.

Las mujeres, fuera del recinto, debían compartir también nuestras lágrimas. En cambio, nosotros lucharíamos también por ellas. Por eso todo hombre presente en la asamblea se esforzaba por contener los sollozos.

Cada uno de nosotros miraba fijamente aquellos cuerpos tendidos y se imaginaba a sí mismo entre ellos.

Cada hombre buscaba para sí en la compostura del propio vecino el valor que necesitaría para luchar con el mismo desprecio de la vida de aquellos gloriosos hoplitas caídos en el campo de batalla. Con el mismo orgullo cada ateniense tendría que derramar su propia sangre por Atenas.

Cada hombre presente en la asamblea trataba de disimular su propio dolor, excepto Cratilo. Toda vez que no había manera de calmarlo, fue acompañado al exterior.

Hipérides inflamó los ánimos con un discurso fúnebre memorable. Hizo el elogio del calor y de la fuerza de los hijos de Atenas que en Lamia habían luchado por la libertad de la patria. Su sacrificio los había transformado en héroes. Trajo a la memoria al gran Leóstenes y ratificó que la decisión de la ciudad de hacer la guerra a los macedonios se revelaba cada día más acertada.

Atenas con su victoria final salvaría a toda Grecia del yugo macedonio y con su nueva hegemonía devolvería la esperanza a todos los griegos, obligados desde hacía demasiado tiempo a vivir a la sombra de un reino ecuménico en el que la democracia era pisoteada por unas costumbres bárbaras y por unos soberanos corruptos que trataban a los ciudadanos como esclavos.

Atacó ferozmente a los macedonios y a la costumbre impuesta, también a nosotros, atenienses, de hacer sacrificios a las estatuas de Alejandro y de sus generales. Los acusó de haber violado las normas religiosas e incitó a las madres de los caídos, cuyos gritos desesperados continuaban llegando al interior del sagrado recinto, a mostrarse jubilosos por el sacrificio de sus hijos, pues habían defendido los elevados ideales de la democracia y de nuestra gloriosa ciudad. Por más que la oración fúnebre fuese conmovedora, escuchaba distraídamente al viejo Hipérides. Los lamentos de las mujeres eran devastadores.

De golpe, aquellos llantos me trajeron de nuevo a la mente una vez más las lágrimas de Clea. Me estremecí y, acompañado por las miradas indignadas de algunos ciudadanos, dejé de inmediato la Eclesia antes de que terminase la conmemoración. No podía quedarme ni un momento más.

En la villa de Clea reinaba un gran desbarajuste. Entré sin ser advertido, tanta era la confusión. Las siervas estaban desmantelando toda la casa. De la planta superior bajaban abrazando preciados cortinajes, vasos y objetos preciosos. De las estancias de la planta inferior reunían todo tipo de provisiones y las amontonaban en el patio interior. Allí, atareada en impartir órdenes a sus siervas, vi a Clea. Estaba muy pálida. Como una antigua reina de los tiempos de Odiseo, tomaba parte en las humildes tareas junto con sus esclavas. Su habitual dignidad aristocrática no se veía menoscabada ni siquiera cuando sellaba gruesas ánforas que luego eran colocadas por los siervos en los carros. Cobré ánimos y me acerqué.

—¿Has decidido dejar la ciudad? —le pregunté en un tono duro.

Ella me miró extraviada.

—¿Quién eres? ¿Cómo se atreve un desconocido a introducirse en mi casa sin hacerse anunciar? —Peguntó.

Me arranqué la barba postiza y Clea me reconoció.

—He descubierto tu juego —dije.

La poetisa me miró atónita. Sus labios temblaron.

—Hubiera tenido que sospecharlo desde el primer momento. ¡Era todo tan absurdo! —exclamé—. Pero, ya se sabe, las flechas envenenadas de Eros traspasan el corazón y ofuscan la mente de los hombres. Tú me sedujiste y me atrajiste a ti, pero no sentías ningún interés por mí. Te era necesario para un solo fin.

—¡Calla! —gritó ella.

Todas sus siervas se volvieron hacia su ama.

—¿Qué pretendes saber tú? —dijo con voz alterada por el llanto.

—¡El joven gavilán de la poesía no es otro que Damasipo! El que te robó el corazón y que luego te abandonó para ir a buscar su muerte en Lamia. ¿No es así?

—¡Basta! ¡Vete! —chilló dejándose caer al suelo.

Se llevó las manos al rostro en el que brotaban lágrimas en abundancia. Sus cabellos rubios se descompusieron. Algunas siervas vinieron en su auxilio. Decían su nombre, lloraban al verla tan afligida, pero Clea las rechazó con un gesto.

—Damasipo me amaba. Me amaba a tal punto que... —Clea se llevó una mano a la boca para no ir más allá.

Pero no fue necesario que añadiese nada más. Había intuido rápidamente.

—¿Hasta el punto de prometerte un futuro digno de tu condición? ¿Hasta el punto de apostar en las timbas para amasar riquezas y permitirte así vivir como una reina de Oriente? ¡Qué sórdido! ¡Tu efebo era realmente digno de un espíritu noble! ¡Si al menos no hubiese perdido todo un patrimonio! Así pues, era por ti por lo que Damasipo trataba de enriquecerse cuanto antes con las apuestas. Pero se endeudó por ti hasta las cejas, se enredó en ese acuerdo comercial y, sobre todo, robó las setenta minas de la Acrópolis. ¡Oh, por Zeus! ¡Qué daños no provoca el Amor! ¡Por culpa de un capricho, ese joven inexperto perpetró el robo del Tesoro de Atenas y ha comprometido la reputación de su respetabilísimo padre!

—¡Que mal rayo le parta a su padre! —exclamó Clea con una voz ahogada por la ira—. Cuando se enteró de la desaparición de Epigenes, Damasipo no sabía qué hacer. Angustiado, corrió a pedir ayuda a Cratilo. Se lo contó todo, seguro de su comprensión y de su ayuda. ¡En cambio, su padre solo pensó en proteger su propia integridad! No dudó ni por un instante en mandar a su hijo a Lamia. ¡Actuando así, lo arrancó cruelmente de mis brazos... y lo arrojó en los del Hades!

Gritaba. El dolor deformaba su rostro. Lloró. Luego, como si un demonio se hubiese infiltrado en su pecho, trocó el llanto en risa. Le entró una euforia histérica. Los cabellos ya en desorden le caían presa de la *manía* de Dioniso. No sentía ninguna pena por esa mujer que me había atraído a sí con su belleza, como la araña que se sirve de la tela para atrapar a su presa.

—¿Por qué te has burlado de mí, cruel Clea? ¿Lo has hecho solo porque la noche del banquete de Hipérides te enteraste de que investigaba sobre el asesinato de Epigenes? ¿Querías servirte de mí para llegar hasta el culpable antes que cualquier otro? ¿Qué querías hacer? ¿Acaso vengarte del que había sido la perdición de tu joven disoluto? ¿O bien querías estar a mi lado solamente para mantenerme lejos de la verdad? Pero claro, cuando comprendiste en qué lío se había metido Damasipo como consecuencia del robo de las setenta minas, decidiste matar a Epigenes para arrebatarme la llave, para hacer desaparecer las pruebas de la culpabilidad de tu joven enamorado, en el caso de que el robo fuese descubierto. Pero una vez que esa llave pasó a tus manos, la codicia se apoderó de tu amigo; así organizaste el robo del oro de Atenas y lo escondiste en alguna parte, esperando el regreso de tu amor secreto. ¿Por quién te hiciste ayudar? ¿Por tus solícitas siervas? Pero ¡ay!, tus planes han acabado todos en agua de borrajas. Tu querido Damasipo ha vuelto a la ciudad sobre su escudo y ahora no podrás disfrutar con él del oro que robaste.

—¡No hables de él de este modo ofensivo! ¡Estás desvariando!

—¡No eludas la cuestión, mujer infiel! —Rebatí yo con el corazón lleno de ira—. ¡Más bien, confiesa! ¿Dónde has escondido los talentos que robaste a Atenas? ¿Se encuentran acaso en estas ánforas que estás sellando con tanto cuidado?

Era la rabia la que daba aliento a mis palabras. Di un salto hacia delante y arrebaté una gruesa ánfora de las manos de una sierva. Era muy pesada. La levanté y la estampé contra el suelo con todas mis fuerzas. Con un sonoro estampido el ánfora se agrietó. Por la fisura salió un denso aceite en abundancia. No satisfecho, como arrebatado por la cólera de Ares, cogí una segunda ánfora y la estampé contra el suelo rompiéndola, y luego una tercera y una cuarta. De ellas no salió el oro de Atenas, sino aceite, vino, especies que se mezclaban en el pavimento del patio ensuciándome los pies.

—¡No eres más que un estúpido! Los únicos bienes que contienen estas ánforas provienen de las tierras de mi propiedad y del trabajo de mis esclavos. ¿De veras me crees la responsable del robo del Tesoro? Dioses del cielo, que sepas que andas muy desencaminado. ¿Cómo habría podido sustraer yo todo ese oro de la Acrópolis? Pero no importa. ¡Corre a la guardia! ¡Hazla venir para que me detengan! No temo ninguna condena, aunque soy inocente. Aceptaré cualquier sentencia que el Hado quiera infligirme. No tengo ya nada por lo que vivir, ahora que Damasipo está muerto. Es cierto, lo confieso: te seduje para tratar de proteger a Damasipo. El robo del Tesoro y el homicidio de Epígenes hacían que se le viera como el principal sospechoso, pero yo sabía que él era inocente. Estaba conmigo la noche en que Epígenes fue asesinado. Hubiera podido exculparlo de toda acusación, pero proporcionarle una coartada significaba dar a conocer a todos nuestro amor, que debía permanecer secreto para no comprometer mi reputación. ¡Yo, Clea, poetisa apreciada en toda Grecia, enamorada de un joven maleante y sin familia! ¿Qué habría sido de mi posición?

Sus ojos fuera de las órbitas miraban al vacío con una expresión delirante. Como presa de una locura irreversible, se puso a temblar.

—Pero ¿qué importa todo esto? Damasipo está muerto y yo no he hecho nada por ayudarlo. Deberé vivir para siempre con esta opresión en el pecho. Habría podido salvarlo. Habría podido. Pero no lo he hecho.

—¿Qué esperabas obtener de mí?

—Tú estabas investigando sobre el homicidio de Epígenes. Si al final de tus indagaciones te hubieses convencido de la culpabilidad de Damasipo, te habría clavado un cuchillo en el corazón antes de que pudieses acusarlo de cualquier cosa. Pero en este punto, ya nada tiene sentido. Yo no maté a Epígenes ni he robado el oro de la Acrópolis. No tenía ningún interés en acumular otras riquezas. Soy ya rica. Era Damasipo quien se sentía inferior a mí. Muchas veces había suplicado al padre a fin de que le concediese una renta, pero él siempre se la había negado. Por eso Damasipo había tratado de enriquecerse como fuera. Primero con las apuestas y, finalmente, con esa maldita expedición mercantil. Una vez que se hubiese embolsado las ganancias, nos habríamos casado. Pero antes quería restituir el dinero robado al Tesoro. Decía que de celebrar la boda sin haber devuelto las setenta minas, la diosa Atenea maldeciría nuestra unión. Por eso no se había desembarazado de la llave, sino que la

había confiado temporalmente a Epígenes.

—Si eres inocente, ¿por qué te preparas para huir de Atenas?

—Esta ciudad para mí no significa ya nada. Mi padre amaba a Atenas. Yo, por el contrario, siempre la he odiado desde que, aún niña, la tuve que dejar para ir a estudiar a Mitilene. Entre sus murallas, siempre me he sentido oprimida: simbolizaban la austeridad de mi padre, a la que siempre he tenido que someterme. Damasipo era lo único que me quedaba de libertad. Sí, yo, una refinada poetisa, rodeada de los pretendientes más ilustres de la ciudad, me había enamorado del joven Damasipo, el hijo de una esclava. Ahora que él está muerto, ya no tengo nada que compartir con Atenas. Parto, pues, antes de que algún macedonio se lleve todos mis bienes y me reduzca a la esclavitud.

—Pero ¿qué dices? Nuestro ejército en Lamia ha resistido contra las falanges bárbaras. El propio Leonato ha muerto durante la batalla. Si es necesario, seremos nosotros los ciudadanos los que tomemos las armas y repelamos al enemigo una vez más.

—Como había dicho Foción, Leóstenes disponía de un ejército bueno para una guerra tan rápida como una carrera en el estadio. Lamentablemente, tal como él había previsto, esta guerra se ha transformado en una carrera de fondo. Atenas ahora ya no tiene el dinero ni las naves y tampoco los hoplitas necesarios para resistir. Pronto los macedonios asaltarán el Ática. Entonces no habrá ya escapatoria para Atenas.

Ante aquellas palabras, monté en cólera.

—¡Foción no es sino un cobarde! Hipérides, en cambio...

—¡Te lo ruego, Apolófanes! Eres un hombre demasiado inteligente para hacer caso de los desvaríos de ese viejo iluso. ¡Atenas no resurgirá nunca más! No puede nada contra un reino como el macedonio. Ahora ya los dioses han abandonado nuestra ciudad a un ocaso inexorable. Es una simple cuestión de tiempo. Cuando el enemigo traspase las Largas Murallas, a mí no me encontrarán aquí. No sufriré los atropellos que los enemigos reservan a las mujeres de las ciudades derrotadas. Ahora, si no te importa, he perdido hasta demasiado tiempo. Adiós. Perdóname, si te ves capaz.

Clea, a fin de cuentas, era una mujer precavida. ¿El destino de la ciudad, como ella decía, estaba ya inexorablemente marcado? ¿Los esfuerzos intentados hasta ese momento de reconstituir la hegemonía de Atenas sobre todo el Egeo habían sido realmente inútiles? ¿Cuántos inocentes serían pasados por las armas si las murallas de Atenas no aguantaban el asalto macedonio? ¿Cómo podría vivir con esos muertos sobre su conciencia, sabiendo que a su debido tiempo, sin olvidar la profecía de Clea, podría poner a salvo a alguno de ellos? No podía seguir dudando. Me pegué de nuevo la barba al mentón y corrí a casa. Luego, a lomos de Midas, llegué a la vivienda de mi madre. Se asombró de ver entrar de forma impetuosa a un andrajoso de larga barba. Me desenmascaré y ella me reconoció. Sus ojos se empañaron de lágrimas y sus brazos temblorosos ciñeron mi cuello.

—¡Hijo mío! ¡Te creía muerto! —exclamó con la voz rota por el llanto.

—Ordena a las siervas que reúnan los bagajes —le anuncié después de haberle dejado desahogar su alegría—. Partimos inmediatamente.

—¿Para ir adónde? —preguntó con suma sorpresa.

—Dejarás Atenas. Pronto no estarás segura aquí.

Mi madre se apartó de mí. Sus ojos aún enrojecidos por la emoción adoptaron una expresión altiva.

—No abandonaré esta casa. ¡Nada de lo que fue de tu padre quedará sin custodia!

—No tienes elección. Pronto la guerra rebasará los confines del Ática y no se puede decir que vayamos a ser nosotros quienes la ganemos. Que las siervas lo preparen todo. Zarparemos del puerto del Falero con una de mis naves.

Mi madre se plantó. Su rostro se endureció como nunca.

—No pienso irme de esta casa.

Suspiré. Esa mujer era un hueso duro de roer.

—Si no quieres hacerlo por ti misma —le supliqué—, hazlo por mí. Te lo ruego.

Llegados al puerto, cargamos en la nave negra de pez los pocos bienes recogidos en casa de mi madre. Las ánforas llenas de aceite, la vajilla, unas pocas cabras y algunas ovejas recién esquiladas, largos paños, alfombras y pieles de animal. La chiquilla que le había comprado al porquero de Prasia se había convertido en esclava personal de mi madre. Observé que servía a su nueva ama con mucha diligencia. Mi madre se dirigía a ella con una cierta frialdad, pero por algunas de sus expresiones comprendí que le había tomado ya afecto. No me arrepentí en absoluto de habérsela regalado. Por más dura que pudiese parecer, mi madre era de buen talante. Sabía que con ella aquella chiquilla comenzaría una nueva vida.

Midas presentó mucha resistencia. No quería saber nada de subir a bordo. Se plantó en mitad de la pasarela y nadie de la chusma consiguió hacerle dar un solo paso adelante. Después de haberlo intentado todo, tuve que resignarme a dejarlo en el suelo. Lo confié a uno de mis esclavos, a quien le rogué que lo trajera de nuevo al puerto cuando estuviera yo de vuelta.

Los marineros remaron hasta que salimos de la dársena. Llegados a alta mar, desplegamos las velas. Mi madre miró con tristeza cómo el litoral ateniense se empequeñecía cada vez más. Las siervas lloraron sentadas sobre el puente en torno a su ama. La chiquilla le sujetaba una mano y le susurraba palabras de consuelo. Los ojos duros de mi madre se humedecieron de lágrimas y se volvieron menos duros. Las siervas le alargaron un pedazo de pan y agua, pero ella los rehusó.

La nave rozaba la superficie del mar, empujada por el favor de los vientos. Nos hicimos mar adentro y nos alejamos rápidamente hasta que a nuestras espaldas la costa fue tragada por la línea del horizonte.

A la puesta del sol entrevimos el litoral de la isla de Salamina. Al hacerse las tinieblas llegó el frío de la noche, que en mar abierto no perdona a los navegantes ni siquiera en verano. Cada uno se envolvió en una cálida piel de animal y proseguimos

la circunnavegación de la costa rocosa de Salamina. Pronto mi madre y la esclava chiquilla, exhaustas, se adormecieron la una abrazada a la otra. En cuanto a mí, velé durante un poco escrutando la mar en calma. La nave avanzaba ligera y rauda, acunándonos levemente, y así el manto de Morfeo se posó también sobre mí. Me adormilé, pero mi sueño no duró mucho. Soñé con la gruta del Héroe, donde había encontrado la carcasa de oveja que me había servido para excusar a Eurifemo de la acusación de homicidio. Y se me apareció la diosa Atenea, con el pecho adornado con la cabeza truncada de Medusa. La espantosa Gorgona tenía serpientes vivas y amenazadoras removiéndose en su cabeza. La diosa Atenea me avisaba de que no olvidara la promesa hecha muchos años antes. Sus ojos severos me despertaron de golpe, haciéndome perder definitivamente el sueño.

A las primeras luces del alba avistamos la costa de Megara. Recalamos en una playa desierta. Los marineros y las siervas se ocuparon de descargar los bagajes. La chiquilla ayudó a mi madre a desembarcar y juntos nos encaminamos tierra adentro. Atravesamos la ciudad repleta de gente y llegamos a las cercanías de una maravillosa fuente de mármol blanco construida en varios niveles superpuestos de numerosas columnas, donde las mujeres lavaban la ropa. La casa de la vieja prima de mi madre no distaba mucho de allí. Al lado se alzaba un gran recinto circular, en cuyo interior había construidos cincuenta chiqueros de madera para cerdos y cerdas. Mi vieja prima era una criadora muy acomodada. Tenía consigo esclavos y siervas que nos recibieron con solicitud. Entre ellos había un esclavo mudo, entrado en años, con el rostro risueño y la barba cana, que se apresuró a lavarme los pies y a ofrecerme buena leche de cabra recién ordeñada. Tenía conmigo la actitud cariñosa que reserva un padre a su propio hijo.

La prima era una mujer menuda de mirada muy dura. De cara se parecía a mi madre. Era de temperamento todavía muy vital, aunque la edad la obligase a caminar encorvada. Ordenó a dos esclavos que fueran a buscar un lechón. Estos trajeron el animal al patio, lo sacrificaron, lo pasaron por las brasas, lo trocearon y lo metieron en unos asadores. Cuando la carne estuvo hecha, nos la ofrecieron a nosotros los huéspedes. Comí con gusto hasta saciarme. Mi madre, rota aún por la repentina partida, apenas mordisqueó algunos trocitos.

—¿A qué debo vuestra visita? —preguntó la prima.

—Pronto Atenas no será ya un lugar seguro. No podía dejar a mi madre sola e indefensa en su casa. —Respondí.

—¿Has pensado, pues, en traerla a mi casa?

—La verdad es que quiero que se dirija cuanto antes más lejos aún. Megara ha sido repetidas veces una ciudad hostil a Atenas. Temo que si los macedonios llegaran al Ática con su ejército, los megarenses se unirían a ellos en contra de nosotros. Aquí no estaría en absoluto a buen recaudo.

Mi madre adoptó un aire de extravío.

—No lo entiendo. ¿Adónde debería ir? —me preguntó.

—Mientras no cese el peligro, irás a Olimpia. Seguro que la guerra no se extenderá al Peloponeso. En esa ciudad tenemos viejos amigos. Estoy seguro de que estarán encantados de darte hospedaje todo el tiempo que sea necesario.

—¿«Darme hospedaje»? ¿Es que tú no vendrás conmigo?

Meneé la cabeza.

—No de inmediato. Primero he de descubrir al asesino de Epigenes. Pero me reuniré contigo pronto.

El rostro de mi madre se ensombreció.

—¿Es que no has aprendido nada de lo sucedido? ¿Por qué has venido aquí, si sabías que me provocabas más dolor? ¿Cómo puedes pedirme que vaya a Olimpia, cuando no sé si tú te reunirás conmigo? La tuya es otra promesa que pronto desatenderás.

—Al contrario. —Respondí—. Me reuniré pronto contigo. Esta noche la diosa Atenea se me ha aparecido en sueños. Me vuelvo a Atenas precisamente en cumplimiento de su voluntad. Cuando haya cumplido mi deber, vendré para estar contigo en Olimpia.

Comimos la carne de los asadores y bebimos el vino aromatizado con miel. Antes de que me fuese, la anciana prima llamó al esclavo mudo que me había recibido en casa tan afectuosamente.

—Mi esclavo insiste en hacerte un regalo —dijo.

El hombre avanzó despacio arrastrando los pies no sin esfuerzo. Se sacó de detrás de la espalda un par de sandalias de cuero de buey de excelente factura, cortadas con gran maestría. Relucían como nunca había visto resplandecer unas sandalias en toda mi vida.

—Las ha cosido él personalmente. Es un zapatero muy experto. Quisiera que las llevaras a partir de este mismo momento.

¡Nunca agradecí más un regalo! Di las gracias a aquel esclavo tan generoso y le di el gusto. Desaté mis sandalias gastadas, las mismas que había llevado la noche en que había sido agredido y me calcé las nuevas. En el manso rostro del apacible y silencioso esclavo reconocí la benevolencia de un dios.

Cuando todo estuvo listo, reuní en el patio a las siervas de mi madre, que entretanto había traído a casa todos los bagajes, y las instruí acerca de sus obligaciones. Por último, hice un aparte con la chiquilla.

—Te confío a mi madre —le dije—. Cuida de ella.

La pequeña, por toda respuesta, me miró con sus ojos límpidos como el cielo, sonrió, me echó los brazos al cuello y me dio un beso en una mejilla.

—Los has conseguido, al fin —dijo con un semblante radiante.

—¿Conseguido el qué? —pregunté.

—Hacerme volar lejos de Atenas, como un pájaro.

Se desprendió del abrazo e inmediatamente se fue dando saltitos hacia casa. Me despedí de mi madre y de mi prima. Luego regresé a la nave.

En el puerto del Pireo, el esclavo me esperaba con Midas tal como le había ordenado. Noté que alrededor reinaba una gran confusión. Monté a lomos del asno y subí por la calle que llevaba a la ciudad. Midas estaba muy nervioso. No me toleraba en su grupa. Tuve que avanzar a pie tirando de él de la rienda. Pero mi asno continuaba agitándose. Rebuznaba y a ratos se negaba a avanzar.

Me detuve junto al Pritaneo durante unos instantes bajo las estatuas de Irene y de Hestia. Más adelante estaban las de Milcíades y de Temístocles. Los rostros de aquellos grandes hombres que habían pertenecido a una época mucho más gloriosa siempre me habían infundido un cierto temor. Algo de terrible llamó de golpe mi atención. La estatua de bronce del pancrasciata Autólico, más adelante, estaba rodeada de un gran gentío. Del cuello de la estatua colgaba una cuerda cortada. Un escalofrío me recorrió el espinazo. Me abrí paso a fuerza de codos entre la gente concentrada alrededor de la estatua. Noté con horror que la multitud estaba reunida en torno a un cadáver que yacía en el suelo con un nudo corredizo al cuello. El nudo formaba parte de la misma cuerda que colgaba de la estatua de bronce. Midas rebuznó desesperado. Todos se volvieron espantados hacia nosotros y abrieron una brecha, de modo que pudiera ver con mis propios ojos el rostro del cadáver. Con espanto me di cuenta de que conocía la identidad de aquel hombre. Su cabeza reluciente era inconfundible, así como la barba blanca. El rostro de Cratilo estaba salpicado de petequias y deformado por una mueca provocada por la asfixia. Tenía los ojos hinchados que parecían a punto de estallar.

Me faltó el aliento. Retrocedí. Me protegí el rostro con las manos para tratar de sustraerme a aquella vista horrenda. Me dijeron que un viandante poco antes había visto el cadáver colgando del cuello de la estatua. De entre la multitud que había acudido, alguno se había subido al basamento de la estatua, había cortado el nudo que sostenía el cuerpo suspendido, y acto seguido lo había acomodado piadosamente en el suelo. Recobré el control y encontré el valor de observar el cadáver una vez más. La mano derecha de Cratilo tenía el puño cerrado. De los dedos asomaba algo. Me acerqué, retiré lo que Cratilo tenía apretado y lo examiné. Era una tira de tela. En ella había escritas solo unas pocas palabras.

Padre devoto.

Pritano integrísimo.

Siempre he amado la Justicia.

CAPÍTULO XII

En el que aparece un testigo importante

Cratilo había tratado de hacer condenar a Eurifemo, achacando así un error a un inocente.

Había ordenado mi asesinato para que la verdad permaneciese oculta.

Había mantenido en secreto las fechorías de su hijo, que con su conducta irresponsable había causado un enorme daño a toda la ciudad.

A la luz de ello, la mayoría vería su suicidio como el justo epílogo para un hombre culpable de graves delitos.

A mi juicio, en cambio, el pritano aparecía como una víctima inocente.

Lo que me había hecho a mí y a Eurifemo, habida cuenta de sus últimas palabras confiadas a una tira de tela, había que considerarlo como un gran acto de amor hacia su hijo tan desatendido como querido.

Como padre, la opción de defender a toda costa a Damasipo debía de haberle parecido inevitable.

Pero como pritano, el único remedio para los problemas que no había conseguido evitar a la propia ciudad había sido el suicidio.

Los intentos infames de salvar a Damasipo lo habían inducido a actuar en contra de su propia ética. Pero delante del cuerpo sin vida del hijo, esas maldades nacidas de su amor de padre habían perdido todo sentido. Y Cratilo, tras la pérdida de Damasipo, se había reconocido nada menos que traidor. Desaparecido el objeto de sus fechorías, había sobrevivido la culpa. El peso de sus acciones lo había aplastado y, empujado por los gritos ensordecedores de las sombrías divinidades de la venganza, las Erpinias, al final se había quitado la vida. Allí donde otros habrían buscado la salvación huyendo, él, juez, jurado y justiciero de sí mismo, se había proclamado culpable y había procedido a la ejecución.

Con la muerte de Cratilo, la Justicia ya no tenía una morada en la ciudad.

Clea tenía razón.

Los dioses habían abandonado a Atenas.

Esa fina tira de tela que apretaba entre las manos mientras me dirigía a casa de Simos no decía sino la pura verdad. La verdad de un *aristos*, un miembro del círculo más noble de la estirpe ateniense, muerto por su propia conducta, que había confiado a sí mismo la amarga tarea de justificarse y que, en prueba de su propia rectitud moral, se había aplicado a sí mismo la condena más severa. No podía olvidarse de ese mísero padre llorando delante de miles de hoplitas muertos. El futuro de Atenas había ardido en aquella pira junto con todos esos cuerpos de jóvenes muertos en la batalla.

La morada de Simos era modesta, como prueba de la austeridad del ciudadano noble que era. Un esclavo me recibió en el vestíbulo, me hizo acomodarse sobre un asiento y me lavó los pies.

Mi espera en la antesala no duró mucho. Simos estaba ocupado en una reunión con Hipérides. Cuando los dos salieron del andrón en el que habían entrado, me impresionó el aspecto del viejo logógrafo. Tenía un semblante sombrío. Sus ojos líquidos y febriles miraban fijamente al vacío. Avanzaba a pasitos sujetándose del brazo de un esclavo, como si el peso de sus años le hubiese caído encima de una sola vez. En lo sombrío de su mirada capté un presagio funesto. Ya no era él. ¿Qué se había hecho del Hipérides que se había opuesto en completa soledad a la corrupción que hacía estragos en toda Atenas mostrando una tenacidad inquebrantable? ¿Qué se había hecho de su ardor? ¿Qué de todo el vigor con el que había dirigido personalmente a los atenienses en la revuelta contra aquellos pastores de ovejas de macedonios? ¿Qué se había hecho del orgullo con el que había visto recitar el discurso fúnebre por los caídos de Lamia? ¿Qué se había hecho de su sueño de una Atenas todavía libre, próspera e independiente? ¿Dónde apuntaban ahora sus ojos perdidos en la nada, que rezumaban una opresiva e ineluctable tristeza?

Hipérides se fue sin decir nada y Simos me acompañó al andrón. Las paredes estaban pintadas con escenas de la caza del ciervo. El pavimento decorado en mosaico reproducía figuras geométricas blancas y negras. Un par de lechos estaban dispuestos a lo largo de las paredes de la estancia junto a un curioso basamento de mármol finamente labrado, en cuyo alto destacaba un vaso adornado con motivos florales. Simos me rogó que me acomodara en uno de aquellos lechos. Su rostro sombrío no dejaba traslucir nada bueno.

—Acabamos de enterarnos del suicidio de Cratilo. Un hecho fastidioso. Hipérides ha quedado trastornado por él —dijo.

No podía disimular mi asombro. Simos leyó en mi rostro la sorpresa y se apresuró a explicarse.

—En unos tiempos como estos, las voces corren rápidas en las alas de las Erinias. Más rápidas que con dos grandes piernas ligeras como las tuyas.

Le entregué la tira de tela que había recogido de la mano del pritano suicida. Simos leyó las últimas palabras de Cratilo.

—Era un *aristos* digno de su rango. Una pérdida irreparable para Atenas —dijo.

Simos asintió y me lanzó una mirada de preocupación. Tenía la cabeza en otra parte.

—Al Pireo ha llegado una nave de transporte. Ha traído noticias.

—¿Qué noticias? —pregunté.

—Los macedonios han reunido una flota militar inmensa. Parece que su destino es Ramnunte, en la costa nororiental del Ática. Han decidido llevar la guerra a nuestras tierras. Quieren comprometernos en varios frentes, para así debilitar a Tesalia. Hoy mismo Foción, investido de poderes especiales por la Boulé, proclamará

el reclutamiento masivo para todos los atenienses entre la edad de la efebía y los sesenta años. Pronto deberemos combatir todos unidos para la postrer defensa de nuestra ciudad.

Me estremecí. Mi pensamiento voló hacia Filoxena. Hubiera tenido que llevarla también a ella a Megara. Luego pensé que no habría llegado nunca: ¡mi madre la habría arrojado al mar de noche!

Si la guerra llegaba a Atenas, no podía sustraerme a la lucha. ¿Qué resultado tendría reservado el Hado para mí como consecuencia del enfrentamiento inminente con los macedonios?

—Así pues, ha llegado el momento —dije sofocando en el pecho mis angustias—. Es el momento de la resistencia postrera. Como en Maratón. Dependiendo de cómo luchemos, Atenas obtendrá la victoria y la libertad o bien la humillación y la esclavitud.

Simos caminaba adelante y atrás en silencio. Reflexionaba. Alzó la cabeza, asaltado por un pensamiento repentino.

—Mañana por la mañana, Antileón de Calcis llegará al puerto de Muniquia para pagar el rescate de los prisioneros samios —dijo—. Según lo acordado, yo subiré también a bordo de la nave y partiré con ellos para asegurarme de que los prisioneros sean conducidos a una tierra neutral. Mientras esté de viaje, te ruego que te cuides de mi maestro, Hipérides.

—Puedes contar conmigo —le tranquilicé.

—Atenas debe afilar las armas para hacer frente a la defensa postrera de sus murallas. Los talentos que obtengamos por el rescate de los prisioneros samios serán empleados para sostener esta empresa inminente.

Comprendí que las investigaciones sobre el homicidio de un criador de gallos de pelea y el robo en la Acrópolis se habían convertido en cuestiones secundarias, comparadas con el riesgo que estaba a punto de correr toda la ciudad. Me dispuse, pues, a despedirme. Me levanté del lecho para irme y por distracción golpeé con una mano el vaso que tenía junto a mí, haciéndolo oscilar. Instintivamente me estiré y lo cogí al vuelo, antes de que cayera del basamento de mármol y acabase hecho añicos en el suelo. De su interior oí llegar un ruido metálico.

El rostro de Simos se puso de golpe blanco del temor. Aquella palidez cadavérica me dejó mortificado. Era evidente que aquel vaso significaba mucho para él y que, de romperlo, le habría causado un grave perjuicio.

—Disculpa —le imploré—. He estado a punto de hacerlo en mil pedazos...

Volví a colocar el vaso en su basamento. Simos dejó escapar un suspiro de alivio cuando todavía su frente estaba perlada de sudor frío.

—Este vaso, en realidad, es una urna funeraria —explicó—. Contiene los restos de mi tío Aristarco, muerto en la batalla de Queronea por la defensa de Atenas en tiempos de la guerra contra Filipo. En mi familia es considerado un héroe y es un motivo de orgullo para mí conservar sus cenizas en mi casa. Ruego a los dioses que,

cuando llegue el momento, me infundan su coraje y su mismo vigor para repeler a los invasores por donde hayan venido.

La batalla de Queronea, pensé. La misma en que Estrepsíades había sido hecho prisionero por los macedonios y reducido a la esclavitud.

—¿Qué era ese ruido metálico que he oído en su interior? —pregunté.

Simos se levantó, se acercó al vaso y puso encima una mano con afecto.

—¿Ese ruido? Es el anillo de familia de mi tío. Descansa aquí dentro junto con sus restos.

—¿Te sientes bien, Simos? Tienes aún el rostro muy pálido —observé, viendo que su semblante no parecía querer recuperar su acostumbrado color sonrosado.

—Estoy bien —me tranquilizó él—. Solo de pensar que las cenizas de un valeroso hoplita ateniense hubieran podido derramarse en el suelo de mi casa justo en vísperas de un enfrentamiento con los macedonios me ha aterrorizado.

—Lo siento mucho —dije todavía afectado por mi torpeza—. Pero, gracias sean dadas a los dioses, pues la urna está aún intacta.

La voz de la llegada inminente de la flota macedonia corrió rápidamente por la ciudad. Todos los hombres por debajo de los sesenta años afilaron sus lanzas para el enfrentamiento final. Los herreros ajustaron las armaduras oxidadas. Reforzaron los escudos redondos, estropeados por el tiempo de inactividad. Nivelaron los yelmos abollados y los adornaron con cimeras amenazadoras.

De camino de vuelta, me temblaban las piernas. Mi ánimo estaba embargado de un insólita ebriedad, la que Ares infunde a los hombres cuando están cerca de entrar en combate y de batirse hasta la muerte.

Treinta años antes, mi padre, Mosquión, había luchado en las Termópilas contra Filipo de Macedonia. Entonces, cinco mil atenienses, dos mil aqueos y mil espartanos habían cerrado el camino al padre de Alejandro para socorrer a los focenses en apuros. Tras su muerte, había decidido custodiar sus armas. Una vez al año les sacaba brillo y las exponía en el patio de mi casa el día de su cumpleaños, el nueve del mes de Pianepsión. Pero esta vez las armas de mi padre volverían a ver la luz con algunos meses de adelanto y no para una simple exposición conmemorativa, sino para mancharse una vez más de sangre enemiga.

Con la mente ocupada por estos pensamientos, pasé junto a la estela erigida en memoria de los héroes caídos en Queronea. Me detuve un instante a leer los nombres de los hoplitas que habían encontrado la muerte en esa batalla librada dieciséis años antes y, al hacerlo, algo me perturbó.

Leí la relación de los nombres unas tres veces para asegurarme de no haberme equivocado. Pero no lo había hecho. Algo no cuadraba. Y el error no era mío.

Llegué a casa jadeante. Apenas traspuse el vestíbulo, vino a mi encuentro Estrepsíades.

—Hay un hombre que espera para hablar contigo, amo. Dice que es muy urgente.

—Por Cástor y Pólux, ¿quién es?

—Dice que te conoció en una taberna del Pireo. Vino ya ayer, mientras te encontrabas en Megara. Estaba muy molesto por el hecho de que no estuvieras, por lo que dijo que volvería hoy.

—¡Ah! El hombre de la taberna. ¡Así pues, ha dado señales de vida! —exclamé aliviado.

Me ceñí la espada de mi padre al costado. Estrepsiádes me miró contrariado.

—Amo, andar por casa con un arma... —me reprochó.

—Me servirá para entablar negociaciones provechosas con nuestro huésped —dije cortando por lo sano.

El hombre de la taberna estaba más bien inquieto. Y aún lo estuvo más tras haber advertido la espada que colgaba de mi costado.

—¿Por qué andas armado por tu casa? —preguntó.

—Voy a la caza de ratones. No soporto esas bestias sucias y solapadas.

La cicatriz de su rostro se veía realzada por la barba sin arreglar. Me acerqué con actitud amenazadora. Apestaba a miedo. Carraspeó. Miró de nuevo la espada. Por un instante capté en su mirada un irresistible deseo de huir a toda prisa.

—No me imaginaba que salieras vivo del Pireo. Me equivoqué al respecto. No eres en absoluto un pazguato —dijo.

—Poco faltó para que se me cargaran. Pero, como ves, estoy aún aquí. Pues bien, ¿sigues dispuesto a hablar? —le pregunté.

El hombre se pasó la mano por la cicatriz que le surcaba la mejilla izquierda.

—Siempre y cuando tú estés dispuesto a pagar como prometiste.

—Tengo la pésima costumbre de mantener la palabra dada —dije.

Desaté una bolsa de piel del cinto y se la arrojé entre los pies. Al caer, el contenido de la bolsa tintineó. El hombre, al oír el sonido, clavó sus ojos de roedor en el suelo.

—Tu compensación —expliqué—, admitiendo que lo que tienes que decirme lo valga.

El hombre alargó ávidamente la mano, pero yo fui más rápido. Desenvainé la espada de mi padre y lancé un mandoble que pasó ligeramente por encima de su cabeza. Él se agachó espantado.

—¿Qué haces? Por Zeus, ¿acaso quieres matarme en tu propia casa, atrayendo así su ira?

Le apunté la espada a un palmo de la nariz.

—Tendrás tu recompensa solo si considero importante lo que me cuentes. Si luego descubro que me has mentado, por Cástor y Pólux, mi espada no golpeará más en el vacío. Vendré a buscarte y te separaré la cabeza del cuello.

El hombre tragó buena cantidad de saliva. Le entraron sudores fríos.

—Lo juro por el nombre de mi madre. ¡Lo que te diré es la pura verdad!

Hice chasquear la lengua. Una sonrisa tensa se pintó en mi semblante.

—¡Desembucha, sapo! —Le intimidé.

—Hasta hace dos años trabajaba en la chusma de Xuto. Uno se deslomaba, pero se ganaba bien.

—Entonces, ¿cómo es que ya no trabajas?

—Ese hijo de perra se quedó al final con todo lo que había ganado. Cuando fui a pedirle mi paga, respondió: «¿Qué paga? Para ti no hay ninguna paga». Me fiaba de él y por eso no había firmado ningún contrato. Por eso me enredó. ¡Me dijo que podía irme al infierno! Desde entonces he esperado el momento oportuno para hacérselo pagar. Y finalmente ha llegado el momento.

—¿Qué tiene que ver todo esto con el caso que yo estoy siguiendo?

—¿Por qué buscas información sobre Xuto?

Detesto cuando alguien responde a mis preguntas con otra pregunta. Pero por esta vez lo dejé correr.

—Estoy investigando el crimen de un criador de gallos de pelea y estoy convencido de que el capitán está implicado en él. Xuto tenía un acuerdo comercial con la víctima, pero la nave que transportaba las mercancías se hundió debido al mal tiempo enfrente de Calcis. Cuando tú y yo nos vimos por primera vez, había ido a recabar información sobre ese último viaje de Xuto al Bósforo...

—Esa nave no se hundió en absoluto por el mal tiempo —me interrumpió.

También detesto verme interrumpido, pero lo dejé correr también esta vez.

—¿Qué quieres decir? —pregunté sorprendido.

—La nave fue hundida por Xuto personalmente. Se fue a pique enfrente de Calcis arrastrando al abismo a toda la chusma.

—Esto es imposible. Pero ¿qué dices?

—Como he dicho, a causa de Xuto caí en desgracia. Tras despedirme, para sobrevivir empecé a dedicarme al contrabando en el Puerto de los Ladrones.

—El puerto franco utilizado por todos los mercaderes que no quieren pagar impuestos. Lo he oído nombrar.

—Pues bien, hace tiempo, mientras me encontraba allí, reparé en una nave que me resultaba familiar amarrada en uno de los muelles. Era la nave de Xuto.

¿Cuánto tiempo hace de ello?

—Algo más de veinte días.

—No es posible. El Puerto de los Ladrones está muy cerca de Atenas. En ese tiempo la nave de Xuto estaba de vuelta del Bósforo. Como temía, me estás contando un montón de historias para embolsarte mis dracmas.

—¡No miento, por Zeus! ¡Xuto no fue nunca al Bósforo! —Rebatió él.

—¿Cómo puedes asegurarlo?

—Poco antes de zarpar de Atenas recibió una oferta mucho más ventajosa. Se había visto en gran secreto con alguien que le había ofrecido una gran recompensa. A cambio debía cambiar de rumbo el viaje de negocios sin que sus dos comisionistas lo

supieran.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Me lo contó un marinero de su propia chusma una tarde en el Puerto de los Ladrones. Estaba borracho perdido y no conseguía frenar la lengua. Pero, antes de que me lo preguntes, te diré que no conocía la identidad de ese hombre ni sabía qué quería que Xuto hiciese por él. El propio Xuto no había dado muchas explicaciones a sus hombres. A los marineros únicamente les contó que habría bastante que ganar para todos. Por lo que ninguno de ellos tuvo nada en contra.

—No comprendo. ¿Xuto habría estafado a Epigenes y a Damasipo por otro negocio más conveniente?

—¡Peor aún! Antes de la partida, Xuto vendió la nave con todo el cargamento a ese alguien. Pero volvamos al Puerto de los Ladrones. Una vez reconocida la nave de Xuto, me acerqué sin ser advertido y vi que había embarcado también un hombre distinto.

—¿Quién era?

—No lo sé. Creo que era el hombre que tenía negocios con Xuto. Ese mismo día la nave zarpó llevando a bordo a ese desconocido y regresó al Puerto de los Ladrones al amanecer del día siguiente.

—¿El desconocido estaba aún en la nave?

—No, evidentemente. Xuto tenía el cometido de transportarlo a alguna parte.

—El nuestro es un hombre rico que para dirigirse clandestinamente a otra parte estaba dispuesto a comprar la nave de Xuto. ¿Qué ciudades se pueden alcanzar desde el Puerto de los Ladrones en tan solo media jornada de navegación?

—Tan solo una. Atenas.

—Así pues, este hombre, mientras estaba aún en Atenas, corrompió a Xuto antes de su partida para el Bósforo. Algún tiempo después, ese mismo hombre se encontraba en la nave de Xuto en el Puerto de los Ladrones y se hizo llevar de vuelta a Atenas de incógnito. ¿Recuerdas el día concreto en que zarpó la nave con ese desconocido a bordo?

—¿Cómo podría haberlo olvidado? Era el día antes de la fiesta de Zeus Salvador.

Una revelación súbita me asaltó. «No es posible», pensé. Esa misma noche, Epigenes fue asesinado.

—Después de haber vuelto al Puerto de los Ladrones —proseguí—, la nave quedó atracada durante un día, luego partió de nuevo. A continuación me llegó el rumor de que se había ido a pique frente a Calcis el día siguiente de su segunda partida del Puerto de los Ladrones. Pero hay algo que no encaja.

—¿Qué? —pregunté.

—El día del naufragio, el cielo estaba sereno y el mar en calma. La borrasca se desencadenó apenas tres días después —dijo el hombre.

—¡Lo recuerdo bien! —exclamé—. En esos días me había dirigido al cabo Sunion para un vaticinio en el templo de Poseidón. En efecto, recuerdo que el mar era

una balsa de aceite.

—A menos que encallara en los arrecifes, no pudo haberse hundido por causas naturales. Xuto será un gran canalla, pero no es ningún inexperto en el mar. Conoce las costas del Egeo como la palma de su mano. Con él al timón, uno navega siempre seguro cuando la mar está en calma.

—¿Así que consideras que Xuto hundió su nave a propósito con toda la chusma a bordo? ¡Es increíble!

—¡No es en absoluto increíble! Xuto es un hijo de perra, ya te lo he dicho. Hundió la nave porque no estaba dispuesto a repartir los beneficios de esa estafa con toda su gente. No puedo probarlo, pero estoy seguro de ello. Primero se sirvió de sus hombres para llevar a cabo su sucio negocio, cualquiera que este fuese, y luego se los cargó a todos.

Lo miré trastornado.

—Lo que dices hiela la sangre en las venas.

Ese hombre desagradable retiró los dracmas de la bolsa, se los metió debajo de la lengua y se volvió a los bajos fondos de donde había venido. Cuando me quedé a solas, llamé a Estrepsíades.

—¿Qué ha pasado? —preguntó mi esclavo notando mi semblante sombrío.

—Tengo necesidad de ti una vez más. Reúnete con Filoxena. Id juntos inmediatamente al Areópago. Comprobad la lista de los caídos atenienses en la batalla de Queronea.

Estrepsíades asintió.

—¿Qué debemos buscar, amo? —preguntó mi fiel esclavo.

—Un nombre. A un tal Aristarco. Es muy extraño. Parece que murió en Queronea hace dieciséis años combatiendo contra los macedonios. En nombre del cielo, quiero que descubráis por qué razón ese nombre no está esculpido en las estelas conmemorativas.

Estrepsíades inclinó la cabeza.

—¿Algo más?

—Una cosa más —dije.

—Soy todo oídos, amo.

—Con respecto a Filoxena..., te ruego buenos modales.

CAPÍTULO XIII

En el que el ratón sale de la madriguera

El camino de las Largas Murallas estaba iluminado por dos filas ininterrumpidas de antorchas. Una enorme serpiente de escamas de fuego descendía de Atenas hasta el puerto del Pireo. Allí la oscuridad de la noche cubría la dársena, a cuyas espaldas se recortaba el sepulcro de Temístocles en toda su magnificencia. Una quietud irreal envolvía el mercado de los ribereños y su largo pórtico, donde, desde el alba hasta la puesta del sol, hervían enjambres de mujeres y de esclavos en busca de provisiones a buen precio. La más negra oscuridad envolvía el dédalo de intrincadas callejuelas, abajo en el barrio del Pireo.

Una de estas calles arrancaba entre dos filas de casuchas ruinosas distantes entre sí apenas un par de brazos. Aquí y allá, tiestos llenos de crocos chillones y pintorescas ristras de ajos devolvían un poco de vida a los muros revestidos de cal desconchada. Dos perros en los huesos, con las patas inestables y el rabo curvado para proteger sus genitales, hurgaban entre un montón de residuos malolientes en busca de algunas sobras de comida comestible. No lejos, dos compañeros de borrachera no conseguían regresar a casa. Habían encontrado una yacija improvisada en medio de los residuos. Por una parte, un viejo reseco de larga barba, borracho y maltrecho, dormía en el lado izquierdo junto al canal de desagüe de los líquidos pútridos. Por la otra, un segundo borracho, más corpulento pero no menos maltrecho, roncaba con la cabeza reclinada hacia delante hasta casi besarse el pecho.

En medio de ellos saltó un niño muy flaco, rápido como un tábano. Los piecitos descalzos resonaban contra el suelo compacto. A su paso, los dos perros vagabundos sacaron su hocico roñoso fuera de los residuos y desaparecieron en medio de un estruendo de ladridos. En cuanto a los dos borrachos, ni se movieron. Roncaban que ni los rayos de Zeus los hubieran sacudido.

El pequeño detuvo la carrera delante de una puerta hecha de tablas de madera podrida. Resopló apoyando las manos sobre las rodillas. Debido a su flacura, sobre la espalda encorvada podían contarse todas sus vértebras. Cuando se hubo recuperado, llamó a la puerta ruinoso. Un pedacito de pintura se desprendió de una de las tablas y se le quedó pegado en los nudillos. Se frotó el dorso de la manita en el quitón y luego volvió a llamar con más energía. Desde el interior llegó una maldición. El niño insistió y las maldiciones se multiplicaron. Parecía que aquella puerta diera al antro del Cíclope. El autor de las maldiciones abrió de par en par la puerta y miró con aire de sorpresa a aquel mocoso.

—Por todos los dioses del Olimpo, ¿qué demonios quieres, mozalbete? —tronó el hombre.

Tenía la barba totalmente hacia un lado. Había dormido con el mentón apoyado en algo duro.

—Excelencia —dijo el pequeño con un hilo de voz—, ¿sois acaso Xuto, el capitán de mar?

—El mismo —respondió el gigante.

Desde una ventana se asomó un viejo de cabeza pelada.

—*Insciomma*, por el amor del cielo, ¿qué es este jolgorio?

—Os traigo un mensaje, excelencia —siguió el niño despreocupado del viejo.

¿*Excelencia*? Xuto se mostró sorprendido. El niño le alargó un rollo de papiro. Él dudó.

—¿Un mensaje? ¿De parte de quién?

—Excelencia, quién me lo ha dado ha dicho ser *Quien-vos-sabéis*.

Xuto arrugó la frente.

—¡Ah, sí, sí, naturalmente! —repuso no demasiado convencido, y arrancó el rollo de la manita del pequeño.

—¡Si bajo, la emprenderé con vosotros a patadas en el trasero, así que largaos, borrachos seguidores de Pan! —insistió el viejo desde su balcón.

—¡Calla un poco, por los cuernos de Quirón! —vociferó Xuto.

El viejo, indignado, mostró las encías y maldijo como un obseso con el puño alzado, hasta que un coro de «¡basta!» de los vecinos despertados por su invectiva le convencieron de la necesidad de acabar con aquello.

—¿Qué más? —rugió Xuto vuelto de nuevo hacia el pequeño.

—Nada más, excelencia —prosiguió el mocososo con las costras debajo de la nariz, mientras permanecía inmóvil delante de la puerta.

Xuto comprendió. Se llevó una mano a la bolsa que llevaba atada al cinto. Sacó fuera dos pequeños óbolos que puso en la palma de la mano mugrienta del pequeño. Se los había ganado merecidamente, aunque solo fuera por todos aquellos «excelencias» dichos en su honor. El arrapiezo se llevó las monedas a la boca. Eran auténticas. Sonrió y exhibió dos filas de encías en las que un montón de dientes crecía sin orden ni concierto.

—Gracias, excelencia, que Zeus os proteja.

—¿Cómo no? —dijo Xuto bostezando hasta las lágrimas.

Cuando sus fauces se hubieron cerrado, el imberbe se había volatilizado.

—¡Pequeño hijo de puta! —espetó el capitán de mar.

Desenrolló el mensaje y lo expuso a la pálida luz de la noche. Leer no era su fuerte. Su índice corrió lento como una babosa por encima de cada una de las letras. A pesar de que el mensaje era breve, al capitán le costó terminarlo como si hubiese tenido en sus manos la obra entera de Aristóteles. Cuando hubo terminado, se estremeció. Se estuvo un momento con el mensaje en la mano sin saber bien qué hacer y luego entró de nuevo en casa como una tortuga en su concha. Al cabo de algunos instantes salió meneando la cabeza incrédulo, pero cambió de idea y regresó

una vez más a casa atrancando la puerta desde el interior. Cuando reinaba ya de nuevo el silencio en toda la callejuela, la puerta se abrió de par en par y el capitán salió alejándose a todo correr con los puños apretados.

—¡Eh, amigo! —le dijo uno de los dos borrachos, el más gordo—. ¿No tendrás unas monedas para un trago, para mí y para este muerto de hambre de mi compañero?

—¡Ojalá revientes! —repuso Xuto sin andarse con ambages—. ¡No tengo la menor intención de ayudar a dos perros como vosotros!

En el puerto grande se oía el chapaleo del mar contra el embarcadero. Los pasos pesados de Xuto se dejaron oír de lejos. El hombre que lo esperaba iba embozado hasta la cabeza. Xuto se detuvo a pocos metros de él. Dudó. Trató en vano de escrutar en los ojos de aquel que tenía enfrente. Pero no consiguió distinguir su rostro.

—¿Eres... tú? —Preguntó Xuto.

El hombre no dijo una sola palabra. No hizo ninguna seña. Se quedó inmóvil.

—Pero, digo yo, ¿es que te has vuelto loco? —prosiguió el capitán al no haber obtenido respuesta—. ¿Mandarme llamar por un mocosito y encima confiarme un mensaje escrito? ¿Y si se lo entrega a uno de la guardia? ¡Habría acabado directamente en manos de los arcontes! ¿Es que querías que nos colgasen de una cuerda antes del amanecer? ¿Qué pasa? ¿Cuál es la razón de tanta urgencia?

—Te he hecho venir para que sepas que he vuelto del más allá y que tengo para ti un mensaje de parte de Epigenes. Dice que eres un traidor y que se las pagarás muy caro por haber vendido la nave a su asesino. También dice que tus saludos te los puedes meter *donde tú ya sabes*.

Xuto se estremeció.

—Tú no eres... ¿Quién demonios eres?

A aquellas palabras, me bajé el embozo y mostré mi rostro.

—¿Tú? —exclamó el capitán con el semblante blanco. En la derecha de repente apareció un puñal de hoja larga como una mano—. ¿Cuántas veces he de matarte para quitarte de en medio, asqueroso metomentodo? —Gruñó.

Sonreí. Mi serenidad lo inquietó.

—¡Maldición! ¿Se puede saber qué te da tanta risa?

—¡Pobre estúpido! —exclamé—. Si algo me has enseñado tú precisamente es que, en circunstancias como esta, siempre es bueno guardarse las espaldas. Cosa que tú ahora estás descuidando un poco demasiado burdamente.

Xuto desorbitó los ojos y se volvió de golpe. Silenciosas como áspides, dos figuras se le habían restregado contra su espalda. Una, en particular, le soplaba al cuello como un oso jadeante.

—Vosotros dos..., los dos borrachos que dormían en el camino. Ahora no es el momento. ¡Fuera de mi vista!

—Cuidado, capitán —dijo el más esmirriado que, contrariamente a su aspecto,

tenía una voz suave—. ¡No conviene mostrarse tan grosero con los mendigos! La ley de Zeus es despiadada con todo el que no los respeta...

Xuto retrocedió. El más corpulento, el oso hambriento, para entendernos, no era otro que mi esclavo Estrepsíades disfrazado. Se hizo adelante. Xuto asestó un mandoble. Estrepsíades lo esquivó con agilidad y asestó un derechazo al estómago del capitán. Xuto se dobló en dos, dejando caer al suelo el puñal.

—¡Vosotros los hombres no sabéis hacer nada más que sacudiros! —comentó el segundo falso borracho.

Se quitó la barba postiza y se subió la capucha que cubría su cabellera. Era Filoxena. La filósofa se inclinó con gracia y recogió el puñal.

—Si no te importa, cogeré lo que es mío —dijo a Xuto, que gemía de rodillas.

El capitán la miró con unos ojos como platos. Filoxena metió el puñal en la funda que llevaba atada en su antebrazo izquierdo, velado por la manga del peplo.

—¿Cómo hicisteis para salir vivos del fondo del mar vosotros dos?

Filoxena rio y no se dignó a darle una respuesta.

Me planté delante del capitán y lo miré a los ojos.

—De veras no tengo palabras, Xuto. Y no me refiero solo a tu intento de eliminarnos. Un crimen como el tuyo merece la peor de las penas en esta vida y también en el reino del Hades. No solo has estafado a tus socios en los negocios, sino que además has engañado también a tu propia chusma. La hundiste junto con tu nave para quedarte con toda tu sucia paga. ¿Cómo lo conseguiste? Envenenaste su última cena antes de enterrarlo todo en el fondo del mar, ¿no es así?

—¡Yo no hice nada de lo que dices! —Rebatió Xuto gimiendo.

Estrepsíades le soltó un puntapié en el estómago tan fuerte que lo hizo rodar sobre sí mismo tres veces.

—Desde hace mucho tiempo, Estrepsíades tiene unas ganas enormes de medirte las costillas —proseguí—. A menos que no decidas colaborar, mi esclavo te hará pedazos. Por Cástor y Pólux, te conviene confesar, o no quisiera estar en tu pellejo.

Xuto se sentó lentamente mientras se sostenía el estómago con las manos.

—No tengo nada que confesar.

Estrepsíades estaba ya listo para propinar un segundo puntapié, pero yo le contuve. Me agaché delante del capitán. Acerqué mi rostro a un palmo del suyo. Sus ojos aterrorizados rehuían mi mirada.

—Únicamente quiero saber una cosa de ti. ¿Quién era el pasajero que se encontraba a bordo de la nave en el Puerto de los Ladrones?

Xuto se volvió hacia un lado y escupió al suelo.

—No te diré nada.

Me levanté, trastornado. Estrepsíades me rogó que me apartara.

—¡Por Heracles, cuando haya terminado con él, cantará como un ruiseñor!

A lo que asistimos Filoxena y yo fue a una auténtica paliza. La violencia con la que Estrepsíades se lanzó contra Xuto frisó en lo inhumano. El capitán, por su parte,

no hacía sino vociferar de dolor y retorcerse bajo los incesantes golpes de mi esclavo.

Mandé a Estrepsíades que parara, antes de que lo matase.

—Por Cástor y Pólux, confiesa: ¿quién era el hombre al que vendiste tu nave y acompañaste a Atenas el día antes de la fiesta de Zeus Salvador?

Xuto respondió con una maldición irrepetible y acto seguido un puñetazo lanzado por Estrepsíades le rompió la nariz con un ruido horripilante, parecido al de una rama que se quiebra. El capitán gritó de dolor. De la nariz deformada por el golpe chorreó un río de sangre sobre su pecho.

—No te diré nada —repitió lastimeramente, sosteniendo la nariz con las manos rojas de sangre.

—¿Así que no quieres hablar? Te acusaré, de todas formas, de haberme arrojado al mar junto a esta mujer —dije.

—¿Qué quieres que cuente? Eres *tú* quien ha venido a buscarme a mí. En el tribunal declararé haber actuado por legítima defensa. ¡Esta mujer iba también armada cuando te dejé aturdido! —replicó él.

Su arrogancia me hizo perder la paciencia.

—Tú eres cómplice del homicidio de Epígenes; de lo contrario no me habrías pedido que le llevara mis saludos al más allá, cuando trataste de matarme. El hombre al que condujiste a Atenas desde el Puerto de los Ladrones es quien lo mató y quien le sustrajo una copia de la llave del Tesoro —dije con voz alterada—. Mientras tú te volvías al Puerto de los Ladrones, él llevó a cabo el homicidio y posteriormente cometió también el robo en la Acrópolis. ¿Dónde habéis escondido el oro robado? ¿Se encuentra en Atenas o lo llevasteis a otra parte cuando volviste a recoger a tu cómplice?

Xuto desorbitó los ojos en una expresión de franca sorpresa.

—¿Qué oro? ¡No me habló de ningún oro y de ninguna llave! Yo no... ¿El oro de la Acrópolis? Pero si no... —masculló.

—¿No llevaste, pues, el oro con tu nave?

—¡Yo no sé nada de ningún oro, por Zeus! —exclamó Xuto.

—Y tampoco conocías el motivo por el que ese hombre quería eliminar a Epígenes —proseguí, reflexionando en voz alta—. Tu cómplice no te reveló su plan con pelos y señales para no correr el riesgo de que tú elevases el precio de la travesía. Tampoco tú le preguntaste nada, porque la compensación que te ofreció era exorbitante para tus expectativas, ¿no es así? Así pues, cuando volviste a recogerlo, tu pasajero no quería mostrarte el oro que había robado y subió a bordo sin ningún bagaje.

Xuto se mordió los labios. Sin quererlo, había admitido haber llevado a alguien en su nave.

—¿Cómo habría podido cargar una simple cantidad de oro en mi nave sin llamar la atención? Y, por Hermes, ¿cómo habría podido transportarlo a *él* hasta el puerto sin despertar sospechas entre la guardia? Puedes incluso matarme, pero no te diré más.

Sin pruebas, no puedes acusarme de nada. Y pruebas no las tienes, ni una... —Soltó marcando las palabras retorciendo el rostro sucio de sangre en una lúgubre complacencia.

Pero yo ya había dejado de escucharlo.

Ya. El transporte. ¿Cómo se las había arreglado el ladrón para sacar el oro de la Acrópolis? ¿Y cómo había conseguido transportarlo por los caminos de Atenas sin que nadie lo advirtiese? Si luego quería disfrutar de él, tendría que huir de la ciudad llevándoselo con él. Pero entonces, por Cástor y Pólux, ¿por qué había vuelto a subir a bordo de la nave de Xuto y se había alejado de Atenas sin el oro robado? ¿Dónde lo había escondido? ¿Y de qué modo tenía intención de sacarlo de Atenas?

El transporte de aquel oro era la clave de la solución del enigma.

El transporte...

—¡Basta! ¡Basta, te lo ruego! —suplicó el capitán. Mientras estaba absorto en mis razonamientos, abriendo de par en par la boca, Xuto exhibió los pocos dientes que le quedaban, todos manchados de sangre y colgándole de las encías—. ¿Cómo habéis hecho para descubrir dónde me escondía?

Me acerqué al capitán que gemía como un cordero llevado al sacrificio.

—Te delataste tú mismo en el momento en que, hace dos años, negaste la justa paga a un marinero. Por tanto, maldice tu nombre y tu codicia, si hemos dado contigo. Por lo demás, no podías escapar, tu chusma te maldice desde los abismos del Hades en los que la hundiste frente a Calcis —dije recuperando la calma.

... Frente a Calcis.

Decidí que Xuto ya había recibido bastante. Mandé a Estrepsíades que parara. Mi esclavo, aún enfervorecido, se alejó dejándolo tirado en el suelo.

—Me debes un óbolo, esclavo —dijo Filoxena a Estrepsíades.

Mi fiel servidor miró a Xuto, que aún se retorció del dolor, e hizo chasquear la lengua, resoplando de rabia.

—Creía que conseguiría arrancarle ese nombre. ¡Maldita sea, he perdido la apuesta! Pensé que era menos testarudo de lo que lo considerabas tú, señora —rezongó. Luego, vuelto hacia mí, agregó—: Amo, dijo, te suplico que me lo dejes a mí para que lo trabaje un poco más. Ya verás cómo al final desembuchará el nombre del culpable.

... El transporte...

¡Por Cástor y Pólux!

—No hay ninguna necesidad de hacerlo, Estrepsíades. —Respondí—. Por fin me encajan todas las piezas en su sitio. Pero todavía queda un detalle que aclarar: si el homicidio está relacionado con la llave del Tesoro, ¿cómo supo el asesino que Epígenes tenía guardado el duplicado de esa llave?

—¡Ya! —Hubo de admitir Estrepsíades—. Tengo la impresión de que no encontraremos nunca la respuesta.

Como llevado sobre las alas de Hermes, un pensamiento voló en mi mente.

—En cambio, por Cástor y Pólux, yo creo conocer ya esa respuesta desde hace mucho tiempo —dije.

Un estremecimiento de excitación recorrió mi cuerpo.

—¿Y sabes qué es lo bueno? ¡Pues que quien me lo reveló fue el propio asesino en persona!

CAPÍTULO XIV

En el que es desenmascarado el culpable

La mañana siguiente, una fila de carros se puso en marcha desde las prisiones de Atenas hasta el puerto del Pireo. Llevados en ellos, pasaron los prisioneros samios cargados de cadenas en el cuello y en las muñecas. Decenas de soldados de la guardia armados contenían a duras penas a la multitud de atenienses. Desde ambos lados de la calle, los ciudadanos indignados despotricaban contra los prisioneros que se iban sanos y salvos, escapando a la condena que les había impuesto el tribunal del Areópago. Dejarlos marchar significaba secundar las directrices de los macedonios e, indirectamente, reconocer la legitimidad de las pretensiones de independencia avanzadas por Samos. Una deshonra para el prestigio de Atenas, que los talentos del rescate no lavarían jamás.

Antileón de Calcis se había presentado al amanecer en el puerto de Muniquia con el rescate y dos enormes naves mercantiles para transportar a los prisioneros samios a la patria, tal y como estaba establecido. Era un cincuentón gordo, de aspecto desagradable, un rico oligarca de modales expeditivos y nada refinados. Simos y los ciudadanos atados lo habían recibido con el debido respeto, pese a mantener con él una cierta frialdad. Antileón, como calcídico que era, era un aliado de los macedonios, un enemigo a punto de entregar, sin embargo, una bonita suma que en Atenas resultaría útil precisamente en la guerra contra Antípatro.

El intercambio se efectuó directamente en el muelle, sin ceremonias formales. Según lo acordado, Antileón hizo descargar el rescate encerrado en unas pesadas cajas fuertes. Los doscientos talentos fueron entregados a la custodia de una fila de soldados de la guardia ateniense y transportados a buen recaudo. Solo entonces los carros con los prisioneros samios fueron cargados a bordo de las naves calcídicas. Las autoridades atenienses tenían interés en mostrar a los enemigos que los traidores a la patria ya no eran considerados dignos de ser tenidos por hombres, sino por cosas, y como tales debían ser tratados. Precisamente para que sus pies no pisasen más suelo ateniense, debían ser embarcados en los carros con los que habían llegado a la prisión del puerto. Aquellos mismos carros, además, habían sido mancillados con su contacto y no podían circular ya por la ciudad. Por eso se harían a la mar junto con los desterrados y el propio Antileón.

Concluidas las operaciones de carga, Simos subió a una de las dos naves en calidad de legado ateniense y autorizó a los capitanes de ambas embarcaciones calcídicas a zarpar. Según los acuerdos, una vez llegados a tierra neutral, Simos quitaría las cadenas a los prisioneros y los declararía libres.

Los marineros desataron los cabos de los amarraderos de piedra. Las dos grandes

naves se alejaron del embarcadero a fuerza de remos. Una vez mar adentro, arriadas las velas cuadradas, fueron empujadas por el viento. Pero las cosas no fueron según lo previsto.

—¡Capitán! —gritó un vigía de proa cuando la primera nave, en la que viajaban Simos y Antileón, apenas había salido de la dársena—. ¡Trirremes atenienses cierran la ruta a la derecha!

Antileón, rojo de rabia, se volvió hacia Simos.

—¡Dime, en nombre de la pelandusca de tu madre!, ¿qué demonios sucede?

Simos se encogió de hombros por toda respuesta dando a entender que no sabía nada. Cuatro trirremes atenienses cerraban el camino a las dos naves calcídicas. Antileón se asomó por el costado de babor y, con un hablar repleto de imprecaciones, se dirigió al almirante de la nave que tenía en su flanco.

—Pero ¿qué cosas se os ocurren, por Zeus liberador de llamas? ¡Sois unos irresponsables! ¿Es que no sabéis que voy en una misión diplomática? ¡Aunque estamos en guerra, no podéis detenernos! Presentaré una protesta formal a la Boulé. ¡Esto es un secuestro en toda regla!

El capitán del trirreme ateniense hizo el saludo militar.

—Soy Filocles, señor, el estratega al mando de la flota defensiva del puerto de Muniquia. Es mi deber escoltar ambas naves nuevamente hasta el puerto. Órdenes superiores. Lo siento, señor.

—¡Un sujeto realmente desagradable! —exclamó Antileón, dibujando con las manos un círculo para sugerir los genitales—. ¡Te haré degradar! ¡Yo soy un embajador! ¿Con quién te crees...?

—Ordena inmediatamente corregir el rumbo o nos veremos obligados a atacar, señor. Órdenes superiores. Lo siento, señor.

—¡Lo único que faltaba! —exclamó el calcídico.

Antileón, verde de la bilis, escupió sobre el puente de cubierta y mandó invertir el rumbo. Inmediatamente un esclavo acudió con un trapo para limpiar, no fuese cosa que el Hado quisiera hacer resbalar al pesado hombrón sobre su propio escupitajo. Simos observaba incrédulo ya a Antileón, ya a los trirremes de Filocles.

—¡Esta afrenta me la pagaréis, atenienses sodomitas! —comentó el legado calcídico.

Las dos naves regresaron a puerto y atracaron de nuevo. Apenas fue descendida la pasarela sobre el embarcadero, Antileón y Simos bajaron a toda prisa a tierra. Encontraron que había venido a recibirlos una delegación muy especial, formada por el estratega Filocles, al que habían tenido el gusto de conocer poco antes, por un Hipérides, cuyo semblante era de lo más sombrío, por Filoxena y por mí mismo. Junto con nosotros había llegado al puerto también una de las máximas autoridades de Atenas, el arconte rey. Su figura resultaba solemne debido a la alta estatura y a la

mandíbula cuadrada, cubierta por una poblada barba oscura y lanosa. La suntuosa túnica que llevaba lo ennoblecía aún más. Sus ojos miraban con gravedad a los dos hombres recién desembarcados. A nuestras espaldas había alineada una decena de soldados de la guardia en equipo de guerra.

—Por la sangre de Ares, ¿se puede saber qué está pasando? ¿Habéis decidido no seguir confiando en los acuerdos? —preguntó Antileón.

—Estamos obligados a requisar vuestras naves —le expliqué.

—¿Y tú quién demonios eres? ¿En nombre de quién hablas? —me increpó el calcídico echando espumarajos por la boca.

—Este hombre habla en nombre del pueblo ateniense —tronó el arconte rey.

Antileón, al oír su voz, se estremeció.

—¿Todo esto es obra tuya, Apolófanes? —preguntó Simos con los dientes apretados presa de un llamativo embarazo—. ¿Te das cuenta del lío del demonio que estás armando?

—¿Por qué razón, que Zeus os fulmine a todos en este preciso instante, debería entregaros mis naves? —preguntó Antileón.

—Porque en su interior se esconde el oro robado en la Acrópolis.

—Pero ¿qué cosas tienen que oír mis oídos? —exclamó el calcídico—. ¡En mi nave no está el oro robado! Esta es una acusación ignominiosa. Protesto. Yo...

—Tú, Antileón, eres un perfecto desconocedor de todo, estamos convencidos de ello —le interrumpí—. Para el verdadero culpable, tú no eres más que el instrumento para transportar el oro robado fuera de los dominios de Atenas.

—Pero ¿qué dices, Apolófanes? —me increpó Simos—. ¿Has perdido el juicio?

—A bordo no hay el oro del que hablas —dijo Antileón—. Ni un talento siquiera. Mis naves han llegado esta mañana y precisamente ahora se disponían a hacerse mar adentro. ¿Cómo habría podido entrar el oro, si vuestra guardia no nos ha perdido en ningún momento de vista desde que hemos puesto los pies en Atenas? —observó Antileón.

Las miradas de los presentes se dirigieron a Simos. Los ojos de Hipérides, en particular, lo miraron con incredulidad y desilusión.

—Un momento —dijo Simos, desgarrado por esa mirada cargada de desconsuelo—. ¿Estáis tratando de darme a entender que sospecháis de mí? Por todos los dioses, yo no sé qué final ha tenido el oro de Atenas. Os aseguro que en la nave no hay en absoluto los talentos robados. ¡Exijo una investigación formal! Es evidente que alguien está tratando de enredarme. ¿Estás tú, Apolófanes, detrás de todo esto? ¿Cómo has podido?

—Es inútil que continúes con esta comedia —repliqué con firmeza—. Esta noche he comprendido todos los detalles de tu sospechoso plan gracias al capitán Xuto.

—No sé qué te habrá contado el tal Xuto, pero con él yo no he tenido nunca nada que ver. No comprendo cómo puedes creer que esté implicado en el robo del Tesoro de la Acrópolis.

—Antes de partir para el Bósforo, un hombre se acercó a Xuto con el fin de proponerle vender su nave y le prometió una gran recompensa a cambio de un favor: llevarle clandestinamente a Atenas la noche antes de la fiesta de Zeus Salvador para luego pasar a recogerle al día siguiente. Durante la primera noche se perpetró el homicidio de Epigenes, mientras que la noche de los festejos se llevó a cabo el robo de los talentos del Tesoro. Desde el momento que Epigenes poseía una copia de la llave del Tesoro, es lógico que la finalidad de quien lo mató no era otra que hacerse con esa llave para luego acceder al Tesoro y llevarse los talentos. Aquel a quien Xuto llevó a Atenas desde el Puerto de los Ladrones es el homicida de Epigenes, además al ser el ladrón del Tesoro de la Acrópolis. Los tiempos coinciden.

A mis palabras, Simos recuperó una cierta seguridad.

—¿Qué tiene que ver conmigo todo esto? —dijo—. ¿De veras crees que el culpable soy yo? Como todos vosotros sabéis, cuando en Atenas se festejaba a Zeus Salvador, yo era huésped de Antileón en Calcis. ¡Lo que son las casualidades a veces, lo tenéis delante de vosotros! Preguntádselo personalmente si no confiáis en mi palabra.

—Así es —confirmó el legado calcídico—. Simos pasó veinte días en Calcis.

—¿No se fue en ningún momento solo de la ciudad? —pregunté a Antileón.

—Fue en todo momento mi huésped, aunque, durante su estancia, se dirigió en peregrinación al antiguo templo de Rea, en los bosques no lejos de la ciudad.

—¿Ah, sí? ¿Y cuánto tiempo habría durado esta peregrinación? —Le insistí.

—Estuvo fuera unos cinco días. Luego volvió a Calcis y se quedó en calidad de huésped mío hasta su vuelta a Atenas.

—Y durante esos cinco días de retiro en veneración de la diosa —pregunté a Simos—, ¿conociste a alguien que pudiera confirmarnos que permaneciste durante todo ese tiempo en esos bosques? ¿Quién nos puede asegurar, en cambio, que no te embarcaras a escondidas a la vuelta del Puerto de los Ladrones, donde te esperaba Xuto, para traerte de vuelta clandestinamente a Atenas? Un testigo vio a la nave de Xuto en el Puerto de los Ladrones zarpar llevando a bordo un pasajero distinto precisamente el día antes de la fiesta de Zeus Salvador. Estoy seguro de que, cuando te llevemos delante de él, reconocerá fácilmente en ti los rasgos de ese hombre. El asunto de la peregrinación no es sino una mentira inventada para tener una coartada. Cuando luego volviste a Calcis a bordo de la nave de Xuto, volviste a dejarte ver por Antileón para hacerle creer que habías vuelto de la peregrinación. En cambio, poco antes, junto con el capitán envenenaste a su chusma y la hiciste irse a pique con toda la nave frente a Calcis. He aquí por qué el naufragio se produjo justamente allí. Xuto y tú la hiciste hundirse expresamente para eliminar toda prueba y todo testimonio de vuestras fechorías.

—Yo estaba convencido de que Simos estaba retirado en oración... —rezongó Antileón, interrumpido rápidamente por mí.

—Y en cambio había vuelto a escondidas a Atenas para cometer un crimen y un

robo clamoroso. ¡Luego regresó a Calcis con las manos manchadas aún de sangre!

—Apolófanes, te lo ruego —dijo Simos con una sonrisa biliosa—, ¿es que no ves que estás resultando ridículo? Es obvio que no tienes pruebas que apoyen tus fantasías. Yo no soy el hombre que se embarcó en la nave de Xuto en el Puerto de los Ladrones. Todo cuanto afirmas es falso. Yo mismo me ofrecí a ayudarte a resolver el caso. Te he apoyado en las investigaciones...

—¡Ah, es cierto, las investigaciones! Hipérides te habló del caso y tú te ofreciste a ayudarme. ¡Qué espontánea devoción a la diosa Justicia! ¡Hasta excesiva, diría yo! Estabas tan implicado que has hecho de todo para mantenerme apartado de la verdad. No has hecho sino desviar mis sospechas sobre Damasipo, cuya culpa se limitaba a la duplicación de la llave del Tesoro y al robo de setenta minas. Pero el hijo ilegítimo de Cratilo no tenía nada que ver con el homicidio de Epigenes ni con el robo de todo el oro custodiado en la Acrópolis. Por no hablar, luego, de la implicación de Cratilo, víctima indirecta de tus viles maquinaciones. Cuando no estuviste ya en condiciones de sostener su culpabilidad, ¡dirigiste mis sospechas incluso sobre Filoxena, desviándome una vez más del verdadero camino!

—No puedo creer lo que acabo de oír. Tú mismo lo has querido: ¡te denunciaré por impostor! —gritó Simos trocando la sonrisa en una mueca atroz.

—Tus amenazas no me asustan. Cuando supiste que iría en busca de Xuto, comprendiste que pronto descubriría la verdad. Entonces decidiste servirme de nuevo de la ayuda de tu cómplice para quitarme de en medio de una vez por todas. Y a decir verdad, a punto estuviste de conseguir tu propósito. Pero era voluntad de los dioses que Filoxena y yo nos salvásemos. Desde entonces comencé a no fiarme ya de nadie. Tampoco de ti, Simos. ¿Sabes? Debo darte las gracias por ese intento tan estúpido de hacerme matar por medio de Xuto. Hasta ese momento ni siquiera imaginaba que el capitán estuviese conchabado con el asesino de Epigenes. Tras esa horrible experiencia, comprendí que para atrapar al verdadero responsable del homicidio y del robo del oro de la Acrópolis debía servirme precisamente de Xuto.

Simos miró a su alrededor en la vana busca de unas miradas de solidaridad, pero no las encontró.

—¿No os dais cuenta de que este hombre es presa del tormento de un dios que le está ofuscando la mente? —dijo a tontas y a locas, con el rostro trastornado—. ¡Estamos hablando de un homicidio y de un robo; me estáis acusando de haber escondido los talentos robados en las naves de Antileón, pero, por Zeus, no oigo más que palabras! ¿Dónde estaría todo ese oro? Mandad a la guardia a inspeccionar el cargamento. ¡No encontraréis ni rastro de cuanto fue sustraído al Tesoro!

A una indicación del arconte rey, algunos soldados de la guardia subieron a bordo de una de las dos naves y empujaron hacia el exterior uno de los carros en los que habían sido cargados los prisioneros samios. Estaba completamente vacío.

—¿Habéis visto? No hay oro en el cargamento y tampoco en esos carros —dijo Simos satisfecho.

—En los carros, en efecto, no hay nada —observé.

Luego saqué un cuchillo y rasgué el fondo del carro. Debajo de una superficie de madera del grosor de una corteza, el fondo estaba constituido por una única plancha gruesa y mucho más brillante que la madera.

—¡El fondo de ese carro... es de oro! —exclamó asombrado Antileón, pasando los dedos por la superficie raspada que brillaba a la luz del sol.

—También son así todos los demás carros en los que han sido llevados al puerto los prisioneros samios —dije a un estupefacto Antileón—. Este era el truco del ladrón para llevar el oro robado fuera de Atenas: después de haber fundido los talentos en grandes planchas, las revistió de finas capas de madera y las puso en el fondo de los carros que ha proporcionado para llevar a los prisioneros samios a tus naves, engañando así a la guardia de la ciudad.

—¿Cómo puedes sospechar que soy yo el artífice de todo esto? —chilló Simos.

Lo miré con desprecio. Su obstinación en negar era irritante y ofensiva.

—Para explicártelo, partiré de un elemento que he considerado fundamental desde un principio: el lugar donde se hundió la nave de Xuto. Calcis. Es cosa sabida por todos que el hundimiento de una nave es siempre objeto de notable clamor, y sin embargo tú, Simos, que en aquel período te encontrabas precisamente en Calcis, no me has dicho nunca una sola palabra que me fuera útil sobre ese episodio. Te guardaste mucho de proporcionarme cualquier detalle. Recordaste una sola vez haber oído hablar del naufragio, pero únicamente para darme a entender que en los días en que se perpetraban el delito y el robo en la Acrópolis tú estabas lejos de Atenas. ¡Esto es reticencia, amigo mío! Querías únicamente demostrarme tu extrañeza por los hechos: si te encontrabas en Calcis, ¿cómo habrías podido robar el oro en la Acrópolis? Para comprender que detrás del hundimiento de la nave estaba la mano del propio capitán, tuve que esperar a que un marinero que se la tenía jurada a Xuto me hiciera notar que en el tiempo del naufragio el mar estaba en calma.

Este importante detalle me hizo sospechar acerca de la conducta del capitán, el único superviviente de esa desgracia. Tú, en cambio, callaste sobre este detalle fundamental, pues sabías que, investigando sobre Xuto, antes o después me remontaría hasta ti, el artífice de este horrible plan. Habías organizado todo a la perfección. Habías insistido para que la legación ante Antileón se desarrollara precisamente en ese período y te habías ofrecido a llevarla personalmente. Entretanto te habías apresurado a asegurarte la contrata para la restauración de la nave sagrada, que estabas seguro de obtener gracias al favor del que gozabas ante Hipérides.

—¿Qué te hace pensar que la restauración de la nave sagrada puede tener que ver con la farsa que me estás atribuyendo? ¡El simple hecho de hablar de ello es un sacrilegio! —objetó Simos.

—Sacrilegio lo es el hecho de que te sirvieras de la nave sagrada para sustraer su oro a Atenas. —Respondí yo con tono firme—. La única manera para entrar y salir sin ser molestado de la Acrópolis era esconderte dentro de la nave sagrada. Una vez

llegado clandestinamente a Atenas por el Puerto de los Ladrones, te dirigiste inmediatamente a Prasia y esperaste a Epigenes donde sabías que pasaría con la copia de la llave del Tesoro atada al cinto. Debes de haber espiado durante un largo tiempo los movimientos de aquel criador de gallos para concebir un plan tan bien urdido. Aquella noche lo mataste, acuchillándole a traición, y le sustrajiste la copia de la llave del Tesoro.

—¡Lo que dices es absurdo! —replicó Simos—. No tenía ningún motivo para matarlo: has afirmado que el asesino mató a Epigenes para hacerse con la llave. ¡Pues bien, yo no sabía ni tan siquiera que ese hombre poseía esa condenada llave!

—Al contrario, sí lo sabías. En los últimos días no he hecho más que pensar en cuál podía ser la relación entre el asesino, Epigenes y Damasipo. Aparentemente, entre vosotros tres no media ningún nexo, pero luego me acordé de la tarde del banquete, cuando nos vimos por primera vez. ¿Recuerdas? Me preguntaste cuál era el nombre del socio de Epigenes citado en la *syngraphe*. Te dije el nombre de Damasipo, cuando todavía ignoraba quién era. Tú me dijiste que se trataba con toda probabilidad del hijo ilegítimo de Cratilo. Me hiciste saber que el joven había partido para Lamia y cuando te pregunté cómo te las arreglabas para estar tan informado respecto de él, tú me respondiste que habías leído su nombre en los documentos oficiales que tienes la costumbre de consultar para verificar su correcta actualización. Una atención hasta demasiado solícita para un joven cualquiera, diría yo, y también por parte de un funcionario cumplidor como tú. ¿O debo pensar que conoces con pelos y señales las vidas de todos los otros miles de efebos de Atenas? El robo del Tesoro solo podía ser llevado a cabo por un hombre en estrecho contacto con el poder, que hubiese accedido a las informaciones más reservadas. Lo comprendí la noche en que fui en busca de Xuto. Dos granujas estaban hablando entre ellos del robo del oro y estaban seguros de que ninguno de los delincuentes de la ciudad habían sido sus artífices. Fue entonces cuando pensé que el culpable debía de ser un hombre de las instituciones y no un ladrón cualquiera. A mi modo de ver, como meticuloso revisor de los registros de la ciudad, debes de haber sido el único en darse cuenta de la falta de las setenta minas del Tesoro después de que Damasipo las robara. Así indagaste sobre los soldados de la guardia que habían prestado servicio en la Acrópolis y te diste cuenta de que Damasipo había montado la guardia en la Acrópolis inmediatamente después del turno de vigilancia en la Tholos. Relacionar los dos sitios y la llave del Tesoro para ti debe de haber sido algo inmediato. Debiste de haber intuido enseguida cómo habían ido las cosas, pero no denunciaste a Damasipo. Decidiste no perder de vista al joven, para hacer de ese episodio enojoso una buena oportunidad para ti mismo. Descubriste que Damasipo tenía una copia de la llave del Tesoro, que había tenido negocios con Epigenes y que le había entregado a este la copia de esa llave. Presa del demonio de la codicia, en ese punto tu ánimo concibió un plan para llevar a cabo el robo más audaz que nunca se haya intentado en esta ciudad.

—Tienes una viva imaginación, te lo reconozco...

—Después de haber dado muerte a Epigenes, te dirigiste a la nave sagrada, que, cuando no es utilizada para las procesiones, se halla expuesta en las cercanías del Areópago. Allí te esperaban tus esclavos. No habrías tenido éxito en la empresa sin su ayuda. Entrasteis a escondidas en la nave y esperasteis al amanecer en su interior. El día siguiente, el de la fiesta de Zeus Salvador, la nave sagrada con vosotros escondidos dentro fue llevada en procesión dentro de la Acrópolis y depositada entre el Partenón y el edificio del Tesoro. Nadie sabía que aquella nave se había convertido en un enorme caballo de Troya, con los enemigos de la ciudad hacinados en su interior. Estabas seguro de que nadie, ni en sueños, pensaría en registrar la nave sagrada durante los festejos. Y así fue exactamente.

Me pregunté varias veces cómo consiguió el ladrón franquear los Propileos y a continuación salir de la Acrópolis con todo ese oro sin hacerse notar. Únicamente habría podido hacerlo utilizando la nave sagrada. En el curso de la noche la vigilancia del templo y del Tesoro se relajaba y, debido a la fiesta, los pocos soldados de guardia de servicio estaban demasiado ebrios para cumplir con su deber. Así, tus esclavos y tú os introdujisteis sin ser molestados en el Tesoro gracias a la llave que habías sustraído a Epigenes. Robasteis los talentos de oro y los cargasteis en la nave sagrada. Por último, cerrasteis las puertas del Tesoro y os escondisteis entre la carga esperando que a la mañana siguiente los ministros del culto, desconocedores de todo, transportasen la nave a tu fragua, donde comenzarían los trabajos de restauración. Cuando estabais ya lejos de la Acrópolis, el sacerdote abrió el Tesoro y descubrió el robo. Solo entonces dio la alarma. Demasiado tarde para comprender qué fin había tenido el oro desaparecido; la nave sagrada se encontraba ya en tu fragua, donde tus esclavos la habían vaciado a toda prisa de todos los talentos.

—La guardia registró también mi fragua —dijo Simos—, pero no encontraron en absoluto el oro robado.

—En efecto, no se dejó de revisar nada —dijo Hipérides, que dentro de él todavía alimentaba una vaga esperanza en la inocencia de su pupilo—. Cuando se examinó la fragua de Simos, como cualquier otro lugar de Atenas, no se encontró el oro.

—La guardia no lo descubrió porque no pensaron en revisar las decenas de crisoles, en los que ya habían sido puestos a fundir los talentos robados por los esclavos cómplices para luego adoptar la forma del fondo de estos carros. Nadie sospechó de la presencia de tanto oro fundido en la fragua ya que estaba en curso la restauración de la nave sagrada, que está repleta de metales preciosos de arriba abajo. Posteriormente, cada carga de mercancías que entraba y salía de esa obra fue inspeccionada de forma rigurosa, pero a nadie se le ocurrió en ningún momento comprobar con qué material se fabricaban los propios carros. Recuerdo que cuando hice una visita a la fragua de Simos, uno de sus carros se atascó en un terreno friable. Para sacarlo hubo que agregar otra yunta de bueyes a la primera. El episodio me llamó la atención porque el carro estaba vacío, por lo que no hubiera tenido que

hundirse allí donde la yunta de bueyes que tiraba de él había transitado sin ningún problema. Entonces no caí en la cuenta, pero ello se debió a que el carro pesaba mucho más que los demás carros corrientes: tenía un núcleo de oro purísimo, así como todos los carros que Simos proporcionó para transportar a los prisioneros samios desde la cárcel hasta aquí. ¡Todos estaban fabricados con el oro sustraído de la Acrópolis! Ayer por la noche, mientras trataba de sacarle una confesión a Xuto, me pregunté cómo habría transportado lo robado el ladrón fuera de la Acrópolis y, a continuación, fuera de la ciudad eludiendo los severos registros de la guardia. Me parecía imposible que pudiera desplazarse una cantidad semejante de oro de un lugar al otro sin ser descubierto. ¿Cómo lo habría conseguido el ladrón? Solo encontrando una respuesta a esta pregunta saldría el nombre del culpable. Pues bien, la respuesta me llegó pensando de nuevo en el carro pesadísimo que había observado fuera de tu fragua. Tú, Simos, has ocultado el oro robado en estos carros cargados en las naves calcídicas para llevarlo lejos de Atenas. Solo tú podías servirte de la nave sagrada como medio de transporte del oro desde la Acrópolis hasta tu fragua. Solo tú podías aprovechar las naves calcídicas para conducir las a otra parte, utilizándolas como medios para entregar los prisioneros samios a Antileón. El ingenioso sistema de transporte que concebiste para hacer salir a escondidas el oro de la Acrópolis, primero, y de Atenas, después, me ha llevado hasta ti.

—¡Vil canalla! —exclamó Hipérides dirigiéndose a su discípulo—. Te llevaba en la palma de la mano. Había puesto toda mi confianza en ti. ¡Te he confiado tareas de gran responsabilidad. Te he querido como a un hijo!

—Diste instrucciones a tu esclavo de fundir los talentos robados —proseguí—. Entretanto tú, Simos, la noche siguiente al robo te embarcaste nuevamente hacia la nave de Xuto para volver a entrar a escondidas en Calcis, donde, oficialmente de vuelta de la peregrinación, hundiste la nave junto con Xuto y reapareciste delante de Antileón. Esta noche el capitán ha sido conducido a prisión. Solo poco antes del alba, gracias a las *insistencias* de mi esclavo, ha confesado que, cuando llegasteis a la vista de la costa calcídica, envenenasteis el rancho de la chusma. Después de la comida, practicasteis una falla en el casco de la nave y os embarcasteis en una chalupa. Abandonasteis a los marineros moribundos en la nave que se fue a pique y alcanzasteis el puerto sanos y salvos. Así eliminasteis a unos testigos para vosotros sumamente peligrosos. A partir de ahí vuestros caminos se separaron y, hasta esta noche, a los ojos de todos habéis aparecido como dos hombres que os ignoráis el uno al otro.

—Pero ¿por qué Simos habría elegido servirse de esa nave? —preguntó el arconte, que hasta ese momento había asistido en completo silencio.

—Porque era la única cuya ruta conocía. —Respondí—. Y además porque sabía que estaba gobernada por un capitán venal. Cerrados los acuerdos con Antileón, Simos regresó oficialmente a Atenas. Comunicó a la Boulé el resultado de la legación e hizo lo imposible para organizar la restitución de los prisioneros samios en los días

más favorables para él. Le quedaba, en efecto, aún un problema. ¿Cómo transportar fuera de Atenas todos esos carros sin despertar sospechas? Pues bien, solo había una manera: utilizarlos para cargar los prisioneros samios en el interior de naves diplomáticas, donde la guardia ateniense no pudiera meter la nariz. Así, mientras en toda la ciudad se efectuaban inspecciones para encontrar el oro robado, este mismo oro pasó por delante de las narices de todos en forma de carros de transporte. He aquí explicado por qué razón Simos insistió en acompañar a Antileón a tierra neutral. No para asegurarse que los prisioneros, una vez libres, fuesen inofensivos para Atenas, sino para poder huir para siempre con el precioso botín. Una vez desembarcado en destino, y reunidos sus carros, habría pedido asilo fuera de los dominios atenienses. En aquel punto, con todas aquellas riquezas, cualquier ciudad enemiga nuestra le habría abierto de par en par las puertas. Habría llamado a sí a sus siervos y los habría hecho vivir en el lujo. Habría sido demasiado arriesgado traicionarlos también a ellos y abandonarlos aquí. Con el éxito del plan de Simos, Atenas no podría ya recuperar su propio oro ni atrapar a quien lo había robado. Antileón desconocía totalmente que se había convertido en cómplice de todo ello. Lamento haberlo involucrado en el arresto, pero teníamos necesidad de comprobar las intenciones de Simos de huir de Atenas con esos carros; he aquí por qué os hemos interceptado una vez que casi habíais salido de la dársena.

Simos tenía el rostro rojo de ira.

—Apolófanes, ni mi presencia en la nave de Antileón ni estos carros prueban nada. No los he mandado cargar yo. ¡Es todo fruto de una conjura! Amo a Atenas. ¡Nunca habría podido urdir un plan tan infame!

—Infame es el término correcto, Simos. Lo concebiste todo para enredar a Damasipo. Sabías que, descubierta la muerte de Epigenes, alguien se remontaría antes o después a la relación de negocios entre la víctima y el hijo ilegítimo de Cratilo. El joven efebo, dada su conducta hasta ese momento ciertamente nada ejemplar, sería el primero en resultar sospechoso. Tú, en cambio, no lo eras. Todos, en efecto, creían que la noche del delito te encontrabas oficialmente en misión en Calcis. Por voluntad del Hado fue acusado del homicidio un pobre loco y Cratilo trató desesperadamente de hacerlo condenar para proteger a su hijo. Inicialmente, esto favoreció tu juego. Te permitió controlar la situación de cerca y hasta desviar mis investigaciones a tu gusto. Trataste desde el principio de orientar mis sospechas hacia Damasipo y hacia Cratilo, alejándome de la pista adecuada. Pero luego algo cambió.

Cuando me oíste echar por tierra de una vez por todas tu teoría del homicidio ocurrido por obra de Damasipo y con la complicidad de Cratilo, comprendiste que había llegado el momento de hacerme desaparecer. Localizaste a Xuto, le avisaste de que yo iría en busca de él y le ordenaste que me matara. Entretanto, Damasipo había sido mandado a Lamia por su padre con el fin de mantenerlo al abrigo de toda sospecha. En realidad, Cratilo estaba tratando desesperadamente de salvar el buen nombre de su familia de una humillación insostenible. Damasipo había actuado como

un inconsciente, había duplicado una llave sagrada para la ciudad y con su gesto, nacido de un insano mal del amor, puso en serio riesgo el destino de Atenas. Sin embargo, ha muerto como un héroe, lo cual lo ha rehabilitado tanto ante los atenienses como ante los dioses. Y sin embargo, todo esto no ha sido suficiente para el pobre padre desesperado que no ha podido soportar la vista de su cadáver. ¡También la muerte de estos dos ciudadanos, en un cierto sentido, es obra tuya, Simos!

—¡Lo que tienen que oír mis oídos! —barbotó Hipérides entre la ira y el llanto—. ¡Nunca hubiera pensado que un ateniense ilustre como Cratilo podía mancillarse de tan graves delitos! Yo no aprobaba su línea política promacedonia, pero consideraba su moral integrísima. En cambio, descubro ahora que ha puesto en riesgo la vida de ciudadanos inocentes y que además intentó tapar un escándalo familiar que estuvo a punto de mandar a toda la ciudad a la ruina. ¿A quién habrá que confiar nuestra pobre Atenas para que no se hunda en el abismo en cuyo borde vacila?

—¡No tenéis ninguna prueba que apoye todas estas sandeces, y que los dioses me castiguen si lo que digo no es cierto! —objetó Simos ostentando una firme seguridad.

—¡Cuidado con los perjurios! —Le contuve—. ¡Porque el cielo solo es sereno sobre la cabeza de los honestos! Antes de venir aquí, le he pedido al arconte rey que efectuara una inspección en tu propiedad.

Un soldado de la guardia que tenía detrás me alargó un grueso objeto envuelto en un paño. Cuando lo mostré, Simos se estremeció.

—¡Pero esta... es la urna con los restos de mi tío! ¡Cómo has osado, vil profanador!

—Al final de mi última visita a tu casa, quiso la casualidad que pasase justo por el lado de la estela erigida en memoria de los caídos de Queronea. Te acababa de oír contar la gesta heroica de tu tío en esa batalla y así, sabedor de tu orgullo familiar, busqué su nombre entre los esculpidos en ese monumento. No puedes imaginarte mi asombro cuando, tras haberlo comprobado tres veces, no lo encontré. En un primer momento pensé en un simple error por parte del artesano de la estela, pero luego consideré que un descuido habría sido advertido inmediatamente por tu familia. Envié enseguida a Filoxena y a mi esclavo Estrepsíades al Areópago para comprobar los registros de los muertos.

En efecto, tu tío cayó como hoplita y por añadidura en la época de los hechos de Queronea. Pero no en el curso de la famosa batalla, sino más bien por mar. La nave en la que se había embarcado estaba circunnavegando el Peloponeso para transportar refuerzos, cuando se hundió. Tu tío no murió en la batalla. Se ahogó en el mar Egeo. Su cuerpo, arrastrado miserablemente al fondo del mar, no fue nunca encontrado. Por eso aquí dentro no están sus cenizas. ¿Por qué mentiste? ¿Es que no querías que hurgase dentro de este vaso? Todavía recuerdo tu palidez cuando, durante mi última visita, después de haberlo golpeado, estuve a punto de romperlo contra el suelo de tu casa. ¿Qué temías que sorprendiese, si la urna se hubiese roto en mil pedazos? Al oír

un ruido metálico en su interior, te pregunté qué lo había provocado. Tú me respondiste que se trataba del anillo de familia de tu tío. Te creí. Pero ahora sé que tu tío se hundió en los abismos marinos. Por tanto estoy convencido de que dentro de este vaso no está en absoluto su anillo, pues este sin duda yace en el fondo del mar junto con sus restos. ¿Qué contiene este tanpreciado vaso, si no son las cenizas de tu tío y tampoco el anillo, para hacerte palidecer como un muerto solo de pensar que habría podido descubrirlo?

Levanté la urna sobre mi cabeza.

—¡No lo hagas, Apolófanes! —gritó Simos—. ¡Profanarías los restos de un héroe de Atenas!

Con gesto decidido estampé contra el suelo la urna, que se hizo añicos. De la panza del vaso roto se alzó una densa nube de polvo. En medio del cúmulo de cenizas que se esparció a nuestros pies apareció un objeto metálico.

—¡Mirad! —exclamó Filoxena acercándose a mí y a Simos.

En aquel momento, un viento repentino sopló en la costa y barrió el polvo que impedía la vista.

Hipérides se inclinó y, tras limpiarla de su ceniza, levantó al cielo una llave de hierro colado de un solo paletón compuesta por dos dientes en el extremo, con una empuñadura decorada por numerosas incisiones en forma de hojas de hiedra. La llave que abría una puerta *importante* de la que había hablado Esteno, la viuda de Epígenes.

—Esta es la prueba indudable de tu culpabilidad —dije vuelto hacia Simos—. Estoy seguro de que se trata de la llave que abrió las puertas del Tesoro de la Acrópolis la noche de la fiesta de Zeus Salvador. Para asegurarme, bastará con probarla.

El arconte rey dio un paso adelante. Su mirada torva recayó sobre Simos.

—Había encargado a Filoxena que vigilara a Cratilo, pues lo consideraba implicado en el robo de la Acrópolis. ¡Nunca me habría imaginado que de las investigaciones pudiera salir a la luz una maquinación semejante ni, sobre todo, que detrás de todo esto estuvieses tú, Simos, el mejor discípulo de Hipérides, el más denodado defensor de la democracia y de la independencia de Atenas!

El viejo Hipérides dio unos pasos adelante, con los labios trémulos de la ira y los puños apretados en torno a esa maldita llave.

—En toda mi vida, nadie se había burlado de mí de forma tan desvergonzada —dijo, severo—. Me siento humillado. Merezco la censura de toda la ciudad por haberte acogido como discípulo mío y por haber impulsado tu carrera política de modo tan apasionado. Eres la vergüenza de Atenas, Simos. Con tu vil conducta has enfangado también mi nombre. Por lo que has hecho, mereces la pena más severa.

—Tengo aún una pregunta, Simos. —Añadí—. ¿Cómo conseguiste eludir la vigilancia e introducirte a hurtadillas en la nave sagrada?

En el rostro de Simos apareció una mueca que me dejó helado. Todo indicio de

razón se había desvanecido de su rostro en otro tiempo armonioso. Una nueva y terrible mirada cargada de locura la volvía irreconocible.

—No fue difícil —dijo—. Me bastó con pagar a unas prostitutas para que sedujesen a los centinelas. Así la nave sagrada quedó sin custodia durante una hora entera. Para nosotros fue un simple juego introducirnos en la bodega. A su regreso, los centinelas no podían saber que estábamos ya escondidos dentro de la nave.

Los soldados de la guardia avanzaron hacia Simos. Uno de ellos se le acercó para ponerle los cepos en las muñecas, seguro de que no opondría resistencia. Pero apenas lo tuvo junto a sí, Simos le sacó la espada de la funda con agilidad de felino y se la apuntó en la garganta. El soldado se estremeció y retrocedió para no ser traspasado. Con gran rapidez, Simos aferró a Filoxena por el brazo y se escudó con su cuerpo. Filoxena, con la hoja en la garganta, permaneció inmóvil, aterrorizada, y contuvo el aliento. Los otros soldados de la guardia se enfrentaron a Simos, apuntando las lanzas contra el pecho de la bella filósofa.

—¡Apartaos o le corto el gaznate! —Intimó él—. Y tú, Apolófanes, arroja el puñal al agua.

Obedecí. Lancé el arma al mar.

—¡Bajad las armas! —imploré a la guardia—. ¿Acaso queréis matarla?

—No empeores la situación, Simos. Ríndete. Depón la espada. Afronta con honor, si aún conoces lo que significa esta palabra, el juicio ante el tribunal —exigió Hipérides.

A lo largo de los muelles adyacentes corrió con gran rapidez la voz de que un loco había tomado a una mujer como rehén. En menos de lo que cuesta decirlo, el puerto entero se volcó sobre nuestro muelle para asistir a la escena. Esto no hizo sino poner más nervioso aún a Simos.

—No me dejaré apresar, ahora que he conseguido cargar *mi* oro en las naves —vociferó mirando a la multitud de curiosos agolpada en el embarcadero—. El oro es mío, ¿es que no lo comprendéis? No podéis imaginar siquiera el esfuerzo que me ha costado hacerme con él. Mi plan estaba estudiado hasta el más mínimo detalle. No os permitiré que me pongáis obstáculos precisamente ahora. Es cierto, Apolófanes: fui el único, cuando Damasipo sustrajo las setenta minas del tesoro, en darme cuenta del desfalco. Ningún funcionario en esta ciudad colapsada cumple ya con sus obligaciones tal como debería. Decidí indagar por mi cuenta. Por casualidad, a los pocos días, descubrí que Damasipo había prestado servicio como centinela en la Acrópolis el día después de haber estado de guardia en la Tholos. La sospecha de que hubiera robado él las setenta minas no tardó en convertirse en certeza. No le perdí de vista. Le seguí los pasos y escuché a hurtadillas sus conversaciones con Epigenes. Cuando lo vi entregar la llave a ese criador de mala muerte, un demonio, tal vez Hermes mismo, se posesionó de mí, me habló y me inspiró.

Nació en mí la idea de robar todo el oro de Atenas. Pobre Hipérides, ¿de veras creías que te iba a ser fiel de por vida? ¡Eres un viejo iluso, prisionero de las

nostalgias de una gloria pasada! Has arrastrado a Atenas a una revuelta en la cual la ciudad no ha tenido ninguna posibilidad de salir vencedora. Aunque te admiré mucho como discípulo tuyo, una vez que me hube ganado tus favores y fui introducido en la vida política, pude comprobar el nivel de decadencia en el que se hallaba esta mísera *polis*. No por la gloria, sino por el dinero, los políticos dirigían las conciencias de los atenienses a votar en la Asamblea por esta o por aquella medida, y mientras tanto se embolsaban indebidamente el oro destinado a la ciudad y a los ciudadanos. Tienes el mérito de haber descubierto muchos escándalos, lo reconozco. Pero las corruptelas en Atenas ya son imparables. Comencé paulatinamente a ver las cosas tal como realmente eran. Comencé a sentir desagrado por Atenas y por su democracia corrupta que moría lentamente por culpa de la incompetencia de sus magistrados. Esta misma guerra, Hipérides, reconócelo de una vez por todas, ha estallado como consecuencia de tu actitud obtusa. No estabas dispuesto a rendirte a la evidencia: nuestra ciudad no puede ya nada contra el gran poderío de los macedonios. Hemos entrado en una nueva época. El sueño de la hegemonía de Atenas sobre toda Grecia es ahora ya irrealizable. Es, simplemente, ridículo. ¿Y tú esperas que me arrepienta de haberte embaucado? Cuando comprendí que estabas arrastrando a la ciudad al abismo de la ruina, no quería caer junto con ella, por lo que ideé un plan para salvarme al menos a mí mismo: recoger las últimas riquezas de la ciudad y llevármelas conmigo, lejos, donde existiese todavía la posibilidad de vivir entre hombres honestos y virtuosos, para hacer renacer en otra parte el sueño de una *polis* perfecta. Estaba dispuesto a viajar lejos de los hombres macedonios, más allá de Épiro, rebasar incluso las colonias de la fértil Sicilia e ir aún más allá para encontrar el lugar ideal en el que volver a comenzar una vida digna.

El rostro de Simos estaba deformado por una euforia histérica. Hablaba y, como presa de un delirio, miraba a un punto en el vacío. Los ojos inyectados en sangre le conferían un no sé qué de bestial. Muy poco de humano le había quedado en el aspecto. Filoxena delante de él jadeaba presa del terror. La hoja le rozaba amenazadoramente la garganta.

Fue Hipérides quien le hizo volver a poner los pies en el suelo.

—No quiero ya seguir oyéndote. ¡Deja estar a la mujer, bellaco!

—No acepto más órdenes de ti, viejo. Más bien, escuchad mis condiciones. Os alejaréis del muelle. Me dejaréis partir con las dos naves de Antileón y ordenaréis a los trirremes anclados enfrente que las dejen irse sin ser molestadas. Si veo en el horizonte aunque solo sea una nave ateniense, le cortaré el gaznate a esta hetaira.

—Lo que pides es imposible —tronó el arconte rey, con los ojos de rabia— debes ser procesado y juzgado en el Areópago. ¡Esto es lo que te espera!

—¡Me obedeceréis en cambio, o mataré a esta mujer precisamente aquí, en este condenado muelle! —Simos calló por un momento, como para acentuar el énfasis de lo que diría a continuación—. En cuanto a ti, Apolófanes, subirás a una de las dos naves con ella y conmigo.

—Tú, vil traidor —exclamó Hipérides, con los puños temblándole para manifestar su propia impotencia.

—No tenemos elección —le interrumpí—. De acuerdo, por Cástor y Pólux, vendré contigo, pero debes darme tu palabra de que no harás daño a Filoxena.

—Ella no me importa nada. Si aceptáis mis condiciones, no le tocaré un pelo. La haré desembarcar en el primer puerto franco junto con estos estúpidos samios. Luego, Apolófanes, decidiremos juntos la meta hacia la cual proseguir el viaje. En el fondo, lo confieso, siento gran admiración por ti. Has demostrado una gran perspicacia en el curso de tu investigación y, aunque hayas sido tú quien me ha enredado, quiero ofrecerte mi amistad. Atenas es una ciudad ya perdida. Ven conmigo. Deja esta ciudad antes de que caiga en manos de los macedonios. Juntos disfrutaremos de las riquezas que no esperan al resto de los atenienses, puesto que son estúpidos y corruptos. Hombres como nosotros, Apolófanes, no merecen vivir en esta ciudad que explota las virtudes de los mejores para no pagarles nunca por nada. Acepta mi ofrecimiento. Llegaremos a una tierra lejana y allí, juntos, fundaremos una nueva Atenas, donde gobernaremos como dos sabios tiranos en nombre de la virtud y de la justicia. Pero si te niegas a colaborar en este sueño mío, querido amigo, has de saber que te mataré con mis propias manos.

Apenas le dio tiempo de terminar este delirio suyo cuando del embarcadero oímos alzarse un gran vocerío. De la multitud, que hasta ese momento había observado todo en un silencio casi absoluto, llegó un lamento general que se transmutó en gran clamor.

—¿Qué sucede allí abajo? —tronó Simos—. ¡Mantened a raya a esa gente o para esta mujer todo ha terminado!

Filoxena aprovechó ese instante de distracción. Rauda como el rayo, desenvainó su puñal de debajo de la manga del peplo y con gesto rápido y preciso hirió el brazo de Simos que la tenía ceñida. Este gimió del dolor, soltó la presión y Filoxena se desprendió. Pero no estaba a salvo. Se encontraba aún al alcance de la espada. Los soldados de la guardia apuntaron las lanzas contra Simos.

—Atrás, os ordeno. ¡O retrocedéis o la traspaso! —gritó Simos en el colmo de la ira.

Atrapé la ocasión al vuelo. Simos estaba manteniendo a raya a la guardia. Le salté encima, haciéndole caer al borde del muelle. Rodamos varias veces el uno sobre el otro. La guardia estaba indecisa sobre qué hacer. ¡Un movimiento en falso y me traspasaría a mí!

—¡Tú, maldito, morirás! —refunfuñó Simos después de haberme bloqueado con los hombros contra el suelo, con las venas de las sienes hinchadas por el odio.

Blandió la espada en el aire y a punto estuvo de traspasarme. Filoxena se acercó a sus espaldas para golpearle con el puñal, pero él se dio cuenta. Se volvió y de una patada la tiró al suelo. Filoxena gimió. Grité con el corazón henchido de rabia. Estampé a Simos contra un lado y la alcancé.

—¿Estás bien? —le pregunté.

Ella asintió, pese a apretarse el estómago dolorido por el golpe recibido.

En aquel momento, algo a mis espaldas le hizo pegar un grito.

—¡Cuidado!

Me volví de golpe. Simos, de pie detrás de mí, tenía el brazo levantado sobre la cabeza y se preparaba para lanzar un mandoble. ¡Era demasiado tarde para esquivarlo! Aunque yo lo rehuyera, heriría de muerte a Filoxena. Por tanto me arrojé sobre él. Le abracé haciéndole de escudo con mi cuerpo. Cerré los ojos, convencido de que, apretado contra Filoxena, la Moira me cortaría el hilo de la vida con mayor dulzura.

Y sin embargo, para mi gran sorpresa, ningún mandoble sajó mis carnes. En el instante antes de que Simos asestase el golpe mortal, se reveló un prodigio en presencia nuestra. Un canto ni humano ni animal resonó terrible a nuestras espaldas y aterró a todos.

Simos se quedó petrificado con la espada a media altura sobre mi cabeza.

—Ese ululato... —balbuceó con voz rota por el terror.

El gentío que se encontraba en el muelle se había abierto en dos alas. En medio había aparecido Eurifemo. Una figura enorme, un Titán evadido de las grutas del Tártaro. ¡Este era el origen de aquel grito bestial! Esta la causa de tanto clamor levantado por el gentío agolpado en el muelle. Con la potencia de un Titán, sabedor de la antigua amistad entre Prometeo y los hombres, de un solo salto Eurifemo superó al arconte rey, a Hipérides, a Filocles y al propio Antileón. La guardia atónita no sabía qué mirar ya, si al Titán recién aparecido entre el gentío o bien todavía a Simos que estaba a punto de ensartarme. Eurifemo se dirigió con determinación hacia mi agresor. Advertido del peligro, Simos me descuidó a mí y a Filoxena y apuntó la espada hacia él. Demasiado tarde. Eurifemo lo dominaba. Su figura inmensa le tapaba la vista del sol. Simos alzó la espada para matarlo. Pero el otro le cogió la muñeca con su poderosa mano. El apretón era tan fuerte que obligó a Simos a aflojar la presión. Su arma cayó al suelo. Simos gritó de dolor. Los huesos de su mano crujieron bajo aquella fuerza sobrehumana. No dispuesto en absoluto a la rendición, con la mano libre Simos soltó un golpe al rostro de Eurifemo, pero apenas si lo rasguñó. Fue como golpear una montaña con una piedrecita. El Titán, solo sobre unas piernas robustas como troncos de pino, infligió a Simos un castigo devastador. ¡Ay de los pobres miserables que desafían la potencia divina! Un puño grueso como el proyectil de una catapulta se abatió severo sobre el pecho de Simos. Como consecuencia del golpe tremendo, el cuerpo del hombre se aflojó. Eurifemo aflojó la presión y Simos se vino al suelo como un pellejo deshuesado. Trató de levantarse de nuevo con un gruñido. Apoyó las manos en el suelo para enderezarse, pero una punzada en el tórax lo obligó a doblarse sobre sí mismo. Intentó por segunda vez ponerse de nuevo en pie.

—¡No me cogeréis nunca! —gritó con la voz rota por el dolor.

La baba le chorreaba de la boca. Su aspecto era penoso. La codicia lo había también afeado de aspecto, pero a Simos le traía sin cuidado. Recuperadas las fuerzas con increíble rapidez, saltó hacia una de las naves cargadas de oro.

—¡Se escapa! —gritó Hipérides apuntándole con el dedo.

—¡No tendréis nunca mi oro! —gritó Simos huyendo.

Recorrió a grandes zancadas la pasarela. En un instante había alcanzado el puente de cubierta de la nave.

Fue Atenea la que inspiró mis acciones. La vista de aquel hombre despreciable, esclavizado por su propia codicia, me encendió de ira repentina. Todo sucedió en cuestión de instantes. Junto a mí los hoplitas miraban atónitos la fuga de Simos. Con gesto rápido le quité la lanza a uno de ellos y, tras dar dos pasos hacia delante, la balanceé en la mano a la altura del hombro. Simos había recorrido ya la pasarela casi totalmente. Mis ojos buscaron la parte más vulnerable de su cuerpo. El punto en el que quitarle la vida a un hombre de modo rápido e infalible. La distancia era considerable y el riesgo de fallar, puesto que Simos se estaba moviendo, era muy alto. Sin embargo, no lo dudé. Arrojé la lanza con todas mis fuerzas. Esta silbó en el aire y en un instante dio en la espalda de Simos. Lo traspasó en la base del cuello, saliendo por delante, ligeramente por debajo de las clavículas. La sangre brotó de la herida copiosamente y empapó todo el quitón.

La vida abandonó a Simos en un instante como el gorrión que, tras oír unas palmadas, emprende el vuelo de la rama. Su cuerpo, en cambio, huérfano de alma, se aflojó, cayó hacia atrás y se hundió en el azul del mar.

Un soplo de viento azotó mi rostro y me hizo apartar la vista de aquel cuerpo traspasado por la lanza que se hundía miserablemente entre los brazos de Poseidón. Me volví. Crucé mi mirada con las de Hipérides, Filoxena y todos los demás. Su silencio me envolvió.

Cuando todos estaban tratando aún de tomar conciencia de lo sucedido, advertí una presencia a mis espaldas. Me di la vuelta. Eurifemo estaba justo detrás de mí. Los soldados de la guardia aún trastornados rodearon a mi salvador. Lo apuntaron con sus lanzas y le ordenaron la rendición. Sus lanzas temblaron suspendidas a media altura. Eurifemo, inmóvil, miró despectivamente las puntas afiladas.

—Por Ártemis, ¿qué hacéis? ¡Bajad las armas! —tronó Hipérides, vuelto en sí—. ¡Dejadle irse! El verdadero criminal ha recibido ya el castigo que se merecía.

Los soldados de la guardia obedecieron y abatieron las lanzas. Eurifemo, a quien todos conocían como el licántropo, me dio su poderosa mano. Filoxena asistió a todo esto en el más absoluto silencio. Le estreché la mano. Observé ese rostro animalesco, cubierto de una espesa maraña impenetrable de cabellos largos y estoposos. Escruté la barba espesa y antigua de la que emergía, prominente y violáceo, el labio inferior.

Solo yo, solo yo conocía la verdad.

Le sonreí. Entreví entre sus cabellos alborotados un abultado chichón en la frente. La memoria me retrotrajo a cuando yo mismo, muchos años antes, le había producido

aquella herida. De mis ojos brotaron lágrimas de emoción.

—¿Estás libre, por fin? —le pregunté.

Eurifemo alzó la mirada y escrutó el vasto reino de Zeus. Miró a su alrededor extraviado, como si algo que había estado siempre junto a él se hubiese desvanecido. Se llevó las manos al rostro. Con una gran alegría, leí en su semblante una expresión de alivio. Unas finas lágrimas surcaron sus pómulos duros, marcados por marcadas arrugas.

—Has mantenido tu promesa, como yo he mantenido la mía. ¡Ahora, por fin, estoy... libre! —me dijo Eurifemo saboreando esa última palabra en la boca como la comida más gustosa que él hubiese probado jamás.

Entre la multitud se abrieron paso sus ancianos padres. Faón y Abrotono llegaron hasta donde estaba Eurifemo, lo ciñeron en un abrazo y se abandonaron a un llanto de alegría.

Eurifemo dirigió al cielo una última mirada llena de emoción y, vuelto de espaldas hacia el mar, sin decir ya una palabra se encaminó lentamente hacia casa.

Entre los cipreses, los pinos y los mirtos olorosos.

Del brazo de su padre y de su adorada madre.

CAPÍTULO XV

En el que Apolófanes comprende el nexo entre amor y justicia

Todos en el puerto se desvivieron por recuperar el oro robado de las naves de Antileón y para transportarlo a su sede legítima, el Tesoro de la Acrópolis. Hipérides ordenó a la guardia que corriera a detener a todos los esclavos de Simios. No más tarde de aquella noche serían ajusticiados en calidad de cómplices de su amo.

No teníamos ya nada que hacer en el puerto, por lo que mandé a Estrepsíades a que preparara a toda prisa el carro y nos llevara a Filoxena y a mí a Prasia, a casa de la viuda de Epigenes.

A nuestra llegada la encontramos, como durante mi primera visita, ocupada en dar de comer a los gallos de pelea. Lo mismo que entonces, iba envuelta en un peplo negro que cubría toda su figura.

—¿Se puede saber qué quieres de nuevo de mí? —preguntó la viuda con el tono desagradable de la última vez.

—El hombre que mató a Epigenes ha recibido su merecido. Quería que lo supieses.

Esteno me miró a mí y a mis acompañantes con un aire grave. Permaneció un instante en silencio. Sus ojos se velaron de un triste alivio. Respiró hondo.

—¿Está muerto? —preguntó.

Respondí con un gesto afirmativo. Esteno miró al suelo. A sus pies, los gallos picoteaban indiferentes a nuestras palabras y a su inmenso dolor. Se volvió dándome la espalda y se quedó de nuevo en silencio. Alrededor resonaban las voces de los animales. Miré a Filoxena, que me devolvió una mirada emocionada.

—Sabías desde un principio que tu marido no había muerto a manos del licántropo —dije vuelto de nuevo hacia Esteno.

La viuda se puso rígida y permaneció inmóvil, petrificada por mis palabras como por un latigazo.

—La noche del homicidio, el asesino se había escondido no lejos de aquí esperando que Epigenes volviese de su visita a la prostituta. ¿Cómo es posible que no oyeras ni siquiera el gemido de tu hombre moribundo? El asesino dejó que Epigenes pasase junto a su escondite, lo sorprendió por la espalda y lo hirió de muerte. Lo acuchilló para hacerse con la llave del Tesoro. Un asesino que actúa así mata a su víctima y luego se esfuma lo más rápido posible, sin preocuparse por el cadáver. En cambio, el cuerpo de Epigenes fue arrastrado lejos del lugar donde encontró la muerte, fue ungido con un bálsamo y recibió incluso los honores de una sepultura. Es absurdo pensar que el artífice de todo ello fue el propio asesino. Como es absurdo pensar que fue también el culpable el que desenterró algunos días después el cadáver

para desplazarlo hasta el Falero. Después de haber dado muerte a Epigenes, el asesino huyó de Atenas, por lo que no fue él quien desenterró el cuerpo.

Esteno se volvió de golpe. Tenía los ojos hinchados por las lágrimas. Los labios trémulos. Las manos apretadas hasta la blancura.

—Sabía de las visitas de Epigenes a esa chiquilla prostituta —respondió—. Sabía, pero no dije nunca una palabra al respecto. Me lo guardé todo aquí dentro, encerrado en mi pecho, sin dejar traslucir mi sufrimiento. Mi aspecto es repugnante, ¿crees que no lo sé? Cada vez que Epigenes iba a verla, esperaba despierta su regreso y, cuando lo veía asomar por el camino, corría a casa y me metía en la cama. Fingía dormir mientras él se tumbaba a mi lado y cogía el sueño como si nada. Solo cuando caía dormido, segura de que no lo despertaría, me abandonaba a los sollozos. La noche del homicidio esperaba como de costumbre su llegada escondida detrás del muro de casa. Con gran horror asistí al asesinato de mi marido. Vi con mis propios ojos a su asesino envuelto en un largo manto aparecer a sus espaldas, apuñalarlo, arrancarle la llave del cinto y huir. Era noche cerrada y la luna creciente iluminaba todo a su alrededor. Nunca olvidaré la silueta de ese cobarde que se alejaba del cadáver de Epigenes. No había nadie más por el camino. Hubiera tenido que pedir ayuda, pero Fobo, el Miedo, me dejó sin voz. ¡Qué prudencia, la del dios! Con solo que hubiese gritado, el asesino se habría dado cuenta de mi presencia y me habría matado también a mí. Epigenes murió sin soltar un gemido. Se desplomó al suelo como un trapo dejado caer en el vacío. Ni una palabra, ni un suspiro, ni un susurro.

—¿Qué hiciste después de que escapara el asesino?

—Estaba trastornada. Fui adonde estaba Epigenes y lo observé largamente sin conseguir moverme. Lo llamé en voz baja. Parecía que durmiese. De golpe, un dios me sacó de aquel estado, me condujo de vuelta a casa y me hizo buscar el ungüento. Entonces comprendí qué quería el dios que yo hiciese. Arrastré por piedad el cadáver lejos del camino. Abrí un agujero profundo con las manos, cubrí el cuerpo con el bálsamo, le di un último beso y lo recubrí de tierra. ¡No puedes imaginarte el peso que sentí en el pecho! Había asistido a la muerte de mi marido y lo había enterrado sin decir nada a nadie. Por otra parte, en los días siguientes nadie vino a buscarlo. Y aunque alguien me hubiese preguntado por él, no le habría contado la verdad. Temía ser acusada yo misma del homicidio. Pero finalmente los dioses me infundieron un gran deseo de revancha. Actué como una loca, lo reconozco. Pero esto fue por voluntad divina. Una noche volví al lugar donde había enterrado a Epigenes, lo desenterré y lo até por las muñecas al rocín. Quería arrastrarlo hasta el Pireo, para que a la mañana siguiente todos los ciudadanos en el mercado de barrio lo viesan. Pero no tardó en llegar el amanecer y así tuve que abandonar el cuerpo junto a un altar en ruinas, antes de que la luz me sorprendiese y alguien pudiera advertir mi presencia. Al irme, a los pies del altar supliqué a Hera que castigara a aquel que había dado muerte a mi marido. ¡Ha sido ella, lo supe desde un principio, la que me ha asistido en esta triste historia! Y, como ha satisfecho mis súplicas, volveré a ese altar y

ofrendaré un sacrificio en su honor.

—¿Por qué no denunciaste el homicidio al Areópago?

—¿Quién me hubiera creído? ¡Habría terminado yo misma procesada bajo la acusación de ser la asesina de mi marido! No tenía ninguna posibilidad de obtener justicia. Por eso preferí callar.

—¿Cómo pudiste aceptar el ofrecimiento de Cratilo, cuando vino a ofrecerte sus servicios de logógrafo para hacer condenar a Eurifemo? Sabías que el imputado era inocente. ¡Y sin embargo no trataste de disuadir a Cratilo!

—Me faltó valor. Ese hombre estaba decidido a acusar al licántropo del homicidio. Yo temí que estuviese conchabado con el asesino y que actuase para encubrir sus fechorías. Fue por eso que no me presenté en el proceso. De haber ido al Areópago, seguro que lo habría desmentido, pero me habría expuesto a su fácil represalia. Una vez que hubiese exculpado a Eurifemo, no habría dejado de dirigir una nueva acusación a mí, que no tenía ninguna coartada y que, debido a las frecuentaciones de Epigenes, habría sido acusada de haber dado muerte a mi marido por simples celos, ya que aquella noche volvía de su habitual visita a la chiquilla prostituta. Nada más fácil para un experto logógrafo.

De golpe me volvió a la mente que, cuando había ido a hacerle una visita a Esteno a su casa la primera vez, puesto en dificultades por la viuda, en un arranque le había hecho una pregunta que entonces había considerado absurda.

—Querías mucho a tu marido. —Repetí.

Esta vez la pregunta se convirtió en una afirmación. Esteno no reaccionó como en el encuentro anterior. Me miró con los ojos brillosos y cogió mis manos entre las suyas. Estaban ajadas, nudosas y afeadas, pero apretaban las mías con dulzura y reconocimiento.

—Siempre lo quise con todo mi corazón y no dejaré nunca de quererlo ni siquiera ahora que está muerto —respondió con voz rota por el llanto.

—¿Por qué no me lo contaste todo cuando vine a verte la primera vez? —le pregunté.

Esteno sonrió tristemente.

—Así como no me fiaba de Cratilo, tampoco me fie de ti. Tenía miedo. Pero al menos cambié de opinión con respecto a ti. De cualquier forma, el asesino ha recibido su merecido.

De camino de vuelta atravesamos un barrio muy pobre. Los niños yacían desnudos al sol, desconocedores de la amenaza macedonia que se acercaba sigilosamente. Una mujer volvía a casa. Al cruzarse con nosotros, por pudor se echó el borde del mantón sobre la cabeza. Estrepsíades, sentado en el carro a mi lado y al de Filoxena, se secaba continuamente el sudor y fustigaba blandamente a Midas. Un gran agotamiento se apoderó de mis miembros. Un baño caliente y otro frío era lo único

que deseaba. Observé con satisfacción mis sandalias nuevas, cuyas correas de cuero relucían a la luz del sol. Estábamos dando un rodeo a la colina de la Acrópolis y nos dirigimos hacia el Falero.

—Por aquí el camino es más largo —dije a mi esclavo.

Sin preocuparse por mis palabras, Estrepsíades siguió recto. Su insubordinación tan descarada me irritó.

—Pero, dime, por Cástor y Pólux, ¿es que te has vuelto estúpido o sordo de repente?

—Sordo, amo.

Miré la nariz tumefacta, los pómulos salientes de púgil y la barba alborotada de mi esclavo. Sus labios se fruncieron en una sonrisa burlona.

Su sagacidad nos arrancó a mí y a la dulce Filoxena una sincera carcajada.

EPÍLOGO

En el que Apolófanes recuerda una promesa hecha muchos años antes

En los tiempos en que era un chiquillo había una cuadrilla de chicos que sembraban el terror entre los de mi misma edad. Estaba formada exclusivamente por tipos agresivos y viles, todos hijos de exesclavos de dudosa reputación a los que la vida había enseñado a atropellar al prójimo para no ser ellos mismos atropellados. El cabecilla de la banda era un chico de trece años llamado Glaucipo, gordo y robusto como un hombre, al que ninguno tenía el valor de darle el escarmiento que se merecía.

Ningún mozalbete de mi edad podía sentirse seguro con aquellos tipos. En el malhadado caso de tener que vérselas con ellos, era necesario entregar cuanto se poseía. Un juguete, comida, a veces el mismo quitón que uno llevaba. Muchos eran los chavales obligados a volver a casa desnudos como habían venido al mundo y con los dientes rotos.

La situación siguió invariable hasta el día en que se constituyó la segunda banda que tuvo el valor de oponerse a la del malvado Glaucipo. A diferencia de la primera, que incluía a la escoria del demos, esta última estaba compuesta por chicos de todas las clases sociales.

Pero entrar a formar parte de este segundo grupo no era cosa sencilla. Es más, solo los más fuertes y los más decididos podían hacerlo. Para demostrar que se reunían todas las cualidades requeridas había una única manera. Superar una dura prueba de valor. Fue lo que me sucedió a mí cuando decidí integrarme en sus filas.

Ardía en deseos de entrar en la banda para unirme a la lucha contra los opresores, pero también para poder alardear con todos mis amigos de pertenecer a un grupo temido y respetado. Por eso me dirigí a un amigo que era miembro de la banda, el cual me llevó a su guarida. Esta era uno de los muchos templete antíguisimos y abandonados del Falero, perdido en una colina que daba al mar, apartado de las casas y de la vista de los mayores. Los miembros de la banda lo habían acondicionado con medios improvisados. El templete estaba más bien en mal estado. Entre las grietas de las losas de mármol del pavimento crecía el musgo y abundantes hierbajos. La misma blancura del mármol se veía ya afectada por la incuria y tiraba a un ligero color parduzco desagradable. La madera necesaria para los amazones externos y para las torrecillas de vigía había sido robada hábilmente al carpintero del demos, así como también los bastones de lucha. Las mazas de los mallos de bronce, las pocas que constituían el tesoro de la banda, eran el fruto de un prodigioso golpe a la forja del herrero y, cuando no se las usaba para golpear a los partidarios de Glaucipo, eran custodiadas en la celda del templete y vigiladas día y noche. Solo se podía acceder a

ella si se era miembro de la banda y si se iba acompañado de uno de ellos, de lo contrario uno era considerado un enemigo y recibía una paliza por parte de los guardianes.

No era casual que los chicos hubieran instituido en el templete el culto al belicoso Ares. En el exterior había un pequeño patio acondicionado a modo de gimnasio, donde uno se ejercitaba en la lucha con las manos desnudas, con espadas de madera y con lanzas. En su interior, el cuartel general contaba con agua y provisiones, acumuladas gracias a la contribución de todos los miembros de la banda.

Fui recibido por el cabecilla en persona, un chico de mi edad llamado Nicómaco, que, contrariamente a Glaucipo, era el vástago de una de las familias más nobles e ilustres del Falero. Era pequeño de estatura y flacucho, pero en sus ojos brillaba una intensa luz de persona aguerrida. Tenía la piel blanca y perfumada como todos los hijos de los *aristoi*, los cabellos cuidados y ni un diente roto. Su única imperfección estética era una cicatriz en el brazo izquierdo que todos sabían que se la había hecho durante una de las muchas reyertas con Glaucipo. Este lo había herido cobardemente con una piedra afilada, por lo que Nicómaco había tumbado a su adversario con un solo mazazo en la frente. Aquella cicatriz en el brazo era el símbolo de su autoridad sobre el resto de miembros de la banda.

Nicómaco se sentaba adoptando la actitud de un rey en un simple escabel de madera y me miraba con sus grandes ojos claros y de persona decidida. Pensé que los tronos más humildes son propios de los soberanos más grandes. Delante de su cabecilla, mi amigo se puso firme. Yo lo imité y me quedé en silencio en espera de que fuese el rey quien hablase. El interior del templo estaba atestado de plantas trepadoras. En los ángulos del techo se distinguían algunos nidos de golondrinas. Nicómaco me escrutó atentamente de pies a cabeza. Se frotó la nariz con el dorso de la mano. Rompió el silencio.

—¿Cómo te llamas?

—Mi nombre es Apolófanes. Soy hijo de Monquión el vendedor de aceite.

—¿Aceite, eh? Bien nos vendría de vez en cuando un suministro de aceite para curar las heridas al final de los enfrentamientos con nuestros adversarios.

—No sería un problema para mí, señor.

Nicómaco asintió complacido.

—Eres un zeugita, pues. ¿Lo sabes, no? Aquí entre nosotros se han enrolado tetes, zeugitas, hippeis y pentacosimedimnos de todo el Falero. En nuestro grupo no cuenta a qué clase perteneces. Cuando entras en esta banda, eres igual que todos los demás. Una sola cosa nos agrupa y nos distingue. El valor. Los cobardes, aquellos que se sienten fuertes solo en medio de un grupo de cobardes como ellos, se los dejamos gustosamente a Glaucipo. Aquí aceptamos solo hoplitas valerosos, dispuestos a sacrificarse para salvar a sus propios compañeros y a proteger el tesoro de la banda al precio de la propia vida. ¿Crees estar dispuesto a tanto?

—Haría lo que fuese por pertenecer a vuestra banda.

—Eso lo veremos pronto —dijo Nicómaco con una sonrisa aviesa en el rostro que me inquietó.

Se levantó, vino a mi encuentro y, a tres pasos de mí, se quedó parado.

—¿Conoces la llamada Gruta del Héroe?

—Por supuesto, esa de la playa. ¿Quién no la conoce?

—Muy bien. Ve esta noche. Encontrarás esperándote a tu amigo aquí presente, en calidad de testigo, y a otro que espera como tú la iniciación. Entraréis en la gruta. Has de saber que esa es la guarida de una bestia feroz, por eso deberéis prestar mucha atención.

—¿Eso es todo? ¿Solo he de entrar en la gruta? —observé con tono de suficiencia.

El rostro de Nicómaco permaneció imperturbable; sin embargo la expresión sonriente se transformó en aire de desafío. Comprendí que había sido temerario. Mis palabras le habían sonado impertinentes.

—Cierto que no, por Ares. Formaréis parte de esta banda solo si conseguís arrancar un mechón de la melena de la bestia. Se lo entregaréis al testigo que os esperará en el exterior.

—¡Pero, Nicómaco, es demasiado peligroso! La bestia los descuartizará. Ninguno de nosotros ha afrontado jamás una prueba tan arriesgada. Su padre me molerá a palos cuando se entere de que he sido yo quien le ha llevado allí dentro —intervino mi amigo visiblemente agitado.

Nicómaco volvió de golpe los ojos hacia él sin perder su expresión plácida, pero decidida.

—La guerra con Glaucipo es cada vez más dura y necesitamos *hombres* más fuertes y más valerosos para vencer. Si mueren, significará que no eran dignos de formar parte de esta banda.

Luego se volvió nuevamente hacia mí.

—Pues bien, ¿te ves con ánimos para afrontar la prueba o eres uno de esos que se echan atrás..., de la raza cobarde de Glaucipo?

—Esta noche estaré en la gruta. —Respondí decidido—. Mañana seré de los vuestros.

La luna llena iluminaba toda la costa. Su luz pálida se reflejaba en el picacho en el que terminaba bruscamente la playa y donde se abría la hendidura de la gruta. A la cabeza avanzó mi amigo, elevado al papel de testigo y juez de la prueba. No hacía más que preguntarme todo el rato lo mismo.

—¿Cómo te las has apañado para convencer a tu padre para salir esta noche? ¿No le habrás dicho que yo tengo que ver algo?

—Tranquilo, él no sabe nada de que yo estoy aquí. Cree que estoy durmiendo en mi cama.

Le seguía a dos pasos de distancia y a mis espaldas caminaba el otro iniciado, un tal Espeusipo, al que no había visto nunca antes y que nos torturaba con un montón de preguntas. No se resignaba al esperado cambio de prueba. Se quejaba por el riesgo que nos disponíamos a correr. El hecho de que no recibiese ninguna respuesta lo ponía aún más nervioso.

—¡Ahora chitón! —dijo mi amigo—. Hemos llegado.

Poco más allá, en la pared rocosa, se abría la pulida hendidura de un antiguo manantial ya seco. La gruta del Héroe.

—Entrad y haced lo que debáis —ordenó el testigo—. Que los dioses os asistan.

—¡Un momento! —Dudó Espeusipo—. ¿Y si la bestia nos ha oído llegar? ¿Si se ha desplazado a la entrada para esperarnos? ¡Apenas metamos la cabeza en la guarida, nos larga un mordisco!

Tragué saliva delatando mi agitación.

—Pocas bromas. ¡Entrad! —Mandó el testigo.

—¿Y si no está la bestia? —dijo Espeusipo—. Yo no vuelvo una segunda vez. Oíd lo que podemos hacer: conseguiremos un mechón de las crines de un caballo manso, a ser posible moribundo, en vez de uno de la bestia, así no tendremos que entrar en el antro y diremos a Nicómaco que hemos superado la prueba. ¿Estáis de acuerdo?

—¿Acaso me pides que enrede a Nicómaco? Haré ver que no he oído nada. ¡Y ahora adentro! El corazón me brincaba a la garganta a cada latido. Al borde de la entrada surgió la pregunta fatídica.

—La entrada es estrecha. ¿Quién de los dos va por delante? —pregunté ingenuamente.

—¡Ve tú! —respondió el otro al punto.

—¿Y por qué yo precisamente? —protesté y volví atrás a pedir instrucciones al testigo, que sorbió la nariz.

—Entra tú primero, pues eres el mayor de los dos. Tú, Apolófanes —decretó.

Una vez dentro, costó un poco que la vista se acostumbrara a la oscuridad casi total. Mi respirar se había vuelto corto y afanoso. Me había vuelto esclavo de Fobo. A mis espaldas podía oír el chirriar de dientes de Espeusipo.

—¡Cálmate! —le susurré simulando tranquilidad—. ¡Si la bestia nos oye, nos hará pedazos!

—¿Calmarme? ¡Hemos de arrancarle un mechón de las crines! ¿No crees que nos despedazará en cualquier caso?

La galería no tardó en prolongarse y pudimos proseguir de pie. Solo un hilo de luz llegaba del exterior y hería la pared granulosa y estéril. Tenía las rodillas laceradas y ensangrentadas al cabo del trecho recorrido a gatas. Me temblaban las piernas, pero no debido al dolor. De pronto Espeusipo se quedó parado.

—¿No oyes ese ruido?

—Parece un lamento. Viene de ahí abajo. ¡Vamos a ver!

Cuanto más nos acercábamos a la fuente de ese sonido siniestro, más el eco de la gruta se hacía amenazador. Era el lamento de un animal. Aguantamos el aliento y nos pegamos contra la pared no iluminada. Avanzamos pegados como sanguijuelas al lado de la gruta cada vez más iluminada por un fuego encendido al abrigo de la pared del fondo. Avanzamos hasta que se ofreció a nuestra vista una escena aterradora. Una oveja yacía en medio de un charco de su propia sangre. Tenía el vientre desgarrado y una criatura abominable hundía su morro en la herida sanguinolenta.

Lo que volvía la circunstancia horripilante era que la fiera inmundada se estaba alimentando de su presa cuando esta última todavía coceaba inútilmente con las patas traseras. Los débiles balidos de la ovejita desgarrada no apiadaban en absoluto al depredador, que, es más, hundía sus garras cada vez más hondo y a cada mordisco manchaba con chorros de un rojo escarlata el vellón blanco de su presa. Cuanto más miserablemente balaba la oveja, más mugía la fiera de la excitación que aquel cruel festín le producía. Su modo brutal de ensañarse con la ovejita tenía un no sé qué de erótico. De golpe algo desvió mi atención de aquel espectáculo atroz. Advertí el débil ruido de un chorro y me di cuenta de que un riachuelo cálido me estaba empapando un pie.

—¿Notas también tú esa cosa cálida debajo de los pies? ¿Qué es? —susurré.

Por toda respuesta, Espeusipo, vencido por un miedo incontenible, soltó un grito de terror y huyó a escape. Mientras lo observaba, pude notar su chitón empapado hasta debajo de las axilas y el chorro en medio de las piernas que no indicaba que fuera a detenerse ni siquiera durante la carrera.

Todo aquel barullo distrajo a la bestia feroz de su comida. Sacó la cabeza de la oveja ya muerta y se volvió hacia la galería. De Espeusipo, en aquel punto, no había quedado más que el olor acre y penetrante de su orina. Fue entonces cuando la bestia percibió en la gruta la presencia de otra criatura viva y palpitante de terror. Su vista penetró en la penumbra y se posó sobre mí. Su respirar se hizo más pesado, acompañado de un gruñido cadencioso. La pelusilla del morro y las crines negras como la noche, completamente empapadas de sangre y humores, se enderezaron así como el vellón que recubría el resto del cuerpo. La nariz se arrugó y descubrió dos hileras de dientes largos y rojos de sangre. Unos ojos de fuego miraron con ansiedad a mis carnes. Fue como morir cuando vi aquella criatura abandonar la presa desgarrada y moverse lentamente hacia mí. Mis rodillas estuvieron a punto de flaquear, pero algo dentro, tal vez un dios, me mantuvo firme sobre mis piernas.

Instintivamente recogí una piedra del suelo y la lancé contra la fiera. Di en el blanco, en plena frente, con energía. El golpe fue tan fuerte que hizo desplomarse a la bestia. Aproveché el éxito obtenido para recoger otra piedra del suelo. Pues temía, efectivamente, que, una vez que se hubiese recuperado, la bestia se mostrase aún más furiosa. Pero mi mano pronto dejó caer la piedra al suelo. Algo en él comenzó a cambiar con gran celeridad. Lleno de curiosidad y de desprecio del peligro, me acerqué.

Lo que al comienzo había tomado por unas zarpas delanteras, quizá debido a la luz demasiado débil de la llama ardiente, de cerca me pareció una especie de manos. Noté también que tenía piernas, no patas traseras. No tenía rabo y el morro era un rostro humano cubierto de una poblada barba. La melena no era en absoluto unas crines, sino una cabellera alborotada. La tan temida bestia no era más que un hombre de una gran corpulencia que ahora yacía en el suelo, empapado de sangre de la cabeza a los pies, con las manos en el rostro, sufriendo. Lo que inicialmente me había parecido un gáñido no tardó en convertirse a mis oídos, desde que Atenea había ahuyentado el hechizo de Fobo, en un lamento humano. Casi un llanto. Más que por el golpe en la frente, aquel lamento parecía brotar de un dolor más profundo. Sentí una extraña inquietud, que pronto se transformó en compasión.

Poco más allá, en el fondo de la gruta, noté algo de extraño en lo que al principio no había reparado. Me acerqué. Algunas pieles de oveja estaban amontonadas la una sobre la otra delante de un agujero apenas visible. Dentro de aquel pequeño recoveco natural iluminado por el fuego había colocada una rudimentaria estatuilla votiva. Era seguramente una imagen masculina de arcilla modelada a mano. Los grandes ojos severos y la barba en punta estaban pintados de blanco. Estaba de pie, en posición rígida, con los brazos rectos. En el derecho alargado hacia delante apretaba un objeto más bien curioso. Un rayo, pensé, o un lirio, dado las muchas púas que le salían de todas partes, como las saetas de un rayo o los pétalos de una flor. La estatuilla estaba circundada de una serie de piedrecitas ordenadas de modo que señalaran un perímetro en torno a ella, como queriendo delimitar así un área sagrada e inviolable. Debía de ser su templo, su casa, y las pieles, amontonadas en ese espacio, debían constituir ofrendas hechas en honor a la estatuilla.

—Ese es Zeus —dijo una voz tonante a mis espaldas.

Di tal brinco por el espanto que caí al suelo. Me volví. El extraño hombre se había sentado y me miraba con fijeza. Se aguantaba la frente ensangrentada con una mano. No parecía tener intenciones malvadas. Me incorporé. Las piernas aún me temblaban.

—Lo siento por... —dije indicando su frente.

—Mi nombre es Eurifemo —dijo insensible a mis disculpas—. Era nada más que un niño cuando comencé a dar las primeras señales de locura. Tenía más o menos tu edad. Mi padre, desesperado, se dirigió a los sacerdotes de Asclepio, pero ninguno de ellos consiguió curarme. Finalmente se dirigió a Delfos para preguntarle al dios la causa de mi demencia. La Pitia respondió que el artífice de mi locura era Zeus. El padre de los dioses me había condenado a pagar esta pena por culpa de un pariente lejano mío que en vida no le había tributado los debidos honores. Mi padre, entonces, preguntó al oráculo si existía una manera de aplacar la ira de Zeus. La Pitia respondió que había una. Tendría que salvar a otro hombre, que no fuese ni uno de mis padres ni un pariente mío, y que se encontrase en peligro de muerte.

—¿Y por qué no intentar salvar a alguien? El mundo está lleno de hombres

necesitados de ayuda. ¿Por qué no tratas de liberarte de este suplicio?

—Porque los hombres me odian y me temen. Y yo los odio. Todo el que me encuentra por la calle tuerce las narices y me escupe a la cara. También tú me has encontrado desagradable hace un rato. Te lo he leído en los ojos. Nadie me ha querido nunca. No mataría a ningún hombre, ni aunque me implorasen que lo hiciese. Prefiero seguir siendo como soy, aunque ello me cause grandes sufrimientos. En las noches de luna llena, un demonio me hace perder el juicio e infunde en mí la ferocidad de un lobo. Todo intento de resistirme es inútil. No puedo sino abandonarme a la bestia. En mis ojos desciende el olvido. Sobre lo que sucede a continuación, no tengo ningún control. Solo cuando su sed de sangre se ve saciada me deja la bestia. Cada vez que ello sucede, me despierto siempre en esta gruta, trastornado, cubierto de sangre de pies a cabeza. A mi lado yace siempre una nueva carcasa de animal, desgarrada por mis propios dientes. Una vez que la bestia me abandona, el demonio de la razón me persigue provocando en mí las peores sensaciones de angustia. Por eso construí el templete dentro de esta gruta. Zeus es el artífice de mi locura. Por tanto ofrezco a él cuanto queda de máspreciado de mi víctima: su pelaje. La voluntad de los dioses es inescrutable, así como la del Hado. Quiero que Zeus sepa que no estoy encolerizado con él. Y si me quiere en parte hombre y en parte lobo, entonces así me tendrá. Soy su humilde servidor.

Sus ojos de mirada severa, hasta poco antes encendidos por la rabia bestial, se habían vuelto melancólicos. Los hombros encorvados hacia delante y el pecho entrado le conferían un aspecto vulnerable. Me vi de golpe observándolo con encendido interés. En su naturaleza semianimal cabía algo de tremendamente magnífico. También les sucedió al león de Nemea o al jabalí de Calidón, que despertaban el temor por su potencia. Pero precisamente por su propia peculiaridad que enternecía a la gente, los héroes se convirtieron en sus depredadores o víctimas, atraídos, deseosos o no, por el ansia de hacer suyos esos prodigios que los transformarían en númenes o bien en muertos caídos en medio de terribles sufrimientos. Porque grandes son los premios de los dioses, como los son también sus castigos. Por eso los hombres temen los prodigios, pero, al mismo tiempo, ansían su poder. En el fondo, es en la monstruosidad donde se oculta lo divino. Corresponde al hombre virtuoso descubrir en todas las cosas lo que hay en él de monstruoso. O bien, de realmente divino.

—No todos los hombres son malvados —me atreví a decir con un hilo de voz.

—Yo creo, en cambio, que lo son todos —sentenció Eurifemo con decisión.

—¿También tu padre y tu madre? —pregunté.

—En cuanto hombres, también lo son ellos —respondió.

—Pero también hay hombres que cumplen con su deber —objeté.

—Si lo hacen, actúan por interés. El bien no nace espontáneamente del espíritu humano. Y si se actúa por un interés, no se actúa realmente por el bien.

—Así pues, ¿el hombre actuaría realmente en nombre del bien solo en el más

absoluto desinterés? —pregunté.

—Exactamente —respondió Eurifemo.

—¿Debería actuar por puro impulso filantrópico, sin segundas intenciones, aun a riesgo de acabar mal parado?

—No cabe duda —confirmó.

—¿Y por tanto crees que en el mundo no existe nadie capaz de hacer el bien con este espíritu?

—Ningún hombre, ciertamente.

—Yo creo, en cambio, que en el mundo al menos un hombre que haga el bien debe de existir y que tú deberías buscarlo para salvar su vida.

—No existe nadie así, ya te lo he dicho. Los hombres son todos malvados.

—Pero si existiese, ¿estarías dispuesto a afirmar que todos los hombres, menos uno, son malvados?

—¡Claro que lo estaría!

—¿Y no sería ello como decir que no todos los hombres son malvados?

—Imagino que sí.

—Pero, entonces, si no todos los hombres son malvados, estarías de acuerdo en afirmar que podrían existir también otros hombres justos, aparte de ese solo.

—Siempre que se tratase de ese solo, se comprende...

Sentí una profunda tristeza. Eurifemo se pasó una mano por el chichón. Debía de dolerle mucho. No soportaba la idea de haberle golpeado tan duramente.

—Te hago una promesa —dije enderezando la espalda y hablando con tono solemne—. Juro delante de esta estatua de Zeus que si no encuentras un solo hombre justo, yo me ofrezco a hacer el bien en favor de otro, por puro espíritu filantrópico, sin perseguir una segunda intención, aún a riesgo de perder lo que entonces tenga de más querido. Si todo esto sucede, ¿estarías dispuesto a salvarme la vida, en caso necesario?

El hombre que tenía delante de mí miró desconcertado e, inesperadamente, se echó a reír. Pero mientras reía, poco a poco de los ojos empezaron a brotar lágrimas de emoción.

—¡Por supuesto, por supuesto! ¡Lo haré, claro que lo haré! Te salvaré, pequeño amigo mío. ¡Aunque fuera lo último que hiciese! ¡Estate seguro de ello!

La compasión embargó mi corazón. Sentí que debía decirle algo antes de irme, aunque temía que no se hubiese tomado en serio mis palabras.

—No olvidaré mi promesa.

—Tampoco yo la mía —dijo él.

Luego salí de su antro oscuro.

Una vez fuera de la gruta, juré a la blanca luna que no revelaría jamás a nadie el contenido de mi conversación con Eurifemo. Era un peso que debía soportar yo solo.

Al día siguiente me presenté ante Nicómaco.

—Así pues, has fracasado —sentencio con frialdad.

—No he traído el mechón de las crines de la bestia. Si era eso lo que querías, pues bien, he fracasado.

—Así pues, ¿tan espantosa era? —Peguntó lleno de curiosidad Nicómaco.

—Aterradora. —Respondí.

Nicómaco levantó un brazo e indicó la salida del templete.

—Vete de aquí. No puedes entrar en nuestro ejército. Que no te vuelva a ver nunca más por estos lugares.

Me volví y me encaminé hacia la salida sin mostrar el menor titubeo.

—¡Un momento! —Me paró Nicómaco cuando yo tenía un pie ya en el umbral—. Por lo que me ha contado el testigo, tú no huiste inmediatamente, como en cambio sí hizo Espeusipo. Te quedaste durante bastante rato en esa gruta a solas con la bestia. ¿Cómo conseguiste que no te destrozara?

Después de haber conocido a Eurifemo, no tenía ya ningún deseo de formar parte de la estúpida banda de Nicómaco. No tenía ninguna intención de responder a sus preguntas idiotas. Miré con aire de desafío a ese chiquillo altivo.

—No tenía ninguna intención de desgarrar ni a mí ni a Espeusipo. —Respondí.

Nicómaco rio sarcásticamente como si quisiera mofarse de mí.

—¿Ah, no? Entonces, si la bestia era tan dócil, ¿por qué no has traído un mechón de sus crines?

Al oír aquella pregunta, volví sobre mis pasos. Recorrí la distancia entre él y yo con paso decidido. Nicómaco se levantó de su escabel, temiendo quién sabe qué amenaza. Me planté delante de él y lo miré de arriba abajo. Mis ojos, finalmente, se fijaron en los suyos. Reí sarcásticamente. Luego respondí:

—Porque no se lo pedí.

GLOSARIO

Ágora: la plaza de la ciudad en la que tenían lugar las principales actividades públicas, entre ellas asambleas, y el mercado.

Andrón: parte de la antigua casa griega reservada a los hombres. En general se celebraban en ella los banquetes.

Banquete: convite reservado solo a los hombres en el que los invitados, reclinados en lechos, bebían y discutían amenamente.

Bárbaro: para los atenienses —y para los griegos en general— eran bárbaros todos los que no eran griegos, o sea, los que hablaban el griego como una lengua extranjera y, por tanto, al hacerlo balbuceaban.

Boulé: el Consejo de los Quinientos. Era el organismo institucional más importante para la práctica de la democracia en Atenas. Entre las muchas tareas que tenía estaba el control de la labor de los distintos magistrados y en particular de la de los arcontes.

Clerucos: colonos atenienses.

Cubo: unidad de medida correspondiente a medio metro aproximadamente.

Demos: barrio, uno de los barrios en que estaba dividida la *polis* y todo el Ática. Atenas, efectivamente, es un nombre plural, o sea, una ciudad compuesta de varias «Atenas».

Efebo: joven de unos dieciocho años perteneciente a la Efebía, el primer estadio de la edad adulta en la sociedad ateniense.

Erinias: divinidades ancestrales de la justicia más instintiva y del remordimiento, que atormentaban en particular a aquellos que cometían algún crimen contra los familiares más cercanos.

Estadio: unidad de medida. Un estadio corresponde a ciento setenta y ocho metros aproximadamente.

Estrigilo: espátula de metal para quitar de la piel la mezcla de polvo, aceite y sudor después de las sesiones de adiestramiento.

Hetaira: mujer libre, en general «cortesana» refinada, también mujer de compañía. A veces *scort* de gran lujo.

Gineceo: parte interior de la casa griega reservada a las mujeres.

Himación: túnica larga femenina.

Hoplita: soldado ateniense caracterizado por el tradicional escudo, el *hoplon*.

Hybris: la arrogancia, la soberbia humana, que atraía el *fthonos ton theon*, la envidia de los dioses y, en consecuencia, su ira.

Lebes: recipientes para recibir el agua lustral tras el lavatorio de manos, pero también se utilizaban para cocer la carne. Eran empleados sobre todo en las prácticas sacrificiales. Normalmente descansaban sobre trípodas.

Logógrafo: el que escribía la acusación o la defensa para un cliente empleado incurso en una causa procesal. Según los usos judiciales, el logógrafo escribía únicamente los alegatos de la acusación o de la defensa. Los que los leían a continuación eran directamente las partes en litigio. El caso en cuestión, por razones narrativas, ha sido adaptado a los usos más modernos.

Manía: estado de locura en el que caían aquellos que celebran los ritos dionisiacos. En general, tal locura demostraba la posesión fáctica y la presencia del dios en el rito.

Metecos: eran los extranjeros residentes en la *polis*. Eran libres, pero carecían de algunos privilegios reservados a los ciudadanos nativos.

Orgía: unidad de medida. Diez orgías correspondían a dieciocho metros aproximadamente.

Pancraciasta: luchador de pancracio, una modalidad de lucha que comprendía las técnicas de pugilato unidas a las de la lucha más propiamente dicha.

Peplo: traje femenino.

Polis: ciudad.

Porneion: lupanar.

Pritano: miembro de la Boulé.

Pritaneo: la sede de los pritanos.

Prodicasia: es la vista preliminar (*pro Diké*), que precede al proceso propiamente dicho.

Prostates: uno de los títulos que es asignado a un cabecilla popular. Antípatro era *prostates* de Macedonia en cuanto virrey por cuenta de Alejandro Magno.

Quitón: traje común en la Grecia antigua, consistente en una túnica, larga o corta, cerrada en la cintura por un cingulo o por fíbulas o prendida al hombro.

Rapsoda: cantor. Cantaba de memoria poemas épicos enteros en las plazas de las ciudades acompañándose de la cítara.

Sarisa: lanza larga y pesada usada por los soldados formados en la falange macedonia.

Sátrapa: soberano de una de las provincias en que estaba subdividido el imperio persa. Dentro del territorio asignado por el Gran Rey, el sátrapa gozaba de un poder absoluto y de su labor solo respondía ante el soberano. Era

una figura institucional particularmente antipática en la democrática Atenas, puesto que el sátrapa imponía su voluntad a sus súbditos, mientras que en Atenas los ciudadanos libres practicaban la democracia directa, o sea, deliberaban colectivamente acerca de cada decisión que había que tomar.

Yambo: unidad de medida adoptada en la métrica clásica, es un pie (grupo de sílabas) constituido por una sílaba breve y por una sílaba larga.

Zeugita: los zeugitas eran pequeños terratenientes en condiciones de producir al menos doscientos medimnos de trigo (el medimno corresponde a unos cincuenta kilos). La división de la sociedad ateniense en clases era jerárquica y puramente censataria. Había cuatro clases sociales. La más importante la formaban los pentacosiomedimnos (en disposición de producir quinientos medimnos de trigo), a la que alguien, en orden decreciente, la formada por los hippeis (aristócratas que podían criar un caballo y combatir en la caballería), los zeugitas y los tetes (aquellos que producían menos de doscientos medimnos de cereal). Los esclavos no entraban en esta subdivisión social por cuanto eran considerados propiedad de sus amos y no disponían de derechos civiles ni políticos.

AGRADECIMIENTOS

Me gustaría agradecer a mi familia por la paciencia increíble y su insustituible apoyo.

Me gustaría agradecer a Giuliano Pasini, *compañero* que me ha dado coraje.

Me gustaría darle las gracias a mi profesor de Historia de Lengua Latina de la Universidad de Trieste, profesor Mario Martina, que no está con nosotros desde hace tantos años, y que fue quien me animó a escribir.

Quisiera agradecerle a Anna, a la que me hubiese gustado leerle personalmente este libro.

Me gustaría darle las gracias de corazón a todo el equipo de Garzanti; en particular a Elisabetta Migliavada, Ilaria Marzi y Adriana Salvatori.

A todos, gracias, gracias de corazón.

UNA CONVERSACIÓN CON ANDREA MAGGI

Es usted profesor de italiano con una gran pasión por la historia. ¿Por qué ha elegido, entre todas las épocas, ambientar su novela precisamente en la Atenas del siglo IV a. C.?

La ciudad de Atenas siempre ha ejercido sobre mí una notable sugestión. En el siglo IV a. C., en particular, la *polis* atravesaba un período muy difícil en el plano estratégico-político, pero era aún la capital indiscutida de la cultura griega. Solo unos pocos años antes de la muerte de Alejandro Magno, paseando por la calles de Atenas habríamos podido cruzarnos con oradores de la talla de Hipérides, Demóstenes y Foción, el gran comediógrafo Menandro, cuando no también con Aristóteles. Los grandes pensadores de la Antigüedad han tenido siempre un fuerte ascendiente sobre mí por su aproximación «versátil» a la vida. Generalmente, en la antigua Grecia tanto los pensadores como los filósofos, así como los autores trágicos, eran también políticos y cuando era necesario tomaban la lanza y el escudo y luchaban. Estaban dispuestos a todo. Cuando, en clase, mis alumnos me hablan de las gestas de sus héroes, que a menudo son futbolistas, yo les hablo de mis héroes del pasado, de sus hazañas, de sus batallas, de sus amores. En el fondo son mucho más modernos de lo que se piensa. ¿Que por qué he elegido ambientar la novela en Atenas? Pues, fundamentalmente, porque soy un soñador.

¿Ha llevado a cabo algún tipo de investigación para escribir el libro? ¿Y qué textos le han sido de más ayuda a la hora de describir el contexto histórico y los perfiles de los personajes?

Sí, he llevado a cabo varias investigaciones, pero sobre todo he desempolvado los conocimientos aprendidos en la universidad gracias a mi profesor de historia. Su pasión, mucho más que su saber, me hizo literalmente enamorarme de esta materia. Las páginas de Plutarco sobre las vidas de las grandes figuras de la época me han ayudado a trazar el contexto histórico. Para recrear las dinámicas de un proceso que pudiera desarrollarse en esos años he leído a Hipérides y me he servido de los discursos de Demóstenes. Para acercar lo más posible la peripecia a la realidad de la época he leído las comedias de Aristófanes y de Menandro, de las que he sacado los nombres de algunos personajes. He tratado de infundir vida propia a cada uno de ellos, incluso a los secundarios. Entre estos, mi preferido es sin duda Estrepsíades, el fiel esclavo de Apolófanes. Es su Watson. La estima y la devoción de Estrepsíades por su joven amo son conmovedoras. Estrepsíades no fue siempre esclavo, sino que fue hecho tal como consecuencia de la caída de su Tebas natal. En su pasado ha conocido la gloria y la libertad, pero como esclavo parece no soportar la falta tanto de

una como de otra. El hecho es que Estrepsíades ha encontrado en su amo Apolófanes un nuevo punto de referencia, algo por lo que seguir viviendo y, en su caso, por lo que morir. Apolófanes representa para él la libertad perdida.

¿Cómo nació el personaje del protagonista Apolófanes?

Apolófanes es quizá la representación del ánimo aún un poco infantil que hay en mí. Cuando yo era niño, sentía una gran indignación ante las injusticias. Un día, debía de tener doce años, en que me encontraba de vacaciones en la montaña, mientras jugaba al *ping-pong* con unos amigos, entraron dos chicos mayores, de unos dieciséis o diecisiete años, nos quitaron las raquetas de las manos y se pusieron a jugar ellos en nuestro lugar. Los chavales de mi edad se quedaron de piedra y no dijeron esta boca es mía; en cambio yo tuve el valor de decirles unas cuantas verdades. ¡Por lo demás jugaban pésimamente! Mis amigos se echaron a reír y como no hay peor humillación que la risa de los chicos más pequeños, esos dos acabaron largándose. Apolófanes está hecho exactamente así, cree firmemente en la justicia. Por otra parte, encarna el modelo de bondad y de belleza tan caro a los antiguos.

Filoxena es una mujer culta e independiente. Una figura rara en la Antigüedad. Sin embargo, aunque la situación es seguramente mejor, también hoy las mujeres se ven con frecuencia en la necesidad de luchar para alcanzar sus metas personales y profesionales. ¿Qué persona en particular le ha inspirado este personaje?

Son varias las mujeres que hicieron una grandísima contribución a la Humanidad, baste pensar en Safo e Hipatía y, siglos después, Emmeline Pankhurst, Maria Sklodowska (Marie Curie), Maria Montessori o Rita Levi Montalcini. Pero muchas otras mujeres habrían podido contribuir igual que ellas al progreso de haber podido sacar provecho de su inteligencia. Por eso creo que, aunque se han dado pasos adelante desde la Antigüedad, estos pasos nunca han sido suficientes. En la antigua Grecia la mujer estaba relegada a un papel subordinado al del hombre; figuras independientes como Filoxena había pocas. Afortunadamente la condición de la mujer hoy en día ha mejorado mucho, pero no podemos afirmar que el proceso de igualdad de sexos se haya completado si, por ejemplo, en la Italia del tercer milenio tenemos necesidad de una ley específica para castigar la violencia de género. En muchos aspectos no conseguimos sacudirnos de encima ciertas rémoras antiguas. En la escuela trato de formar a estudiantes conscientes de sus potencialidades y de sus derechos. Durante años he visto a muchas alumnas extranjeras procedentes de realidades culturalmente desfavorables abrirse camino con gran fuerza de voluntad, superar los obstáculos de la lengua y obtener buenos resultados académicos. Esto es muy esperanzador, pero se vive solo de esperanzas. ¿Que quién me ha inspirado Filoxena? Las mujeres que luchan y que no olvidan lo que es el amor.

La novela aborda asimismo temas difíciles como la justicia, la corrupción, la

ambición que se convierte en ansia de poder. ¿Cuánto puede enseñar la historia al presente en su opinión? ¿Y qué importancia tiene su papel en el crecimiento y en la formación de las jóvenes mentes de los estudiantes?

En la novela Apolófanes se enfrenta a un caso que parece tener su fundamento en la superstición, pero cuanto más avanza en la investigación, más cuenta se da de que el crimen sobre el que está investigando tiene implicaciones de muy distinta naturaleza. La plaga de la corrupción en la Atenas del siglo IV a. C. era ya muy grave y desde este punto de vista no tenía nada que envidiar a la Italia de hoy. Seguramente la historia, no soy yo el primero en decirlo, es maestra de vida, y sin embargo a los estudiantes les resulta una materia muy difícil de digerir. Cada año son muchos los estudiantes que se preguntan, y me preguntan, por qué en la escuela hay que estudiar historia antigua e historia medieval. Normalmente respondo irónicamente secundando sus quejas: les digo que tienen razón en protestar. Les digo que estudiar historia, efectivamente, no sirve de nada. Luego sucede que en clase abordamos el siglo XV y el XVI, con la apertura de las rutas oceánicas por parte de los portugueses y de los españoles, con el descubrimiento de América, la crisis comercial en el Mediterráneo y la crisis progresiva de la República de Venecia; en este punto, por sí solos, los estudiantes entrevén con gran perspicacia un paralelismo entre estos hechos históricos y la crisis económica actual, caracterizada por la deslocalización de las industrias (que en mi región del Nordeste está provocando el colapso económico) y por el consiguiente azote del paro. No me refiero a estudiantes universitarios, sino a alumnos de segunda enseñanza. Así pues, dejo que responda a sus preguntas directamente la historia, que siempre tiene excelentes respuestas que darnos. Basta con aprender a plantear las preguntas adecuadas. Los estudiantes lo comprenden por sí solos si se les da la justa motivación. No hay que infravalorar nunca la inteligencia de los chavales.

Apolófanes es un hombre de valores muy firmes: el confiar en la palabra dada, el respeto a la familia, el interés por el bien civil. ¿Son valores importantes también para usted?

Por supuesto. Confiar en la palabra dada es un principio fundamental. Cuando tenía cuatro años, me trasladé con mi familia de Pordenone a un pueblo de la provincia de Venecia. Poco antes de partir, mi amigo del alma de entonces acababa de plantar césped en su porción de patio y me pidió que fuera a verlo cuando hubiera crecido a mi vuelta. Veintisiete años después volví a vivir allí y lo primero que hice a mi llegada fue ir a ver el patio de mi amigo. ¡Nadie mantiene ya promesas de este tipo! Del mismo modo, considero que el respeto a la familia es un valor fundamental de nuestra convivencia civil. Hay muchas maneras de respetar a la familia, pero la más importante en mi opinión es encaminar todo esfuerzo hacia el bien de los hijos. En cuanto al interés por el bien civil, se trata de un principio que hay que situarlo de

nuevo cuanto antes en lo más alto de la escala de los valores políticos, pues últimamente ha caído más bien muy bajo.

Filoxena tiene una idea particular del amor. Como filósofa lo teme, pues distrae de la reflexión y de la concentración y quiere para sí cada pensamiento. Como mujer no puede sino ceder al fuerte lazo que le une a Apolófanes. El amor tiene verdaderamente la capacidad de ofuscar la mente y es ávido de atenciones, ¡pero al mismo tiempo es tan difícil resistirse a él!

El amor es visto por Filoxena como una amenaza para la lógica, como un obstáculo que impide ver con lucidez la verdad. No obstante, nuestra filósofa no es indiferente al amor y esta diatriba suya interior la hace en mi opinión muy verosímil en su fragilidad. En una palabra, Filoxena es humana. Ha conquistado con gran esfuerzo el bien máspreciado, la libertad, y una tal meta parece desmentirse apenas se da cuenta de que siente algo por Apolófanes. Por eso trata de resistírsele. El amor es un sentimiento totalizador. No está al alcance de todos sentirlo. Para amar hay que estar locos. El amor es una apuesta. Y es difícil resistirse a él, pues el fundamento de la vida es el amor. Es un acto irracional, no lógico. Es indudable: el amor ofusca la mente y reclama toda la atención, pero por otra parte actuar por amor lleva necesariamente al bien. Y como quiera que sea, el amor es la mejor respuesta a cualquier solicitud.

Eurifemo es objeto de supersticiones y prejuicios ligados a las antiguas leyendas. ¿Cree que hoy es distinto y que la racionalidad ha ganado la batalla contra las creencias populares?

Eurifemo es el aglutinante de toda la historia. En torno a él gira el enigma de una promesa hecha por Apolófanes que se resuelve al final de la novela. Eurifemo es un personaje del que me enamoré enseguida. Es un monstruo horripilante, un individuo espantoso. Pero el horror que provoca en los vecinos de su demos no es, en realidad, sino el reflejo del prejuicio del que él mismo es víctima. El monstruo no es él, sino las mujeres y los hombres que lo discriminan. En la Antigüedad se creía firmemente que la vida del hombre era un equilibrio de fuerzas misteriosas y que tales fuerzas podían dispensar premios o castigos, por tanto la superstición condicionaba fuertemente la vida de todos, como también el destino de las ciudades. Antes de hacer una guerra, se consultaba el parecer de la Pitia. Y sin embargo la filosofía occidental, basada en la lógica, nació con la cultura griega. La superstición y la lógica son dos aproximaciones a la vida totalmente antitéticas, pero han convivido durante milenios. Hoy en día encontramos contradicciones extrañas en nuestro vivir común: si bien es cierto que la razón ha vencido a la superstición, no lo es menos también que si un gato negro se cruza en nuestro camino hacemos los conjuros. El hombre es realmente una criatura paradójica por su ambigüedad. Por eso digo que la racionalidad está venciendo a las creencias populares, aunque de forma moderada. El tiempo del

triunfo, ¡ay!, está lejos aún.

¿Siempre ha tenido pasión por escribir?

De niño, en la escuela primaria, escribí el guión de una película con la Olivetti de mi madre. Mi intención era contratar a mi padre en el papel de comparsa y de asignar los papeles principales a mis compañeros de clase y a mi hermano. Yo haría de protagonista. Lamentablemente no encontré la financiación necesaria para la realización de lo que habría sido una auténtica obra maestra del cine en los primeros años ochenta. Terminado este breve pero intenso paréntesis de escritura cinematográfica, me dediqué a la escritura más propiamente dicha. Con el tiempo he aprendido que todo puede volverse hermoso, si es puesto por escrito. Un partido de fútbol entre amigos. Una fiesta de cumpleaños. La primera cicatriz con más de tres puntos. Me compré, por tanto, un diario y lo fui llenando de tonterías que, puestas por escrito, se volvían sugestivas. Escribir posee la virtualidad de volver las cosas vivas. Es una especie de turbina. Una fuerza propulsora que vuelve los colores más encendidos.

No hace muchos años, sin embargo, me puse a escribir con la intención concreta de hacer una novela. Sucedió más o menos cuando supe que sería padre. No sé qué lo desencadenó. De repente escribir se convirtió para mí en una exigencia vital. Un instrumento, tal vez, para representar alegóricamente mi paso a la edad adulta. Habría que preguntar a un buen psicoanalista. El caso es que, desde que comencé, he tratado de mejorar cada día, sacando horas a la noche y al poco tiempo libre del que dispongo, atesorando las críticas y las apreciaciones que recibía de los amigos y de los expertos del sector. El objetivo al que tendía era hacer simple, y al mismo tiempo intenso, lo que escribía.

¿Tiene ya en mente una nueva aventura para nuestros Apolófanes y Filoxena?

¡Sí, sí! La tengo completamente en la cabeza. La historia estará ambientada en las fases finales de la guerra lamiaca, la guerra entre las ciudades rebeldes de Grecia y el reino de Macedonia. Atenas y las otras ciudades alzadas en armas librarán las últimas batallas desesperadas entre las montañas de Tesalia. Entretanto, Apolófanes se involucrará en un caso muy complicado, pero junto a él seguirá estando Filoxena. Pero no quiero anticipar demasiadas cosas. ¡A mí me gustan las sorpresas y Apolófanes siempre sabe sorprenderme!



ANDREA MAGGI nació en Pordenone, Italia, en 1974. Vive con su familia muy cerca de su ciudad natal.

Es profesor de literatura y un enamorado de la historia. Ha escrito artículos periodísticos en medios italianos.

Autor revelación en Italia, ha ganado el torneo Io Scrittore, un prestigioso concurso literario italiano donde los propios escritores eligen al ganador.

Notas

[1] Medida antigua. (*N. del T.*). <<